LLUÍS LLACH

MEMORIA DE UNOS OJOS PINTADOS

Cuatro amigos, dos chicos y dos chicas nacidos en 1920, crecen juntos en el barrio obrero de la Barceloneta. Empiezan a descubrir el mundo en un ambiente humilde y libertario, y la proclamación de la República les abre un anchísimo horizonte de posibilidades, ilusiones y esperanzas. Pero la Guerra Civil y la posterior represión franquista lo rompen todo. La vida de los cuatro personajes y de sus familias queda marcada por el impacto de unos hechos históricos que influyen de una manera especialmente trágica en la relación de amor y de amistad entre los dos chicos, Germinal y David. El mismo Germinal, ya viejo, narra su experiencia estremecedora a un joven director de cine que busca un argumento para una película. Reconstrucción vivísima de un periodo que sigue ejerciendo un influjo mágico en los lectores, Memoria de unos ojos pintados es, por encima de todo, una extraordinaria historia de amor.

Lluís Llach

Memoria de unos ojos pintados

ePub r1.0
jasopa1963 05.09.14

Título original: *Memòria d'uns ulls pintats*
Lluís Llach, 2012
Traducción: Rosa Maria Prats

Editor digital: jasopa1963
ePub base r1.1

más libros en espaebook.com

¿QUIERE QUE SE LO DIGA, SEÑOR DIRECTOR?

El único de su cuerda capaz de imaginar la Barceloneta de aquellos tiempos, el único que se acercaría de verdad, que pintaría los olores, los colores… ¿cómo le diría?… la mística, eso es… ¡la mística!… el único sería Fellini. El Gran Fellini. Sólo él, no lo dude. Si aquel hombretón romano hubiera nacido en la Barceloneta la habría contado de maravilla e incluso habría bordado otra obra maestra. ¿Conoce a Fellini? Es usted tan joven… Yo visioné cien veces *Amarcord*. Ésa inmensa obra de arte llegó justo cuando yo bordeaba los sesenta años, y cada vez que la veía pensaba lo mismo: ¡Ah! Si este hombre hubiera vivido en mi Barceloneta… Lloraba en el cine, ¿sabe?; aún ahora, cuando la reviso, no puedo pintarme los ojos… Qué quiere, aquí ningún genio ha sabido transmitirlo. Mejor dicho, aquí, en el cine, yo diría que no tenemos genios. Nadie ha contado mi historia, y cuando digo

mía no me refiero a mí… Usted ya me entiende… También tengo que confesarle que aunque sólo soy un pobre amante del cine, vistas las mediocridades supinas y grandilocuentes que han enmarañado la narración de aquellos años, casi prefiero que no se hayan dedicado a ello… Perdone, porque con mi sinceridad debo de rozar la mala educación y no tendría que hablar así sabiendo que tiene usted el proyecto de hacerlo. No lo dude, le deseo lo mejor, y tampoco le escondo que gente de mucha confianza me ha asegurado que tiene usted un gran talento, pero… cómo quiere que se lo diga, yo tengo en la cabeza una película soñada que evidentemente sólo habría podido hacer el inmenso Federico… Seguro que lo conoce, ¿no?… Bien, oiga, corto y perdone, le dejo tres minutos, le hago el café y se lo traigo.

Lali ya me avisó. Pero no pensaba que ese viejo presuntuoso fuera tan difícil de aguantar. Me revienta tanta petulancia senil. Sin embargo lo soportaré, ¡por supuesto que lo soportaré! Lo que haga falta.

Lali dice que ese hombre tiene una vida que podría ser un buen guión de cine, y Lali casi siempre acierta. O sea que, aunque acabe con el hígado hinchado de tragar mala leche, le aguantaré lo que haga falta.

Hay que decir que el tipo compone un personaje interesante. Cuando hace unas semanas me abrió la puerta por primera vez y se me presentó con los ojos descaradamente pintados con unas líneas azuladas, vulgares pero estudiadas, que le dan ese aspecto estrafalario, me quedé de piedra. Y ahora el muy cretino me pregunta si conozco a Fellini.

Por supuesto que me sorprendió. No me lo esperaba y me quedé pasmado. El primer round fue para él y por KO. Un hombre de ochenta y siete años se te presenta con los ojos de esa guisa y te dices «¡Hostia!». Por mucho que vayas con

la pose de que pasas de todo y de que ya no hay nada que pueda descolocarte.

Lo que más jode de él es cómo despliega su gesto extravagante. Viste con elegancia, tiene un cuerpo fuerte, proporcionado y debe de acercarse al metro ochenta. Movimientos sosegados y armoniosos. Cabello blanco con algún mechón rubio que se amolda perfectamente a unas facciones bellas, viriles… Uno de los mejores ochenta y siete años que he visto nunca, aunque no es que me guste reconocerlo y, como dos focos encima de esta planta excepcional y sin ningún amaneramiento, los ojos pintados. Exagerados pero sin desmesura alguna en la expresión. Todo llevado con una naturalidad evidente, como si nada le hiciera pensar que podría ser observado como un abuelo excéntrico. Debe de ser por esa actitud elegante que el despropósito de sus ojos adquiere una fuerza provocadora. Te entran ganas de cotillear, de saber más, o como mínimo de averiguar qué cojones esconde tras el grotesco escaparate que se ha montado. Y el malnacido lo sabe.

Claro que lo sabe. Y seguramente juega conmigo. Necesito su historia como el pan que como, y nunca mejor dicho. Los productores te dicen, cuando tienes la suerte de que te digan algo: ahora lo que toca es cine de recuperación histórica, que es lo que vende…, y a obedecer. Hace más de tres años que tengo en mente mi proyecto y aún no he conseguido que ninguno de esos cabrones se interese por él. Sé que son tonterías, pero siempre me ha obsesionado hablar de sentimientos truncados, de relaciones sutiles, de descubrimientos a contratiempo… Tres años sin que nadie te diga ni mu… vas de cabeza al pequeño documental para alguna televisión provinciana. «Los pájaros enjaulados: angustias y depresiones». Y eso si tienes suerte…

Te necesito, abuelo presuntuoso. Lali tiene una nariz de

bruja experimentada para las buenas historias, y la tuya seguramente lo es. Te escucho, te adulo y, si tan buena resulta, cojo al mejor guionista… quizá lo podría hacer Puigcerver… Lo llevo a mi terreno, eso quiere decir como mínimo un año de trabajo, y si el productor no se desdice empiezo a rodar antes de que los pájaros enjaulados me arruinen el poco talento que me debe de quedar. ¡Sí! Te necesito. Y ahora, cuando vengas con el café y aparezcas por esa puerta, te sonreiré como lo haría un seductor italiano que acabara de ver a la Magnani jugueteando con una erótica tacita en sus manos, las más sinuosas de Italia.

Este chico tiene unos labios carnosos, llenos, lástima que los estropee con una sonrisa forzada. Debe de pensar que esta vieja maricona se ablandará con la melancolía de sus encantos. Se esconde tras esas gafas necesariamente tan modernas, como se llevan ahora. Pobres jóvenes, cómo se tienen que ver. Le quitan viveza a sus ojos. Los tiene muy vivos. Espero que sea la viveza de la inteligencia, y no un tic nervioso bien disimulado. Seguro que estos chavales de hoy no saben apreciar un café de verdad; querrá amansarlo con azúcar. ¿Dos cucharaditas? Qué dice, dos no, ¡tres! Lo sabía. Mi café configurado… Me gusta decir configurado, en la narración meteré unos cuantos *configurados*… Pues como decía, configurado con la selección de las mejores variedades llegadas de todo el mundo y escogidas por mi maestro cafetero de Santa María del Mar, y a este botarate sólo le hacen falta tres azucarillos para desfigurar todo su carácter. Qué más da. Serán tres terrones. Pero se los removerá su tía. Pellicer, que está muy al día de lo que pasa en el mundo del cine, me ha dicho que, de entre las jóvenes hornadas de directores, parece que éste que tengo delante es el que tiene más crédito ante todos. Se llama Lluís Sedan. Me ha resultado fácil recordarlo por el nombre del coche.

Últimamente en mi memoria se van cerrando armarios y ventanas, y cada día se hace más difícil pasear por el laberinto de pasadizos donde has ido almacenando lo que quieres o puedes recordar de la vida. Dicen que cuando pasa esto es positivo fijar referencias, que así alargas la agonía neuronal. Por eso lo tengo aquí. Quiere que le cuente mi vida pero en realidad mi vida le importa un pimiento, él lo que quiere es una historia que le haga olvidar su yermo vital y le inspire para la próxima película. Ahí está, me mira emocionado y convencido de que proyectará mi persona a la posteridad y, mientras me observa, mide la suerte que he tenido por haberme elegido a mí. Pero da igual. Le diré que sí. Le diré que sí a pesar de la sonrisa que le estropea los labios. Le regalaré mi vida, mi único tesoro. Ochenta y siete años vividos y construidos día a día, entre la ira de los dioses y el escarnio de los demonios, la pasión y el asco, la heroicidad de un gesto y la mediocridad de todos los demás, el amor que no muere y la muerte del que enamora… Hoy parece que estoy fino. Le regalaré la historia de mi vida porque únicamente legándola no morirá conmigo. Lo haré tan sólo por eso. Y tú, joven orejudo, serás el depositario y, si hay suerte, que lo dudo, el encargado de contársela al mundo con un grito más alto y fuerte de lo que yo nunca podría bramar.

PRIMERA GRABACIÓN

Pues sí, señor director, la Barceloneta de los años treinta era un escenario magnífico para unos adolescentes como nosotros. Y digo nosotros porque fue una adolescencia coral, a cuatro voces, cuatro corazones amigos, cuatro para todo lo que pudiera pasar. La pandilla de los cuatro, dos chicas y dos chicos que nacimos casi juntos y con pocos meses de diferencia mientras se escurría el año 1920.

Seguramente ahora lo veo con los ojos nublados por la nostalgia, pero me atrevería a decir que aquel barrio, su configuración, el carácter de su gente, las tormentas sociales de aquel tiempo y de aquel país, la caída de la luz entre los balcones llenos a reventar de ropa sin vergüenzas, las barcas tendidas delicadamente sobre la playa, o incluso los viejos paquebotes y mercantes moviéndose agónicos por el puerto, lanzando los profundos aullidos de sus sirenas… todo ello era un magnífico decorado para que cuatro niños dejáramos allí la huella de nuestras vidas. Bien mirado, el barrio, la ciudad,

el país, eran como un grandioso y pintoresco escenario donde cada uno de nosotros tendría que representar su papel, como en una obra de teatro que, como pasa con las grandes piezas dramáticas, acabó por engullirnos a todos.

Sin nuestro barrio, el mar no habría sido nunca de la ciudad, quizá un incidente orográfico que algún poeta habría aprovechado para afilar versos suaves de lirismo tronado. El mar en Barcelona únicamente latía por un corazón, y ése era nuestra barriada. Para el resto de los barceloneses tan sólo era una buena excusa para disimular el aburrimiento familiar de un domingo por la tarde, o el espacio concreto de donde venían la mayoría de las mercancías que necesitaba la gran ciudad. Para ellos, nosotros y nuestro barrio éramos solamente la estructura musculada y barata que se requería para que llegasen a la ciudad muchas de las cosas que ésta devoraba, y poco más.

Casi toda la gente de la Barceloneta dependía del mar. Unos cargando y descargando los vientres oscuros y apestosos de los barcos. Otros saltando ágilmente detrás de las piñas de rosa que arrastraban los cabos con que se amarraban, endurecidos por el salobre y pesados de humedad. Algunos más privilegiados, los menos, trabajaban en los servicios del puerto, desde los prácticos hasta los encargados de seguridad. También había quien se dedicaba al contrabando de toda clase de artículos prohibidos demandados por una ciudad asolada por la pobreza pero que se quería cosmopolita y burguesa. Quedaban los marineros que, desarraigados desde siempre, se enrolaban en los barcos que partían vete tú a saber hacia qué sueños. Y finalmente, como en un mundo aparte, estaban los pescadores, que adornaban el paisaje con sus barcas en el muelle, o varadas en la playa, y que, con gestos tan pacientes como atávicos, las llenaban hasta arriba de redes y

aparejos.

Todos los aromas del mar estaban allí, en nuestro barrio, suspendidos en el aire y siempre a punto para que cualquier brizna de viento los hiciera circular por el entramado de callejuelas, entrar por las diminutas puertas de las casas, ascender por las escaleras humildes y oscuras hasta nuestros pisos, donde penetraban y poseían objetos, armarios, alfombras, sábanas… Pero por encima de todo nos poseían a nosotros.

Así pues, no le extrañará si le digo que nací en la calle del Mar, en el número 6, en un segundo piso pequeño, pobre y recalentado. Como casi todos los jóvenes de ese entorno, mi padre fue un marinero que se enrolaba en cualquiera de los muchos barcos que iban y venían. Todavía adolescente, ya le seducía la capciosa libertad que le ofrecía el mar, el sentimiento de que hacía y deshacía según le viniese en gana y más le conviniera. «Mal pagados pero con el mundo en los bolsillos», como decía él. Quizá sólo sea un espejismo, y sin embargo es algo que desde siempre ha atraído a los hombres algo peculiares hasta los viejos puertos de todo el mundo.

Josep Massagué i Fita hizo su primer viaje cuando apenas tenía catorce años. Eran tiempos en que los niños, ya adolescentes, tenían que buscarse la vida, y a fe que él sabía dónde buscársela. Había perdido a sus padres muy joven. Por cierto, nunca supe cómo, porque en casa sencillamente no se hablaba de ello, y punto. Seguramente eso le obligó a espabilarse antes de tiempo y a aprender a flotar entre los remolinos de aquella sociedad. Con pocos años ya conocía la mayor parte de los puertos del Mediterráneo. A los veinte había hecho dos travesías oceánicas, hasta América y Asia, y ya presumía orgulloso de que sólo le quedaba zarpar hacia Australia para hacerse ciudadano del mundo. Esto último, señor director, era otra de sus obsesiones.

Mientras esperaba esa ventura, se enroló en un viejo paquebote llamado *Sirena*, que cubría como podía, y nunca mejor dicho, una ruta semanal que iba de Sóller hasta Sète, pasando por Barcelona. En aquellos tiempos, señor director, había líneas marítimas hoy impensables. El hecho es que la ciudad de Sóller siempre había mantenido relaciones comerciales con Sète, e incluso era tradición que los chicos jóvenes y ricos de Sóller prefiriesen ir a estudiar a la Universidad de Montpellier, aunque sólo fuera para llevar la contraria a los de Palma, que venían a la de Barcelona. Sea como fuere, en una de sus muchas estancias en Sète, y mientras dejaba pasar el tiempo tomándose un vaso de vino en un *bistrot* de ese bellísimo puerto, se enamoró perdidamente de una joven risueña y rubia, hija de los propietarios de la taberna, a la que le pidió dos chatos de vino, tres cafés y dos cervezas sólo para mirarla de arriba abajo cuando iba y venía para servirlo con un movimiento ondulante que lo dejó hechizado.

Marie tenía un cuerpo firme y bien perfilado, y unos ojos que parecían dos faros centelleando señales que cualquier marinero sabría apreciar y que acabaron sometiendo para siempre el corazón y las hormonas de mi padre. Después de todo, Australia quedaba demasiado lejos. Las islas, sirenas y puertos riquísimos que le estaban esperando se diluyeron en una tormenta de sentimientos y deseos tan inaplazables que le obligaron a cortejar a aquella chica durante un año, hasta conseguir que Marie Guillaume aceptara ser su compañera. En aquel tiempo y circunstancias, cortejar a Marie quería decir cortejar también a sus padres, que, en definitiva, eran los que tenían que darle permiso para llevársela. Lo hizo con tozudez y, como siempre que se empeñaba en algo, convencido de que lo lograría.

Quizá a usted le sorprenda si le hablo de una Francia muy

débil y desangrada por la primera guerra mundial. Pero eran otros tiempos, y aquellas personas sencillas vieron con buenos ojos que su hija se marchara, con un muchacho espabilado y sano, hacia un país del que todos decían que se había enriquecido durante la guerra gracias a su neutralidad y en el cual quizá ella tendría un horizonte más diáfano. Eso, y ver a su hija sin poder controlar ni los sentimientos ni los flujos del amor, que estaban, por decirlo de algún modo, a punto de derramarse, los ayudó a dar su conformidad para que se fueran juntos.

Sin embargo, y a pesar de la locura de su enamoramiento, la que sería mi madre impuso una condición innegociable: si Josep Massagué la quería por mujer tendría que buscarse un trabajo en tierra firme. Nada de barcos jadeando con regresos angustiosos. Ya había sufrido demasiados años el castigo de ver a su madre escrutando el horizonte por la pequeña ventana de la cocina, esperando en vano que la humareda del barco deseado señalara el retorno del hombre de la casa. Eso duró hasta que el eje de un pistón viejo y desengrasado le atravesó la pierna a su padre, llevándose tendones y nervios y vaciándola de sangre y de vida para siempre. Nunca se lo dijeron en voz alta, pero, entre llantos y maldiciones, madre e hija confabulaban que, si con los ahorros guardados que pudieran sacar de la desgracia reunían lo suficiente como para montar un negocio, tirarían adelante un café. Ciertamente éste debería estar en el puerto de Sète, no fuera que Gilbert, que era el nombre del que sería mi abuelo francés, se muriera de añoranza. Fue por eso por lo que a la taberna donde pescaron a aquel buen chico para siempre la bautizaron como Le Paradis.

—Si tú quieres una mujer, yo quiero un hombre, y no un fantasma que aparece cuando al mar le apetece vomitármelo.

En resumidas cuentas, lo tomas o lo dejas. Y lo tomó. Josep la quería y la deseaba con tanta ansiedad que cedió al instante y se puso a buscar trabajo en cuanto volvió a casa. Le fue muy fácil. Era una ley, conocida incluso fuera del barrio, que un hijo de la Barceloneta, joven y valiente, tenía siempre un lugar en el muelle para extraer tesoros y vergüenzas de los vientres de los barcos que llegaban de cualquier parte. Eso ahora se llamaría un *lobby*, y funcionaba como un reloj, sobre todo si estabas afiliado al sindicato dominante, como era el caso. Y fue así como en el año 19, sin pompa ni boato, Marie Guillaume desembarcó del *Sirena* en brazos de un hombre enamorado. A partir de entonces pasó a llamarse Marí, pronunciado con una erre nada francesa pero con un acento contundente en la i.

SEGUNDA GRABACIÓN

Me parieron un año más tarde y me convertí en el centro del universo con un primer alarido que le pareció de lo más musical a la partera del vecindario, Presentació Cendra, que me golpeaba el culo sin miramientos. Poco tiempo después, cuando la teta de mi madre aún me llenaba de leche y de placer, ya decidí hacer de mi barrio el ombligo del mundo. Y hasta hoy, cuando hace tantos años que no lo piso para no lagrimear y echar a perder la nitidez de los recuerdos, la Barceloneta sigue siendo para mí el lugar donde gira la vida.

Con menos de dos siglos de existencia, ese dedo de tierra había ido configurando un espacio singular entre la amplia libertad del mar y el denso trasiego del puerto. Para los foráneos era un territorio aparte, quizá turbio e incierto, pero para los que lo habitábamos constituía un ámbito de convivencia que acabó definiéndonos a todos, y me acostumbré a hablar, disfrutar y llorar de acuerdo a la manera de nuestro barrio, prisionero entre la soledad del

azul y los perfiles de una Barcelona que desde principios del siglo XX parecía despertar de una pesadilla y empezaba a explotar por todas partes.

En los recuerdos, la casa de mis padres no aparece tan minúscula como ahora sé que era en realidad. Imagino que un niño no sólo vive en los espacios que limitan con su cuerpo sino en aquéllos que puede invadir con los juegos de sus sueños. Doy fe entonces de que mi casa era inmensa y de que nunca percibí las paredes de ese pisito como el límite de mi hábitat. Por el lado de levante, y con una terraza asomada al mar, la casa grande llegaba hasta la playa, donde los dioses habían dispuesto en un armónico desorden las barquitas de los pescadores para que nos sirvieran de sorprendentes escondites en nuestros juegos nocturnos. Y por poniente se estiraba hasta el muelle, casi rozando los oscuros barcos y sus inquietantes ojos de buey, que derramaban secretas historias de viejos marineros que hablaban de lugares lejanos donde todo era diferente y a menudo morboso. Me daba igual si para ir de un lado a otro de la casa debía atravesar pasillos con farolas y nombres de calles. Incluso cuando la vida se me alargó más allá de la pubertad, siempre sentí el barrio como un hogar amplio y generoso.

Mi familia vivía en el segundo rellano de un edificio humilde. El piso era mínimo, apenas un comedor, la cocina y una habitación. El excusado, comunitario, estaba aparte, en un patio interior y oscuro, tras una puerta medio reventada. Cocinábamos y nos lavábamos en el mismo espacio. Más allá de los fogones de la económica, recuerdo un espejito colgado encima de la pila que no debía de tener más de un palmo y medio. Ante él, mi padre se afeitaba y mi madre se retocaba el cabello. Durante años, mirarme en él fue algo inalcanzable, hasta que un día glorioso tuve suficiente fuerza

como para levantar una silla. Por lo que respecta a las necesidades más íntimas, tenías que bajar hasta el patio interior, acordándote siempre de coger una llave medio doblada con la que podías cerrarte por dentro. Si te olvidabas e ibas apurado por una evacuación repentina, se iniciaban unas carreras a menudo dramáticas que podían acabar muy mal. Debo decir que, de pequeño, mi madre no me dejaba bajar por miedo a no recuerdo qué, y tenía que soltar mis desprendimientos intestinales en un orinal que ella se encargaba oportunamente de limpiar y hacer desaparecer.

La habitación de mis padres era el único dormitorio del piso, y albergaba el armario donde se guardaba toda la ropa y todo aquello que hiciera falta preservar, ya que era lo bastante grande y además tenía llave. A la derecha del armario estaba la máquina de coser con pedales de mi madre, todo un lujo francés que llegó desde Sète con el *Sirena* y que en diversas ocasiones se convirtió en la clave de nuestra supervivencia. Justo encima había un estante pequeño con los libros *peligrosos* que mi padre leía obstinadamente. Mi madre no permitía que estuvieran en el comedor por miedo a que yo curioseara en ellos y los dejaba en la alcoba matrimonial. La causa era yo mismo, pues según ella no hacía falta saber leer para que resultaran perniciosos y estaba convencida, decía, de que tan sólo mirando las tapas ya podían nublarme el entendimiento o incluso sorber el seso. Un palmo más allá estaba la ventanita que se abría cada día del año para ventilar la habitación, y justo debajo cabía la mesita de noche con un cajoncillo lleno de cosas pequeñas y el orinal de porcelana en la parte baja, dentro de un armarito donde quedaba escondido. Después seguía la cama, humilde y silenciosa. Yo era testigo forzoso de cómo se oían más los gemidos amorosos de mis padres que los lamentos de los muelles, aterrados ante tanta gimnasia

pasional. Mi madre volteaba y golpeaba aquel colchón cada día sin falta, y una vez al año lo subía a la azotea comunitaria para que Sibil·la, que nunca cantaba y era la vecina de tres casas más abajo, lo descosiera para abrirle la panza, vaciarla de lana y cardarla. Como si se tratara de un ritual, ese día mi madre me subía a la azotea de casa y me sentaba bajo la sombra de la ropa colgada en los tendederos para que pudiera mirar embobado los brazos fibrosos y ásperos de Sibil·la dibujando gestos hábiles y malabares con unas ramas pulidas y flexibles, haciendo volar las hebras de lana en un baile de cabriolas que me fascinaba, como si estuviese en un circo que celebrara su función únicamente para mí. Y más allá de la cama tan sólo quedaba sitio para dos sillas, una junto a otra, la primera hasta arriba de ropa, sobre todo la de faenar de mi padre. La otra siempre estaba limpia y vacía, vaya usted a saber por qué. Seguía la puerta que nunca se podía abrir totalmente, porque tras ella se amontonaban el resto de las fastuosas posesiones familiares. Hoy sólo consigo recordar un hierro para planchar, la tabla, la escoba de paja, la cajita con la peonza y un camión de madera que pintó el vecino de abajo, Ramon, con unos colores muy vivos. Allí también se guardaba lo que por encima de todo era mi objeto preferido: el aro.

Ah, el aro. Era un círculo de hierro, señor director, una circunferencia maravillosa, sin duda el tesoro más valioso y público que poseía. Créame, era la envidia de los niños de todo el barrio, amigos o enemigos, y también un elemento de seducción para las niñas más bonitas, que me miraban de reojo cuando pasaba conduciéndolo con maestría con un palo acabado en gancho y haciéndolo resbalar tan rápido como me permitían las piernas. Le hacía dibujar todo tipo de curvas, subiendo y bajando maltrechas aceras y cualquier obstáculo que me supusiera un reto, sin que aquel aro

mágico me dejase jamás en ridículo cayéndose al suelo en plena y comprometida exhibición. Lo sentía como si fuera parte de mi brazo. Cada impulso, torsión o movimiento era una orden precisa que el aro obedecía ciegamente, conduciéndome hacia un triunfo absoluto sobre mis competidores infantiles. No es que no hubiese otros, y mayores, tanto aros como niños, pero a buen seguro nadie lo manejaba mejor que yo.

Perdone, señor director, veo que dedico mucho tiempo a describirle detalles sin importancia que quizá no le sirvan para nada. Pero para mí cuentan mucho. Si le parece, me centraré durante un rato en contarle cosas de mí mismo y de los míos.

Me llamaron Germinal, que por entonces era un nombre que sólo se ponía a los hijos de obreros descreídos, impíos, revolucionarios, anarquistas, comunistas, sindicalistas y gente de mal vivir en general. En definitiva, a los hijos de la gente humilde y trabajadora, más bien agnósticos, con ganas de cambiar el mundo para poder transformar su desgracia y que, absolutamente convencidos, preferían el nombre de un demonio a cualquier otro demasiado bien visto por una Iglesia que sentían muy lejos de ellos, o mejor dicho, muy cerca de los señores. Que mi padre entrara a trabajar en el puerto y que ya de buen principio se complicase la vida enrolándose en el sindicato anarquista me hizo perder toda posibilidad de llevar un nombre que pudiera relacionarse con el Evangelio. Que yo recuerde, en el barrio éramos al menos tres niños señalados con ese nombre, pero por suerte ninguno de ellos cerca de la calle del Mar. Si no, corrías el riesgo de que te endosaran un diminutivo con el que te amputaban el nombre de manera irremisible y vete tú a saber qué más.

Aprovechando que he mencionado a mi padre, me

gustaría hablarle de él. Lo recuerdo como un dios, de esos antiguos que sólo se ven en las estatuas, y si me permite matizar, señor director, más griego que romano, manías que uno tiene, y en todo caso muy lejos de la iconografía del imaginario católico. Era así, bello como un dios antiguo. Yo me sentía orgulloso de aquella rara beldad, sencilla y esencial y, por cierto, nada habitual en el barrio. La poseía como si no fuera con él, sólo porque le nacía de dentro, de una energía interior que desplegaba belleza por todos sus músculos. Tenía un físico atlético y armonioso, que parecía cincelado por un escultor deseoso de que no se perdiera ni un ápice de voluptuosidad en cada forma de su cuerpo. Los emperadores necesitan hacer gala de sus poderes y realzar con adornos su belleza, si es que la tienen. Los dioses no, los dioses no tienen que demostrar nada. Son dioses, y eso es todo. Mi padre era uno de ellos.

Cuando a veces lo veía leyendo algún libro de esperanto para aprender a entenderse a sí mismo y al mundo, o cuando cogía el libro de un poeta que había muerto en el barrio no demasiados años atrás y con los ojos poseídos por los versos permitía que los rizos dorados de su cabello le cayeran perezosos por la frente, yo lo miraba embelesado como si contemplara una obra de arte. Mi madre también lo miraba de ese modo, pero con un brillo en los ojos que yo no entendía, y un suave jadeo en el pecho que ahora sí que entiendo.

Está mal decirlo, pero tendría yo trece o catorce años cuando descubrí que mi cuerpo sería como el suyo. Todavía confuso, observé en mí mismo el inicio de su belleza y, sintiéndome ufano por el poder que iba invadiendo mi físico, me convertí en un pertinaz vigilante de su armonía. Ahora, pasados tantos años, no creo que fuera sólo presunción, también eran ganas de parecerme a mi padre y que eso le

hiciera sentirse orgulloso de mí. Como un juego de espejos para que un día él me viese a mí como yo le había visto a él.

Pero voy muy deprisa. Esa fuerza en el cuerpo y una viveza que me habitó desde pequeño me fueron convirtiendo en el jefe de la pandilla de los cuatro, mis amigos de siempre. Desde que nacimos, nuestras madres nos sacaban a pasear juntos, exponiéndonos a las caricias de la gente. Las cuatro mujeres se caían bien, se habían hecho amigas, tenían prácticamente la misma edad, vivían en el mismo rincón del barrio y como por azar nos habían alumbrado con pocos días de diferencia.

Para los vecinos de la Barceloneta, vernos juntos se convirtió en una costumbre y por eso nos acabaron conociendo como la pandilla de los cuatro. Quien nos puso ese mote fue Ramon Ramanguer, el letraherido que regentaba El Ocaso del Capitalismo, un local que pretendía ser una librería y que tenía el acierto de que con el nombre ya indicaba tanto el contenido social y tendencioso de sus libros como las escasas rentas que éstos le producían al señor Ramanguer. Eso y una mente desinteresada por cualquier negocio le obligaban a malvivir más a menudo de la bondad de sus vecinos que de los éxitos mercantiles de unos libros pensados para unos obreros que, si ya era raro que quisieran leerlos, todavía lo era más que pudiesen pagarlos.

Ramon Ramanguer vivía tras dos culos de botella que le exageraban unos ojos pequeños sobre una nariz grande y una boca torcida. Era calvo, a excepción de seis o siete pelos largos y descuidados que se le aguantaban orgullosamente enhiestos, como si fueran unas antenas electrocutadas por algún relámpago con bastante mala baba. Por lo que respecta a su negocio, fiel al nombre que había escogido, era inequívocamente ruinoso. Suerte tenía de los diccionarios de esperanto que los anarquistas del barrio habían puesto de

moda, de los libros que cuatro vecinos trabajadores como mi padre le compraban muy de vez en cuando, de los pocos céntimos que le daban para que nos enseñase a leer y a escribir cuando teníamos cuatro o cinco años, antes de empezar el colegio, y de los escasos enseres que las madres adquirían para los estudios de sus hijos, porque en aquel tiempo muchas escuelas públicas ya proveían de libros y otros menesteres a sus alumnos.

Eso sí, tanto si había compra como si no, el señor Ramanguer nos ofrecía un servicio de mantenimiento logístico y cultural permanente, por ejemplo sacándonos punta a los lápices que le llevábamos mordidos y medio rotos. Les daba vueltas dentro de un sacapuntas metálico contrahecho y raro que sólo tenía él. A medida que los iba girando salían unos finísimos rizos de madera que, según de dónde viniera la claridad, adquirían un color dorado que nos fascinaba. Cuando nos tenía así, boquiabiertos a su alrededor como si fuera un druida, no podía evitar mejorar los valores que recibíamos en el colegio con enseñanzas republicanas, humanistas e izquierdistas que casi nunca entendíamos o vaya usted a saber.

Veo que voy saltando como una langosta, señor director; ya vuelvo a lo que le contaba. Joana, David y Mireia. Éstos eran mis hermanos de pandilla. Todos ellos eran algo mío, una parte de mí mismo. Si en los juegos con los otros chavales corríamos algún peligro, yo los defendía como un león. Sus problemas con los estudios eran los míos, los castigos de los demás eran sentidos como propios, los descubrimientos de cada uno debían vivir la complicidad de todos, hacíamos fondo común con los pocos céntimos que podíamos sisar a nuestros padres, nos entendíamos sin decirnos nada y nos enseñamos los lenguajes secretos de nuestros cuerpos sin el peso de los remordimientos y

vergüenzas de la época. Apúntese esto último porque fue muy importante.

Dentro del grupo nos habíamos repartido los papeles casi sin darnos cuenta, sencillamente por el devenir de las cosas. Era como si el grupo fuera un ente concreto y juntos hubiéramos encontrado la forma de hacerlo funcionar, cada cual desde su puesto y con su manera de ser.

El engranaje raras veces chirriaba, pero si lo hacía saltaba una alarma secreta sentida por todos y, sin decirnos nada, maniobrábamos hasta que la pandilla recuperaba el equilibrio, el karma, como dirían ustedes ahora.

De los cuatro, Mireia era la más resuelta y poseía un carácter de líder indiscutible. Desde muy pequeños nos acostumbramos a compartir ese papel de un modo espontáneo sin pugnar nunca entre nosotros y sin ser cuestionados jamás por David y Joana. Era lista como un rayo, firme en sus sentimientos, de cuerpo ágil y bonito, y la más decidida y valiente a la hora de las pullas y las peleas, siempre mirando de reojo para defender como una gallina clueca a cualquiera de los suyos que estuviese en problemas.

Joana, en cambio, tenía otro carácter. Su temperamento era suave y sensato. Le gustaba más conversar que correr o jugar. Contaba historias fantásticas que seguramente se inventaba y que escuchábamos cuando hacía mal tiempo y teníamos que pasar el rato encerrados. Hasta yo, convencido como estaba de que contar cuentos era cosa de niñas, la escuchaba absorto. Pero también debo decirle que me tenía el corazón robado, que me gustaba y me atraía su cuerpo delicado, tan femenino, que me hacía sentir su macho protector. Ya desde pequeños quedó claro que formábamos pareja, y las pocas veces que estábamos solos nos enseñábamos el cuerpo y nos aprendíamos excitados e inocentes entre los placeres del descubrimiento.

Queda David. Ah, David, señor director, guárdese este nombre. Era mi amigo del alma: tímido, sensible, bondadoso. Decir que era inteligente es poco, tenía una cabeza que funcionaba siempre y en todas direcciones. Estudiaba por el placer de aprender y los profesores lo querían con locura por la mezcla de ternura y sagacidad mental que lo hacía único en clase. Observador y calmado, nos sabíamos complemento y contrapeso el uno para el otro. Tenía un físico que parecía frágil, pero estaba poblado por fibras de un temple especial que lo hacían tan fuerte como yo mismo. Lo admiraba sin ningún sentimiento de celos por todo aquello que yo no tendría nunca.

Mireia y David también se emparejaban para los asuntos en que no hacía falta ser cuatro. Yo imaginaba que seguían el mismo proceso que Joana y yo. Pero cuando lo pensaba se me formaba dentro un vacío extraño que no entendí hasta mucho más tarde. En todo caso, y fuera como fuese, ese ir de dos en dos en los descubrimientos más íntimos no incidió nunca en la relación de los cuatro, algo que, bien pensado, todavía hoy me sorprende.

Perdone. Estoy cansado. Si no le importa, me gustaría parar aquí. ¿Sabe?, la cabeza se me cansa casi más que este cuerpo envejecido. ¿Le causa algún inconveniente si lo dejamos para la semana que viene?

TERCERA GRABACIÓN

No sé, señor director, si le convendrá para su trabajo que me extienda sobre mi entorno familiar. En todo caso lo haré resumiendo, no quisiera enredarlo con un exceso de detalles.

Empezaré por Joana. Era la única hija de Remei, que como tantas otras mujeres del barrio trabajaba de modista. Pero ella era de las afortunadas, porque estaba fija en un taller de mucho renombre de Barcelona que cosía para las grandes familias de la ciudad y, aunque la señora patrona lo llevaba discretamente, también trajinaba por los más selectos cabarés del Paralelo. Eso quería decir que Remei tenía un trabajo pagado más o menos regularmente, y ese hecho ya era considerado un privilegio para las demás mujeres del barrio. En cambio, las costureras que trabajaban en casa iban a tanto la pieza y mal pagadas, viviendo siempre con el ay en el cuerpo porque no tenían la seguridad de que al día siguiente les encargaran otra.

Remei se casó muy joven con Silvestre Pérez, un

chicarrón fornido y de buen ver que llegó de Murcia huyendo del hambre después de un servicio militar espantoso y mortífero en África. Lo reclutaron de peón de albañil, ahora no recuerdo muy bien dónde… se tendrá que acostumbrar… Me parece que era en un palacio de exposiciones que se estaba acabando, y, en todo caso, de allí fue a parar al puerto gracias a las influencias de una red de murcianos que le buscaron trabajo. Una vez en el puerto, los hados ya habían decidido que se encontrara con Remei y que se enamorasen. Pero hay que decir que no le fue nada fácil vencer las muchas reticencias que le pusieron los padres de ella, unos menestrales de Avinyonet de Puigventós a los que sólo la pobreza les hizo resignarse a aceptar que Remei los dejara cuando todavía era una niña para ir a trabajar a una ciudad como Barcelona, lejana y llena de peligros, con el único amparo de una tía soltera y taciturna que también era modista. Pero eso de que un murciano entrase en la familia les hacía arrugar la nariz. No lo vieron claro hasta que la fuerza de la naturaleza lo expresó en forma de una barriguita demasiado prominente para lo poco que comía la moza. Era Joana.

Como todo el barrio sabía que la franchute de mi madre había bajado del barco con una fastuosa máquina de coser como dote y que la manejaba con mucha destreza, Remei convenció a los amos de donde trabajaba para que le diesen trabajo a tanto la pieza. En aquellos tiempos, sólo había máquinas de coser como dios manda en los talleres, y poca gente se las podía permitir en casa. Así que gracias a Gertrudis, que era como llamábamos a aquel ingenio de mecanismos misteriosos, mi madre se sacaba un dinero importante para la economía familiar. La máquina le permitía coser muchas más piezas que una costurera a mano y con mejores acabados.

Silvestre también trabajaba en los muelles, pero en una sección distinta a la de mi padre. Compartían las larguísimas reuniones del sindicato y también las acciones en la calle, de las cuales, dicho sea de paso, ni Remei ni Marí querían saber nada porque se lo imaginaban todo. Usted ya irá viendo cómo, con el tiempo, nuestras dos familias se acercaron hasta quedar tan unidas que parecíamos la misma.

Por otro lado, el asunto de Mireia digamos que era mucho más complicado. Trataré de contárselo de forma abreviada, pero aun así nos llevará un rato.

El caso es que su madre, Núria, llegó a la Barceloneta de rebote, y lo hizo en condición de joven viuda. Era hija de una gran familia barcelonesa, parece ser que de una de las más ricas, con casa palacio en la parte alta de la ciudad. Pero he aquí que en una fiesta donde ningún azar debería haberla llevado encontró, conoció y se enamoró, todo ello en menos de media hora, de un escritor y dibujante que colaboraba en una revista de izquierdas, catalanista, obrerista, internacionalista y no sé cuántos pecados capitales más para una familia como los Rovira, que tenían para su hija pretensiones mucho más elevadas que un chupatintas muerto de hambre.

Voy deprisa. Rovira padre, al que le gustaba hacerse llamar don Manuel, se quedó muy trastornado cuando, viendo que Núria vivía en las nubes, decidió averiguar lo que pasaba. Hizo investigar al chico y llegó con rapidez a la conclusión de que era un enemigo a batir. Como en un cuento de hadas, amenazó a su hija con toda la artillería que tenía a mano para que abandonara a aquel adonis perverso y pervertidor. Don Manuel pensaba que su consentida hija no tendría el coraje de marcharse de casa para lavarle los calzoncillos a aquel simple, así que la convocó a su despacho de caoba, un habitáculo con muebles oscuros, cuadros

oscuros y oscuros sentimientos desde donde se dirigían los jugosos asuntos económicos, a menudo también oscuros, de la familia. Cuando la tuvo sentada en una silla colocada de tal forma que la chica pudiera apreciar la autoridad del padre, don Manuel le exigió que renunciara a sus tonterías. Ante la tímida aunque inesperada resistencia de su hija, el patriarca, que no soportaba que ningún inferior osara contrariarlo, insinuó que si no le obedecía en el acto la echaría de casa. Sin embargo, y sorprendentemente para el capitoste, la oposición de Núria prosiguió, puede que temerosa pero también más firme. Fue entonces cuando don Manuel liberó los insultos más patibularios que guardaba en el buche y, después de plantarle dos bofetadas que le hicieron perder el equilibrio, le espetó que ya podía marcharse de casa para no volver nunca más.

El hombre jugó fuerte y calculó mal el alcance de sus amenazas porque el enamoramiento de Núria ya no tenía cura ni freno posible. Según se comentó por la Barceloneta años después, la hija lo dejó con ese «nunca más» en los labios. Cuando abrazó a su madre para decirle adiós, Núria ya era consciente de que no le podía pedir ninguna ayuda que la llevara a enfrentarse con su marido. No lo hizo jamás. Como siempre, la señora Rovira hizo ademán de no entender nada. Pero conociendo a su marido desde hacía tantos años, percibió que aquello iba en serio y, entre lágrimas, sollozos y besos, le dio a su hija unas joyas de muchísimo valor. Ese gesto fue como una señal de alarma para Núria: a partir de aquel aviso reunió todo lo que pudo encontrar en casa en joyas y dinero, suyo y de sus hermanas.

Ver marcharse a aquella chica de casa bien hacia la incertidumbre de un mundo que desconocía, atemorizada por tener que dejar a los suyos, podría ser una escena conmovedora. Pero no, lo cierto es que salió de la Torre

Rovira con una sensación de liberación portentosa. Y así fue como se amancebó con Robert Grifeu en un piso pobre y caótico cerca de las Drassanes, donde el amor rezumaba a todas horas por todos los rincones. Desgraciadamente, y como sucede a menudo, ése no era el destino convenido por los astros.

Cuando aún no habían transcurrido veintisiete días, una patrulla de policías y sicarios que limpiaban las calles de intelectuales y obreros de izquierdas, pagados mayormente por algunos industriales, vaya usted a saber si también por Rovira, y coordinados casi siempre desde alguno de los sótanos del gobierno militar o de la prefectura de policía, atravesaron con un cuchillo el corazón y el estómago de Robert, que con sus dibujos ridiculizaba con demasiado acierto a los prohombres que pagaban a aquella patulea de facinerosos. Era bien entrada la noche, como siempre que regresaba de los bajos donde acababan de imprimir la revista, y ni siquiera tuvo suficiente vida para llevarse el nombre de su amada a los labios.

Por el barrio se dijo que Núria se había vuelto loca, y que bebía lo que no está escrito para tratar de borrar el recuerdo de todo lo sucedido. Añadían, bisbiseando, que sólo cuando el alcohol le nublaba el entendimiento podía respirar. Fuera como fuese, dos meses más tarde, de repente, sintió un pinchazo, un dolor en el vientre que le dio la primera señal de que Mireia se estaba formando. Entonces su instinto de madre surgió de la nada, emergiendo entre la anestesia etílica, y, previendo lo que vendría, empeñó algunas de las joyas que todavía guardaba y se dispuso a buscar un piso de alquiler lo más barato posible.

Así fue como llegó a la Barceloneta y dio a luz a Mireia, en abril de nuestro año, 1920. Pasados unos meses, y viendo que poco a poco el dinero se le escurría por cualquier agujero

y que las reservas no le durarían mucho, decidió ofrecer sus servicios en una casa de putas, lejos del barrio. La acogieron entre entusiasmadas y expectantes, por sus maneras tan finas, casi aristocráticas. Como ya puede imaginarse, a pesar de su discreto comportamiento, nada de todo eso pasaba desapercibido a los vecinos, pero se hacía como si… sencillamente, como si trabajara de noche. Demasiados dramas y peripecias había en las casas como para perder el tiempo escandalizándose por algo así.

El azar empezó a actuar e hizo que un día Núria sirviera con su cuerpo a un hombre fuerte, peludo y bastante mayor que ella, Ferran Jimeno, un contrabandista que también era de la Barceloneta, donde gozaba de buena reputación por su astucia y por ser una persona de bien. Ninguno de los dos lo sospechaba, pero Jimeno vivía a no más de cien metros del piso de ella. La cuestión es que Ferran se fue de la casa de moral ligera irremisiblemente seducido por ese no-sé-qué diferente de Núria. Y ese no-sé-qué diferente que Ferran le adivinó cambió el destino de aquella mujer para siempre. El contrabandista repitió tantas veces las visitas que llegó un día en que Núria encontró casi normal responder con un sí al hombre que le pedía salir juntos para poder cortejarla.

Ella se presentó a la cita con Mireia en brazos, toda ella vestida con puntillas blancas, pensando que era mejor no esconder nada y facilitarle a Ferran una retirada justificada. Lo último que podía imaginar era que la existencia de la pequeña desvelaría la inmensa ternura de aquel hombretón hasta hacerle dudar de si le interesaba más tener una hija que una esposa. Y cuando Ferran Jimeno encendía los motores internos se convertía en un toro difícil de frenar. La idea de casarse con Núria era ya irrenunciable. En realidad, fue como si cada una de las piezas encontrara su lugar, porque ahora estoy seguro de que Núria, después de pasar

por lo que había pasado, ya sólo podía amar a un hombre como él.

El día de la boda, Ferran organizó una fiesta que resonó por todo el barrio. Se gastó una fortuna. Invitó a prácticamente todo el vecindario, y no sólo porque tenía un corazón enorme y era feliz siendo generoso, sino también porque le convenía mantener un entorno cooperador con sus comercios clandestinos. Ese trato cercano le proporcionaba una telaraña de complicidades impagables cuando llegaban las batidas de los carabineros buscando mercancías prohibidas. Entonces, el entramado de subterfugios, escondites y sonrisas tontas debía funcionar con todas las poleas engrasadas. Y funcionaba, porque aunque no era el único contrabandista del barrio, sí era el más apreciado por todo el mundo.

Una vez instalada en su nuevo hogar, Núria se dedicó a su hija sin olvidar procurarle a Ferran dos niñas más, Flor y Lluïsa. Él aumentaba kilos de satisfacción por un destino tan generoso y ella le correspondía haciendo de mujer complaciente y organizándole el día a día. Estaba profundamente agradecida a ese hombre y se esforzaba para que pasase por alto que nadie le había enseñado nada acerca de las cosas de la cocina, la limpieza y el orden de una casa que no fuera inmensamente rica y llena de criadas. Esta carencia la acomplejaba muchísimo. Quizá fue por eso por lo que, pasado un tiempo, se empecinó en convencer a su marido para que la dejara ayudarlo en el reparto del contrabando. Sus hijas ya no le ocupaban todo el día y quería ser útil en el negocio familiar. A Ferran casi le estalló el corazón al oír aquella propuesta de sus labios. Pero Núria, persistente, y mientras lo recuperaba a golpe de sorbos de Agua del Carmen, argumentaba que una mujer como ella levantaría menos sospechas que un hombretón al que ya

conocían hasta las suegras de los policías. Apunto que en aquellos momentos el pobre Jimeno ya no oía nada, tan sólo era el espectador convaleciente de un extraño cinematógrafo que proyectaba una serie de vaticinios desastrosos: sus hijas llorando al ver a su madre detrás de los barrotes de una cárcel inmunda, su lecho matrimonial vacío y demás desgracias, mientras una música de violines disonantes lo estremecía.

No hubo nada que hacer. Si me lo permite, señor director, a mí siempre me ha parecido que las mujeres, al menos las que yo he conocido, tienen el don innato de la estrategia y la previsión. En cambio, la mayoría de los hombres a los que he tratado, y yo mismo a la cabeza, sólo sabemos de tácticas improvisadas. En una contienda a corto plazo, los hombres podemos tener esperanzas de vencer, pero si el asunto se alarga ya lo puede dar por perdido. Y así fue, dulcemente y sin peleas, porque el cariño era tan denso que no lo podía dispersar una discusión. En poco tiempo, y con unas dotes inesperadas, Núria empezó a adaptar las faldas para su futuro trabajo cosiendo hileras de bolsillos y faldones interiores que con docenas de cintas le permitirían trajinar allí dentro tanta mercancía como fuera preciso.

Había que ser fuerte y de espíritu animoso para salir de casa como si nada, sabiendo que si te pescaban ibas directo al calabozo. Cuando lo tuvo todo a punto, su determinación enamoró todavía más a Ferran y despertó la admiración de vecinos y conocidos. Hay que decir que, cuando iba de profesional, Núria se vestía como nadie en el barrio sabía hacerlo y se comportaba con la clase y la finura de las chicas más ricas de la ciudad. Los vecinos, que poco a poco entendieron lo que pasaba, cuando la veían así ya sabían que estaba trabajando y no le decían nada. Guardaba con cuidado todo el contrabando que transportaba, memorizaba

los lugares que Ferran le señalaba y procuraba con una graciosa sutileza que nadie se sorprendiera de algunos volúmenes que, en un repentino movimiento de su cuerpo, tal vez devendrían excesivos y no demasiado armónicos con la anatomía que la gente le pudiera suponer.

Aunque eso hoy podría ser juzgado severamente, la actividad pasó con naturalidad de la madre a las hijas a medida que las niñas cumplían años. Se acostumbraron a transportar el contrabando con la desenvoltura, si me lo permite, de los grandes profesionales. En especial Mireia, que era una artista. A veces venía a jugar con nosotros, y si ella no nos lo confesaba, era difícil que dedujéramos que iba cargada hasta el cuello. Seguramente las circunstancias que ya le he descrito debían de configurarle un carácter especial que hacía que, mientras que a los demás se nos agitaba el corazón ante una fechoría o una contrariedad, ella pareciese ajena a todo riesgo y peligro.

Pues llegados hasta aquí, me parece que ya sólo quedan los padres de David. Eran los más sencillos, que en aquel tiempo no quería decir los más pobres. El padre, Màrius Baster, era la cuarta generación de una dinastía de pescadores que tenían barca propia: la *Sarita*, un laúd pequeño pero vivo, valiente, y el mejor aparejado de la playa. Ya verá, señor director, como para nosotros, los de la pandilla de los cuatro, la *Sarita* fue como un personaje con vida propia. Hicimos girar tantas cosas a su alrededor que sin ella nada de lo que le he contado sería igual.

Tengo entendido que los abuelos de David construyeron aquella casita de planta baja en la parte más extrema del barrio, con el mar a un lado y el perfil de la ciudad que se dibujaba más allá de los muelles al otro. Más tarde, cuando se derribaron casi todas las otras casas para hacer pisos, la suya quedó como una rareza. En aquel barrio de oficios duros

y portuarios, de luchas sindicales, de riesgos sociales y policiales, el suyo era un mundo aparte, regido por un ritmo del tiempo distinto, con unos horarios extraños determinados por el viento y las lunas, y el escaso dinero que entraba en casa cuando quería, según la suerte de la pesca o el infortunio de los temporales. A los demás miembros de la pandilla nos cautivaba que la herramienta de trabajo de Màrius no fueran ni hierro, ni muelles, ni grúas, ni cadenas. Era sólo una frágil barquita, azul y amarilla, varada delicadamente sobre la arena, la mejor pintada y la más bonita de todas. Y suya, de propiedad. Acostumbrados como estábamos a los oficios portuarios de mi padre y del de Joana, o a tan peligrosos como en el caso de Mireia, Màrius y su barca eran el símbolo de otro mundo, también difícil, pero que nos parecía más libre, o al menos un poco menos esclavo.

La *Sarita* y el carácter sencillo y calmado de ese hombre hacían que, cuando el sol comenzaba a bostezar, nuestros encuentros siempre fueran a su abrigo. Era un espacio hecho a medida para nuestros juegos y, además, alimentábamos la secreta esperanza de que nos llevara a dar una vuelta mar adentro para que pudiéramos hacer volar los sueños. Sólo lo hacía muy de vez en cuando, como si aquel pescador tuviera miedo de que nos acostumbráramos al mar… o a la barca.

Con gestos que venían de muy lejos, Màrius consumaba una extraña liturgia que envolvía de pausas hasta que dejaba a la *Sarita* acicalada y a punto para zarpar. Cuando cubría la red de estribor de popa con una lona envejecida, era la señal de que se acababa el tiempo de recreo y teníamos que partir, él hacia el mar y nosotros hacia casa. Ya se lo puede imaginar. Siempre remoloneábamos a la hora de dejar la *Sarita*. Entonces Màrius nos empujaba suavemente y nos acompañaba a cada uno hasta su puerta. Gracias a eso, y

sabiéndonos bajo la protección de aquel buen hombre, nuestros padres jamás nos prohibieron ir a la playa o volver más tarde de la cuenta, a pesar de que éramos unos renacuajos.

De su mujer, Mercè, hablaré largo y tendido, pero eso será más adelante. Tenía un carácter como la miel y unas manos de filigrana con las agujas. Muchas tardes nos la encontrábamos en la *Sarita*, cosiendo y repasando las redes y todos los enseres que sus manos finas podían arreglar o recomponer. Se decía de ella que en cuestión de punto y costura era la que tenía las mejores manos del barrio, pero nuestras madres también comentaban en voz baja que eran demasiado lentas para ganar dinero. Sin embargo, cuando una pieza tenía algún secreto difícil de desentrañar o algún ornamento complicado de componer, todas acudían a Mercè.

Se había espabilado para vender el pescado de Màrius en uno de los restaurantes más famosos y caros de la ciudad alta, que se hacía llamar ostentosamente El Gran Faisán. Resulta que uno de los *maîtres* era primo suyo en segundo grado y le facilitó una entrevista con el jefe de cocina, que, viéndola tan entera y con un género tan bueno en el cesto, le dio un trato ventajoso, pagándole lo que por entonces eran unas cantidades sustanciosas. De todas nuestras familias, era en casa de David donde siempre había algo de comer, aunque fuera el pescado más pobre, que Mercè secaba, salaba o ahumaba en previsión de malos tiempos. Sólo si los temporales se encadenaban en rosarios impíos, la cara le languidecía, preocupada por el plato en la mesa de los suyos.

Todos nosotros, señor director, constituíamos una muestra representativa de la gente de aquel barrio. Usted ya se imaginará que, más allá de nuestro minúsculo y sencillo ámbito, había un mundo más intrincado y complejo donde campaban las miserias, las envidias, las pasiones y las

luchas. Pero de momento nos quedaban lejos. Hablaré de todo ello a medida que avance en el relato, porque también conocimos ese otro mundo. Y de qué manera.

CUARTA GRABACIÓN

Es curioso. Cuando eres niño, incluso cuando eres joven, casi nunca prevés como importantes las cosas nuevas que están por llegar y que trastornarán tu vida. Hay tantas novedades, y llegan a tanta velocidad, que al final parecen no tener trascendencia para el adolescente atribulado que debe vivirlas. En cambio, cuando te haces viejo, viejo de verdad, quedan tan pocas cosas nuevas por abordar que cada una de ellas deviene valiosa. Y a fe que, a mi edad, las cosas que deben sobrevenirme ya sólo pueden ser trascendentes. De hecho, casi ni haría falta hablar en plural.

Me embrollo con estas banalidades porque cuando mis padres me dijeron que tendría que ir a la escuela no me impresionó nada. Me atrevería a decir que ni siquiera sentí curiosidad. Claro que sólo tenía seis años, pero ahora me parece imperdonable. Ocurrió a final del mes de septiembre de 1926. Los cuatro de la pandilla quedamos repartidos por sexos; a Mireia y a Joana les tocó la Escuela Nacional de la

calle Balboa, y David y yo conseguimos plaza en una escuela nueva del barrio. La llamaban la Escuela del Mar y debo confesarle que en absoluto imaginábamos que al traspasar aquel umbral quedaríamos marcados para siempre.

Era un edificio de madera de dos plantas, diferente de todos los de alrededor, y fue construido pensando que la playa y el mar adquirieran un protagonismo crucial. O por decirlo de otro modo, que las aulas se abrieran y éstos formaran parte de los recursos pedagógicos. Los promotores de la escuela querían que la naturaleza fuera parte activa de nuestra educación y también un factor positivo que nos ayudara a mantener la salud en tiempos tan difíciles. Estaba muy cerca de la casa de David y era tan diferente del resto de las construcciones que se la distinguía magnífica.

¡Ah! La Escuela del Mar. Qué maravilla. ¿Ha oído hablar alguna vez de la Escuela del Mar? Es usted tan joven… No se lo tome a mal, pero seguro que si entra en internet encontrará información. Le puede interesar mucho.

No fue el azar quien me llevó allí, sino la cabezonería de mi padre, que estaba obsesionado. Y cuando él se emperraba en algo no había ni dioses ni demonios que pudieran hacerle desandar el camino elegido. En los círculos obreros del barrio, que él frecuentaba por cuestiones de militancia, se decía que era una escuela con nuevas maneras de entender la educación de los niños, unas formas diferentes, revolucionarias para la época. Se había interesado en ella desde que la fundaron, en el año 22, y cuando a finales del 23 el cretino de Primo de Rivera dio un golpe de estado por el poder de sus bigotes más íntimos y con el beneplácito de un sector importante de la gran burguesía de Barcelona, de donde era el capitán general, mi padre, más que pensar en los problemas gravísimos que eso comportaría para los de su clase, se angustiaba: no fuera que aquellos reaccionarios le

cerraran la Escuela del Mar y su hijo no pudiera ir.

— Marí, ¿qué te parece si llevamos a Germinal a la Escuela del Mar?

—*J'emeré* mucho, pero Remei dice que es muy difícil entrar. Se ve que tienen *priorité* los niños debilitados por alguna *maladia*, y Germinal hace demasiada buena *figure*. —Poniéndose la mano en la cara.

—Sí, pero parece que quieren cambiar eso y que los niños del barrio y de familias humildes tendrán ventaja. Y para humildes, nosotros más que nadie. Valdría la pena intentarlo. Dicen los compañeros de las reuniones que allí los maestros enseñan a las criaturas con métodos mucho mejores que los de siempre.

Mientras lo escuchaba, mi madre lo miraba embobada. Ella fue consciente de ese idealismo romántico desde el primer momento en que lo vio, con los ojos azules llenos de horizontes inalcanzables, sentado allí, en aquel discreto rincón de Le Paradis, bello y descarado, venga a pedirle cafés, mientras ella venga a menear las caderas para darle a entender que le gustaban los hombres así.

Definitivamente era un testarudo. Debió de mover cielo y tierra, ignoro qué hilos anudó, pero al final consiguió mi inscripción. Y no sólo la mía. Màrius y Mercè, sobre todo ella, querían que su David también fuera, y mi padre se empleó a fondo para complacerlos. Que lo lograra fue un golpe de suerte para mi compañero, porque en aquella escuela encontró un lugar donde su mente inició un largo camino que lo transformaría.

Llegado el día, y acompañados por el señor Ramon Ramanguer, que con boina y ademán de clueca ufana no quería perderse la llegada de sus polluelos a la cultura y al conocimiento, fuimos hacia aquel edificio extraño que estaba sólo a un tiro de piedra de casa. Recorrimos aquel camino

como si fuera una ceremonia, como quien va a un banquete del espíritu. Y a fe de los dioses que lo fue, aunque David y yo no nos dimos cuenta hasta más tarde. Mi padre se puso de punta en blanco, mi madre se acicaló como yo no la había visto nunca, y lo mismo hicieron Màrius y Mercè. Aunque David y yo no levantábamos un palmo del suelo notábamos que pasaba algo importante porque, como todos los críos, sabíamos escuchar el latir de los corazones de la gente que amábamos. Y todos ellos palpitaban íntimamente exaltados.

Quizá, señor director, para entender el contexto, y si le parece bien, convendría que le explicara que en las asambleas sindicales a las que asistía mi padre coexistían una mezcla de gentes y necesidades muy diversas. Unos iban a por un trozo de pan, otros por un sueño idealista, y muchos porque se sentían explotados y en el horizonte sólo se veía la oscuridad de una vida hipotecada a los poderosos. También estaban los que se encontraban entre dos aguas sin saber muy bien qué hacían allí, gente humilde y trabajadora de toda condición. Y finalmente, por qué no decirlo, algunos sicarios sin escrúpulos.

Entre aquel guirigay de gente diversa también había algunos hombres de cultura que normalmente procedían de la burguesía y que, alentados por ideales de libertad y humanismo, estaban dispuestos a jugársela con tal de cambiar el viejo régimen, que sentían putrefacto. Eran hombres cultos, universitarios, que defendían a los humildes y su dignidad en busca de un mundo que soñaban mejor. Suena trasnochado, ya lo sé, pero era así. Muchos de ellos arriesgaron la carrera, la hacienda y finalmente la vida. Ninguno de ellos sospechaba que, entre todos, estaban abriendo las puertas de un infierno atroz que lo devastaría todo, y a ellos en primer lugar.

Le digo esto porque cuando mi padre empezó con las

reuniones sindicales, forzosamente clandestinas, en las que se jugaban la vida, tenía apenas quince años. Si era cierto que por extracción social o por edad no le correspondía tratar con intelectuales, pensadores o poetas, gracias a su militancia y a la esperanza, quizá excesiva, que muchos anarquistas tenían puesta en la cultura, mi padre tuvo la posibilidad de confraternizar con ellos. Observándolos, algo en su interior le descubrió que había otra manera de ser hombre, de ser persona.

Comenzó a llenar de libros las horas calmadas de las largas singladuras, a leer los panfletos sobre luchas sociales y las publicaciones literarias que le recomendaba Ramanguer, e incluso se atrevió con la poesía. Justo es decir que su físico portentoso lo salvaba de las befas de sus compañeros marinos, que no entendían que aquel joven, que era el más fuerte de todos y que cuando estaba en celo seducía a todas las mujeres que ellos no podían conseguir, tuviera costumbres que consideraban de remilgado maricón, como por ejemplo leer poemas.

No sé quién debió de decirle, seguramente algún ilustrado de aquellas reuniones, que Salvat-Papasseit, el poeta de los obreros, como le llamaban, había venido a vivir al barrio, no muy lejos de casa y con la salud bastante deteriorada. «Uno de los nuestros», decía mi padre, orgulloso. Cuando a veces veía pasear a aquel hombre, hacia el atardecer, menguado de salud, desmejorado el semblante, aterrado por la muerte, mi padre no captaba nada de todo eso. Se quedaba encandilado, observándolo como si pasara un héroe de la antigüedad en todo su esplendor. Cegado como estaba de admiración, era incapaz de entrever el agobiante esfuerzo de cada gesto y cómo la vida se le escurría a cada paso.

Compró un libro suyo que Ramanguer le había aconsejado. Comprar es un eufemismo, lo dejó a deber como

era habitual. Ramanguer, con tal de que «sus» trabajadores fueran letrados, hizo de El Ocaso del Capitalismo una experiencia vivida día a día hasta la ruina total. Alentado por el librero, se las apañó para encontrarse con el poeta en uno de sus paseos crepusculares y pedirle que le dedicase el libro. Salvat-Papasseit, algo sorprendido, le escribió dos frases gentiles y lo invitó a que lo acompañara, como de bastón, hasta su casa. Mi padre se sonrojó como un niño avergonzado de tan honrado como se sentía, y mientras caminaba a su lado, midiendo y cuidando cada paso, el poeta le preguntó en qué trabajaba, quién y cuánta era su familia, qué libros leía y cuatro cosas más, hasta que se despidieron afectuosamente. Josep Massagué, que no imaginaba que esto pudiera pasarle ni en el sueño más libertario, volvió a casa agitado.

—Me ha firmado el libro, tenemos un tesoro —dijo a Marí con los ojos húmedos.

Y es cierto que en casa, desde aquel día y por siempre jamás, se trató aquel libro como un tesoro. Más tarde, mi madre me contó que cuando al cabo de un par de años el poeta murió, mi padre se puso un brazalete negro en señal de luto y no se lo quitó hasta que, con el tiempo, se perdió en una colada. El mismo día, cuando se enteró, fue a casa de Ramanguer para comprar los demás libros que el poeta había publicado, incluso el que le editaron unos amigos tras su muerte, como para sustituirlo, como para vengarse de su ausencia. Las personas tenemos prontos muy extraños.

Todo esto se lo cuento para decirle que, para mi padre, palabras como *educación, conocimiento* y *cultura* ocupaban los altares más importantes de su Olimpo particular. Los únicos altares y dioses que veneraba.

Me decía orgulloso:

—Has nacido en la calle del Mar, a ti te toca ir a la Escuela

del Mar más que a nadie.

Por lo poco que sé, la situación de los obreros, heredada del siglo XIX, era espantosa. Qué poco sabemos, señor director, de todo aquello. Pero con el golpe de estado de Primo de Rivera, las reivindicaciones, las demandas de mejoras salariales, condiciones laborales y libertades sindicales, se convirtieron en un peligro extremo. La respuesta brutal de grupos «incontrolados», a menudo controlados por los mismos gobernadores civiles o militares de Barcelona, como el famoso Martínez Anido, ligero de sangre y de bragueta, estaba financiada con el dinero de algunos grandes industriales sin escrúpulos que se habían acostumbrado al lucro fácil durante la primera gran guerra y a los que ahora la paz dejaba en una situación de desventaja.

Voy directo al grano y se lo explico algo toscamente: con el final de la gran guerra, el tímido renacimiento de las economías europeas y su competencia en los mercados debilitó el volumen de las plusvalías a que se habían acostumbrado los industriales y comerciantes de aquí. Quisieron arreglarlo a base de estrangular todavía más los escasos sueldos de los obreros y, cuando hacía falta, torturando o matando a los más significados de los que se oponían o que lideraban las organizaciones de trabajadores. Esto último era muy sencillo: había suficientes cerebros desatinados, malvados o muertos de hambre dispuestos a hacerlo, y más sabiéndose protegidos bajo las alfombras del poder. Estos hechos provocaron la respuesta airada y a menudo violenta de los obreros, y así se puso en marcha una espiral exponencial de desbarajustes. Seguramente todo debía de ser más complicado o complejo y se podría matizar mucho de lo que le he dicho, pero ahora no se me ocurre otra forma de explicárselo.

El caso es que la Escuela del Mar estaba precisamente en medio de aquellos temporales, como si fuera indemne al entorno descontrolado que la rodeaba. Ella me convirtió en un estudiante tirando a bueno. No se enfade conmigo, señor director, quizá insisto demasiado, pero si no le han llegado referencias de aquella institución no deje de buscarlas; seguro que le seduce. De todas las cosas bellas que murieron con la República, la Escuela del Mar sería para mí una de las más excepcionales. En medio de aquel caos político, de la convulsión social, de la lucha y el embrollo de valores, alguien creía firmemente que el futuro del país y del mundo se basaba en la educación de los niños. ¿Puede comprender lo que representaba? En mitad de la hecatombe que vivía nuestro país, y que pese a nuestra edad ya intuíamos, mientras la gente se mataba a golpes por la calle, las bombas de los atentados obreros desollaban empresarios, las pistolas de los sicarios de los industriales mataban trabajadores, y asesinos institucionalizados ya preparaban el desgarramiento de la República; mientras todo esto pasaba, había unos hombres y unas mujeres que ejercían y daban sentido a una de las palabras más preciosas que se puedan encontrar en cualquier diccionario: *magisterio*.

Pues, como le decía, allí me resultaba fácil aprender. A mí, que tenía una energía en el cuerpo que se me escapaba por todas partes, el hecho de llegar de buena mañana y que me ejercitaran con tablas de gimnasia en la playa, viendo el mar, sintiendo el rumor de las olas y la arena en los pies, como un aperitivo del aprendizaje, me ponía a punto todas las neuronas. Después nos daban un desayuno sencillo pero alimenticio. De casa apenas debíamos llevar nada. Papel, libreta, libros, lápices, todo nos lo daba la escuela, que patrocinaba el Ayuntamiento de la ciudad. Ramanguer estaba dichosamente encelado. Pero lo más cautivador, por los

tiempos que corrían, era que dentro de aquel edificio los maestros te trataban como si fueras el objetivo y el sujeto de su trabajo. Las cosas se aprendían comprendiéndolas, no reteniéndolas como una letanía que hubiera que memorizar. La autoridad del conocimiento se impartía desde la convicción, y no por la imposición. Recuerdo… ¿cómo era? Sí. El emblema de aquella escuela: «Aprender a Pensar, a Sentir, a Amar».

Cada cual hablaba en su lengua materna, y eso no representó jamás ningún problema porque aquella diversidad de procedencias, lenguas y acentos siempre se nos presentaba como una complejidad cultural que nos enriquecía. Nos acostumbramos a convivir con gente de toda clase, y allí los hijos del director o de los maestros, cuando se ponían la bata, no eran más ni menos que nosotros.

En otro orden de cosas y en poco tiempo, mi amigo David empezó a crecer y crecer, hasta convertirse en un estudiante portentoso, motivado para aprenderlo todo. Hizo de la lectura y del estudio unas herramientas que le excitaban el intelecto y le pulían el espíritu. Ahora pienso que quizá también encontraba un magnífico escondite para su sensibilidad, casi excesiva para aquellos tiempos; pero vaya usted a saber. Los maestros, disimuladamente, estaban maravillados de ver cómo la simiente que sembraban estallaba y florecía en aquella cabeza como en una primavera permanente. Durante los años que duró nuestra estancia en la Escuela del Mar, yo fui el privilegiado espectador de su evolución. Sin cambiar nada de su sencillez y de nuestra amistad, vi cómo me adelantaba sin remedio gracias a unas cualidades que en aquellos tiempos yo no sabía definir. Al principio intenté seguirlo, más por solidaridad de compañero que por celos, pero pronto entendí que era inútil y que involuntariamente lo estaba obligando a hacer su camino más pausado, sólo por

esperarme. Así que un buen día pensé: «Vuela, compañero, vuela», y con disimulo me descolgué de su lado, y vi cómo él entraba en espacios adónde yo no llegaría jamás. Ni yo ni nadie de aquella clase. Nada me hacía tan feliz como sentir que se escapaba para encaramarse más alto.

Por otro lado, yo tenía un carácter abierto, sin complejos, y una viveza física potente, que en aquellas edades ayudaban mucho. Vi que pronto me convertía en un pequeño líder aceptado por los compañeros y también por los profesores. Recuerdo que allí a lo que hoy llamáis delegado de curso lo denominábamos cónsul. Pues a mí me nombraron cónsul y me dieron cargos de responsabilidad un montón de veces, y si bien no dejaba de halagarme que me escogieran, siempre me puse una condición interior: pedir a David que estuviera a mi lado. A los demás podía parecerles que iba de segundo, pero para mí nunca fue así. En el fondo formábamos un binomio equilibrado que gustaba a todo el mundo, a los alumnos y a los maestros. Nos acostumbramos a estar siempre juntos y a hacernos copartícipes de casi todo.

Cuando al atardecer nos encontrábamos los cuatro, las dos niñas se quedaban embobadas oyéndonos hablar de la Escuela del Mar. Joana se quedaba absorta repasando todo lo que habíamos hecho, tan diferente de como funcionaba la Escuela Nacional, sobre todo por las influencias de la dictadura, que había vuelto a convertir sus aulas en un sinónimo de seminario de monjas de estar por casa.

Mientras tanto, afuera, los acontecimientos políticos se sucedían uno tras otro. El 14 de abril del 31 fue uno de los más grandes: se proclamó la República, y en la escuela se recibió con el entusiasmo nada disimulado de los pedagogos. Si tengo que serle sincero, señor director, era coherente que unos maestros con ganas de progreso fueran republicanos o antimonárquicos. Pero lo mismo sucedió fuera de la escuela.

Incluso reconociéndole que mi barrio era especialmente izquierdista, no puedo acordarme de nadie que por entonces se doliera de la partida del rey Alfonso XIII. Fue un estallido de alegría colectiva como pocos otros recuerdo por mucho que me estruje el cerebro.

Y ni le cuento en casa. Mi padre y mi madre enloquecieron y, de tanto calor republicano como sentían por dentro, se inflamaron en una especie de segundo enamoramiento. Pero oiga, quizá debería aprender a prescindir de acontecimientos históricos y de algunas rebeliones militares prostáticas, porque si no, me encallaré continuamente en el relato; así que vuelvo a mi escuela.

Cuando ya estábamos en los últimos cursos, un día que recuerdo inmensamente poético, apareció de repente una barca varada en la playa. Todos la mirábamos de reojo mientras hacíamos gimnasia, inquietos e intrigados por aquella novedad. Cuando terminó la clase, los maestros, con una luz muy especial en los ojos, nos reunieron para decirnos emocionados: «Mirad, esta mañana los antiguos dioses de Grecia nos han dejado una barca varada en la arena para vosotros. Se llama *Nausica*. A partir de ahora, cuando haga buen tiempo, iremos a estudiar algunas asignaturas al mar, ¡con la barca!». ¡Rediós!, ¿se imagina, como dicen ahora, qué cambio de chip? ¡No nos lo creíamos! Una barca para ir a clase, para leer algún fragmento de poesía o discutir algún pasaje de la clase de historia, filosofía, geografía… O sencillamente para sentir las olas y soñarnos piratas. ¿Se lo puede creer, señor director? Añado que en un barrio de marineros y pescadores aparejar y engalanar la barca fue una tarea compartida y familiar. E incluso, cuando a veces no nos tocaba y era otro el grupo que durante el tiempo libre se preparaba para salir, David y yo nos sentábamos en la playa para verlos zarpar hacia un mar imaginario de sensibilidades,

conocimientos y aventuras. ¡Rediós, qué imagen más potente para los ojos y los sentimientos!

No le negaré que, cuando llegué a casa, esperé ilusionado a mi padre, que siempre regresaba del trabajo cansado como una mula, para contárselo. Lloró como sólo sabían hacerlo los hombres de antes: con los ojos bien abiertos, sin un sollozo, las lágrimas cayendo libremente por los surcos de la felicidad y mirando hacia un punto misterioso donde debía de ver aquel Olimpo del que le hablaba.

Querían darnos las herramientas que nos hicieran descubrir otra manera de ser personas. ¡Qué cojones!, y usted perdone. ¡Uf!, pasaron tantas cosas trascendentes en aquella escuela que aún hoy, cuando lo evoco, me estallan emociones en el pecho y me cuesta no atragantarme.

QUINTA GRABACIÓN

Crecíamos casi sin darnos cuenta, yo diría que a gran velocidad, entre sucesos que por su dramatismo y por lo que pasaría después son ahora hechos históricos. Y si fuese un narrador un poco más imaginativo y menos cuidadoso con la manipulación de los datos, no inventaría casi nada contando que la primera menstruación de Joana le llegó el día de la proclamación de la República, o que mi primera eyaculación nocturna fue justo cuando descabalgaron a Primo de Rivera, o que Mireia se dejó casi penetrar por David con el estreno del Bienio Negro, o que Joana me tocó «aquello» mientras inauguraban la Exposición Universal de Barcelona. Es fácil: cada punto de inflexión de nuestras endebles existencias coincidía con alguna celebración o evento más o menos estruendoso. Pero nosotros, qué quiere que le diga, vivíamos alejados de las páginas de la Historia, incluso de la letra pequeña. Éramos sólo el polvo que algún erudito sacudirá algún día soplando sobre el papel para poder leer con más

claridad lo que está escrito.

En el año 34, cuando aún no habían pasado ocho años desde mi ingreso en la escuela, ante las penurias que veía en casa tomé una decisión importante: interrumpir el bachillerato elemental y ponerme a trabajar para ganar alguna peseta. O sea, decir adiós a la Escuela del Mar. Yo tenía catorce años y salud, y eso ya era una suerte. Tuve que meditarlo mucho. Y solo, porque sabía que todos los que me querían, y más que nadie David, no me apoyarían. No obstante lo hice, y convencido. Pero cuando dejé aquella escuela algún rincón de mi ser quedó vacío para siempre, y le puedo asegurar que, aun siendo tan joven, intuí que aquel vacío nunca volvería a llenarse con algo parecido.

Mi padre se obcecaba en que continuase los estudios y que hiciera los superiores, como si no fuese el hijo de un obrero, de un descargador del muelle y pudiera llegar a la universidad. Yo me consideraba bastante buen estudiante y me habría hecho ilusión continuar, pero nunca confié en que mis capacidades fueran suficientes para conseguir una beca y, sobre todo, me molestaba ser una carga para la familia. Los sueños de mi padre, que a fuerza de obstinación llegaban a veces a hacerse sorprendente realidad, aquella vez no se cumplirían, porque el mapa de carreteras que yo me había trazado iba por otro camino.

Mientras tanto, y no en demasiado tiempo, los maestros de la escuela hallaron la forma de que David pudiera solicitar una beca del Ayuntamiento para seguir estudiando. Estoy convencido de que habrían sacado el dinero de su bolsillo o vendido la *Nausica* para que pudiera continuar los estudios. Por otro lado, Joana soñaba con seguir el camino «idílico» de su madre: ser modista. La escuela le aburría. Remei le había enseñado a ser habilidosa con los dedos y anhelaba entrar de aprendiza en su taller. Sabía que al principio no la harían fija,

pero que respondiendo «sí, señora», «mande, señora» tantas veces como hiciera falta, y demostrando que no ahorraría horas hasta que el trabajo estuviese terminado, acabarían haciéndola de la plantilla. No podía pedirse más para la hija de un murciano descargador de muelle como Silvestre. David se estrujaba la cabeza en vano para que Joana se interesara por otra ocupación, pero ella estaba obsesionada con que nada sería tan tranquilo ni provechoso como el honorable oficio de costurera. En otro orden de cosas, y a medida que crecía, su belleza armónica y frágil se manifestaba claramente, y yo me consideraba un privilegiado por ser su compañero. Su aspecto reservado y sensible me convertía en un macho en celo obsesionado por marcar el territorio, no fuera que se acercara algún otro chico a discutirme la propiedad. Aún hoy me sorprende cómo detrás de aquella aparente timidez se escondía una chica decidida a no decir nunca «no» a mis apasionados requerimientos.

Pero de nosotros tres, y con la edad que teníamos, Mireia era de largo la que llevaba una vida más excitante. Si la comparábamos con la nuestra, la suya estaba llena de aventuras arriesgadas y cinematográficas, yendo de aquí para allá con los faldones cargados con pequeños paquetes de contrabando, normalmente cafés selectos, alimentos que escaseaban, tabaco y otros artículos que no fueran demasiado voluminosos, subiendo grácil a los tranvías, paseando al lado de los guardias del puerto o adentrándose en los ignotos barrios altos de la ciudad sin una pizca de temor. Como ya sabe, a su madre le venía de familia saber acicalarla como a una señorita de casa bien, para que pudiera dejarse caer por los barrios de la gente rica sin levantar sospechas. Nosotros la veíamos partir, arregladita con auténtico primor.

Y ella convertía su provechosa actividad en un juego de

emociones, estrategias, simulacros y huidas arriesgadas. Pero es que, además, todo aquello le daba licencia para invadir la ciudad de los otros: los poderosos. Gozaba del raro privilegio de conocer, e incluso tratar, a la flor y nata de los más ricos de la capital. De alguna manera, además de ser risueña y bonita, cuando hacía falta también podía ser educada como una «Rovira». No es preciso que le enfatice que siendo portadora de los objetos de deseo de los señoritos, las puertas de las grandes casas se le abrían de par en par y no era extraño que la invitaran a comer un dulce o a un refresco de granadina, incluso podía perder el tiempo jugando con niños de su edad. Nosotros nos quedábamos boquiabiertos cuando, al anochecer, en la playa, nos lo contaba con pelos y señales, con un deje de indiferencia para impresionarnos todavía más, pero dejándonos bien claro que por nada del mundo cambiaría nuestro barrio o a nosotros por aquella gente envuelta en celofán.

Normalmente, la hora del encuentro diario de la pandilla era casi siempre al caer la tarde y, si el tiempo lo permitía, en la playa, alrededor de la *Sarita*. El pequeño grupo de barcas, entre las que estaba la de Màrius, era nuestro paraíso particular. Allí teníamos rincones diferentes dependiendo de donde soplara el viento o de la intimidad deseada. Cuando llovía nos montábamos un refugio bajo la barca, utilizando los palos de varar menos grasientos y las lonas medio harapientas que había entre los aparejos para ensamblar una especie de tendal. ¡Un sueño! Adolescentes, entre los colores brillantes de los laúdes acabados de pintar, nuestros juegos componían una parte más de la naturaleza de las cosas, en medio de todos aquellos azules y amarillos, del fuerte olor a brea y a pescado, y con el rumor de las olas de fondo. Lo recuerdo como un privilegio.

Todos nos lo contábamos todo, pero los relatos de Mireia

eran, sin duda, los que más expectación levantaban. Yo estaba un poco celoso porque, aun sabiéndome el más fuerte del grupo, era consciente de que por más que exagerara mis rifirrafes con algún joven competidor por algún territorio en peligro no le llegaría ni a la suela del zapato. Ninguna de mis historias podía compararse al conglomerado de riesgos y peripecias que ella vivía continuamente como si nada. Pero también tengo que decir que, lista como una raposa, hacía que me sintiera orgulloso porque daba siempre por supuesto que yo era el líder indiscutible del grupo.

Bajo aquellas barcas, debíamos de tener doce años, Mireia nos anunció que le había venido la regla y nos enseñó, como lo más natural del mundo, los trapitos que su madre le había metido en las bragas para que no sangrara piernas abajo. Normalmente, cuando David y yo escuchábamos los arrebatos de franqueza de Mireia, intentábamos reaccionar como hombres curtidos ante cualquier noticia anatómica femenina, pero aquel día nos quedamos desbordados y con las mejillas de un rojo febril, a pesar de los esfuerzos que hacíamos para que no se nos notara lo alterados que estábamos. Las cosas no acabaron aquí. Joana, con su apariencia de pastorcilla de Fátima, y animada por la sinceridad de Mireia, nos confesó que a ella ya hacía cinco meses que le había venido, pero que no había hecho una fiesta para hacerlo público porque le avergonzaba contarlo delante de nosotros, los chicos.

David y, sobre todo, yo contraatacamos queriendo demostrar que la aparición de nuestras humedades eróticas mientras dormíamos eran un fenómeno igualmente inescrutable y misterioso. Sin embargo, ante la exhibición de sorpresas que nuestras chicas nos brindaban, acabábamos reconociendo fascinados que el cuerpo de las mujeres era mucho más complicado, perverso y completo que el pequeño

sistema de regadío que representaban nuestros ridículos apéndices de machos, que apenas servían para proyectos tan primarios como que si yo la tengo más grande que tú, que si yo puedo mear más lejos, que si puedo hacerme cinco pajas seguidas, o que si el frenillo me entorpece los furores…

En la impenetrable naturaleza femenina que Mireia y Joana nos descubrían con aires de «ay, señor, adónde van estos desgraciados», intervenían misterios tan atávicos que, según nos explicaban, hasta dependían de la posición y las fases de la luna, que provocaba impenetrables renovaciones de flujos de sangre y otros humores interiores que nosotros desconocíamos. Con franqueza, el descubrimiento de todo aquello nos provocaba un sentimiento de inferioridad que ahora no recuerdo bien cómo resolvíamos, seguramente provocando alguna pelea en la calle donde nosotros dos pudiéramos demostrar nuestra imprescindible utilidad para el grupo. En cualquier caso, es verdad que alrededor de los doce años o poco más los descubrimientos en todo lo referente al sexo avivaban el desasosiego, y bajo las barcas nos iniciamos en una sexualidad ciertamente inocente pero que a nosotros nos satisfacía.

En este terreno, Joana y yo lo probábamos todo. Ella estaba siempre a la expectativa de a ver qué pasará hoy, aunque sin demostrar nerviosismo ante ninguna propuesta. Eso sí, con una condición que repetía tantas veces como hiciera falta: que mi jugo no le entrara dentro. Seguro que Mireia también debía de probarlo todo con David. No sé muy bien qué hacían, sin embargo tenía muy claro que la iniciativa partía de ella y que David, como Joana, medía y racionalizaba la intensidad de su placer o disgusto, analizaba el porqué de las cosas y el alcance exacto de los riesgos. Alguna vez nos tocábamos estando los cuatro juntos, pero con la pareja reglamentaria. Y nos acostumbramos a hablar

de sexo sin tapujos y a no esquivar el tema. Hay que decir, y no me pregunte cómo llegamos a ello, que el respeto al otro y a su libre voluntad era una norma naturalmente establecida.

A mí, todos estos aprendizajes sexuales tan desinhibidos me permitieron pisar con bastante seguridad un terreno que más adelante se me complicaría. Al principio no hice mucho caso; me decía a mí mismo que era un problema de exceso de calentura primaveral, aunque poco a poco me fue sorprendiendo la fuerza que aquello alcanzaba dentro de mí. No sé si por inconsciencia o porque eran tiempos con otras prioridades, no hice ningún drama de ello; pero por si acaso no se lo dije a nadie.

SEXTA GRABACIÓN

Durante el año 34 las cosas comenzaron a precipitarse. Hablo de nosotros, los de la pandilla de los cuatro. Pero antes de entrar en materia querría contarle algo más de nuestro barrio, de nuestro entorno, para que entienda mejor lo que nos rodeaba.

El entramado de casitas y pisos de la Barceloneta era muy especial. Las casas se iban haciendo y rehaciendo a medida que llegaban, desde toda la península, nuevas hornadas de trabajadores que, aunque costara creerlo, eran más pobres que nosotros. Fruto de tantas especulaciones, los pisos acababan siendo minúsculos, falsamente divididos, separados por tabiques del grueso de un papel de fumar y con una distribución sólo apta para ratoncitos. Le cuento todo esto para que comprenda que en aquel paisaje la palabra *convivir* no era un concepto, sino más bien la práctica diaria hecha a fuerza de paciencia y de consolarse pensando que aún podría ser peor. Por cierto, esta frase, «aún podría ser peor», se

convertiría en una divisa de supervivencia repetida hasta la saciedad.

Usted es muy joven y hoy las cosas han cambiado mucho, pero en aquel tiempo, en la Barceloneta, entre los pisos de un mismo edificio o grupo de casas había unos espacios que eran fundamentales para la convivencia del vecindario: los patios interiores. Unos agujeros exiguos, feos, anodinos, que sin embargo escondían verdaderos centros de comunicación vecinal difíciles de imaginar en la actualidad. Desde las ventanas de las cocinas que daban a ese espacio comunitario, desde los ventanucos de los baños, desde los ventanales de los dormitorios con cortinas para proteger la intimidad, salía, cuando menos lo esperabas, una voz preguntando por alguien o por algo. Inmediatamente oías cómo se recogía la invitación y alguien contestaba sin ni siquiera identificarse, porque no era necesario. Se entablaban conversaciones entre dos, tres y hasta cuatro ventanas sobre la enfermedad de la Pepeta; o sobre la última bomba que habían puesto en Correos; o sobre cómo iba de engreído Pitu, el panadero, desde que se había beneficiado a la mujer del farmacéutico.

Por los patios interiores, la lluvia de chismorreos se mezclaba en armonía con el suave gotear de las coladas, tendidas en hileras de cuerdas cuando los balcones eran insuficientes o cuando no había. De aquellos agujeros salían también voces de alarma cuando la policía política iba a la caza de los sindicalistas, y en más de una ocasión los panfletos revolucionarios y algunos hatillos pesados y sospechosos que comprometían más de la cuenta volaban de un lado a otro. Si la situación se agravaba los perseguidos escapaban a la casa de algún vecino convirtiéndose en acróbatas o funámbulos. Se trataba de un código de lealtad y ay de aquél que, más allá de las ideas de cada cual, no lo

respetara, porque la vida en el barrio se le haría muy difícil, por no decir imposible.

El padre de Mireia también se servía de los patios interiores para pasar los paquetes de contrabando a las casas de los vecinos cuando los guardias de aduanas iban calientes. Casualmente, digámoslo así, Jimeno casi siempre estaba avisado de antemano. Normalmente le avisaban del día y a menudo también de la hora, por tanto se cuidaba de repartir el producto por la ventana del váter unas horas antes para no tener que ir con prisas. Los vecinos lo escondían tan bien como podían: en la cocina económica, en la estufa si no estaba encendida o vete a saber en qué otros escondrijos. Lo aceptaban de buen grado porque después de la asistencia venía la recompensa, y Ferran Jimeno era siempre muy generoso con los que le auxiliaban. También lo ayudaban porque sabían que arriesgaban poco y que los guardias registrarían sólo la casa del contrabandista, cumpliendo estrictamente lo que se les había mandado y punto. A pesar de la más que fundada sospecha de que el contrabando había volado por las ventanas, como Ferran untaba a las autoridades durante todo el año para cuando llegaran estos momentos, sus alteraciones de la ley no rechinaban excesivamente y los guardias desistían.

Me parece que ya le he comentado que yo dormía en el comedor de mi casa. No sabría decirle por qué extraño motivo, pero a mí me gustaba. Dormir en medio de todos los muebles, en el centro de mi pequeño mundo, como dominando la situación… Mis padres eran magníficos dormilones y desde que entraban en la habitación hasta la hora de ir al trabajo aquel espacio era sólo mío y de mis fantasías. A medida que fui ganando peso y años, esperaba que se fueran a dormir y me quedaba un buen rato reuniendo y clasificando cromos, o leía alguna cosa que me

hubieran aconsejado en la escuela… Bueno, podría hacerle una lista de todo lo que hacía, pero no había nada como meterme en la cama y tocarme.

Me gustaba mucho tocarme. Al principio sólo era el goce del descubrimiento del placer, pero ya sabe que los humanos siempre lo complicamos todo y, poco a poco, al placer corporal de los tocamientos le añadí el complemento de imágenes y situaciones que me excitaban, completando el rigor del movimiento gimnástico con la voluptuosidad de una imaginación que le puedo asegurar que era rica, plena y siempre, ya le adelanto, con situaciones que me sorprendían por inesperadas. Cuando me masturbaba me gustaba gemir y sentía apuro de que se me oyera algún bramido. Lo hacía fácilmente y desde que tengo memoria. Al principio era un suplicio contener los gemidos, pero después de un tiempo de adaptación y aprendizaje podría decirse que la represión también pasó a formar parte de la excitación. No sé cómo explicarle, era como si aumentara el goce con las cosas prohibidas, y a eso se sumaban otras muchas morbosidades que en aquellos tiempos se añadían al acto de masturbarse, como ir al infierno, quedarse ciego, perder el bazo o el tuétano de los huesos, consumido por tanta perversión.

Al principio, aprovechaba para tocarme y poder hacer mis aspavientos cuando en casa no había nadie, pero pronto advertí que cuando el volumen sonoro de algún gemido subía en exceso se hacía un sospechoso silencio en el patio de luces. Puede que sólo fueran imaginaciones mías, aunque por si acaso me reconduje por el camino de la discreción y me concentré en no moverme mucho y en disfrutar internamente, que suena extraño pero le aseguro que no está nada mal. Me lo pasaba pipa y percibía mi cuerpo como una extraordinaria máquina de placer.

A partir de los doce años, mi padre me permitió leer

alguno de sus libros, siempre que fuera a escondidas de mi madre. Los que más me gustaban eran los de su poeta preferido. Había uno que me llamaba especialmente la atención porque las tapas eran de pergamino, muy diferentes de las otras, y delante tenía dibujado un dios jovencito con un arco y unas flechas. No recuerdo si fue en aquél o en otro volumen en el que una noche leí estos versos:

Si te miraba el seno
veía dos dianas;
oh, déjame, amiga,
que pruebe mi pulso.

¿Conoce este poema de Papasseit?

Cuando sientas mi boca
retén el aliento
te estremecerás toda
y será cuando yo te tomaré.

Dioses y demonios, no habría imaginado nunca que leyendo un poema tendría una erección tan fuerte y que alcanzaría el placer absoluto por un camino tan inesperado. Llegué a la conclusión de que me fastidiaba la hipocresía de aquella gente que te hacía sentir culpable si te excitabas con una foto erótica o pornográfica y en cambio si lo hacías con un poema era casi un acto cultural, siempre que lo disimularas correctamente. Estoy seguro de que Papasseit se habría puesto contento de saber que me excitaba con sus poemas.

A medida que me hacía mayor y mis flujos pasionales aumentaban tuve que esconder los trapos que utilizaba para secarme. Los dejaba en rincones donde pensaba que mi madre no los encontraría. Pero un día vi una pequeña cesta

puesta discretamente bajo la cama. Al día siguiente mi madre me dijo con sencillez y en el tono de siempre:

—Hijo, cuando te *toches* déjalo aquí, que a mí no me *importe pas* recogerlo.

Pero a pesar de la naturalidad con que mi madre lo enfocó, le confieso que me quedé un poco avergonzado. Cuando más tarde se lo conté a David, concluyó que una actitud tan permisiva sólo podía venir de una madre francesa, ya que era bien sabido que «en la Francia republicana están más avanzados que nosotros en estas cosas». Yo le pregunté qué hacía él con los restos de la masturbación. Se puso rojo y echó a correr como iniciando una carrera. Él era así, y en estos temas siempre rehuía las preguntas. Yo lo sabía y acepté el reto poniéndome a correr detrás de él. Le gané.

Quizá pensará usted que voy dando tumbos sin pies ni cabeza, pero quisiera decirle que una de las cosas que me daba un aire exótico, si se me permite la expresión, era que, además de ser rubio, hablaba perfectamente el francés, y eso en el barrio en aquella época y entre los de nuestra condición social causaba sensación. Desde que nací mi madre me hablaba muy a menudo en su lengua. Al principio también se entendía en francés con mi padre porque él lo chapurreaba con mucha gracia y, digámoslo así, con creatividad. Cuando Marí llegó a la Barceloneta y vio que fuera de casa el francés no le servía para nada, decidió aprender el catalán. Era muy habladora y le costaba no intervenir en las conversaciones de los vecinos, así que comenzó a practicarlo con unos galicismos que hacían sonreír a todo el mundo. Pero pronto empezó a defenderse bastante bien y en poco tiempo lo hablaba correctamente, no en vano en la casa de sus padres siempre había hablado el occitano, hasta que en la escuela republicana francesa la avergonzaron

por hacerlo. Permítame que le explique porque a menudo la gente joven ignora estas cosas. En la fachada de la puerta de la escuela de la Francia republicana, liberal y laica, por la que entraba dos veces al día, se leía labrado en la piedra: «Sed limpios, hablad francés». Era una forma de acomplejarla tercamente por su identidad occitana. Qué cosas, ¿verdad? En Francia eran más sibilinos. En España lo arreglábamos todo a zurriagazos, cuatro hostias bien dadas y se acabó. Por cierto, en la Catalunya francesa, si no las han quitado, también hay muchas escuelas con esta leyenda u otras parecidas, recuerdo una especialmente punzante que decía: «No escupáis al suelo y no habléis catalán». Pero dejémoslo.

Seguramente la sonoridad y las raíces del occitano le aportaron un entramado de referencias que le facilitaron el cambio, aunque en los primeros meses lo mezclaba todo. Además se ayudaba leyendo los libros de mi padre, porque decía que el catalán, sin la mala pronunciación que le dábamos nosotros, se parecía al francés.

Bien, llegados a este punto, y para acabar de pintarle el paisaje que me rodeaba, tendría que hablar de un local que para nosotros fue importante por muchas razones. Era el café La Dorita. Se llamaba así porque la dueña era la señora Dora, diminutivo de Salvadora, que por cierto no le pegaba ni con cola, ni por la fonética ni por la semántica. Exhibía un físico imponente, a pesar de un exceso de kilos no muy bien repartidos que no eclipsaban los rasgos de una belleza turbadora. También hay que decir que tenía una fuerte personalidad, que irradiaba sobre el café y sobre cualquiera que entrara en él, y que le permitía desenvolverse con una autoridad que nunca vi que fuera discutida por nadie, y a fe que entraba gente de toda clase.

El local estaba situado en la esquina de la calle del Mar con la calle Ponent. Era un café normal, decorado con

sencillez y parecido a otros cafés del puerto. Solían concurrir vecinos sin trabajo, marineros de paso, pescadores con horarios extraños, mujeres que se escapaban de casa para tomar un café de granzas y desfogarse de los gritos de la chiquillería, de los maltratos del marido o sencillamente por el placer de la algarabía. Quizá, para que lo entienda mejor, podría describirlo como el típico local que, además de hacer de bar, servía de centro social en aquella parte del barrio. La gente se reunía, compartía, discutía y a veces decidía sobre los asuntos que provocaban polémica entre los vecinos.

Casi todo normal si no fuera porque en La Dorita trabajaban también dos chicas jóvenes a las que nosotros, y todo el mundo, llamábamos las doritas, y que hacían, dicho sea con todo el respeto, de prostitutas en horas perdidas. Ejercían su delicada labor en dos minúsculas habitaciones dispuestas una frente a la otra en el rellano del final de la escalera, donde podían moverse con cierta discreción aceptada por todos. Dora las trataba con un dejo maternal y, aparte de un pequeño alquiler por las camas que malgastaban, no intervenía ni en sus vidas privadas ni en sus ganancias. Algunas lenguas viperinas no se abstenían de decir que tanta condescendencia se debía a que ella conocía bien la dureza del oficio. Pero oiga, normalmente sus servicios sólo eran requeridos por clientes conocidos o desorientados. Los que querían guerra de verdad para sus bajos pasaban de largo y se iban al Barrio Chino, que era uno de los mejor surtidos del Mediterráneo e infinitamente más especializado en satisfacer las perversiones sexuales más extravagantes. Nuestras doritas eran otra cosa. Ejercían de putas, pero como de andar por casa, como en familia. Si no tenían clientes, y eso pasaba bastante a menudo, además de ir arregladitas como para levantar quemazones allí donde hubiera brasas, lavaban vasos, limpiaban el polvo o barrían

el local, charlaban con los vecinos y las vecinas que se encontraban solos y, si hacía falta, sustituían a Dora cuando tenía que hacer algún encargo, ir a comprar o a alguna cita misteriosa.

En todo caso, es cierto que de los pechos y de otras plenitudes corporales de las doritas David y yo hicimos los iconos de nuestros furores de bragueta. Y ocurría en medio de una situación incómoda: Dora y nuestras madres eran buenas amigas. Puedo decirle, además, que la mía correspondía a su amistad con una especial ternura, quizá porque Marí sentía nostalgia del café de sus padres, Le Paradís, al que vivían atados para sobrevivir, o porque Dora, una chica francesa llegada en un barco desarbolado persiguiendo a su príncipe rubio, debía de recordarle alguna historia oculta de su propia vida. Vaya usted a saber… Pero fuera por lo que fuese, a ambas mujeres las ligaban muchas complicidades desde que se conocieron, y no le ocultaré que su amistosa relación me procuró alguna situación comprometida cuando los instintos empezaron a estallarme bajo los pantalones.

A Dora le divertía vernos mirar a sus doritas con los ojos abiertos de par en par, y como el desasosiego se nos notaba a la legua nos prometió que cuando tuviéramos catorce años, si las chicas estaban de acuerdo, y eso tendríamos que trabajárnoslo nosotros, nos haría el regalo de estar con ellas… ¡Gratis! Es cierto que nos lo decía a los dos, pero sólo me miraba a mí, seguramente porque me veía mucho más hambriento que a mi amigo. Tal como me lo decía y me miraba, sospeché que detrás de su promesa estaba el acuerdo tácito o explícito de mi madre.

Cuando salíamos del local, aunque con David estas conversaciones eran siempre medidas y tranquilas, no podíamos dejar de hacer comentarios sobre los pechos de las

doritas, sus cabellos teñidos según la moda del cine, los labios pintados de un rojo llamativo, pero tan sensual… Y aquellos culos que bajaban ampulosos y bamboleantes desde una cintura maravillosamente estrecha a base de cinturón y de hambre. Alguna vez, con la excitación de estas visiones y charlas, le había propuesto que fuéramos juntos a hacernos una paja entre las barcas. Me habría gustado compartir esa intimidad con él, pero nunca lo conseguí. Tampoco me decía que no, pero sabía encontrar la forma de embaucarme y llevarme a otro terreno. Y dicho sea de paso, yo se lo facilitaba.

SÉPTIMA GRABACIÓN

Mientras la pandilla de los cuatro descubría, veía y asimilaba todo lo nuevo que la vida traía, a su alrededor las cosas empeoraban por momentos. A finales del año 33, las derechas facciosas ganaban las legislativas y comenzaba así un periodo espantoso al que se llamó el bienio negro. Y no era sólo una metáfora. Aquellos dos años y pico fueron para los nuestros, para los que pensaban como mi padre, una catástrofe apocalíptica. No entraré en detalles para no resultar pesado, pero déjeme remarcarle que, a pesar de sus muchas carencias, el periodo republicano del anterior gobierno de izquierdas había emprendido iniciativas en muchos campos: en la escuela, la agricultura, las condiciones de los trabajadores, de la mujer, la sanidad, las libertades… Y de pronto, cuando la luz comenzaba a ganar nuevos espacios, volvían al poder las derechas españolas más cavernosas, y con una sed de venganza feroz. Los malnacidos pensaban que cada una de las libertades

conseguidas era un robo al patrimonio que el poder absoluto les había conferido durante tantos siglos, y no sólo con respecto a los bienes y derechos. El espíritu, la moral social, las normas de convivencia… Todos estos ámbitos también les pertenecían, y hay que decir que la Iglesia católica desató una cruenta batalla, dispuesta a llegar hasta las últimas consecuencias. Por su dios furioso. ¡Y a fe que lo hizo!

Como decía mi padre, «estos facinerosos acabarán en cuatro días con todo lo que hemos conseguido y pagado con sangre y sudor durante cincuenta años».

Y en aquel torbellino de excesos llegaron los Hechos de Octubre. Supongo que ya debe de saberlo. Un continuo devenir de acontecimientos desastrosos que acabaron en el encarcelamiento, por orden del gobierno español de derechas, del presidente de Catalunya, Lluís Companys, del gobierno al completo, del alcalde de Barcelona y de muchas personalidades catalanas importantes. Aquella gentuza nos había recortado tanto las libertades que Companys proclamó la independencia de Catalunya. ¡Ni más ni menos! Entonces los militares tomaron las riendas del poder y la oscuridad volvió a enseñorearse de las instituciones, de las calles y las casas. Pero, oiga, les dejo la Historia a los que saben más que yo. No le extrañe pues que, aunque ya hacía tiempo que se sentían amenazados, a partir de estos acontecimientos las vidas de mi padre y de Silvestre apenas tuvieran valor. Los radicales de extrema derecha entendieron que tenían el campo libre y, sabiéndose protegidos por las altas esferas, comenzaron la persecución y eliminación de mucha gente significada. Mi padre se acostumbró a mirar por el cogote.

En mi casa y en la de Joana, aunque se compartían los ideales casi con la misma pasión que la cama, Remei y Marí empezaron a asustarse por lo que les pudiera pasar a sus hombres, y no paraban de decir que ellos, con su militancia,

ponían también en peligro a la familia y lo poco que tenían. El temor de que cualquier noche los detuvieran se había instalado definitivamente en el pensamiento de aquellas mujeres. Imagino que no hace falta que le diga que yo apoyaba a mi padre. Hacía de él y de su lucha la expresión de un ideal concreto, con piel y huesos. Pero cuando un día le pedí que me permitiera acompañarle a alguna de sus reuniones, me dio una bofetada que me giró la cara y me dejó atontado. Pocas veces volví a pedírselo, y cuando me atrevía calculaba las distancias.

Por el contrario, en casa de David no había cambiado nada. Los temporales y las calmas que la *Sarita* tenía que capear en el mar no entendían del caos que los humanos organizaban en tierra. Mercè y Màrius eran acogedores y en su casa se estaba bien. Cuando en ocasiones necesitaba huir de las turbulencias de los míos, me gustaba recorrer los pocos metros que me separaban de su casa y refugiarme con ellos y con David horas y horas. Siempre podía iniciarse una larga conversación, en la que un pescador como Màrius sabía medir los gestos y las palabras para impresionar a unos adolescentes como nosotros y alargarla lo suficiente para que pasaran suavemente las horas más frías de las tardes de invierno. Así nos mantenía recogidos hasta que veía que se nos cerraban los ojos. Ahora, recordando todo aquello, estoy seguro de que los padres de David debían ver en la inteligencia de su hijo una puerta abierta a un horizonte luminoso o al menos esperanzado. Màrius, en el fondo, deseaba ser el último patrón de la *Sarita*.

No lejos de aquella casa a pie de playa y en paz, el alma del contrabandista Jimeno se desazonaba sin tregua. Y no era porque al negocio lo empujaran vientos desfavorables. Seguro que con las últimas elecciones españolas y la llegada de los ricos al poder, la policía de aduanas se haría la sueca y

no andaría con tanta energía requisitoria, porque era preciso que los artículos prohibidos llegasen sin obstáculos a los más poderosos de la ciudad. Y bien que lo notó. Pero a pesar de aquella coyuntura favorable y lucrativa a Ferran algo le olía mal, y sabía que su olfato era bueno. Gracias a eso y a ser gato viejo había sobrevivido a muchos cataclismos, oliendo y presintiendo los problemas antes de que aparecieran. Y había algo que no lo dejaba dormir en paz. Sentía que le pesaban los años y que los pensamientos turbulentos le enredaban el cerebro. A todo el que quisiera escucharlo le contaba su desánimo y profetizaba, como un oráculo sombrío, la llegada de tiempos horribles en que la guerra, el hambre y el caos reinarían hasta límites nunca imaginados. No le servía de nada que Núria tratara de ahuyentarle los malos augurios, apoyándolo más que nunca y exagerando el lenguaje de una sensualidad que aún conseguía hacer perder el seso a su marido. Lo cierto es que nadie pudo quitarle de la cabeza los malos presagios.

La idea de que tenía que escapar para salvar a sus hijas y a su mujer se le arraigaba con un desasosiego creciente: marcharse, marcharse de Catalunya, dejarlo todo y comenzar de nuevo. Coger a sus cuatro niñas, como él decía, y huir, huir sin pensárselo ni permitir que las dudas lo retuvieran más tiempo. Instalarse donde fuera, que él saldría adelante. Por supuesto que sí. Nada le daba miedo, nada que no fuera aquel hedor que cada día aspiraba más cerca y más fétido. Había reunido suficientes ahorros para aguantar el tiempo necesario y montar cualquier negocio en cualquier parte. Y fue en ese estado de ánimo en el que poco a poco el mapa de su refugio se fue configurando Atlántico allá, donde se decía que los hombres emprendedores y con un poco de capital salían adelante fácilmente. Buscaba un espacio en el que sus tesoros pudieran continuar los estudios y en el que

su mujer no se sintiera fuera del mundo. Metódicamente fue descartando las ciudades que le parecían peligrosas, provincianas o con pocas posibilidades económicas. Al final del camino las escogidas se redujeron a cuatro. Ciudad de México, donde tenía parientes; Montevideo, que era una ciudad muy próspera; Caracas, con buenos negocios esperando según todas las noticias; y Buenos Aires, la más cosmopolita y europea de las ciudades sudamericanas.

Quizá porque se imaginó bailando un tango desenfrenado con Núria, o por su fama de ciudad culta y abierta al mundo, Ferran escogió Buenos Aires, discretamente, sin decir nada a nadie. Previsor, multiplicó cuanto pudo las labores de contrabando aprovechando que la nueva situación de las derechas en el poder las favorecía, y era preciso sacar partido de ello. Al cabo de poco tiempo, Núria, Mireia y Flor ya no daban abasto a ponerse faldas cada vez más anchas y a liar las bolsas de paquetes con cintas que les permitían ir cargadas casi hasta el pecho, eso sí, graciosamente femeninas.

En aquellos meses de acumulación de patrimonio, la policía no quiso darse cuenta de nada, y ni Ferran ni sus niñas sufrieron ningún sobresalto digno de recordar. Hay que decir que todo el montaje de cómplices y encubridores de Ferran se convirtió en una intrincada red de pequeños almacenes y escondrijos donde guardaba la mercancía que ya no le cabía en casa. Utilizaba cualquier lugar discreto, porque ya no era suficiente con los fondos de las cocinas económicas o los bajos de las baldosas sospechosamente movedizas. Se inventaron nuevos escondrijos y hasta se oyó a alguna abuela quejarse de que, para poder ocupar el orinal «con lo de Jimeno», tenía prohibido ir ligera de orines.

Por otras razones, David y también yo teníamos que ir a la ciudad, pero en nuestro caso era por una afortunada

combinación de factores más lúdicos. Ya le he dicho que, desde su privilegiada posición de modista con trabajo fijo en un taller, Remei conseguía para Marí y Mercè piezas para confeccionar. Mi madre era rápida y utilizaba la máquina de coser de maravilla. El trabajo quedaba limpio y primoroso. Mercè era más lenta, pero tenía dedos de plata y le confiaban los encargos más complicados, los de pura artesanía, y sobre todo los acabados. El tiempo y el azar las llevaron a especializarse, si es que en aquella época esta palabra tenía algún sentido, en confeccionar los vestidos más dificultosos y estrambóticos, ya fuera para las señoronas que luego los lucirían en el Liceo o para las *vedettes* de los locales más lujosos y lujuriosos del Paralelo.

Y aquí entrábamos nosotros. Cuando había que entregar los vestidos en la zona alta de la ciudad cualquier aprendiza del taller era buena para llevar el encargo, pero cuando había que ir al Paralelo, a menudo a deshoras, ya era harina de otro costal. Como casi siempre se agotaba al máximo el tiempo de entrega y ya no era posible llevar los vestidos al taller antes de dárselos a la cupletista de turno, Mercè, Remei y mi madre nos pedían en el último momento que los lleváramos directamente al teatro, a los cabarés o a las casas de las artistas que los habían encargado.

No sé si sabe, señor director, que en la Barcelona de entonces había una auténtica locura por los espectáculos de chicas ligeras a la manera de París, que incluía todo el pisto que solía rodear un mercado de piernas bonitas y vestidos que se desabrocharan con facilidad. Nosotros gozábamos de un raro privilegio; podíamos entrar por una puerta lateral que iba directamente al meollo: los camerinos de las *vedettes*. David no quería entrar solo. Era tan tímido que se encogía ante ellas como si quisiera desaparecer y se quedaba plantado como una estatua, y entonces sabía que sólo mi

palabrería podía conseguir que nos vieran como a chicos simpáticos y de buen ver, aunque desgraciadamente demasiado jovencitos.

¡Qué bellas eran y qué buenas estaban! En la familiaridad de los camerinos, lugares mágicos donde ellas eran las reinas, iban siempre medio desnudas como si fuera lo más natural del mundo, y observaban risueñas el efecto perturbador que nos causaban. Algunas veces las más atrevidas se probaban los vestidos sin pedirnos que nos marcháramos ni cuando se quitaban la ropa de calle, haciendo todas las posturas y posturitas para ver si los cosidos y recosidos resistirían los movimientos que poco después harían sobre el escenario al ejecutar su número. Qué momentos más extraños, podría decirse celestiales, si no fuera porque bordeaban el pecado mortal. Mientras babas y sudores iban camino abajo, nos sabíamos espectadores de unas escenas por las que los grandes burgueses que ocupaban las plateas habrían pagado fortunas.

Al pasar el tiempo, nuestras madres nos confiaban estos encargos con una sonrisa mal disimulada en los labios. Nos convertimos en los chicos de los recados especialistas en teatros, *musichalls* y tugurios más reputados del Paralelo. Normalmente salíamos cuando oscurecía, como quien va a un safari erótico-festivo. Teníamos una especie de agenda mental con el nombre de todas las señoritas que en aquellos momentos eran alguien encima de los escenarios. Si cuando nos entregaban el vestido no adivinábamos para quién era por la talla, sólo con el nombre de la *vedette* lo sabíamos todo: puerta, escalera, lugar, horarios, medidas, carácter, humor y prestaciones.

Así fuimos conociendo a algunas de las mujeres con más renombre de los teatros musicales y lugares menos recomendables de aquella época. Yo estaba loco por la más

rutilante de las *vedettes*, la Ninfa de Oro, que evidentemente, y como era mandado para una gran estrella, tenía siempre docenas de machos pululando a su alrededor, con las habituales demostraciones de carteras llenas de billetes a medio caer y relumbrones de joyas para obsequiar o intercambiar por orgasmos fugaces.

No tenía nada que hacer. Cuando llevábamos un vestido para mi Ninfa, sólo acercarme a su camerino me provocaba una erección descomunal. Sabía que con sus ojos de gata en celo me miraría directamente a la bragueta pidiéndome como quien no quiere la cosa que le dejara el paquete, dicho esto en un tono especial, precisamente sobre su ropa interior de color rojo y medidas mínimas. Ya en casa, de noche, en mi rincón del comedor, me desollaba la piel a pajas por ella y mi cuerpo parecía no tener nunca bastante.

David hacía como si no estuviera. Él tenía otros gustos, y se enamoró perdidamente de una chica mucho menos famosa pero más delicada y bonita que empezaba a tener un buen cartel entre los que buscaban algo especial. Bajo el nombre de Blanca Bernard habitaba una belleza etérea, y eso no abundaba en aquel ambiente de mujeres fatales donde la voluptuosidad de las carnes se expresaba sin demasiadas contemplaciones.

Cuando David se plantaba ante ella con el paquete de ropa en la mano, no demostraba ninguna efusión y, a pesar de latirle el corazón como una máquina de tren, parecía que sus efluvios más íntimos no cambiaban de sitio. Era el único camerino al que me pedía que no lo acompañara, tanta vergüenza le daba que yo pudiera decir algo improcedente delante de su mito. Salía rojo, con los ojos iluminados y una sonrisa inocente.

Un anochecer teníamos que llevar un vestido al teatro Arnau, que por entonces era de los más prestigiosos. Lo

usarían para el ensayo general de *Botones rojos*, que se estrenaba al día siguiente y en el que mi adorada Ninfa de Oro era la *vedette* principal. Cuando estábamos a punto de salir del barrio tropezamos como por casualidad con el padre de Joana, Silvestre, que con una cara muy seria nos dijo:

—Eh, David, Germinal, me ha dicho Remei que hoy vais hacia el Arnau. Escuchadme bien que va en serio: no os desviéis de vuestro camino y sobre todo no paséis por el Portal del Ángel. ¿Entendido?

Claro que lo entendimos. Para la gente del barrio que íbamos hacia la ciudad el aviso de un vecino de que no frecuentáramos un lugar o no pasáramos por una calle o una plaza quería decir que aquel día podía pasar de todo. Desde una manifestación en que se preveía una carga policial sin miramientos, de las que muy a menudo acababan con tiros, heridos y muertos, hasta la explosión de un artefacto que alguna de las organizaciones obreras más radicales hacía estallar, llevándose la vida de los viandantes o vete a saber qué. La cuestión es que nadie preguntaba nada y todo el mundo se desviaba de la ruta del lugar señalado. En el Portal del Ángel murieron aquel día una mujer y dos niños.

Puedo decirle, señor director, que si al día siguiente nos llegaba la noticia de alguna desgracia ocurrida en el lugar del aviso nadie hacía demasiados aspavientos. Ya sé que puede parecerle cruel, pero en el barrio todos sabíamos que existía una lucha sin trincheras, una lucha oscura y sangrante que tozudamente nos había acostumbrado a endurecer la piel de la sensibilidad y la compasión. Y en todo caso, si alguna vez teníamos dudas sobre dónde estaban el bien y el mal de las cosas, la crudeza del día a día, la miseria a la que se condenaba a nuestras familias, la lucha revolucionaria de unos obreros que eran nuestros padres y la brutal represión que desencadenaba la maquinaria patronal, policial y militar,

convidaban bien poco a la reflexión imparcial y serena, y nos abocaban a caer siempre del mismo bando. El nuestro.

Bien, dejémoslo aquí por hoy. Tenga cuidado de que no se le caiga la tacita mientras recoge el material.

OCTAVA GRABACIÓN

Mientras estábamos en aquel proceso tan complicado de cambiar la piel de niño a muchacho, de una forma casi imperceptible nos dimos cuenta de que íbamos perdiendo el derecho a ser protegidos como cuando éramos críos. Parecía que los padres, los familiares y los amigos habían estado alzando con sumo cuidado el telón misterioso que envolvía aquel mundo ficticio que nos había rodeado y permitido vivir en nuestra condición de niños. Como si de repente las personas de nuestro entorno creyeran conveniente que descubriésemos la crudeza y el paisaje de nuestra desdicha. Por desgracia, y de acuerdo con los tiempos que corrían, ahora el telón se levantaba vertiginosamente y pronto fuimos conscientes de que los nuestros vivían aterrados, perseguidos por el hambre, asediados por la represión y por la incertidumbre de si al día siguiente podrían darnos de comer. Con sinceridad, no creo que usted pueda hacerse cargo. Pero aún había algo peor que oscurecía el horizonte y

la mente de nuestros padres: pensar en cualquier futuro mejor sin tener que pasar por el trastorno de la lucha más arriesgada era un sueño que sólo se podía permitir un demente. No sé si me entiende. Para ellos, para nosotros, todo se confiaba a cambiar el mundo por los medios que fueran, con la esperanza de una sociedad nueva que con la República parecía plausible. Encontrar un rincón caliente donde pudiéramos decir: estamos aquí, queremos trabajar y vivir. Tan sencillo como eso. Y tan imposible.

Pero ¿a qué venía esto? Qué más da. Tendrá que acostumbrarse a los lapsus de una memoria geriátrica. En todo caso, quería decirle que para mí, Germinal Massagué i Guillaume, dejar la Escuela del Mar representó un giro transcendente y triste en el acontecer de las cosas. Fue como abandonar el cobijo. Dejar quizá el único espacio donde aún era posible la inocencia. Pensar, sentir, amar, discernir… Esta última palabra aún me impresiona.

Bien, seguimos. Ya tenía catorce años y mis padres no querían que abandonara los estudios, a pesar de que en casa no había ni un céntimo para ahorrar. Yo sabía que no les habría importado pasar más hambre con tal de que yo continuase estudiando, pero me podía el sentimiento de ser un inútil que los hundía en las privaciones. Seguramente me equivoqué, aunque contra la opinión de todos, también de David, me inventé un personaje grosero que aparentaba estar harto y quemado de ir a la escuela, que por nada del mundo quería continuar siendo un alumno, que odiaba los libros y que no podía aspirar a nada mejor que no fuera que su padre le buscase un trabajo de descargador del muelle. Dicho sea modestamente, hice una interpretación bastante buena, porque lo cierto es que me hubiera gustado continuar estudiando. Mi físico remarcaba otras aptitudes, pero sin ser una lumbrera como David me sentía especialmente cómodo

entre libros y clases. No sólo me gustaban, también estaba convencido de que con ellos me acercaría a las llaves que abrían los horizontes que de otro modo —tal como decía mi padre— me serían imposibles de alcanzar. Pero, qué quiere, no soportaba la idea de tener un cuerpo que era una herramienta de trabajo adaptada y preparada para faenar en mi entorno y no utilizarla para ayudar a los míos. Así que cuando mi padre me argumentaba, paciente o amenazante según el día, acerca de la conveniencia de que continuara los estudios, yo me hacía el sueco. En casa hubo marejada durante unas semanas pero al final prevaleció el respeto a mi voluntad y acabé ganando. Que seguramente quería decir que había perdido.

También sabía que cuando mi padre cediese le sería fácil buscarme trabajo y que, mediante su red de amigos, lo solucionaría rápidamente, siempre que el sueldo fuera de hambre. Traté de presionarle jurándole que, si me dejaba trabajar, en las horas que me quedaran estudiaría con el señor Ramanguer. El buen librero daba cursos gratuitos para los hijos de sus amigos obreros y, con tal de acercarlos a la cultura, se adaptaba a las horas que conviniera y si era necesario les daba de comer o les cosía un remiendo a los desgarrones que traían de casa.

Así pues, empecé a trabajar en el muelle número tres, no muy lejos de mi padre, y he de suponer que me buscó el trabajo cerca de él expresamente para echarme un ojo de vez en cuando. Tenía razón, faenar de descargador de muelle era duro, seguramente muy duro, pero mi cuerpo se lo tomó casi como una invitación a la exaltación, como si por fin pudiera manifestar su poder cuando se tensaba o doblegaba hasta conseguir la postura pertinente y ponía en marcha la potencia de los músculos para levantar y cargarse a la espalda lo que le viniera en gana. Cansarme me desvelaba

una extraña sensualidad que hasta me excitaba. Cuando acababa agotado la jornada, sentía una llamada secreta al placer que solucionaba como podía, en soledad, con Joana y de vez en cuando con el favor de alguna de las doritas, que me hacían un precio más que especial.

Pero ¿lo ve? Se me había olvidado, y a fe que fue importante. Cuando pasé de los catorce, la palabra de Dora se cumplió y Montse de Gelida, que era la dorita que me gustaba más, fue la encargada de «hacerme un hombre», y he de admitirle que maravillosamente bien. El día escogido, y antes de pasar a los hechos, Dora, maternal y juguetona, me llevó a un rincón para darme unos cuantos consejos sobre cómo tenía que comportarme con una mujer de verdad. No era que no quisiera hacerle caso, porque yo intuía perfectamente el alcance de su experiencia y cómo la necesitaba, pero ese primer día no pude seguir ni uno, asediado como estaba por los mareos y excesos pasionales. Después le hizo un gesto a Montse para que se acercara a nosotros y, excitada, nos convidó a beber juntos, imagino que para facilitarme que cogiera confianza. Ella, Montse, empezó a preguntarme sobre la escuela y otros temas tan poco viriles, haciéndome sentir tan crío que si finalmente no me produjo un trauma fue porque el calentón me hacía salvar cualquier contingencia.

Pasado el tiempo que Dora consideró prudencial, Montse me hizo subir a la habitación y, sin preámbulos, me cogió el miembro para lavármelo. No sonría, pero yo, inevitablemente, ya tuve la primera eyaculación a pesar de apretar fuertemente las nalgas y aserrar los dientes para evitar que saliera nada. Por un instante dudé de si ya se había acabado el trato, pero ella, complaciente, me miró llena de picardía e hizo algún comentario profesional que me relajó. Cuando me tuvo de nuevo limpio del todo, se tendió

en la cama desnuda y yo, siguiendo sus indicaciones, eché mi cuerpo sobre el suyo mientras ella proclamaba alabanzas de mis detalles físicos. Sin embargo, en el instante en que mi sexo oprimió su piel, pataplaf, tuve la segunda eyaculación. La dorita Montse estalló en risas y se levantó para lavarme otra vez. Pensé que me echaría, pero no. Montse, que era entendida en pedagogía, resolvió que yo saldría de allá habiendo entrado en ella aunque ensuciara cien toallitas. Esta vez hizo que me tumbara boca arriba y se me puso suavemente sobre el vientre, me cogió el miembro con precaución, me imagino que pensando que si hacía demasiados movimientos me volvería a derramar, y así, muy lentamente, se la metió dentro de su cuerpo. Irremisiblemente duró poco, pero le aseguro que sí el tiempo suficiente para sentir un placer desconocido y desmesurado que me desbordó como nunca lo había hecho en casa cuando me las arreglaba solo, ni tampoco, sinceramente, con Joana. Aquello era otra cosa.

A partir de aquel descubrimiento con la dorita Montse, entré en una espiral de deseo que me resultaba difícil apaciguar. No sabría decirle si fue causa o efecto, pero después de aquella experiencia Joana cada día me gustaba más y la quería tocar constantemente. Aún hoy no entiendo cómo me aguantaba porque, francamente, no podría decir que alguna vez sintiera ninguna pulsión significativa por mí. Más bien parecía que, comprendiendo el escozor de mis bajos, procuraba complacerme cuanto podía como una buena amiga que entiende el sufrimiento de su compañero y hace lo que puede por consolarlo, eso sí, con cuidado de que el jugo no le entrara dentro. Ella decía jugo, ni leche como decía todo el mundo, ni esperma o como se pudiera llamar. A mí, aquello del jugo me hacía sentir como exprimido, sobre todo cuando me lo decía al oído viendo que la excitación me hacía

perder el juicio y el control muscular. Suerte que yo iba a la mía, tratando de evitar cualquier imagen frutera que hiciera decaer mi excitación interior, usted ya me entiende… Joana era una chica sensible y tímida, me parece que ya se lo he dicho antes, pero para estas cosas también podía ser bastante desinhibida, o mejor dicho, milagrosamente desinhibida para aquella época. Un día me dijo circunspecta y formal que había llegado a la conclusión práctica de que prefería ponérsela en la boca y así evitar riesgos. Que me hablara de eso con la misma flema que si me estuviese explicando cómo lo haría para coserme un botón de la camisa puede que rebajara la intensidad de mi deseo pero no dejaba de admirarme, sobre todo porque la nueva oferta me iba mejor que la brusca marcha atrás para evitar aquello del jugo famoso. En todo caso, no le discutí las condiciones y suerte tuve de su generoso ofrecimiento.

Le voy exponiendo estos aperitivos sobre mi sexualidad porque me parece que ha llegado el momento de explicarle una vivencia que trascendió la anécdota y me dejó claro que, por lo que se refería al sexo, ya nada sería sencillo. O al menos todo sería bastante complejo.

Un día al anochecer pasé a ver a la dorita Montse. El local estaba lleno de marineros sedientos acabados de desembarcar de algún barco recién llegado, y las dos doritas iban más que atareadas tratando de contentar y atender a tanta clientela acumulada. Entre nosotros teníamos unos tratos de obligado cumplimiento, impuestos por Dora. El primero era fácil de entender: como por nuestra edad no podíamos gozar oficialmente de los favores de las doritas, todo se haría siempre disimuladamente y con unos juegos de miradas y sobrentendidos que nos hacían parecernos a aquellos actores de películas mudas que, con levantamiento de cejas y caída de ojos, revelaban terremotos interiores que

todo el público podía detectar. Y me temo que los parroquianos de La Dorita también. El segundo era que cuando había trabajo, nosotros seríamos los últimos de la cola ya que, además de la confianza, pagábamos menos. Y, como era lógico, no tendríamos servicio hasta que las «nenas» hubieran terminado toda la demanda. Así que, resignado, me senté a la barra tratando de pasar el tiempo desapercibido, esperando que mi sílfide quedase liberada. No es que la otra dorita, Núria, no me gustara, pero ya sabe usted que en estas cosas las manías mandan.

El humo de tantos cigarrillos suspendido en el espacio dorítico, formando dibujos tan inesperados como densos, me molestaba profundamente. Siempre me había resistido a ser fumador a pesar de que todo me invitaba, aunque supongo que viendo cómo se aplicaban todos los muchachos de mi edad a hacerlo, para sentirse más hombres, yo mantenía mi territorio particular diciendo que no. Mi padre tampoco fumaba, no necesitaba demostrar nada. Pero yo ahora estaba rabioso, midiendo hasta qué punto me arrepentía de mi decisión. Me sentía ridículo, pensaba que sin un cigarrillo en las manos aún debía de parecer más joven. Además, sentado en aquella barra haciendo una cola invisible y no estando acostumbrado al humo del tabaco, me era imposible evitar toser ruidosamente a pesar de que trataba de aguantarme los esputos hasta enrojecer como un tomate.

Sofocado, maldecía porque aquello me delataba, y en éstas estaba cuando un marinero se me acerca y me enseña un paquete de tabaco diciéndome algo en una mezcla de acentos incomprensibles. Le hice un gesto para que me lo repitiera pero, entre el ruido que había en La Dorita y su dicción, no conseguí entender nada de lo que me decía. Escuchándolo me di cuenta de que mezclaba un castellano terrible con un francés más correcto. Así que cuando me

repitió aquel barullo de sonidos extraños ya pude entenderlo.

—¿Quieres fumar? Aunque tendrías que darme fuego, porque yo no tengo.

Iba a decirle que yo tampoco tenía, pero al abrir la boca me salió toda la tos que había querido reprimir y que por retenida resultó volcánica. Me sentí avergonzado. Sin embargo, mi confusión hizo sonreír al marinero y me dio unos golpes en la espalda para descargarme.

Más o menos entendí que me preguntaba el nombre.

—Germinal. Y puedes hablarme en francés. ¿Y tú de dónde eres?

Todo eso lo dije ya en mi lengua materna.

—De un pueblo del mar Negro, cerca de Odessa.

—¿Ruso?

—No del todo, pero dejémoslo estar. Me llamo Serguei.

—¿Cuándo ha llegado tu barco?

—Hace seis horas.

—¿Haciendo escala por el camino o vienes directo?

—Messina, sólo dos días en Messina.

Mientras me lo decía, se tocaba la barbilla con la mano que aguantaba el cigarrillo, como si reflexionara. Llevaba un tabardo azul oscuro con galones, aunque su aspecto era muy joven. Aquella camiseta a rayas horizontales blancas y azules que llevaban todos los rusos —en aquel tiempo, ¿quién matizaba entre ucranianos, moldavos o lituanos?— siempre me había gustado. Era delgado, tenía unos ojos grises de gato que miraban fijamente, la voz gruesa, con la rara profundidad de los eslavos, la cara musculada y una piel blanca y fina que el sol aún no había envejecido. Me pareció que probablemente se afeitaba menos que yo, que ya es decir. Se sacó un encendedor del bolsillo izquierdo del tabardo y encendió el cigarrillo.

—¿Quieres beber? Te invito.

Otra vez enrojecí de vergüenza, sin saber qué responder.

—¿No bebes?

Qué sabría él de la ley seca que me imponía Dora.

—Sí, claro que sí —me oí decir, sorprendido de mentir con tanta naturalidad. Después aclaré el embrollo en un tono bien macho—: No, es que Dora me deja ir con sus chicas pero no me deja beber en su local.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete —improvisé intrépido, mirándole a los ojos para escrutar si me creía.

—Pues ya tienes edad para beber donde te dé la gana, ¿no?

Dije que sí con la cabeza esperando que no se me notara en la cara la confusión que sentía en el vientre. Pasados unos segundos, en un tono más confidencial, de hombre a hombre, me dijo:

—Yo he estado con la morena hace un rato.

Me dije casi celoso que la morena era mi dorita Montse pero me mostré indiferente.

—¿Y te ha ido bien?

Hizo un suave movimiento de cabeza para afirmarlo, aunque parecía indeciso. Estaba de perfil, supongo que mirando las vitrinas llenas de botellas, haciendo anillos de humo con pequeños movimientos de sus labios. De pronto volvió la cara hasta dejarla frente a la mía y escuché que me preguntaba con su voz profunda:

—¿Quieres que compre una botella de vodka y nos la bebemos en la playa juntos? ¿De acuerdo?

En aquel momento, antes de decir que no, ya presentía todo lo que podía pasar. Me sentía aturdido y las cosas sucedían en un plano distinto de la realidad, pero sabía lo que aquel hombre me proponía. Por el puerto se oían muchas historias de marineros que durante los largos viajes se

entretenían con otros marineros para quitarse el hambre, y que cuando tocaban tierra preferían hacerlo con muchachos porque ya se habían acostumbrado y estaban sexualmente invertidos, según se decía. Y ahora todo estaba a punto de pasarme a mí si no lo paraba en seco.

—De acuerdo —me oí decir.

Una leve sonrisa, una mirada de complicidad.

—Yo voy tirando y te espero.

Lo vi marcharse y me sentí aliviado. Ahora que había desaparecido me era fácil huir hacia mi casa. Mientras pensaba eso vi que los ojos de Dora me miraban de soslayo. También vi que mi dorita Montse bajaba por la escalera de los pecados lanzando sonrisas de gatita a su satisfecho cliente. Yo estaba demasiado confuso y creo que, torpemente, fingí que se me hacía tarde o que tenía que irme, y me levanté atolondrado para dirigirme hacia la puerta. Sentía que los ojos de Dora aún me seguían cuando cruzaba el umbral, como si me atravesaran el cogote.

La cabeza me mandaba ir a casa, pero los pies me llevaron hasta la playa mientras el cuerpo me sudaba de pánico por todos los poros. No estaba lejos, había escogido un lugar discreto y esperaba sentado con una botella en las manos. Me senté a un metro de él y sin más preámbulos se llevó la botella a los labios mientras yo le miraba la nuez, que se movía rítmicamente al engullir el líquido. Después me la pasó y con el primer trago el fuego me poseyó las entrañas. Traté de aguantar aquel ardor y sin que hubieran pasado ni dos minutos noté que del vientre me subía a la cabeza y me hacía sentir mejor.

—¿Quieres que vayamos entre las barcas?

Hizo la pregunta mirándome sonriente con aquellos ojos de gato, sin mover ni un dedo. ¿Cuántos segundos pasaron? ¿Cuatro? ¿Seis? Ni uno: sentí que las piernas me levantaban

y me llevaban hacia las barcas sin una pizca de duda. Él sólo tuvo que seguirme mientras yo le guiaba hasta el grupo de las que estaban más lejos de la *Sarita*, como si no quisiera que ella fuera testigo de lo que iba a pasar.

El hombre de Odessa me tomó con sus manos finas y fuertes, y a partir de entonces todo fue muy rápido. Suavemente, yo diría que con delicadeza, comenzó a acariciarme, a desabotonarme, besándome en el cuello y en la piel que iba dejando sin ropa. Pronto me cogió el sexo con suavidad; a aquellas alturas del juego estaba bien claro que mi cuerpo ya no tenía dueño. Poco a poco fue bajando su cabeza por mi pecho, después por el vientre, y yo sentía el rumor de sus besos, el calor de los labios y la humedad de la lengua. Se acercó al pubis y cuando me puso en su boca gocé de un placer tan extraordinario que no sé en cuanto tiempo hizo que estallaran hacia fuera todos los líquidos del cuerpo.

Me quedé aturdido sin saber qué tenía que hacer, sorprendido o, para ser más sincero, cautivado por lo que había pasado, sin referentes ni normas que me dijeran cómo tenía que actuar. Pero él continuaba tocándome suavemente y decidí dejarme hacer. El hombre notó que mi sexo no perdía fuerza, se giró sin dejar de tocarme hasta darme la espalda y frotándome con sus nalgas me condujo poco a poco dentro de él. Sentí en el sexo un calor y un placer que volvió a encenderme y empecé a moverme con una cadencia tranquila. Entonces fue cuando, por primera vez, deseé tocar a aquel hombre. Un hombre. Lo hice decidido, con el coraje del deseo. Le acaricié su pecho musculado y paseé las manos por su vientre hasta atreverme a tocarle el sexo, tomarlo y manipularlo como lo habría hecho conmigo mismo. Me gustaba. Cuando yo ya no podía más, sentí como sus gemidos me anunciaban que él también iba a eyacular. Y fue

así, los dos a un tiempo, con los cuerpos sometidos a los aguijonazos del placer.

Nos quedamos unos segundos abrazados, enganchados el uno al otro, y aún confusos nos separamos silenciosos y empezamos a arreglarnos la ropa con gestos poco diestros. Si quiere que le diga la verdad, conociendo ahora cosas de mí que en aquellos tiempos ni sospechaba, aún me pregunto cómo no huí inmediatamente de su lado. Cuando lo recuerdo, pienso que en una primera experiencia de este talante, con los fantasmas de miedos y prejuicios asediándome, lo más normal habría sido hablar de una buena noche fugaz y huir apresuradamente hacia casa intentando borrar todos los rastros, inútilmente. Pero no lo hice. Sentado en la arena, me quedé mirando a aquel hombre, cara a cara, directamente a los ojos. Sin vergüenzas ni remordimientos. Me invadió una extraña serenidad y dejé que el cuerpo y el pensamiento se tomaran su tiempo mientras, como si estuviera muy lejos, resonaba el mar. Pasado un rato me preguntó:

—¿Has estado bien?

Le dije que sí con la cabeza. Esperó unos segundos. Su voz sonó suave.

—¿La primera vez?

—Sí —contesté resoluto.

Me dio la botella de vodka y tomé un sorbo corto. No sé cuánto tiempo pasamos así. Al fin se levantó lentamente y al darme la mano me dijo:

—Yo también he estado muy bien.

Y el hombre de Odessa se fue. No sé qué barco se lo llevó, pero lo hizo para siempre.

Mientras lo veía alejarse no me moví. Mi cuerpo estaba estremecido y sentía como si el nuevo placer hubiera abierto dentro de mí caminos extraños que hasta aquel momento no había podido percibir. El mar me decía dónde estaba y quién

era. Me invadió la calma y me sumergí en él. En mi cabeza no había confusión ni arrepentimiento, ni tan siquiera tribulación. Sentí el deseo de acercarme a nuestra *Sarita*, como si necesitara abrigo, y me apoyé a babor. Todo estaba en calma, sentía la arena en los pies, la mar quieta, y allá, sin angustia, una evidencia se fue abriendo camino, al principio como una luz tenue y lejana, pero que poco a poco se hizo brillante, acercándose intensa hasta deslumbrar a la luz misma. Súbitamente todo era diáfano, rutilante, transparente y puro.

Así fue como se iluminó mi callado secreto, que de tan bien guardado que estaba yo mismo lo descubría casi sorprendido. Aquel nudo extraño en que se habían convertido mis sentimientos se deshizo de manera insospechada. Me invadió un confort, un calor en el pecho que me irradiaba felicidad. Lo que estaba descubriendo era tan claro, tan limpio, que no me procuraba ningún temor. Frágiles sentimientos que no sabía explicarme, miradas que me descubría cautivado, gestos de ternura que iban más allá de cualquier límite que yo hubiera imaginado, sensaciones de una rara y fuerte sensualidad desbordadas sólo por un discreto acercamiento.

El gran secreto se me hacía evidente. Y tenía un nombre: David.

Fue de esta manera como los sentimientos amorosos que sentía por él resplandecieron. David, mi discreto compañero, mi leal amigo. Tantas veces jugando con él cuerpo a cuerpo, abrazándolo mientras paseábamos, quedándome como un bobo delante de él con aquel vacío en el vientre. Siempre aquel vacío… ¿Cómo era posible que mi corazón no se hubiera roto hasta obligarme a comprenderlo antes?

Era una noche de otoño del año 35. Tenía quince años. Volví hasta mi casa no sabría decirle a qué hora, el tiempo

estaba suspendido. Entré en el comedor, el silencio revelaba el reposo de mis padres. Yo tenía una técnica perfecta para desnudarme sin hacer ruido. Me metí en la cama fatigado por lo que había vivido, pero realmente no quería dormir. Lo que quería era revivir paso a paso todos los sentimientos y placeres de aquella noche. Sin embargo, esta vez no quería que fuera el hombre de Odessa quien entrara en mis juegos. Quería a mi amigo David de compañero amoroso. Y fui muy feliz, muy feliz repitiéndolo todo con él.

NOVENA GRABACIÓN

Usted pensará que a partir de aquel momento todo debió de complicarse. Tiene razón, pero las cosas se trastornaron por razones inesperadas y, como pasa a menudo en la vida, por donde menos sospechas y estás más indefenso.

Fue al día siguiente del encuentro con el hombre de Odessa cuando, apenas había amanecido, Mireia me esperaba en la puerta de casa. Me paró con una expresión en la cara que yo no le conocía, entre inquieta y frágil, y con un tono de voz que le fallaba me dijo que nos teníamos que encontrar los cuatro en la *Sarita*, que quería contarnos algo grave. Al principio sospeché por su semblante congestionado que alguien me había espiado en las barcas durante la noche anterior, pero ni de lejos tenía nada que ver con el desbarajuste de amor y bragueta que me inquietaba.

Al anochecer, cuando nos acomodamos a su alrededor, Mireia comenzó a convulsionarse con pequeños sollozos que intentaba reprimir al principio, hasta que estalló en lamentos

inconsolables. Lo que dedujimos entre lagrimeos y secadas de mocos, con la voz contrahecha por una garganta tensa de emoción y rabia, fue que sus padres, Ferran y Núria, habían decidido dejar Barcelona para ir una larga temporada al extranjero, muy lejos, allá donde se acababa el océano. Hablaban de una ciudad que se llamaba Buenos Aires, de la que quizá no volverían más, añadía abatida. Un drama, porque ni Mireia ni sus hermanas podían comprender la gravedad de la situación ni el porqué de tanta prisa repentina. Para ellas, dejar la Barceloneta era sencillamente quedarse sin pulso. Un desconcierto.

Fue inútil. La tempestad de gritos, ruegos, alaridos y llantos de las hermanas bajo la firme dirección de Mireia, no caló ni en el corazón de Ferran ni menos aún en el de Núria. Ésta, además del temor compartido con su hombre por el futuro de las hijas, siempre había pensado que Barcelona se le había comido la juventud. Como se esperaban el desmoronamiento emocional, el matrimonio había guardado el secreto hasta el último momento para no malvivir durante semanas o meses con aquel enfrentamiento caótico, y no les dijeron nada a sus hijas hasta sólo tres días antes del viaje a Buenos Aires.

De verdad, señor director, no se puede imaginar lo que significó todo aquello para los de la pandilla de los cuatro, que desde la placenta lo habíamos compartido todo. Al anochecer, bajo el resguardo de la *Sarita*, estábamos consternados. A David se le veía abatido, no en vano se le iba su pareja. Y Joana, ¡ay!, para Joana, en unos tiempos en que la vida de las chicas era un permanente acto de sumisión, el carácter fuerte y la referencia siempre altiva de Mireia eran un tesoro del que no quería prescindir por nada del mundo. Y finalmente a mí, con todo lo que me pasaba por dentro y que me tenía trastocado, sólo me faltaba perder a

mi mano derecha en el liderazgo de la pandilla. Ya le digo, un desconcierto.

Nos juramos lealtad para siempre y por encima de todo, y permanecimos abrazados entre las barcas como si fuésemos un único cuerpo.

Al día siguiente la acompañamos a despedirse de la gente del barrio que más quería. Cuando les llegó el turno a mis padres, a Màrius y Mercè, a Remei y Silvestre, el drama fue subiendo de magnitud. No tenía freno. Mercè, Marí y Remei le habían hecho de madres desde que con pocos meses nos sacaban a los cuatro juntos a tomar el aire, y ahora la más risueña dejaba aquel hogar amplio y compartido entre nuestras familias. Había algo más: en el corazón de las tres mujeres anidaba un sentimiento oculto de desolación, y no sólo porque perdían a Mireia sino porque se olían que ya no quedaba tiempo para escapar de toda la convulsión que presentían demasiado cercana. Remei no pudo evitar decirle a lágrima viva:

—No te sepa mal, hija. Vete tan lejos como puedas.

Ferran, con las maneras y apostura de quien se encuentra inmerso en un gran drama clásico, repartió solemnemente entre los vecinos más queridos las cosas que no podía llevarse. Mucho tabaco, objetos extraños y también viandas para ricos que no había tenido tiempo de vender. Y mientras recibía, sencillo pero ceremonioso, el agradecimiento de sus vecinos, dejaba un último consejo al oído de los que más estimaba:

—Cuando no podáis más, veníos a Buenos Aires. De aquí a poco yo ya estaré instalado y os podré echar una mano. Subid a cualquier barco de los que van para Argentina antes de que esto estalle por todos lados. Dicen que aquello es la Suiza de América.

Pero los hombres que escuchaban, puede que porque no

tenían dinero para salvar y ni tan sólo para salvarse, no querían ver la situación tan alterada. Quién sabe, pensaban, si en las siguientes elecciones ganaría la izquierda y quizá la situación mejoraría. A Ferran, oír estas argumentaciones le persuadía de que sus vecinos se habían acostumbrado al caos, a la fragilidad del día a día y al hecho de que sus vidas y esperanzas pendieran de un hilo. Se habían acostumbrado tanto que ahora ellos ya formaban parte del mismo caos.

Lo tenía claro, quería marcharse. La derecha en el poder no perdería las elecciones y él ya no soportaba más a aquellos facciosos. ¡Cómo podía perder la derecha en España viendo lo que pasaba en Italia con aquel hombrecillo chaparro y cabezón al que él llamaba chuloputas y que le ponía de los nervios! Para no hablar de aquel loco teutónico de allá arriba de Alemania, que parecía una bombilla fundida pero que conseguía que le votara todo el mundo. Y encima, para más inri, él, que era o se consideraba un hombre de izquierdas tampoco soportaba a los bolcheviques ni los bigotes de su dueño, el amigo Josef.

—Europa ya es un caos, una bomba, y vete tú a saber si nosotros, aquí y sin saberlo, somos la mecha —decía.

La partida fue de buena mañana. El *Estrella del Sur* era un barco argentino enorme, que imponía la desmesura de su tamaño a todo el puerto y rezumaba sueños por la borda a quienes lo miraban desde abajo del muelle, lleno de cabo a rabo de pasajeros, familiares, amigos, coches, baúles, bultos, una exhibición de ruidos, empujones, gritos, llantos, abrazos, soledades, esperanzas…

Antes de subir al barco, Mireia nos abrazó con mucha fuerza, como si quisiera acabar rápido. Pero cuando ya nos volvíamos para buscar un lugar en el muelle y renovar las despedidas, retuvo a David a solas y se pusieron a hablar. Yo no le di importancia, eran pareja desde que habían aprendido

a caminar y pensaba que era normal que se dijeran las últimas palabras.

Pasado un rato vi como toda la familia Jimeno estaba esperándola a una distancia prudente, a pie de escalera, impacientes, porque el enorme barco había hecho sonar largamente la sirena proclamando que en poco tiempo comenzaría las maniobras. Entonces, cuando volví a mirar a mis amigos, me pareció ver que Mireia gesticulaba abruptamente y cogía a David de los brazos casi zarandeándolo. No lo veía muy bien porque los ventanales de un edificio cercano hacían que me diera el reflejo del sol en los ojos. Pero habría jurado que Mireia me miraba todo el rato de reojo y hasta que me señalaba, aunque aquel rayo de luz no dejaba de deslumbrarme y estaba demasiado lejos para estar seguro. Cuando llegó David, rojo como un tomate, no me atreví a preguntarle de qué habían hablado. Él se merecía un último adiós y yo no podía violar la intimidad de aquel tesoro.

Recuerdo como la familia Jimeno subía la larga pasarela del *Estrella del Sur* como si fuera un ritual ensayado. Parecía que por un instante todo el puerto, nuestro puerto, hubiera quedado mortecino, en un silencio brumoso. Como si todo lo que nos rodeaba se focalizara, viviera, alrededor de ellos cinco, sólo ellos cinco subiendo aquella frágil e inacabable pasarela. Era triste, pero a un tiempo se revelaba como una ceremonia grandiosa. Poco después, Núria y sus hijas ya estaban en los balcones de cubierta haciéndonos señales, especialmente Mireia, saltando con los brazos estirados y balanceándose. A Ferran, que hasta aquel momento parecía el más animoso de todos, en el último minuto se le desfondó el alma y perdió el coraje que le habría permitido ver por última vez la ciudad y a los amigos que dejaba. Huyó, quizá a encerrarse en su camarote, llorando y renunciando a

retener aquella imagen.

El aullido impresionante y aterrador de la sirena del vapor anunciando que maniobraba para caer a estribor fue la señal de que aquello se acababa definitivamente, que Mireia se haría invisible para siempre y que para los tres que nos quedábamos en el puerto ya nada sería como antes. El *Estrella del Sur* completó pausadamente una lenta maniobra para dar la vuelta por completo hasta mostrarnos el pantoque de estribor. Cuando la proa tuvo enfilada la bocana del puerto, oímos el rugir grave de los motores, las hélices removieron las aguas y el barco comenzó a alejarse decididamente. Intuimos que ellas habían pasado hasta el otro lado de la cubierta para vernos, pero ya no percibíamos más que puntos apenas visibles que iban haciéndose cada vez más pequeños hasta desaparecer del todo. Nosotros seguíamos moviendo los brazos por si Mireia podía entrever los gestos de nuestra despedida.

¿Sabe? Cuando alguien a quien quieres te deja, procuras guardar en un rincón del corazón la imagen preferida de esa persona que se va para siempre. Yo me quedé con aquella cara que sólo ella sabía poner, entre melancólica y pícara, cuando cargada hasta el pecho de contrabando preguntaba el camino más corto para llegar al lugar donde tenía que entregar la mercancía. Y se lo preguntaba al policía de aduanas, evidentemente. Era una actuación de altos vuelos. Un carácter portentoso.

DÉCIMA GRABACIÓN

Se acababa el año 35 y el frío de aquel invierno, especialmente crudo, atravesaba las piedras.

En el trabajo, la sangre se convertía en mil cristales de hielo que se me clavaban por dentro de las manos y el dolor me habría hecho gritar a cada movimiento si no fuera porque, siendo el más joven, quería proclamarme el más hombre. Antes de Navidad, mi padre me separó de él consiguiendo que me trasladaran a otro muelle, porque el que me habían asignado hasta entonces no me correspondía. Había unas categorías, unos niveles, y yo sabía que había empezado allí sólo para que mi padre pudiera echarme un vistazo de vez en cuando. Así que pasado el tiempo de aprendizaje, Josep Massagué no quería que sus compañeros sospecharan que me malcriaba o me consentía con algún privilegio. Yo estuve de acuerdo, a pesar de que casi todos habrían aceptado que no me trasladaran, porque mi padre era un hombre querido y respetado, pero el orgullo y los

cojones de la militancia no le permitían estas debilidades con los suyos.

Como ya he dicho, el invierno era muy duro para la gente del barrio, y dentro de las casas se pasaba frío y a menudo mucha hambre. En nuestra familia éramos dos hombres y mi madre, y Gertrudis con sus pedales y mecanismos misteriosos, y todos juntos hacíamos juegos malabares para que entrara algún dinero en casa. Sin embargo, por poco observador que fueras, era evidente que en el barrio se pasaba hambre, aunque todo el mundo procurara encubrirlo como buenamente podía.

En el trabajo, los trozos de pan para desayunar eran cada vez más míseros, y poco a poco veías cómo los obreros que trabajaban a tu lado perdían peso, y no de grasa precisamente, puesto que muchos no habían podido acumularla nunca, sino de carne.

Después de la partida de Mireia, David no levantaba el ánimo y me preocupaba verlo cada día con un aspecto más melancólico. Yo lo atribuía a la añoranza que debía de sentir por ella, pero el día de Navidad me confesó que le pasaba algo extraño en el ojo izquierdo y que notaba cómo iba perdiendo vista poco a poco. Me lo dijo con el tono suave y sereno de siempre, con aquella voz que me cautivaba como un embrujo, como si no hablara de nada grave.

Si he de serle sincero, no le hice mucho caso. Pensé que sería algo pasajero, y él era tan discreto con sus problemas que me olvidé del asunto. Pero pocos días después, en Nochevieja, un grupo de jóvenes fuimos a la playa a encender fuego, no me pregunte si para quemar el año que moría o para dar un poco de luz al que venía. David iba vestido de domingo y las llamas daban una luz particular a su pálida piel. Se le notaba preocupado. Su aire triste me generaba ternura, ganas de demostrarle mi afecto, pero

siempre me contrariaba expresar mis sentimientos, me parecían reacciones poco masculinas, y perdone la expresión. Aun así, en aquel momento, para animarlo, no se me ocurrió otra cosa que decirle:

—¡Eh, hoy pareces un artista de cine!

Sólo una tímida sonrisa; tampoco esperaba más.

—Debe de pasarte lo mismo que a mí y me ves borroso.

—¿Quieres decir que sigues con problemas en el ojo? ¿Vas a peor?

—Pues creo que el izquierdo lo tengo bastante mal. He perdido casi toda la visión, y en tan pocos días que estoy algo asustado.

Se hizo un silencio. De pronto parecía que estábamos dentro de una burbuja que nos separaba y protegía de todo. Los gritos y ruidos de los compañeros alrededor de la hoguera resonaban lejanos. Cada día se me hacía más evidente que mi corazón era el prisionero de ese amigo. No soportaba verlo vencido, y fue entonces, sin que mi cabeza me lo mandara, cuando me oí decir:

—Eh, David, ¡anímate! Yo soy tu amigo, más que un amigo, ¿me oyes? Y me gustas mucho…

Estaba hecho un lío, y sin embargo comprendí que esas palabras eran como si me medio declarase. Confuso, no sabía qué decir para echar marcha atrás. Pero ¿quería volver atrás?

—Me gusta ser tu amigo —añadí.

Un dolor en el estómago. Un cerebro desbocado corriendo en una dirección y en la contraria. Cuando de pronto me llegó el coraje:

—¡Qué coño! ¡Me gustas y basta! ¡Que te quiero, hostia! ¡Yo te quiero!

¡Lo había dicho! ¡Rediós! Pronunciando las sílabas como si en cada una me fuera la vida.

Súbitamente se suspendió la función teatral del mundo. Todo, pero todo, las olas, las estrellas, la luna, las llamas que se elevaban, las tortugas que estaban a punto de poner huevos en algún hoyo de una playa tropical… Todo, absolutamente todo se paralizó para escucharnos. Yo sólo podía sentir la sangre zumbándome dentro de la cabeza. Pensaba que me diría «pero qué dices, hombre» o «y tú de qué vas». Me preparaba para un drama entre amigos y, en cambio, llegó la respuesta inesperada:

—Ya lo sé. Ahora ya lo sé. —Y bajó los ojos.

Me quedé sorprendido porque ésta era la única respuesta que no me esperaba.

—¿Qué quieres decir con «ya lo sé»? ¿Cómo puedes saberlo?

—Lo sé y punto. Es un secreto.

Ostras. Mientras lo decía no hacía ninguna mueca de preocupación o contrariedad, y eso me permitía interpretar que lo que yo le había declarado no le producía ningún rechazo. Enloquecí. Por fin había desatado los sentimientos, las dudas, los miedos, los deseos que desde hacía tanto tiempo tenía aprisionados en el corazón. Todo se me debió de poner en las piernas porque recuerdo que corrí hacia el fuego, con el mundo aún parado y las tortugas atareadas, di vueltas y más vueltas a la hoguera sin sentir el calor de las llamas, hasta que las emociones me agotaron. Sudoroso de alegría, miré si él todavía estaba allí, si de verdad estaba allí. Observé que me miraba divertido y comencé a desandar los metros que me separaban de él, el centro de todo lo que me importaba en aquel instante. Me esperaba dibujando una sonrisa. Pero he aquí que cuando me acerqué no supe continuar el juego y, supongo que por miedoso y poco espabilado, corté el hilo de la conversación. Y cómo me he arrepentido de no haber prolongado aquella imperfecta

declaración de amor al menos media eternidad.

—¿Cuándo tienes que volver al médico? —le pregunté.

Hizo un gesto extraño con los ojos, y desdibujó la sonrisa para responderme conciso:

—Tengo hora para mañana por la tarde. Me han dicho el nombre, es el doctor Martínez, y parece que es de los buenos.

—Voy contigo.

—No es necesario. Ya vendrá mi madre a hacer su papel. Está muy preocupada. Después nos encontramos en la *Sarita* y te cuento cómo ha ido.

—Ni hablar. Voy, te acompañaré y mientras el médico te visita estaré con tu madre.

Cuando el doctor Jordi Martínez le dijo que su hijo perdería casi totalmente la vista del ojo izquierdo, las lágrimas de Mercè reencontraron fácilmente un camino ya conocido. Aquel doctor dijo un nombre raro que no pudimos memorizar pero nos hizo comprender que el nervio óptico se le estaba secando, o algo así. Intentó consolarnos diciendo que en quince días vería el efecto de las gotas que le había recetado y que entonces podría darnos un diagnóstico más concreto. Insinuó la posibilidad de una mejora y recomendó a mi amigo que no leyera a fin de que el ojo bueno no padeciera y comenzara una deriva parecida a la del ojo malo.

Regresamos sin salir de la pesadilla y puedo asegurarle que David era el más entero de los tres. Yo miraba de reojo a Mercè, que caminaba sin rumbo mientras las facciones se le oscurecían entre las sombras de los pensamientos más tenebrosos: David, su tesoro, a quien dios había regalado un don extraordinario para el saber y a quien los maestros auguraban un horizonte magnífico en los estudios, quizá incluso hasta en la universidad, no sólo sería un enfermo sino que parecía que la naturaleza lo escarneciera arrebatándole

aquello que más necesitaba, la vista.

Mi terreno era más resbaladizo, porque sólo tenía ganas de abrazarlo, de estrecharlo contra mí allí mismo, en plena calle, hasta fundirme con él y gritarle que yo sería sus ojos, su fuerza y si fuera preciso su cuerpo. Pero finalmente tan sólo me atreví a pasar mi brazo de amigo por su espalda mientras lo miraba pensando cuánto lo quería. ¿Quiere que se lo diga? Fijó sus ojos en los míos dos o tres veces y podría asegurarle que me entendió. Hoy no tengo ninguna duda.

Al anochecer tenía clase en casa del señor Ramanguer y en cuanto entré en la rebotica todo indicaba que él ya lo sabía. Los ojos empañados, la voz sin fuerza, falta de aquella estridencia que la hacía especial, y los cuatro cabellos casi aplastados por tanto desánimo. Nos sentamos uno frente al otro, separados por su humilde mesa llena de libros, libretas, gomas y aquella máquina rara con la que sacaba punta a los lápices.

—Bien, lo habíamos dejado en Séneca, ¿recuerdas?

—Sí, Ramon.

Me obligaba a llamarlo por su nombre de pila. Y no lo pudo evitar:

—Séneca… ¿Te imaginas si no puede leer?… Claro que no podrá leer… Y si no lee no podrá acceder al conocimiento… Tanto que le falta por descubrir, y ¡él lo hace tan rápido con su prodigiosa cabeza! Un corazón tan sensible a la cultura y le han prohibido leer, pobrecillo. Poca gente lo sabe, pero no hay tortura más perversa que ésta. Más que el sufrimiento físico, estoy seguro. Nada puede ser peor para una persona como él.

Hubo un momento de pausa. Tenía los ojos rojos y me miraba a la altura del corazón. Y con aquella voz abatida continuó:

—¿Sabes, Germinal? David no es que sea listo, es

sencillamente poseedor del bien más exquisito de la persona. Posee la in-te-li-gen-cia, así como suena. Y en su caso con todas las sílabas. Algunas personas llegan a poseer una brizna, un fragmento. Él no, él la posee íntegramente, y eso no se ve muy a menudo. Contaría cabezas como la suya con los dedos de una mano, y mira que he visto pasar unas cuantas… Es un don, Germinal, que se tiene o no se tiene, como ser artista o maestro, cuando estas palabras valen la pena ser pronunciadas. Es un don y él lo posee plenamente. Pero con eso no basta, ahora le tocaba acumular conocimientos, cultura… ¡Con su prodigiosa memoria! ¿Sabes, Josep? Perdona… Germinal, la verdadera cultura es el conjunto de todos los conocimientos que la humanidad ha adquirido con el paso de los siglos: descubrimientos, inventos, filosofías, arte, historia… todo lo que el ser humano ha aprendido o inventado, incluso los grandes errores, como las guerras… Memorizamos las fechas, aprendemos a comprender los hechos más importantes, los avances, los desastres, y así tenemos referencias, refinamos comportamientos, adquirimos educación, nos damos, a veces muy deficientemente, formas y normas… Todo junto nos ayuda, y al final hasta nos permite convivir. Es bueno que la gente amase cultura, muy bueno.

Hizo una pausa para respirar a fondo, como para dejar que el pensamiento tomara impulso.

—Pero tampoco quisiera esconderte que el mundo está lleno de cretinos que tienen una gran cultura. Si no, te engañaría. ¡Lleno! También pasa lo contrario, gente que no tiene cultura, o muy poca, sabe caminar por la vida y se hace valer y querer gracias a su inteligencia. Pero cuando van las dos juntas, Germinal, cuando la cultura y la inteligencia se dan la mano, la persona que tiene este don hace de su cultura un jardín prodigioso por el cual se pasea,

observándola, y mientras disfruta, con su inteligencia evalúa, compara, manipula, discierne y extrae conclusiones que le permiten tomar una decisión u otra y así replantar el jardín, que no cesa de florecer. David posee en plenitud este privilegio, y ahora es un momento clave en su aprendizaje para acceder a la cultura más universal posible, porque, si llega, combinará la información, los datos, las filosofías, los pensamientos, los porqués y las consecuencias de los hechos históricos, el progreso, la innovación, la provocación, el arte… Y sacará conclusiones. Y es posible que David no sólo fuera una gran persona para los amigos que le quieren sino que lo sería para la sociedad entera. Puede que… hasta para el mundo.

Parecía trastornado, los ojos extraviados pero mirándome al corazón. Yo callaba, observándolo mientras él lentamente parecía abandonar la catarsis en la que le habían colocado sus palabras, hasta que bajó los ojos y el tono de voz para proseguir:

—Es eso lo que se pierde, lo que perdemos si David no puede curar su ojo. Hace muchos años, cuando yo era un joven ilusionado, decidí montar la librería para que gente sencilla como David tuviera acceso a la cultura y que no fuera sólo el privilegio de los cuatro hijos de los ricos de siempre, que finalmente la quieren para hacer prevalecer rentas y privilegios. ¡Desgraciados! Podrían cambiar el mundo, enderezar el rumbo de la suerte del ser humano mucho más deprisa. ¿Me entiendes, Germinal? Yo estoy triste por los tres: por ti, por el amigo y por el mundo.

Y calló. Con los ojos llorosos.

Yo estaba conmovido por lo que había dicho de mi amado. Pero también lo estaba por la inesperada suerte de descubrir la particular belleza del señor Ramanguer. La percibí completa, si es que puede decirse así. Aquel cuerpo medio

abandonado por la naturaleza y la dejadez de tantos años, las facciones casi ridículas, un desbarajuste de disonancias que nunca habían podido armonizarse. Y de pronto, detrás de un recodo, repentinamente, aparece la belleza del señor Ramanguer. Qué suerte. Dejar de hablar por separado de la bondad, la generosidad, la militancia, y poder hablar de la armonía integral de todas estas cosas y llamarle sencillamente: la belleza del señor Ramanguer. Sí, fue un descubrimiento.

Al acabar aquella clase imposible, y por primera vez, quiso acompañarme un rato. Ya estaba oscuro. Se cogió de mi brazo, que se sentía orgulloso de guiarlo, porque con sus ojos moribundos de tantas luchas con el saber y unas gafas que no conocían la limpieza nunca sabía dónde ponía los pies. Y así íbamos, por las calles estrechas de nuestro barrio, con los olores de mar que nos decían dónde estábamos, bajo los parpadeos de unos faroles raquíticos que nos hablaban de un mundo que estaba a oscuras, tambaleándonos, con unas piernas que no nos aguantaban de pie, tanto era lo que nos pesaban la tristeza y el amor.

Es a menudo en los cataclismos de la humanidad, señor director, ¿me permite que le llame Lluís?, cuando la negrura y el desconcierto intimidan al mundo, cuando surge la luz solitaria pero atrevida de las personas. Y estas pequeñas, ínfimas partículas de un colectivo adquieren una dimensión épica que se expande con una fuerza inaudita y acaba iluminando la vida de los que les rodean y, muy de vez en cuanto, de la humanidad entera.

Volví a experimentar ese sentimiento pocos días después, a principio del 36, cuando el año aún remoloneaba por los alrededores de la fiesta de Reyes, las escuelas empezaban a preparar el segundo trimestre y en el puerto hacía un frío de espanto. David llegó hasta la *Sarita* levantando la arena de la

playa con la fuerza de su mirada. No corría, galopaba. Estaba contento. Joana y yo hacía rato que estábamos a lo nuestro sin quitarnos la ropa, hacía un frío que pelaba y no estábamos para ceremonias. Cuando llegó no tuvimos tiempo ni de arreglarnos la ropa. Nos pescó así, desprevenidos, pero estaba tan absorto que ni se dio cuenta. Estaba emocionado y hablaba tan precipitadamente que apenas lo entendíamos. Nos dijo casi gritando que los maestros de su escuela lo habían convocado en el claustro y que cuando lo tuvieron entre ellos le dijeron que habían decidido ayudarlo mientras durara la enfermedad. Que harían turnos en horas extra, fuera del horario de clases. Que le recitarían y le explicarían los textos de las materias de examen para que pudiese comprender y memorizar el contenido sin tener que leer tanto. Que no querían que perdiese el curso, y de esta manera ganarían tiempo mientras llegaba una solución médica. Nos abrazamos los tres riendo contentos, sin que Joana y yo pensáramos en ponernos la ropa en su sitio. Éramos felices.

Y ahora que tengo ochenta y siete años, aún me pregunto de dónde salía gente como aquélla, hecha de una pasta especial. Qué tiempos, en los que aún se creía en el ser humano como un ente único, merecedor de una oportunidad ante el destino y alentador de generosidades magníficas. ¿Usted se imagina en los inicios del siglo veintiuno algo parecido? Yo ya no soy capaz. ¿O es que sólo cuando los colectivos se enfrentan a momentos de dificultades excepcionales se crean las condiciones para que la épica del humanismo de los mejores aflore deslumbrante? Lo ignoro, ¿sabe? Pero aunque no querría revivir por nada del mundo los momentos horrorosos que tuve que transitar en aquellos años, le diré que secretamente, casi con vergüenza, siento nostalgia. En algún lugar de mí aún pervive el recuerdo de la

solemne heroicidad de los marginados, la posibilidad de captar la imponente grandeza de los sin nombre. Debe de ser gracias a ellos, o sólo por ellos, por lo que la humanidad entera se merece un futuro.

Eran tiempos precipitados, poco dados a la calma o a la reflexión, unos tiempos que palpitaban a una velocidad demoníaca. En casa se vivía desde hacía meses en estado de lucha. Las elecciones del mes de febrero del 36 tenían que decidir si la derecha continuaría mandando y agitando el país. Como si le fuera la vida en aquellas elecciones, y quizá tenía razón, mi padre estaba hecho un gigante. No comía, se pasaba el día conspirando, haciendo recados, convocando, asistiendo y protagonizando mítines, repartiendo panfletos, colgando carteles que llamaban a la movilización y otras cosas seguramente más secretas. Cuando llegaba la noche, mi madre le rogaba con voz severa que se fuera a descansar, pero él engullía las horas repasando los panfletos editados o los que tenían que editarse, los de las organizaciones amigas y los de las enemigas también.

Hoy todavía hay gente que no entiende cómo pudo ser que muchos sindicalistas vinculados al anarquismo participaran en las elecciones. Me parece que no yerro si le aseguro que, aunque mayormente estaban en contra del juego de los partidos políticos, muchos, la mayoría, se volcaron en él, unos con la boca pequeña y otros a pecho descubierto. La cuestión era echar a la derecha del poder. En todo caso mi padre fue de estos últimos y tuve que acostumbrarme a dormir con la vela encendida en la mesa del comedor haciendo danzar las sombras. Suerte que era tan raquítica que sería exagerado decir que me molestaba.

Vivía todo aquel exceso familiar con desazón, aunque sólo porque quería participar más. No es que tuviera unas ideas políticas muy claras ni una conciencia social demasiado

escrupulosa, pero había cuatro cosas que me parecían evidentes y, por encima de todo, sabía quiénes eran los míos. Aun así, cuando empujado por el deseo de contribuir hablaba en el trabajo con alguno de los compañeros comprometidos, la respuesta era invariable:

—Pregúntale a tu padre. De todos nosotros es quien te lo puede explicar mejor.

Pero decirle a mi padre que yo quería participar en actividades sindicales y tomar parte en la lucha que él dirigía era una labor peligrosa, y procuraba hacerlo a un metro de distancia en recuerdo de la primera vez que le pedí si me dejaba acompañarlo a alguna de sus reuniones. Y por la cara de mala leche que ponía.

—De eso me encargo yo. Sólo tienes catorce años.

—¡Quince! Y a punto de cumplir dieciséis.

Estos matices le importaban poco.

—Tú ocúpate de tu madre, trabaja para traer dinero a casa y estudia hasta que se te cansen los ojos, como David. Eso es lo que quiero que hagas. Quiero que seas un hombre de verdad, que no puedan tomarte el pelo como lo han hecho con nosotros, que puedas comprar libros a tu hijo, mandarlo a estudiar a la universidad. Y si después de todo eso aún tienes tiempo, lucha, cojones, lucha. Pero ahora es a mí a quien le toca habérselas con estos cabronazos y conseguir que pierdan las elecciones. Y si al final no les ganamos, continuar la lucha hasta que se rindan y nos dejen vivir dignamente. ¿Me entiendes? ¡¿Me entiendes?!

No se daba cuenta de que me estaba gritando con las venas del cuello hinchadas a punto de explotar, como si el futuro lo ahogara.

Pero ganamos. ¡Claro que ganamos! En las barriadas populares como la mía la gente salía a la calle para asegurarse de lo que les parecía imposible y acababa de

suceder: que el Frente Popular había ganado a todas las derechas de la CEDA unidas bajo el mando de un tronado parafascista llamado Gil Robles. Cuando poco a poco la alegría dejó de ser sorpresa y prendió en el corazón de la gente, llegaron los gritos, los besos, los abrazos, los cantos, los saltos… en todo el barrio, en la ciudad, en el país. Los vecinos sacaron de los escondrijos instrumentos medio herrumbrosos, los cuatro mendrugos del rincón más profundo de la despensa, y comenzaron una fiesta inesperada que ocupó toda la playa de la Barceloneta. Fue increíble.

Cuando el Gobierno de Catalunya, con Companys a la cabeza, recobró la libertad, Mercè, la madre de David, izó una pequeña *senyera* en la *Sarita* para celebrar la liberación de aquel hombre del que siempre hablaba como si estuviera enamorada. En casa se declaró una fiesta permanente durante días y noches. Vinieron muchos amigos anarquistas del barrio y de Poblenou para ver a mi padre, algunos con nombres que le sorprenderían porque ahora ya forman parte de la historia del movimiento obrero y político de aquellos años.

Sí. Ganamos aquí y en todas partes, hasta más allá de las fronteras. Hoy, joven, tiene que resultarle difícil imaginar que lo que pasaba aquí pudiera interesar en todo el mundo. Pero así era, los ojos de mucha gente progresista nos miraban expectantes. Los diarios más importantes, muchos intelectuales, artistas, filósofos avanzados decían que en la República Española pasaba algo diferente, que se estaba iniciando un camino hacia la izquierda desde formas democráticas, que el socialismo tenía aún una oportunidad, que aquí había una voluntad de transformación de sectores muy amplios de la sociedad que iban desde los revolucionarios hasta los moderados. Todos estaban de

acuerdo en que las fuerzas de izquierdas de la nueva República podían redimir a aquella España negra del retraso atávico que la estrangulaba. Dejémoslo estar…

Yo, mientras tanto, procuraba pasar tanto tiempo como podía al lado de David. El hecho de que mis sentimientos por él fuesen tan fuertes como poco usuales no me producía ningún desasosiego especial, aunque nunca me atreví a preguntarle si los suyos eran semejantes a los míos. Preferí navegar por aquel mar de incertidumbre antes que arriesgarme a su rechazo.

De todos modos, no piense que con toda esta confusión interior el cuerpo se me quedó parado. Las doritas serían testimonio de lo contrario. Ahora ganaba algo de dinero y podía apartar unos pocos céntimos para las urgencias vitales, además de que las dos prácticamente me regalaban sus servicios, digamos que por unas derivaciones afectivas, casi maternales. Todo eso pasaba bajo la mirada de Dora, que siempre me observaba con unos ojos entre provocadores y autoritarios, hasta que un anochecer, viendo que mi incontinencia se volvía agitación, me apartó a un lado para decirme con su voz ronca de tanta vivencia pasada:

—Eh, tú, no te pases de la raya. Quiero demasiado a tu madre para permitirte que vengas a gastarte el jornal con las nenas. Haz el favor de calmarte los bajos si no quieres que te cierre la puerta de mi café.

Sabedor de que Dora sólo tenía una palabra, me lo tomé como lo que era, un aviso contundente.

Seguramente trastornado por la fuerza de ese deseo sexual por las chicas, la historia con David no hacía que me cuestionara mi virilidad. Una cosa eran el sexo y la diversión y otra la confusión de sentimientos inesperados que sentía y padecía por mi amigo. Así lo clasifiqué en la caja de mis secretos más íntimos y así quedó ordenado, procurando que

en definitiva no se hiciera demasiado evidente. Por suerte, en los juegos de los adolescentes hay muchas formas de sensualidad que se cobijan bajo expresiones de camaradería, solidaridad o aventura. Los roces de los cuerpos que se encuentran en el esfuerzo, en la lucha o en el reposo, con una forma de lealtad física llena de ambigüedad, si me permite, de voluptuosidad, y que habita en un límite indefinido, miedoso y frágil. Este límite equívoco definía uno de los espacios más excitantes que yo había conocido, y me instalé en él con un secreto entusiasmo.

Cuando entrada la primavera, Robert Gruells, un empleado bien plantado de correos con una bolsa envejecida de cuero pegada al cuerpo donde traía más penas que alegrías para repartir entre la gente del barrio, se paró delante de la casa de Joana en horario escolar, remarcó a Remei que aquella carta venía de América, todo un acontecimiento vecinal, y sólo para que no se le tomara por chismoso se ahorró decir el nombre del país de origen. Remei, que se avergonzaba porque casi no sabía leer, se fijó en la forma diferente del sello, los colorines y dibujos, el matasellos medio borrado pero grandísimo. Aun así le costó descubrir que llegaba de Buenos Aires. Con el corazón dándole volteretas, empezó a abrirla precipitadamente sin darse cuenta de que no iba ni a su nombre ni al de Silvestre, sino al de Joana. Pero una vez ante aquella hoja misteriosa, con mucho trabajo entendió algo de la letra rasgada y menuda de Mireia.

No es preciso que le diga que al anochecer Joana vino a casa como un viento huracanado enseñando aquella hoja de papel como si fuera un trofeo que le hubiese concedido algún dios. Juntos corrimos a avisar a David para que se uniera a la fiesta que tendría lugar bajo la panza de la *Sarita*, porque había un código no escrito que nos mandaba que sólo allí

podíamos leer una carta de Mireia.

Así supimos que había llegado bien a pesar de que el viaje había sido una pesadilla. Que se habían instalado en el centro de Buenos Aires aunque a ella le habría gustado estar más cerca del puerto. Que, nada más llegar, su padre se había metido en el negocio de la carne y que parecía satisfecho, a pesar de que no era tan divertido como la ocupación de contrabandista que tenía antes. Que su madre había recuperado su lado Rovira y que, con su clase y maneras, había seducido a las señoras más importantes de la ciudad, a pesar de que éstas eran unas mujeres afectadas, cursis y, según su opinión, con la cabeza llena de pajaritos de escaso vuelo. Que sus amigas de la escuela y del barrio la habían acogido bien a pesar de ser unas repipis. En definitiva, y eso era lo más importante: que se aburría y nos añoraba.

Sencillamente, decía lo mejor que nos podía decir: que eso de aburrirse no le había pasado nunca con nosotros. Al final, y en un pequeño párrafo, le mandaba un beso a David y le rogaba que no olvidara lo que le había dicho en el puerto antes de subir al *Estrella del Sur*. David se puso rojo y ni Joana ni yo entendimos por qué.

La releímos unas cuantas veces, siempre en voz alta para que David no tuviera que forzar la vista. Después nos tumbamos en la arena formando un triángulo, poniendo la cabeza de uno sobre las piernas del otro. Y en silencio, cada uno debió de iniciar su diálogo íntimo con Mireia. No le sabría explicar por qué, pero por mi cabeza iban desfilando los problemas que teníamos en el puerto, la lucha constante por asegurar un trozo de pan, la energía malgastada de tanta gente como mi padre que soñaba con una vida mejor y que no podía escapar de la espiral de infortunios. Puede que Mireia hubiera tenido suerte.

Vivíamos todo eso mientras llegaban los primeros días del

verano del 36 con buenas nuevas por todos lados. David había sacado unas notas de mérito, y los maestros, como siempre, habían hecho suyo el problema y ya le buscaban becas para que pudiera continuar los estudios. Joana también era feliz, pero debo confesarle que el motivo de su alegría casi me indignaba. Irradiaba felicidad porque finalmente la dejarían entrar en el taller de modista de su madre, aunque eso sí, como un favor excepcional y que no se hablara de los estudios nunca más. De cobrar un sueldo, por miserable que fuera, tampoco se hablaría. Pero hay que decir que el solo hecho de ser admitida como aprendiza fue considerado un privilegio por los vecinos, por los familiares y por ella misma. Yo entendía que su madre estuviera radiante, Remei no había salido nunca de aquel mundo, sin embargo me sorprendía la conformidad de su padre, Silvestre. Yo era demasiado joven y no podía comprender cómo un luchador con tantos sueños sociales aceptaba obstinado la entrada de su hija en la cueva de la explotación, sin los horizontes adónde él siempre había querido huir.

Mientras tanto, en la Barceloneta, el sol y la playa iban obrando sus milagros, o como se diría ahora, sus asistencias sociales. La gente de aquel barrio sencillo comenzaba a notar cómo el buen tiempo disimulaba las huellas que el frío y el hambre les habían marcado en la piel durante el invierno. Cómo el sol les devolvía poco a poco los colores y cómo el mar suavizaba la tirantez de los músculos. Pasaban las penas y medio olvidaban los agujeros del bolsillo, que ya eran como pozos, entreteniéndose inocentemente en preparar las galas para las hogueras de San Juan y San Pedro. Podían pasar muchas cosas en nuestro pequeño mundo, pero las hogueras de esos días eran sagradas, incluso para los que estaban dispuestos a reventar sagrarios o quemar santos. Los chicos éramos los encargados de buscar maderas y trastos viejos

para que pudieran agrandarse las hogueras hasta las nubes, y a fe que no dejábamos ningún rincón del barrio por mirar, ni vecino por visitar, ni patio por requisar. Pero eran tiempos en los que la gente no tiraba casi nada, y reunir material que elevara las llamas cielo arriba terminaba siendo una tarea pesada. Y así llegó la verbena de San Juan, que ya por entonces era más celebrada que la de San Pedro. No he sabido nunca si por los méritos de los santos, por alguna atávica costumbre pagana o, sencillamente, porque la gente utilizaba la primera fiesta para desfogarse de las preocupaciones, quemar las adversidades y encargar al fuego el cumplimiento de algún deseo.

Los tres de la pandilla bailábamos abrazados en círculo alrededor de la madera encendida en medio de la playa hasta que el calor del fuego parecía fundir nuestras pieles. Bebíamos de las botas de vino que corrían de boca en boca y que alguien nos pasaba sin darse cuenta de que éramos demasiado jóvenes. Sonaba una orquestina en la que cantaban cinco o seis vecinos, conocidos nuestros, que participaban en todos los acontecimientos festivos del barrio. Nos hacían bailar siguiendo una estrategia conocida: se iniciaba el repertorio con las canciones más animadas para que la gente se calentara, proseguía con algunas antiguas que conocía todo el mundo, para pasar después al repertorio de las que en aquellos momentos eran las más populares en la radio y marcaban la moda, y por último atacaban con la lentas para que las parejas se saciaran. Más que bailarlas, nosotros las botábamos con una fuerza en las piernas que convertía la arena en una malla elástica que nos proyectaba hacia arriba, hacia una luna que se entretenía plateando la playa y el mar, como decorando un escenario mágico para que cada uno representara el papel que más le gustara.

Cuando la orquestina entendió que ya era hora de pasar a

músicas más melodiosas por si las parejas querían restregarse lentamente, Joana tomó la iniciativa y nos dirigió hasta la *Sarita*, que no estaba a más de doscientos metros. Llegamos corriendo, sudados, entre risas, y si había alguien no lo vimos.

—Vamos al agua —dijo Joana mientras se quitaba el vestido.

Se entendía que, como cada año, teníamos que quitarnos la ropa, correr y gritar hasta donde rompían las olas y zambullirnos. Nos desvestimos deprisa, los chicos en calzoncillos, ella con una blusa blanca, y entramos en el agua con profusión de salpicaduras en aquel espacio de perfiles imprecisos donde lo único concreto eran nuestras pieles mojadas reflejando la luna y la hoguera.

Yo perseguía a mi pareja, Joana, que como de costumbre fingía que me tenía mucho miedo mientras reía huyendo y moviendo los brazos como si quisiera apartar el agua de su cuerpo. Mal me está el decirlo, pero el mío era tan potente que siempre le hacía ir a medio gas para evitar que el juego acabara demasiado pronto. En éstas que, por un momento, olvidamos que David estaba solo. Él, poco a poco, casi tímidamente, se acercó a nosotros, que estábamos en plena batalla. Joana y yo comprendimos enseguida que sin Mireia de pareja David no sabía bien cómo ubicarse. Sólo tuvimos que mirarnos y nos lanzamos contra él. Las pieles resbalaban una contra otra. David había cogido a Joana para zambullirla, y yo, para defenderla en el juego, lo abracé por la espalda y lo rendí.

Ojalá no lo hubiera hecho. En cuanto sentí su espalda contra mi pecho noté una bocanada de voluptuosidad y cómo mi sexo vivía contra mi voluntad. Incapaz de separarme de él, seguí abrazado a su cuerpo, haciendo como que luchaba mientras gozaba de su piel, encendido de deseo, con una sed

desconocida para mí. No sabía qué hacer. Tenía que separarme antes de que él se diera cuenta, pero la exultación del cuerpo me paralizaba cualquier propósito. Pasamos unos momentos así, jugando a pelearnos, cuando de pronto Joana se declaró vencida y David la dejó ir. Mientras ella huía para rehacerse, él se volvió de cara, no sé con qué mirada extraña en los ojos, para continuar la pelea. Yo estaba avergonzado de que mi sexo estuviera oprimiendo su carne, pero hacía rato que ya no me obedecía. Pensaba que David tenía que notarlo por fuerza, era imposible que no se diera cuenta, pero también era imposible separarme de él. Estuvimos así, abrazados para pelearnos hasta que sentí cómo me llegaba el placer sin poder frenarlo, como una explosión de todo el cuerpo. Cuando las primeras convulsiones me poseyeron procuré que mis espasmos se confundieran con los movimientos de la pelea para que David no notara nada. Grité y reí, refugiado en el juego y en la penumbra iluminada por la luna. Cuando aquel placer tan intenso terminó, David seguía luchando y abrazándome, mientras yo me preguntaba si él era consciente de lo que había pasado. En sus ojos, que aún me miraban, sólo anidaba aquella rara serenidad que le caracterizaba.

Al final, decidí dejarme vencer y que sus brazos me sumergieran bajo el agua.

UNDÉCIMA GRABACIÓN

No fueron los dioses quienes alumbraron aquel mes de julio del 1936.

Seguramente debían de tener hombres infiltrados en los cuarteles, porque cuando el 17 de aquel mes una patulea de generales fascistas —perdone pero todavía no puedo hablar desapasionadamente— proclamaron el golpe de estado contra el Frente Popular, contra Catalunya y contra no sé cuántas cosas más, ni a mi padre ni a ninguno de sus amigos los pilló desprevenidos. Desde que la izquierda había ganado presentían que aquel triunfo tendría una respuesta brutal. Estaban tan plenamente convencidos, que hacía semanas que se organizaban preparando una serie de acciones para cuando llegase la acometida prevista.

En aquellos primeros días de julio del 36, pese a no saber demasiado de qué iba eso de la política, espiando las idas y venidas de padre, que sólo paraba en casa lo justo para dormir, me olía que algo gordo estaba a punto de pasar.

Cuando regresaba, muy entrada la noche, le controlaba discretamente las bolsas ojerosas, que de puro cansancio le llegaban hasta los labios. También podía medir, y en propia piel, la mala leche que se gastaba por cualquier contrariedad. Pero no me afectaba, su determinación me hacía verlo como un héroe dispuesto a lo que fuera para salvar al mundo y a los suyos.

Mi madre, en cambio, estaba bastante harta de que el ambiente en casa fuese como una telaraña de conspiraciones y malos augurios. Durante todos los años de matrimonio había apoyado sin fisuras las inquietudes de su marido, pero desde hacía meses se olía que las cosas tomaban un cariz demasiado peligroso. Y, si bien había aprendido a querer a su nuevo país, Marí no conseguía entender casi nada de aquel violento entramado social y político que lo atenazaba. Era un mundo lejano al suyo pero que adivinaba bordeando el desastre. En el fondo de su corazón, Marí pensaba que Josep iba demasiado lejos, y que detrás de las obsesiones libertarias ponía en peligro a los suyos en unas proporciones que, por primera vez desde que se enamoraron, le costaba admitir.

Mi padre no se daba cuenta de todo ello, o no quería dársela, y no era por menosprecio a los sentimientos de Marí, a quien respetaba con devoción, se lo puedo asegurar. Hasta donde yo sé, con ella siempre se comportó con una deferencia de igual a igual. Para decirlo lisa y llanamente, de una manera inusual entre los matrimonios de aquella época. Y no sólo por la calidad de su amor. También por el convencimiento de que mientras no hubiera un cambio radical en el comportamiento de los hombres hacia las mujeres, el progreso en mayúsculas no sería posible. A todo el que lo quisiera escuchar le espetaba que el protagonismo de la mujer era la piedra angular de la revolución. Pero

mucho me parece a mí que, para Josep Massagué i Fita, la familia y el amor a los suyos habían perdido los contornos individuales o personales y eran conceptos que se habían hecho universales. Dicho así puede sonar bonito, pero en realidad hacía tambalear nuestra casa.

Una mañana, antes de marcharse hacia el trabajo, nos dijo entre atribulado y solemne que en las últimas reuniones de la CNT se sentían tan vigilados y presentían el peligro tan próximo que habían decidido buscar nuevos lugares de encuentro que no fueran habituales ni sospechosos. Evidentemente, él se había ofrecido para que el próximo concilio revolucionario de aquella misma noche tuviera lugar en casa, en el comedor, o sea, en mi habitación. Escuchándolo, a mi madre se le erizó la permanente como si algún rayo interior le hubiera provocado un calambrazo, pero cuando consiguió encontrar las palabras para llenarse la boca con alguna razón, mi padre ya cerraba la puerta para bajar la escalera y yo tenía prisa por ir detrás de él, no fuera que me tocase recibir. Mi madre me miró con ojos inquietos, me dio un beso mientras me arreglaba el cuello y, sin decir nada más, empezó a preparar el comedor para que, aquella noche «memorable», su Josep pudiera quedar bien delante de sus compañeros de locuras.

Aquella tarde ni *Sarita* ni pandilla, me quedé en casa. No quise salir. Incluso para mí, lo que debía pasar aquella noche era demasiado importante como para ignorarlo. Joana y David tendrían que conformarse.

Llegada la hora, mi padre esperaba impaciente. Sentado y apoyado en la mesa del comedor, movía la pierna derecha nerviosamente, mientras mi madre trajinaba en la cocina preparando pastelillos desde hacía horas. Como era de prever, los sindicalistas llegaron repartidos para no llamar la atención. Algunos eran de la Barceloneta pero la mayoría

venía de Poblenou. Joan y Gregori, los primeros. Después, y por turnos, Antoni, Francisco, Ricard, Aureli, Josep y algunos más, aunque yo nunca había oído hablar de ellos y ahora ya no los recuerdo. Se reunieron nueve o diez, demasiados culos para nuestras seis sillas. Cuando mi padre vió que algunos se habían quedado sin asiento, los invitó a utilizar mi cama para acomodarse. Durante unas décimas de segundo, mi madre no pudo disimular una arruga en la frente. La intimidad de su hijo era sagrada y aquel lecho la representaba toda; en esto, la educación republicana francesa era muy intransigente.

Aquella noche, joven, en mi cama y alrededor de la mesa del comedor de casa, se sentaron obreros adustos, bregados y curtidos, respetados cuando no temidos en el barrio y en toda la ciudad. Eran casi todos los cabecillas más conocidos del movimiento obrero anarquista. Supongo que ya debe de saber que por entonces la CNT era la organización más importante entre la clase trabajadora y la que marchaba al frente de la lucha obrera. A pesar de que me impresionaban, nunca me habría imaginado que, pasado poco tiempo, aquellos hombretones compañeros de mi padre se convertirían en consejeros, ministros, personalidades públicas y, algunos, leyendas vivas y piezas clave de los muchos acontecimientos de la época. Héroes para unos y malvados para otros, pronto llenarían muchas páginas de los libros de historia. Se les veía gente dura, facciones fuertes, cuerpos fibrosos y desgastados pese a la juventud de la mayoría, gente resuelta, atrevida y de mirada dispuesta a todo. Precisamente esta mirada audaz los hacía atractivos… y preocupantes.

Estaban tan convencidos de que los fascistas intentarían cortar de cuajo los avances republicanos y tan exaltados en sus convicciones, que si no fuera porque al cabo de unos días

la Historia les daría la razón, habrían podido parecer un grupo de psicópatas, neuróticos a fuerza de conspiraciones, intrigas, conjuras, secretismos, revoluciones pendientes, mapas de la ciudad, ubicaciones y planos de cuarteles, espionaje, tácticas de guerrilla y, finalmente, acción armada.

Una vez estuvieron aposentados, mi padre me mandó que fuera a la habitación matrimonial, con aquel ademán y tono de voz que te dan a entender que debes obedecer y callar. Me sentí un pasmarote pero no puedo decir que me extrañara. Tenía muy asumido que mi padre no quería que me mezclara en sus asuntos, y todavía menos que sus compañeros tuvieran que conspirar delante de un chiquillo que no se enteraba de nada. De todos modos, una vez confinado detrás de la puerta, y con algo de imaginación, me monté una excitante película sobre lo que se estaba cociendo.

Los oía confabular sobre qué harían mientras se aproximaba el golpe militar que preveían inminente y cómo vigilarían discretamente los cuarteles para saber las reacciones de las guarniciones del ejército más propensas a la rebelión. También discutieron en qué lugares estratégicos de la ciudad distribuirían a sus afiliados, para que si el golpe militar tenía lugar no los pillara en paños menores. Hay que decir que no confiaban para nada en que los cuerpos armados encargados del orden público, sobre todo la Guardia Civil, fueran fieles a la República o al gobierno de Catalunya. Conspiraron para reunir todas las armas que tuvieran al alcance y, por si hiciera falta, planificaron cómo asaltarían alguna comisaría que sabían poco vigilada. Después, repasaron la gente de confianza que tenían dentro el ejército, tanto en el cuerpo armado como en el logístico o de servicios, para encomendarles que espiaran o boicotearan los movimientos de los militares más arrebatados. Y finalmente,

cuando el ejército golpista saliera a la calle, harían sonar las sirenas de todas las fábricas para movilizar a sus afiliados y alertar a la ciudad de que el alzamiento de los fascistas había comenzado. Evidentemente, plantarían cara a esos facciosos de mierda. Pero no lo harían en los cuarteles, aquél era su terreno y se parapetarían haciéndose fuertes. Haría falta esperar a que se adentraran en la red de calles de la ciudad y, una vez allí, rodearlos, atacarlos, derrotarlos y después iniciar la revolución.

¡Así de fácil lo veían!

Cuando apenas clareaba el día, y con mi madre adormilada a mi lado, abrí los ojos. Mi padre yacía en mi cama, vestido y con zapatos. El olor a humo de picadura y de algún caliqueño mal apagado ofendía mi nariz. Me levanté descalzo para no hacer ruido y me acerqué a mi padre hasta oírlo respirar. No lo había visto nunca así, tan cerca, y, cómo lo diría, quizá indefenso. Tenía la cabeza vuelta, el cabello tapándole media frente. ¿Sabe? Observándolo allí, pensé por primera vez que se hacía viejo. Mejor dicho, me parecía verlo haciéndose viejo en ese mismo instante.

Ya se lo debe de imaginar, al día siguiente, delante de unos asombrados David y Joana, hice una gran representación, mejorando con exageraciones y rellenando con imaginación todo lo que me había parecido entender aquella noche. A medida que avanzaba en el relato, y como veía que la intriga y la emoción abrían de par en par los ojos de mis amigos, decidí ocultar que no había visto nada, y comencé a dibujar detalles escenográficos, gestos de los protagonistas, el baile de algunas miradas capciosas y los movimientos de los vasos de vino que pasaban de mano en mano. Me gustaba ser el actor principal, tener a mis espectadores embelesados, pero, por encima de todo, no quería que los ojos de David dejaran de mirarme ni un solo

segundo.

Y finalmente sucedió.

El 17 de julio llegaron las primeras y confusas noticias que hablaban de que las guarniciones del ejército español en Marruecos se habían levantado contra la República.

Barcelona parecía tranquila, pero mi padre no estaba para puñetas ni dilaciones. Tenía claro lo que debía hacer y desapareció sin decirnos nada y sin que tuviéramos tiempo de preguntarle dónde iba. Por lo que después nos dijo Remei, Silvestre había actuado exactamente igual que mi padre.

El día 18, muy temprano, en casa se podía cortar el aire con un cuchillo, y lo mismo ocurría en el barrio y en la ciudad. Era una espera densa; todo parecía en calma y todo estaba a punto de estallar. Me encuentro, señor director, con que ahora sé muchas cosas que pasaron aquel día, pero que en aquellos momentos no sabía nadie. Haré abstracción y sólo le contaré mis vivencias tal y como me llegaron. En todo caso, las horas pasaban muy lentamente y, en principio, no parecía que los militares movieran un dedo en Barcelona. Llegaban rumores de que algunos hombres significados de la extrema derecha habían entrado en los cuarteles para confabularse con los rebeldes, y eso desataba rumores y malos augurios que se esparcían por todos los rincones de las casas y nos burbujeaban en el cerebro.

David apareció muy temprano, desconcertado, y entró directamente en materia:

—A casa no han llegado noticias. Padre estaba faenando en el mar y, cuando ha llegado a la playa, los pescadores de las otras barcas le han avisado del levantamiento africano. Tu padre debe de saber más cosas.

—¡Quizá sí, pero búscalo! Ayer se largó y no lo hemos vuelto a ver.

Hizo una pausa con cara de estárselo pensando, como

cuando resolvía un problema de los deberes de la escuela.

—¿Qué te parece si nos diéramos una vuelta por El Ocaso del señor Ramanguer? Seguro que por la librería debe de haber pasado todo el mundo y él estará al tanto de todo.

—Lo que deberíamos hacer es dejarnos de hostias, ir a la ciudad y sumarnos a la primera patrulla de trabajadores armados que encontremos.

—¡Eso! Y si tenemos suerte nos topamos con tu padre y nos mete un par de sopapos que nos deja contentos. Además, Germinal, nadie nos querrá y tendrán razón. ¿Qué sabemos nosotros de todo esto? ¿Tú te ves con una barra de hierro en la mano reventando a alguno de esos atontados?

—Y por qué no. Como si no tuviéramos suficientes cojones.

—Más bien diría que tu padre tiene miedo de que tengas demasiados —me dijo bajando la voz.

—Como quieras. Pero sus compañeros de trabajo siempre cuentan que cuando él tenía mi edad ya estaba metido en todos los líos del puerto, sindicatos o cualquier cosa que se meneara. En cambio a mí me trata como si fuera una niñata. Y ya estoy harto.

David nunca contestaba enseguida; siempre se tomaba unos segundos, como si los contara, supongo que para evaluar lo que había escuchado o lo que quería responder.

—Seguramente lo que pasa es que no quieren que vivamos como ellos han tenido que vivir. ¿Sabes?, a veces acompaño a mi padre para verlo aparejar la *Sarita*. Casi no recuerdo cuándo fue la última vez que me dijo que subiera. Tampoco acepta que lo ayude cuando ha de varar la barca, y a fe que, cuando los palos van mal de sebo, le resulta muy duro. Si le pregunto sobre el trabajo, dónde echa los trasmallos o cuál es el mejor lugar para el palangre, cualquier asunto, me contesta que yo no debo meter las

narices en estas cosas y que tengo que aspirar a una vida mejor que la suya, estudiar y todo eso. En alguna ocasión le he oído decir a mi madre: «Antes de morir debo convertir en astillas esta barca para que nunca jamás nadie de la familia tenga que vivir así».

David calló, como si se avergonzara de hablar de él. Después retomó el hilo, pensando en voz alta:

—Pero si los militares salen de los cuarteles deberíamos hacer algo…

—Habrá un follón de cojones, quizá tiros, muertos, y nosotros nos quedaremos aquí mientras los nuestros se la juegan.

—Germinal, tú quizá sí que servirías para algo, pero yo, con un ojo criando malvas, a duras penas veo dónde pongo los pies, estaría perdido.

¡Eh! Ése sí que era un buen argumento, el único que me podía enternecer la intensa mala leche que llevaba dentro. El efecto fue inmediato.

—Pues vamos a ver a Ramanguer, que él sabrá algo.

Llegamos en un santiamén. Que el asunto no iba bien nos lo advirtieron los cuatro pelos de Ramon, que se habían erizado un dedo más todavía por la tensión electroemocional que les enviaba su amo. Conviene aclarar que la noticia del levantamiento militar tampoco sorprendió a nuestro librero. Cuando Ramanguer caía en uno de sus delirios misticoproféticos, siempre predecía, con una voz engolada que conseguía bajando y tensando el gaznate de forma conveniente, que no pasaría demasiado tiempo sin que los reaccionarios españoles mataran la República. Porque los españoles de derechas eran unos salvajes, sentenciaba. Ahora todo se estaba cumpliendo y las neuronas de su cuerpo, que seguramente era el único grupo organizado que funcionaba en aquella anatomía desgarbada, habían pasado

de la actitud de alerta a la de guerra.

En El Ocaso del Capitalismo no había ningún hombre joven dispuesto a tomar las armas, o se habían acobardado o ya hacía rato que las tenían en las manos en algún lugar más necesario. Sólo encontramos a Joaquim, un libertario de los antiguos que pasaba de los sesenta y cinco y, para mi sorpresa, una de las doritas, Núria, la rubia. Nos decepcionó contemplar un panorama tan magro de corajes colectivos. Cuando Ramanguer nos vio, por las pupilas de sus ojos pasaron primero la luz y después la tormenta.

—¿Qué hacéis aquí?

Pensé que nos reprochaba que vagáramos por el barrio mientras muchos hombres se habían movilizado heroicamente y me excusé.

—Es que nadie quiere decirnos dónde están las patrullas del sindicato y venimos a preguntárselo para ir a ayudar en lo que sea.

—¿Patrullas? —La voz se le desfiguró y empezó a gritar—: ¡Ya os diré yo dónde están las patrullas! ¡Desgraciados! ¿Pero qué os habéis creído? —Seguía berreando acompañándose de gestos desmesurados y enfurecidos—. Vuestra guerra está en casa, haced el jodido favor de ir para allá inmediatamente, in-me-dia-ta-men-te. Y vigilad que allí no pase nada, que no me entere yo de que haya pasado algo.

Nos gritaba mientras se nos iba acercando. El cabreo le había enrojecido la cara y la rabia le hinchaba las facciones aumentando así su fealdad, como para asustarnos mejor.

—Id con vuestras madres hasta que todo esto acabe. Y tú, David, como vea que con ese ojo enfermo se te pasa por la cabeza hacer alguna heroicidad dudosa, te plantificaré un revés que verás como se juntan la Osa Mayor y Casiopea en un instante milagroso.

Contado ahora y sin conocer al personaje, quizá le puede parecer que debía de ser casi cómico. Le puedo asegurar que no, que el fuego de sus ojos atravesaba los cristales más gruesos y fundía el metal cuando nos cincelaba el cerebro para que sus mensajes quedaran grabados. También le diré que, de reojo, vi a la dorita Núria completamente embobada ante tanta enérgica virilidad. Sospeché y entendí, algo celoso, el encantamiento que sentía por el librero. Por la belleza del señor Ramanguer.

Yo aún me habría sublevado frente a los gritos de aquel hombre, pero David me cogió suavemente por el hombro haciéndome entender que teníamos que irnos, y yo, cuando sentí el brazo de mi amigo, lo seguí invadido por una calma sumisa y turbadora hasta donde me pidió. Regresamos por las calles de siempre sin decir nada. Pero ni el sol de un mediodía de verano deslizándose entre las sábanas que colgaban de los balcones ni el roce con mi amigo querido podían hacerme olvidar que volvíamos derrotados por la artillería prosopopéyica del señor Ramanguer.

Cuando Marí me vio, sus ojos húmedos parecían maldecirme, pues se había temido lo peor. Se me acercó y, cuando ya me esperaba una guantada, me abrazó, me dio un beso y tan sólo dijo:

—Seguro que te ha hecho venir él. Gracias, David.

Mi amigo bajó la cabeza. Yo los miré, pensando que daría la vida tanto por el uno como por la otra. Y que si bien no podría detener la salida de los militares de los cuarteles, me juré solemnemente que al menos defendería con uñas y dientes aquellos dos baluartes sentimentales y, a poder ser, audazmente, con un fondo de trompetas y trombones que hiciera más patente mi desmesurado valor, claro está.

Nos sentamos alrededor de la mesa, pero a mi madre la comezón no la dejaba tranquila. De repente, como si hubiera

visto la luz, se levantó y desde la ventana del patio de luces llamó a Remei.

—Remei, ¿me oyes?

—Sí, ¿qué quieres? —respondió al momento.

—¿Tienes *nuveles* de Silvestre?

—No, Marí. Qué voy a tener, estoy aquí con Joana comiéndome las uñas como una tonta.

—Podríamos pasar por el local del sindicato. Quizá encontremos *qualcú* que nos pueda decir si *tout va* bien.

Y de esta manera marchamos los cinco, calle del Mar abajo, hasta los bajos medio escondidos de una casa sencilla donde se encontraba la central de la CNT del barrio. Por cierto, el barrio no estaba como siempre, la gente no había ido a trabajar, se formaban corros aquí y allá para comentar las últimas noticias de la radio. A simple vista se notaba que había muchas más mujeres y niños que hombres. Cuando llegamos a la CNT, Joana, David y yo nos quedamos fuera.

Hacía un día magnífico y el sol era un dios que nos invitaba a vivir. ¿Qué sabíamos nosotros de golpes de estado facciosos y de lobos cavernícolas de colmillos afilados?

—¿Vamos a la playa? —pregunta Joana.

—No podemos dejar a vuestras madres —responde David.

—¿No es mear fuera del tiesto que hoy vayamos a la playa? —añado yo.

—Ya voy yo a pedir permiso, ahora vengo. —Estaba claro que no quería escucharnos.

Joana regresó con una sonrisa triunfadora:

—A la una en casa.

Fue la condición para nuestra libertad, y corrimos juntos hacia la playa. No estábamos solos, había también algunas mujeres hundiendo sus pies en el agua o mojando la piel de algún niño para aliviarle aquel calor espantoso.

Nos sentamos; David y yo nos quitamos la camiseta y

Joana se remangó tanto como pudo. ¿Quién podía pensar que el mundo se volvía loco frente aquel mar de un azul tan esplendoroso?

Estábamos así, callados, cuando David soltó:

—¿Cómo acabará todo esto?

—¿Lo de los militares? Les ganaremos —contesté rotundo.

—No, no tanto por lo que pasa hoy… Pienso más en nosotros, ¿qué nos espera, cómo será nuestra vida de aquí a unos años?

Joana y yo ya estábamos avezados a que, cuando David estaba fino, se pusiera a volar por alturas que nosotros no abarcábamos, y muy a menudo ni ganas teníamos de ello. Nos miramos con un gesto poco disimulado de resignación y prudentemente no dijimos nada, esperando que él mismo encontrara la respuesta que nosotros ni siquiera buscaríamos.

Pero David parecía abstraído, no decía nada. Pasados unos segundos, Joana soltó con una voz entusiasmada:

—Pues yo pienso trabajar de modista y algún día me casaré y tendré cuatro hijos, y ¿sabéis qué nombre les pondré?

—¡Anda, venga, escuchemos la animalada que estás pensando y quédate tranquila! —dije como pareja oficial autorizada.

—Pues los llamaré Mireia, David, Germinal y Joana.

—¡Vaya! Y que uno sea rubio y presumido —sonrió David mirándome a mí—. La otra, la más lanzada del barrio, y para que todo sea más completo le enseñas a bailar el tango. Y finalmente que no falte un tuerto. La pandilla de los cuatro bis. Y Germinal será el encargado de hacértelos.

Me violentó que fuese él quien lo dijera y me volvió aquel vacío en el vientre.

—No. Su padre no será Germinal. Sé desde siempre que

no será él. A pesar de que es mi amigo y de que me gusta, sé que no será, y no me preguntéis por qué —dijo una Joana decidida, como retándome.

Hubo un momento de silencio, no exactamente tenso; era como si el juego de cartas no cuadrara del todo. Decidí terminar aquello:

—¡Cómo que no seré yo! Esta noche nos vemos en la *Sarita* y te hago el primero… ¡Qué digo el primero…! No, te haré dos a la vez. Tú di si quieres un David o una Mireia y yo me pongo a ello —repliqué medio señalándome la bragueta. Nos pusimos a reír y dejamos discurrir el tiempo hasta la hora de la comida.

En la sede del sindicato, Remei y Marí no eran las únicas mujeres que preguntaban por sus maridos. Emilio, un andaluz delgado como un bailarín y de quien las mujeres decían que era del otro bando erótico, fue el encargado de tranquilizarlas. Se expresaba con tanta complicidad que parecía como si estuviera en la misma situación que ellas, y vete tú a saber si no era cierto. En un andaluz florido, dijo que sus hombres estaban repartidos cerca de los cuarteles montando turnos que más o menos durarían doce horas, según lo que pasara, y que, si la cosa no iba a peor, una vez transcurrido ese tiempo irían a casa para dormir un rato y regresar, y así hasta que las cosas se aclararan.

Cuando mi padre entró en casa eran las diez de la noche del día siguiente: las doce horas de Emilio se habían convertido en más de treinta. Tenía un aspecto que yo no le conocía: serio, fatigado pero con una especie de energía trascendente que lo mantenía en pie, casi levitando. Estaba haciendo lo que creía que debía hacer con él y con su vida.

Pero ¿y con nosotros? Yo observaba cómo mi madre dudaba entre echarle la caballería o darle un beso. Le dio el beso.

—Ve a lavarte mientras te pongo un plato en la mesa, té hará bien.

Mi padre obedeció y cuando salía del comedor me miró de reojo, a mí y a un fardo alargado envuelto con una manta que había dejado contra la pared. No hacía falta registrarlo, sólo podía ser una escopeta. Comió intranquilo hasta la última migaja. Iba sucio, la barba rubia recordaba un cepillo y tenía los ojos rojos de tanto vigilar sombras y presagios. Rebañó el plato con el último pedazo de pan y se levantó mirándonos, obligándose a ofrecernos una sonrisa, sólo para tranquilizarnos. Me pasó la mano por el hombro mientras se acercaba a mi madre. La tomó entre los brazos y se besaron largo rato. Debo decirle que era raro que eso pasara delante de mí en aquella casa.

Estoy seguro de que mi madre le habría sermoneado invitándolo a pensar más en la familia y menos en tantas revoluciones pendientes, pero se lo ahorró. No era el momento. Y, en el fondo, se sentía orgullosa del coraje de su hombre, bello, aquel marinero a quien sedujo, a quien se dio y a quien, a cambio, hizo poner los pies en el suelo. ¡Y lo mucho que se arrepentía! ¡Ojalá no lo hubiera hecho nunca! Viendo cómo se desarrollaban los hechos, qué más querría ahora que tenerlo embarcado entre los peligros del mar, lejos de los temporales que se acercaban por tierra. Mientras mi padre cerraba la puerta de la habitación, nos pidió que lo despertáramos al cabo de cuatro horas para continuar los turnos de vigilancia cerca de no recuerdo qué cuartel.

No sé cuánto tiempo dormí, pero, como si formara parte de una pesadilla, me despertó un estruendo imponente.

¡Ostras! Eran todas las sirenas de las fábricas de Poblenou y las de los barcos desperdigados por el puerto de Barcelona, que aullaban a la vez con una potencia ensordecedora. ¡Rediós, pero si aquélla era la señal convenida! Los obreros

manipulaban las sirenas para dar la señal de alerta a la ciudad aún dormida. No debían de pasar demasiados minutos de las cuatro de la madrugada de aquel 19 de julio de 1936.

Válgame dios, cuán impresionante era aquel impacto sonoro en el silencio de esa noche maldita. El ruido era tan terrorífico que su estrépito parecía irreal. El barrio temblaba, la ciudad entera temblaba. No tanto por el fragor de las sirenas como por el miedo a los facciosos, que en aquellos momentos dejaban los cuarteles con la orden de adueñarse de los puntos neurálgicos y estratégicos de Barcelona.

La gente empezó a salir, primero a las ventanas, después a la calle. Miraban hacia arriba, hacia el cielo, buscando el origen de aquella fuente de sonido colosal. Entre los curiosos pasaban corriendo embalados los hombres de las casas vecinas con cualquier cosa en las manos. Marchaban decididos hacia los lugares donde la CNT los había convocado si se daba el caso.

¿Sabe, Lluís? Si me permite… Aquellos golpistas fanáticos debían de pisar las calles acojonados porque habían fallado en un factor vital para una operación militar tenebrosa: el factor sorpresa. Aquellos desgraciados no habían sorprendido a nadie. El famoso factor sorpresa. ¡Los cojones! Los sindicalistas que vigilaban los cuarteles de la ciudad habían dado la señal, y las patrullas, organizadas, y armadas con lo que podían, ya sabían que se iniciaba el golpe de estado. Tenían una consigna clara: dejar que los rebeldes salieran de las guarniciones, donde eran demasiado fuertes. Esperar pacientemente a que se distribuyeran por la ciudad, lejos de su terreno… Cuando estuviesen por las calles, ¡ya llegaría la hora de emboscarlos!

Perdone, señor director, veo que estoy levantando la voz sin darme cuenta. No sé cómo lo relatan los libros de historia, si es que en alguno se ha sabido explicar aquel

momento. Yo lo recuerdo así, tal como se lo cuento. Y todavía, si me lo permite, añadiría una coletilla, para especular sobre una cuestión que siempre me ha llamado la atención y llenado de cierto orgullo, a pesar de todo lo que aconteció en este desgraciado país en los tres años que siguieron. De aquel tiempo terrible recuerdo conmovido una rara capacidad de creatividad social con que la gente y los colectivos resolvían situaciones, imprevistas, difíciles, si no fatídicas, inventando respuestas y propuestas imaginativas para defender los pobres avances de aquella sociedad enferma de desvaríos.

También es muy cierto que, obligada por las circunstancias, la respuesta social fue a menudo caótica, tan corajuda y generosa como despiadada en ocasiones, y la experiencia me hace añadir que, al final del camino, fue incapaz de defender lo más esencial: la supervivencia. No supimos hacerlo. Pero aun así déjeme decirle que, en muchos gestos y gestas de aquella gente, hubo una potencia creativa cuasi artística. ¡Inútilmente artística!

Debe de parecerle una sandez, pero usted, que es director de cine y que juega a tensar situaciones, si se lo representa como en una escenografía dantesca, con aquellas calles desiertas en una ciudad adormilada por el calor sofocante de una noche de verano, estremecida por el miedo a los fascistas, las botas militares aplastando las avenidas de las libertades una y otra vez… Y de pronto surgía de entre la noche aquel sonido desmesurado, como un grito que emergiera del vientre de la ciudad, un clamor escalofriante, impresionante, rodeando a aquellos facinerosos, sorprendiéndolos y, por qué no, ¡maldiciéndolos! ¡Ah!, aún me emociono…

Ya se lo puede imaginar: la gente, aterrada por el recuerdo de tantos otros golpes militares triunfantes a base

de sangre y represión, cuando oyó que la ciudad levantaba la voz, potente y alentadora, proclamando a los lobos que aquella noche no se saldrían con la suya, pues mire, la pobre gente se lo creyó. La pobre gente que, como mi padre, habían salido de sus casas soñando que quizá por una vez corrían para cambiar la Historia.

Pero déjeme volver atrás y déjeme volver a casa. Con el primer bramido de las sirenas vibraron las paredes y los tres saltamos de la cama de un brinco, como si tuviéramos muelles bajo el culo. Era noche cerrada cuando nos vestimos y en pocos minutos mi padre ya estaba en el umbral de la puerta del piso con la escopeta mal envuelta bajo el brazo. Se detuvo un instante, miró a su mujer y la besó como en los cromos prohibidos.

Yo esperaba mi turno para abrazarlo, pero cuando pareció llegado el momento me dijo adusto:

—Acompáñame hasta la calle.

Lo seguí cautivado. Bajábamos aquella escalera angosta y oscura, él mudo, yo con el corazón desbocado y pensando que seguramente quería llevarme con él. De repente se volvió, dejó el hatillo con la escopeta y me abrazó. Me rodeó el cuerpo con suavidad, estrechándome contra su pecho. Nunca lo había hecho así, ni nunca yo había sentido su corazón tan cerca. Lentamente, y mirándome a los ojos, inició unas palabras que pronunció como si las tuviera memorizadas, aprendidas para la ocasión:

—Germinal, hace pocos años leí en un libro que muy a menudo, demasiado a menudo, los padres se mueren sin haber dicho a sus hijos hasta qué punto los han querido. Yo ya sé que no he estado muy pendiente de ti, con tanto trabajo en el muelle y tanta militancia de los cojones, pero ahora, antes de irme, quiero decírtelo. Mejor aún, quiero que me escuches decírtelo: yo te quiero, Germinal. Eres lo que

más quiero de este mundo. Que se te quede grabado en esta cabeza, tan vacía como la mía. —Y sonrió mientras me acariciaba los cabellos—. Tú eres mi hijo, lo que más quiero en este mundo.

Entendí que me estaba diciendo adiós por si acaso no volvía. Inevitablemente, los ojos se me empañaron. Esto me violentaba, quería que me viera valiente a su lado y no como un niño llorica.

—También sé que tienes huevos y coraje para venir conmigo y que ya no hace falta que te esconda dónde voy. Hace más de un año que me pides que te deje luchar a mi lado, y alguna vez te has llevado un guantazo sólo por decirlo. Pensaba que algún día te podría explicar el porqué y, ahora que sería el momento, ya ves, no tengo tiempo ni para hacerlo malamente. Tan sólo deseo que entiendas que yo he luchado tanto como he podido y lo mejor que he sabido. Lo he intentado por ti, por Marí, por mí… ¡Qué cojones! ¡Por el mundo!

Respiró profundamente, como para tranquilizarse. Mientras tanto, pasaban corriendo algunos vecinos de su cuerda, saludándolo de reojo, como esperando que mi padre los siguiera, pero él quería transmitirme todo lo que había decidido decir.

—Y no sé si saldré de ésta. Estoy convencido de que tú también lucharás, tienes mi sangre y te conozco bien. Pero te querría decir que lo hagas de otro modo. Pase lo que pase hoy, el mundo cambiará rápidamente. Llegarán nuevos tiempos, y presiento que las cosas evolucionarán mucho, tanto si nos salimos de ésta como si todo se tuerce. Y de algo estoy seguro, Germinal: yo no seré un modelo para ti ni para la lucha que deberás llevar a cabo. Llegado el momento, te lo habrás de inventar tú mismo.

Notaba que me miraba como si sus ojos relucientes

quisieran entrar en los míos. Yo entendía las palabras que me decía pero no tanto lo que me quería decir con ellas.

—Toda persona tiene en cada momento de su vida un deber con él mismo y con los suyos. El tuyo ahora, y no te debe saber mal, es quedarte aquí con tu madre haciendo lo que yo no puedo hacer: no dejarla desamparada ni un solo instante. Se lo merece, ¿sabes? Lo dejó todo para venir aquí con nosotros, en este podrido barrio de este podrido país.

Hizo una larga pausa y continuó hablando más sereno:

—Si allá adónde voy las cosas se tuercen y me tocan las de perder, no la dejes sola ni un minuto. Si todo fuese a peor y esos hijos de puta ganaran, no te entretengas pensando en mí. Deberás decidir en poco tiempo si puedes llevarla a Sète, diga lo que diga ella. Allí, con los abuelos, estaréis protegidos de los sicarios que querrán venganza. Y allí también será más fácil comenzar de nuevo, tanto para ella como para ti. A mí no me esperéis, ¿lo entiendes? No me esperéis.

Me abrazó y me dio un beso en la mejilla antes de que yo pudiera decir nada.

—Bien, y ahora voy a detener a esos facinerosos. A nuestra patrulla le toca defender toda esta parte del puerto, desde Colom hasta el Born, y debemos apoderarnos del cuartel de las Drassanes. Sabíamos que todo estaba a punto de empezar porque el hermano de Silvestre, Ramiro, es de los nuestros y hace de pinche en la cocina de oficiales del cuartel de la calle Tarragona. Nos había soplado que los hijos de mala madre sólo estaban pendientes de un cabrón que debía ponerse al frente de la rebelión; debe de ser que ya ha llegado. Adiós, Germinal, sé leal a lo que hemos hablado.

Y empezó a andar. Yo tenía la garganta tan agarrotada que no sé cómo pudo oírme cuando le dije:

—Lo haré, padre… También te quiero. Padre, se te ve la culata por debajo de la manta.

Me hizo un gesto de complicidad, sonrió, desenrolló la manta hasta que relució la escopeta entera.

—No dejes pasar ni uno —le grité.

—No te preocupes, no dejaré pasar ni uno.

Y se dio media vuelta levantando el puño. Como si fuera un dios, así lo sentía cuando se alejaba. Tenía miedo de moverme y no volverlo a ver. Lo perseguí con la mirada mientras andaba entre las sombras de las tímidas farolas hasta los límites del barrio. Cuando llegó al final de la calle giró a la izquierda. Y el horizonte se me vació.

DUODÉCIMA GRABACIÓN

Subiendo de vuelta a casa, me encontré con Mercè, que ya estaba enterada de todo y venía a buscar a mi madre y a Remei para llevárselas. Ella, Màrius y David sabían que Silvestre y mi padre iban desbordados con sus revoluciones y, aunque tenían otro carácter, nos querían lo suficiente como para no desear que estuviéramos solos ahora que la situación se había complicado. Mercè no cesó de insistir hasta que las otras dos llegaron a un acuerdo. El argumento que acabó de convencerlas fue que desde al azotea de su casa, por el lado de poniente, se podía ver la fachada de la ciudad, los perfiles de los edificios recortados, y cómo ésta se extendía hacia arriba. Mi madre y Remei pensaron que desde allí podrían ver o al menos intuir lo que fuera pasando.

Salimos de casa al amanecer, todo estaba desierto y nadie rondaba aún por las calles, a excepción de algunos hombres que pasaban como alma que lleva el diablo. Oíamos a lo lejos los primeros chasquidos de los disparos. En la cabeza de mi

madre se aparecían las más terribles desgracias que le pudieran suceder a su Josep y lloraba en silencio, igual que Remei, que en cuestión de interiorizar dramas siempre la ganaba y ya había salido de casa con los ojos enrojecidos. Cuando llegamos a la caseta de los pescadores, Màrius y David nos esperaban, todavía a la luz de un quinqué, con un cuenco de leche con café aguado preparado en la mesa y una panera de mendrugos para mojar. Pero nadie hizo caso al desayuno porque a todos nos urgía subir a la azotea y contemplar Barcelona en el momento en que el alba empezaba a iluminarla al otro lado del Moll de la Fusta. Desde allí, entre los perfiles de los barcos amarrados en desorden, se podía ver la ciudad entera, extendida como una inmensa alfombra que el sol naciente engalanaba de colores.

El castillo de la montaña de Montjuïc, que se alzaba amenazador a la izquierda; las chimeneas del Paralelo; el alto edificio de Telefónica, que marcaba donde estaba la plaza Catalunya; el campanario de Santa María del Mar; más lejos, la Sagrada Familia señalaba los límites de la ciudad hacia el norte; y más cerca, junto al mar, las Drassanes, la estatua de Colom, la Capitanía General, Correos, la basílica de la Mercè, el Gobierno Civil, la estación de Francia… Era como si viéramos la ciudad en uno de esos retablos desplegables de papel y nosotros fuéramos unos espectadores privilegiados.

Pronto aprendimos a interpretar la dirección de los disparos que oíamos. Y cuando aparecieron las primeras columnas de humo salpicando la anatomía de la ciudad, como señalando las heridas, el mapa del infortunio se fue concretando por barrios, casi por calles, gracias a los edificios de referencia. Se elevaban nuevas humaredas, una tras otra. Al principio espaciadas, aunque lentamente se iban compactando, oscuras, densas. El humo empezó a

empañarnos el horizonte.

El tiempo corría espantosamente lento. Nuestros ojos estaban como hipnotizados y no podíamos apartarlos de aquel horizonte. Màrius quería que entrásemos en la casa para evitar que asistiéramos a aquella macabra representación, con nuestros padres jugando a la ruleta de la muerte. Pero fue en vano. Él y Mercè trataban de iniciar conversaciones que no tenían nada que ver con lo que nos martilleaba el corazón, aunque esas formalidades apenas duraban. Poco a poco, sus intentos se fueron espaciando entre las redes de nuestro silencio de gente angustiada.

De vez en cuando, Màrius se iba sin decir adónde y volvía al cabo de poco con las noticias que había podido reunir. Parecía que los enfrentamientos se focalizaban en determinados lugares: ahora en el Paralelo, ahora en la Universidad, o en el cuartel de los Docks en Poblenou. Aunque un poco lejos, veíamos claramente cómo los nuestros montaban una barricada en el paseo de Colom y se parapetaban para impedir que pasara algún contingente golpista con el objetivo de ir a socorrer a los rebeldes que ya estaban asediados en el Gobierno Civil y en el edificio de la Capitanía Militar.

Hacia el mediodía del 19 se decía que los facciosos iban perdiendo y que no lo conseguirían, aunque aún había potentes focos de resistencia. Los de la CNT, que trataban de controlar toda la parte cercana al puerto, habían entrado en el cuartel de Drassanes, tal como me había anticipado mi padre. Lo tomaron casi todo, pero en un extremo de aquel vetusto edificio resistió un grupo de militares rebeldes y empezó un enfrentamiento sangrante, de los de palmo a palmo y cuerpo a cuerpo. Nosotros oíamos las señales. Mis ojos no podían apartarse de allí. Yo veía el perfil de mi padre en cualquier sombra.

En los lugares de la ciudad donde había combates, la gente de nuestro bando cogía las armas de los muertos para proseguir la lucha. Gracias a esa determinación, los focos resistentes de los golpistas fueron capitulando. Fue durante la noche del 19 al 20 cuando el cuartel de la Maestranza de Sant Andreu fue abandonado y la CNT obtuvo treinta mil fusiles y ametralladoras que repartió entre sus simpatizantes. Si tuviéramos más tiempo debería explicarle que este hecho condicionó decididamente el futuro inmediato, porque a partir de entonces las fuerzas obreras poseyeron las armas y, en esa situación, ello implicaba tener gran parte del poder.

De noche sólo quedaban ya rebeldes en el Gobierno Militar, en una parte del cuartel de Drassanes y en el convento de las Carmelitas de la Diagonal. Y a primera hora de la mañana ya flameaban iglesias por toda la ciudad. Para que entienda hasta qué punto se identificaba a los militares con los obispos y compañía, le diré que salvo la catedral, el monasterio de Pedralbes y quizá alguna iglesia que ahora se me escapa, a mediodía del 20 ya ardían todas las de Barcelona. Mientras tanto, en las Drassanes, la situación empeoraba por momentos. La mañana del 20, desde el patio, vimos el humo, oímos los chasquidos de las armas y seguimos las carreras de nuestra gente alrededor del viejo edificio. Y todo eso lo vivíamos separados tan sólo por la lengua de agua del puerto. ¿Se lo imagina? Yo sabía que mi padre estaba allí dentro. David también porque se lo había dicho. Noté cómo se me acercaba hasta sentir su roce. No se lo quise decir a mi madre, que mientras duró aquel infierno no fue consciente de que su Josep estaba por allí en medio.

De vez en cuando, Màrius volvía con noticias dudosas. Parecía que en esos momentos, a media mañana, los últimos bastiones fascistas habían quedado acorralados en diferentes lugares de la ciudad y empezaban a capitular. Pero el punto

más conflictivo continuaba en Drasssanes. Mire, señor director, el sentimiento que tenía en el corazón, viendo el escenario donde luchaba mi padre, el humo que lo engullía todo, nosotros sin poder hacer nada, separados por el mar aunque a no más de trescientos metros, con hileras de gente armada en el paseo, caballos muertos en medio de la calle, coches quemándose, otros llevando heridos, cuando ya era evidente que habíamos ganado, pero con tu padre allí dentro, quizá agonizando… No se lo sabría explicar. Dentro de mí todo estallaba con violentos dolores.

Con el paso del tiempo, los tiros se fueron espaciando; sin embargo, eso era asumido por Marí y Remei dramáticamente, como tenían por costumbre. Un fusil que dejaba de disparar quizá quisiera decir que el marido de la una o de la otra ya no podía disparar. Esos sentimientos confusos las dejaban sin aliento. Si por un lado tenían ganas de que todo terminara, por otro acabar podía significar que los suyos estaban muertos. Cuando de golpe los disparos callaron, nuestras miradas buscaron absurdamente algún lugar indeterminado, como interpelando al silencio.

Màrius, que una vez más había salido a buscar información, volvió diciendo que todo se había acabado, que era cosa de poco tiempo que los sublevados capitularan en todas partes y que en Barcelona la República había ganado. Pero nada de todo eso satisfacía ni a Remei ni a mi madre. Para ellas la pregunta trascendente no era quién había ganado sino quién había muerto. Màrius bajó la cabeza y con la voz turbia sentenció:

—De los nuestros han muerto… parece que muchos. Y los de la CNT son los que más han recibido. Parece ser que en Drassanes ha habido una carnicería.

Remei y Marí empezaron a correr y todos nosotros detrás de ellas. Debía de ser pasado el mediodía, no recuerdo la

hora pero sí en cambio un extraño bochorno que no dejaba respirar. Cuando llegamos a nuestra calle estaba llena de vecinos, excitados, que trataban de saber algo de los amigos, de los familiares, de los suyos.

Y comenzaron a aparecer algunos combatientes. Venían extenuados, muchos maltrechos, con heridas abiertas. Pero no había ni rastro de Silvestre o de mi padre. Se hablaba de docenas de muertos en los alrededores de Drassanes. El rumor de que Francisco Ascaso, uno de los que vinieron a casa hacía tan sólo unas noches, había caído muerto era un mal augurio para los que esperábamos que mi padre estuviese vivo. Y no llegaban. El corazón me iba a mil. No era posible que mi padre estuviera muerto. Me prohibía pensarlo mientras no dejaba de hacerlo.

Y de repente, al fondo de la calle, perfilado por el contraluz milagroso de un sol de poniente, lo vi cuando daban las seis, inconfundible por su físico, tan diferente de los demás. En un país de gente morena y paticorta, el hecho de que el cabello pajizo ondease a más de un metro ochenta del suelo lo hacía absolutamente singular. Ése era mi padre, qué cojones, mi orgullo, mi héroe. Pero incluso de lejos, enseguida percibí que su andar no era el de siempre. En cada movimiento habitaba un esfuerzo, una punzada de dolor en cada gesto. A su lado, Silvestre, más bajo y fornido, no parecía tan fuerte como en realidad era.

A medida que yo corría hacia él, notaba cómo el movimiento de sus piernas hablaba de fatigas extremas y, cuando me acerqué un poco más, las señales de la pelea se hicieron evidentes: la cara ennegrecida, la piel ensangrentada, la ropa maltrecha, desgarrada en rodillas y codos. Y aún más cerca, percibí una inmovilidad extraña en el brazo derecho y una costra de sangre al final de la ceja del mismo lado que le tapaba medio ojo. Sin embargo, no me

extrañé, ni siquiera me preocupé. Para mi alocada cabeza todo aquello no era nada más que los signos que adornaban a los héroes. Yo corría hacia él, como si la calle fuera un túnel de paredes oscuras y mi padre, en cambio, se perfilase nítido ocupando un centro luminoso.

Cuando lo abracé, con todas mis fuerzas, sentí la respuesta de un cuerpo dolorido y tenso. Le busqué los ojos para disfrutar del resplandor de la victoria pero ¡ay!, no encontré nada de lo que buscaba. Nada de lo que un adolescente podía imaginar en alguien que ha participado en el triunfo de un día histórico. En su mirada no había ningún rastro de vencedor, ni siquiera un deje de convicción del deber cumplido. Ninguno. Sólo percibí vacío, un vacío blanco, si me permite la expresión. Un extraño y blanco vacío en la mirada.

Hasta pasados unos días, y nunca por su boca, no supe que allí donde él había luchado, en el patio de los cuarteles de las viejas Drassanes, justo en esos momentos en que yo le exigía los gestos del ganador, yacían docenas de cuerpos destripados de compañeros, de amigos con los que había compartido el camino de la revuelta y a los que había visto agonizar a su lado, incapaz de hacer algo ni siquiera para consolarlos.

Cuando ahora se habla de aquellos días, Lluís, no se suele decir cuántos fueron los muertos que hubo en la ciudad, pero por lo que recuerdo seguramente pasaron de los quinientos. Durante el franquismo no se mencionaba nunca, sospecho que para no dar pistas sobre la dimensión de la participación del pueblo en la derrota de los fascistas.

Josep y Silvestre tardaron mucho en caer entre los brazos abiertos y emocionados de sus mujeres, porque los vecinos los paraban y los llenaban de besos y caricias. Algunos daban gracias con lágrimas en los ojos, otros preguntaban

angustiados por los suyos, que también sabían en Drassanes y que no llegaban. Ellos, en medio del gentío, permanecían callados, con apenas una sonrisa forzada para todos. Me parece que mi madre, que la conocía como si la hubiera parido, debió de captar las miserias que enturbiaban la cabeza de su marido. Lo besó, discreta y delicada, mientras le miraba las heridas de reojo, sin hacerle ni exigirle demasiadas carantoñas.

Finalmente subimos a casa y mi madre le preparó un poco de pan con aceite y un trocito de la longaniza de las grandes ocasiones. Se lo comió todo muy lentamente, callado, dolorido, se veía que su pensamiento volaba lejos y que con el pan masticaba terrores y heridas. Era tan evidente su tormento que no me atreví a romper aquel silencio para pedirle el relato de sus gestas. En cuanto se tragó el último bocado, Marí lo hizo tumbarse en el comedor, en mi cama, para curarle las heridas. Todo él parecía arisco, como si Josep Massagué no quisiera que lo curasen, como si rechazara nuestra calidez, como si le diera vergüenza estar vivo, pensé más tarde. Aunque ésa sí era una batalla perdida, porque mi madre esperaba paciente a que la fatiga lo rindiera. Cuando la oscuridad se hizo dueña de aquel pequeño espacio, procuró encender el quinqué en un lugar cercano pero que no le molestara. Y mientras él descansaba con los ojos clavados en el techo, perplejos, ella le iba cortando la ropa que rodeaba las heridas con unas manos ágiles y cuidadosas. Le limpió el orificio por donde la bala había entrado en el brazo; afortunadamente, era tan limpio como el de salida, y la trayectoria quedaba lejos del hueso. Le repasó las piernas cubiertas de hematomas que parecían mucho más graves de lo que evidenciaron una vez limpiados con agua tibia de tomillo. La ceja con un trozo de carne levantada fue la cura que le requirió más trabajo y

concentración, pues lo cierto es que remover tan cerca del ojo daba impresión. Finalmente, cuando acabó lo más gordo, se entretuvo recorriendo uno por uno con un ungüento de árnica el reguero de morados que cubrían su cuerpo.

Mientras tanto, algunos vecinos llamaban a la puerta para saber si estaba bien. Seguramente tenían ganas de escuchar a mi padre haciendo la glosa detallada y épica de los hechos. Qué quiere, aún atemorizada por las horas terribles que acababan de pasar, la gente necesitaba saborear el regusto de la gloria. Pero era inútil: mi madre, tan gentil como firme, no les dejaba atravesar el umbral. Parecía que en vez de tener en casa a un héroe que había librado a la ciudad de las hordas fascistas tuviéramos un enfermo afligido.

Debía de ser así, porque Ramanguer apareció llevando del brazo al doctor Mestres, un médico bondadoso que había hecho de los trabajadores y las familias del puerto su dudoso negocio. Saludó diligente a mi padre y, después de examinarlo deteniéndose en cada detalle, pasó con cuidado un líquido por pliegues y llagas y empezó a coser todo lo que hiciera falta concentrando los ojos, empequeñeciéndolos detrás de unas gafas de montura metálica para no errar el embaste de ninguna herida. Pasado un buen rato, y antes de marcharse, susurró algunos consejos a Marí y le dio unas pastillas por si algún dolor se endemoniaba durante al noche, y mientras caminaba hacia la puerta se despidió de mi padre con un adiós animoso, diciéndole que no tenía nada demasiado grave para un hombre tan fuerte. Detrás de él, la mirada de Ramanguer hacia su amigo herido era de una ternura conmovedora. Los lagrimales se le humedecían, pero no con expresión dolorosa sino más bien con un orgullo amoroso.

Cuando se fueron todo retornó al silencio. Ni mi madre ni yo nos atrevíamos a hablar y, si lo hacíamos, bajábamos la

voz tanto como podíamos para no molestar a aquel hombretón abatido, que miraba fijamente a un lugar que yo pensaba que estaba en el techo cuando en realidad era el inmenso y preciso agujero del horror.

No fue hasta pasado mucho tiempo cuando entendí algunos gestos, miradas y expresiones que aquella noche me cincelaron la memoria para siempre. Pero en aquellos instantes no supe hacer ninguna lectura, como diría usted, de las dinámicas emocionales que invadían a mi padre. Aún tendría que vivir muchos horrores para aprender a leer las páginas más secretas del alma. Todo llegaría. Por supuesto. Todo llegaría.

La noche entraba con suavidad en casa, con esa lentitud de los meses ardorosos de verano. Inesperadamente, mi padre intentó levantarse, midiendo el dolor de cada movimiento y buscando poder respirar en cada nueva posición. Quise ayudarlo, pero el gesto de rechazo fue inmediato. Casi tembloroso, envenenado por el dolor, se puso de pie. Yo todavía estaba cerca de él, por si acaso. Me miró fijamente. Me dio un beso en la frente sin esperar respuesta. Después, rígido, se volvió hacia la puerta de la habitación de matrimonio. Mi madre lo miraba entre solemne y llorosa, mientras él, cojeando, cargaba todas las heroicidades y miserias de un día que entraría en los libros de Historia abriendo de par en par todas las puertas.

Pero al día siguiente, Lluís, usted no podría creérselo. Fue como si se tratara de otra película. El cambio fue radical, y lo que menos me esperaba era ver cómo aquel hombre se levantaba risueño, bromeando, pellizcando el trasero de mi madre y vanagloriándose, mirándome de reojo, de haber parido al hijo más cantamañanas de todo el Mediterráneo. Se notaba que tenía ganas de estar con nosotros, que tenía prisa por salir a la calle con los que quería, pasear por el

barrio, encontrarse con los amigos, hablar del triunfo de los obreros sobre el ejército faccioso y disfrutar de la vida. Salimos así, abrazados y sonrientes. En cuanto pisamos la calle, mi padre nos anunció que iríamos a tomarnos un refresco a La Dorita, y eso sí que era todo un acontecimiento. Creo que hasta ese día no habíamos entrado allí nunca los tres juntos.

Cuando llegamos, el local estaba lleno a rebosar. Había muchos compañeros de mi padre con sus mujeres, saludándose efusivamente, contentos de estar vivos. Algunos iban cosidos a heridas, otros gesticulaban exaltados y con una luz en los ojos que no sabías si explotaría en una risotada o en un llanto. Y entre todos ellos, como un icono fuera de lugar, Ramon Ramanguer, con los culos de vaso empañados de tanto llorar emociones, rodeado por todos y por nadie, como le sucedía a menudo. Cuando Ramanguer vio a su amigo tan recuperado, se abalanzó a sus brazos, le puso la cabeza sobre el hombro como para llorar mejor y se quedó así hasta que mi padre, tan amistosamente como pudo, lo apartó para mirarle fijamente a los ojos y decirle:

—Lo hemos conseguido, Ramon. Gracias a gente como tú, lo hemos conseguido.

Ya sólo le faltaba eso. El hecho de que mi padre lo incluyera en la gesta enrojeció cada una de sus facciones. Ramanguer bajaba la cabeza y moviéndola hacía como que sí. Era bonito verlos juntos y abrazados. Como una dicotomía anatómica… o estética. Mi padre, disminuido pero con el trazo de los dioses en su naturaleza, y Ramanguer, raquítico y frágil, recordando todo lo que había hecho y sufrido para que aquel chico fuera por el camino recto de la utopía. Seguro que, escondido tras sus gafas, debía de recordar cómo el joven de cabello rubio y rizado pasaba a curiosear por la librería antes de cada singladura y él le regalaba libros

sociales o de poesía para que le fueran provechosos, igual que una enamorada le habría dado un jersey o le habría dado un beso en el último instante. También recordaba cómo Josep no sólo no los rechazaba ni se avergonzaba como hacían otros, sino que los cogía entusiasmado y se los guardaba allá donde late el corazón.

Yo estaba encandilado ante la escena.

Dora veía satisfecha cómo no paraban de llegar más trabajadores con sus mujeres arregladas para quitar el hipo y los chiquillos endomingados. Todos eran gente del puerto y del barrio. Estaba contenta, su café era una fiesta, y decidió no cobrar a los conocidos, o sea, a casi nadie.

Mi padre parecía imantar a sus compañeros, y enseguida lo rodearon para que contara con pelos y señales cada acometida contra los facinerosos. Le oí estrenar una versión funcional y reducida en la que sólo había buenos y malos, sin un solo rastro de aquel vacío que la noche anterior le invadía la mirada. Yo lo escuchaba entusiasmado, ésa era la versión épica que esperaba. En medio del relato y de la fiesta, el azar me acercó a Ramanguer, que seguía con cara de virgen dolorosa moviendo los labios. Yo imaginaba que repetía el relato de mi padre, pero al estar tan cerca de él pude escuchar como una letanía: «Nos espera el abismo, Josep… Nos espera el abismo…». Pensé simple y llanamente que el caudal de emociones lo había trastocado.

En éstas que se abrió la puerta de La Dorita, con un empujón contundente y lleno de autoridad. Todo el mundo se volvió porque el que entraba era Joan, rodeado de compañeros. Lo reconocí enseguida como jefe de los que hacía pocas noches se habían reunido en casa. La verdad es que, por los gestos que los obreros hacían, parecía que más o menos todos lo reconocían como el líder. Vestido de miliciano, la negrura de su indumentaria realzaba las

facciones de una cara un poco demasiado redondeada. Se quedó quieto, posando la mirada sobre los rostros de cada uno de nosotros con una sonrisa afable y un ademán de autoridad, y empezó a saludar con calma a los presentes. Cuando el turno lo acercó a mi madre, parecía que la sonrisa se le ensanchara mientras le dedicaba unas palabras al oído. No adiviné si sobre el coraje de su hombre o sobre los pastelillos dulces con que se había lucido durante la reunión de unos días atrás. Después susurró algo a mi padre, que se puso serio. Cuando acabó de hablarle lo abrazó y continuó saludando con parsimonia a la gente.

Yo lo miraba observando el respeto que levantaba entre personas tan duras y curtidas. De vez en cuando, como si nada, se acercaba a alguien, perdiendo un poco la sonrisa como había hecho con mi padre, y le decía discretamente algo al oído. Entendí que eran instrucciones.

No debía de haber pasado aún un cuarto de hora de su llegada cuando Joan García se marchó y, detrás de él, todos los hombres con quienes había mantenido una conversación aparte. Mi padre fue uno de los primeros. Le podría decir que recuerdo aquel momento como la última vez que vi a Josep Massagué padre, o quizá sería más correcto decir, como el padre que había conocido hasta entonces.

Evidentemente, Ramon Ramanguer había acertado. Nos esperaba un abismo y, poco a poco pero sin pausa, empezó a engullirnos a todos. Sólo que el descenso a los infiernos fue muy lento, al principio casi inapreciable. Pequeñas caídas de las que pensabas que te levantarías para recuperar la pendiente perdida pero que en realidad ya nunca más remontarías. Pequeños detalles casi imperceptibles que cambiaban el rumbo de las cosas cotidianas y que no se enderezarían. Así, siempre bajando, sin freno, hasta que un día vimos que sí, que definitivamente estábamos al final del

precipicio y sin un atajo que nos permitiera la esperanza de un retorno.

De noche, en casa, muy tarde, oí como mi padre llegaba y atravesaba el comedor de puntillas para no hacer ruido y entraba en la habitación, donde seguro que mi madre lo esperaba. Primero oí cómo se susurraban con unas voces dulcísimas. Después, un silencio roto por los espasmos de placer, por el ritmo de un sexo voluptuoso que devenía casi desesperado. Siguió un tiempo breve de silencio, un espacio vacío que poco a poco llenaron con sus voces. Aunque no podía entenderlas, podía oírlas. La de mi padre serena. La de mi madre al principio también, pero enseguida noté cómo le cambiaba y adquiría un tono adusto, que aparentaba primero incredulidad, desesperación después, hasta que se rasgó en un llanto que no intentaba disimular y que asustaba oír.

Así fue como mi padre le anunció que se marchaba al frente de Aragón para luchar contra los fascistas, que allí habían vencido a la República.

Marí entendió perfectamente lo que le quería transmitir: la guerra, el dolor, el hambre, el horror, quizá la muerte, estaban entrando en casa. Un llanto agónico le brotó del fondo del vientre y sus sollozos invadieron el espacio de aquella pobre casa toda la noche. Yo, encogido en la cama, ahora casi me da vergüenza recordarlo, cerraba los puños para darle fuerza a mi padre para que no se rindiera en aquel cruento combate de sentimientos. Qué quiere que le diga. Yo lo quería héroe, regresando victorioso. Lo sabía valiente, determinado, ágil, forzudo. Nadie podría con él, estaba seguro.

Dios mío, es cierto que sólo tenía quince años, pero le confieso que aún hoy no me lo he perdonado…

DECIMOTERCERA GRABACIÓN

Le voy a ahorrar los detalles y preparativos. En casa todo era un desbarajuste. Mi madre era quien lo pasaba peor, a ratos parecía haber perdido el juicio. Desgarbada, los ojos oscurecidos, los labios en un rictus de máscara griega.

Mi padre tampoco estaba bien, pero no lo estaba con él mismo. Se creía con el deber de partir, era el único gesto coherente con su forma de ser y de pensar. Sin embargo, su amor inalterable por Marí lo hacía sentirse un traidor hacia aquella mujer que lo había dejado todo por él, de la que estaba enamorado y a quien amaba con la misma pasión que cuando la encontró en Le Paradis de Sète. Aunque él creía ciegamente en la victoria sobre el fascismo y que aplastarlo sería cuestión de poco tiempo, sabía que la dejaba desvalida, a merced de un futuro incierto en que él no podría velar por su seguridad. También sabía que yo no la abandonaría, estoy seguro de que lo sabía. Me conocía lo bastante bien, y mientras en el puerto hubiera un puesto para faenar y juntar

cuatro céntimos para el pan de casa, él sabía que yo estaría allí. Y si era preciso defenderla de lo que fuese, también. Pero mientras él debía de pensar en todo eso, en el bando de los que nos quedábamos, mi madre y yo sabíamos que Josep Massagué nunca habría podido abrir el cajón de su conciencia si no hubiera encontrado el ánimo para tomar un arma e ir al frente a batirse con quien fuera para defender la libertad y su revolución. No se habría perdonado fallarles a los suyos, a la gente con quien había compartido tantos riesgos y tantos sueños. No le sería posible mirarlos a la cara si a la hora de retar a la muerte no pudieran contar con él.

Así pues, las cartas estaban echadas. Y bien marcadas. Por eso lloraba Marí, y lloraba sin consuelo porque lo sabía perfectamente.

Quisiera detenerme para hacer un paréntesis, señor director, Lluís, y decirle que, desde que empezamos estos encuentros, tengo la sensación de que hay hechos que más tarde se convertirían en hitos de los libros de Historia por los que yo paso por encima sin orden ni concierto. Lo lamento. Y al mismo tiempo debo confesarle que, si bien esos acontecimientos me marcaron a fuego para siempre, hoy por hoy me importan más bien poco. Desde hace días, cuando usted se va, le doy vueltas a lo que le he contado, y no sabe cuánto me altera ver que los hechos que viví y su trascendencia acaban convirtiéndose en un entramado de barrotes. Sí. Como si cada acontecimiento histórico forjase un barrote. Y, rediós, hubo tantos que al final mi relato queda aprisionado entre los imponentes giros de aquellos años. Quiero decir, y perdóneme, que explicarle el envoltorio me obliga a arrinconar continuamente lo más esencial, lo que más me importa y, en todo caso, el sujeto de cada palabra que le haya dicho hasta ahora. Y es tan sencillo: mi amor por David.

¿Sabe? Los viejos no sabemos, y quizá no queremos, contar las cosas en línea recta. Necesitamos dar vueltas, a menudo deslumbrados por los recuerdos o aprendizajes que nos lanzan destellos desde algún rincón de la memoria. Al final, el rodeo que damos es tan prodigioso que acabamos extraviando el hilo de lo que queríamos contar. Si somos benévolos, podríamos imaginar que acabamos perdidos entre la hiedra de tanta vivencia acumulada. Lo más curioso es que cuando eso ocurre lo notamos. Al menos yo soy del todo consciente. Pero con franqueza, es tan divertido abrir los cajones donde dejamos reposar las vivencias de este tortuoso cerebro, ver cómo se han adornado con el poso de los años y cómo se han hecho irrepetibles, que ya no sé renunciar a ello. Un poco infantilmente, jugamos a perdernos por su laberinto, creyendo presuntuosos que traspasamos pequeños tesoros, testimonios de un mundo que no volverá a ser. ¡Ah! Y que ya no interesa a nadie. O, oiga, quizá sólo sean los ribonucleicos, que se van deteriorando y que ya sólo saben conducir nuestros pensamientos en círculos que no llevan a ninguna parte.

¿Lo ve? Ya me he vuelto a enredar. Pero retomo el hilo. Ahora le querría hablar de mi amor inmenso por David, aunque tendré que contarle primero cómo se preparaba mi padre para marcharse con la columna Durruti, que, junto con la columna Ortiz, partía el 24 de julio hacia el frente de Aragón para enfrentarse a las tropas facciosas. Pues vamos a ello.

Desde que anunció a Marí su marcha al frente no habíamos vuelto a verlo. Volvió la noche antes de partir para comandar una sección de la columna, y todos sabíamos que sería por poco tiempo. Se le veía atribulado aunque con ganas de vernos. Quería llevarse unas botas nuevas y robustas que tenía guardadas y podernos decir adiós con

calma. Recuerdo que cogió los zapatos como excusándose ante mí, diciendo que no sabía si le darían unas botas militares que había en el edifico de intendencia del ejército. Hizo bien en cogerlas, porque al final algunos se fueron al frente con alpargatas, y ya se puede usted imaginar… Incluso en un país como el nuestro, donde todo se aguanta con alfileres, era impensable que un ejército pudiera avanzar con alpargatas.

Mi madre, más práctica y doméstica, le dio una manta para dormir al raso, una fiambrera llena y un poco de ropa. Sólo un poco porque él no quiso más, pues decía que «todo aquello lo acabarían en cuatro días».

Ni le cuento la despedida de Marí. Él la animaba diciéndole que volvería antes de que la cama se enfriase y no sé cuántas tonterías más, todo para tranquilizarla. Al principio mi madre estaba de morros, pero, viéndolo insistir tanto para darle ánimos, fue cediendo, no fuera que al final su marido partiera con el corazón encogido. Así que todo acabó entre sonrisas y buenos deseos. Yo ya sabía que cuando mi padre cerrara la puerta aquello sería un valle de lágrimas occitanas, que son unas lágrimas que vienen de muy lejos.

Él quiso que lo acompañara hasta la calle y lo seguí sabiendo lo que tendría que escuchar. «Júrame que cuidarás de tu madre en todo momento, que te dejarás la piel trabajando para llevarle el pan, y no vayas demasiado a la ciudad, que te podría pasar cualquier cosa». Seguramente me veía aún como a un chiquillo. ¡Ah!, y para acabar: «No dejes lo de Ramanguer, estudia y hazle caso, lee lo que te diga y no le hagas enfadar». Un beso y marchando. Esta vez ni te quiero ni nada, iba al grano.

Mientras en casa se vivía este revuelo, la ciudad organizaba una fiesta de despedida para los milicianos de las dos columnas. Corría el rumor de que iría a despedirlos un

enorme gentío. Estaría todo el mundo, con las autoridades y Companys al frente. Bien. Casi todo el mundo, porque los pobres desgraciados de derechas esperaban escondidos y atemorizados tras las ventanas alguna oportunidad para huir, porque mire, la gente significada de derechas recibió a base de bien. Algunos con razón, pero otros sin ella. También recibieron los curas. Seguro que entre ellos debía de haber buena gente, no lo dudo. Pero qué quiere, la rebelión militar había estado a punto de imponerse dejando mucha sangre en la calle y la gente identificaba a la Iglesia con los golpistas. En verdad, los sermones y las fotos de los obispos significándose a favor del régimen fascista y saludando entusiastas con el brazo en alto fueron mayoritarios y a menudo fanáticos, con muy pocas y honrosas excepciones. Se hicieron muchos disparates, ¿sabe? Y los de mi bando también. Me podría entretener explicándole la génesis y las circunstancias que provocaron las muchas animaladas de los míos. Incluso si las comparase con las animaladas de los otros quizá podríamos discutir quien lo hizo peor. Pero hoy ya no quiero justificar ninguna de las barrabasadas que se cometieron por entonces, cada cual con sus razones.

Pues bien, a la despedida de la columna fueron todos menos mi madre, que dijo que no quería apuntarse para montar el numerito, ni tampoco Remei, que amenazó a Silvestre diciéndole que si prefería los encantos de Durruti a los suyos, que le fuera mirando el culo y se olvidase de ella. Todo fue en balde. A David, a Joana y a mí no nos afectaban esos dramas, cosas de mayores, que siempre lo complicaban todo, así que corrimos al cruce de Paseo de Gracia con Provenza, adónde a duras penas pudimos llegar, tanto era el gentío que ocupaba calles, aceras, azoteas, farolas, árboles o monumentos. Barcelona todavía estaba conmocionada por los estragos del golpe militar y las señales eran bien visibles

porque apenas habían transcurrido cuatro días. Restos de barricadas, calles con los adoquines levantados, casas quemadas o agujereadas por los disparos, a duras penas habían retirado algunos animales muertos… Todo estaba allí para que tres adolescentes lo convirtieran en un gran acontecimiento.

La República se había quedado sin ejército. La certeza de que dentro del estamento militar profesional anidaban muchos golpistas dispuestos a secundar la rebelión en un futuro próximo incentivó al gobierno de la República a disolverlo. Siempre se ha dicho que fue un gran error, y a mí siempre me ha indignado oírlo. En todo caso, y metidos en esa tesitura trágica, la fuerza del mensaje que se daba al mundo y a nosotros mismos era enorme: hablaba de una sociedad civil con el suficiente coraje como para organizarse e ir al frente con unas armas insuficientes, a menudo arrebatadas a los vencidos, para defender la democracia y las libertades. Hay que decir que, en una Europa donde Benito y Adolf ya hacía bastante que proclamaban sus histriónicos proyectos de un orden nuevo, la determinación de los republicanos fue, como mínimo, impactante. Y probablemente por eso caló en la conciencia del mundo entero.

Le aseguro que impresionaba ver cómo miles de voluntarios sin ninguna experiencia militar intentaban e inventaban otra forma de ir a la guerra, movilizando y organizando en cuatro días a una especie de colectivo armado dispuesto a marchar al frente de manera inmediata. Si tengo que serle sincero, siempre que he leído reseñas de aquella jornada me ha parecido que se escribieron con un desprecio evidente hacia los que tenemos memoria. Y también hacia los que se jugaban la vida. Como si fueran cuatro descerebrados que se hubieran juntado caóticamente

alrededor de Durruti. Pues mire, aun sabiendo que aquello era el preludio festivo de una agonía sangrienta, le puedo asegurar que todavía hoy me admira la capacidad de unas organizaciones populares que tuvieron la suficiente inventiva y coraje como para disponer de esa respuesta armada tan sólo tres o cuatro días después del golpe de estado del 19 de julio. Si a ello añade que aquella primera experiencia estaba mayormente protagonizada por anarquistas impenitentes y gente voluntaria de todo tipo, que por primera vez cogían un arma para defender la República, se puede decir que como mínimo era algo épico y, si quiere, creativo.

Mientras tanto, la gente cantaba, gritaba consignas o aplaudía a los personajes más conocidos. Estaba el presidente, los *consellers*, también había deportistas famosos, actores, artistas vestidas con sus mejores y más sinuosos ropajes… Algunas de nuestras favoritas del Paralelo ocupaban lugares preferentes. Recuerdo cómo la preferida de David, la Bertrand, irradiaba belleza y alegría. Busqué excitado a la Ninfa de Oro pero no la vi por ningún lado. No le di demasiadas vueltas al tema.

Para nosotros era un caudal de sorpresas, emociones y novedades observar aquellos vehículos militares de formas contrahechas que se habían ganado hacía pocos días a los rebeldes. O la hilera de camiones reciclados, coches confiscados, autocares adaptados y todo lo que tuviera ruedas para poder llevar a los milicianos a Aragón y montar una logística que funcionase. En otro lugar, la gente miraba orgullosa a un pequeño grupo de ambulancias con personal médico voluntario y un cuerpo de enfermeras que daba gusto ver y que sonreían cuando les aplaudían. Se decía, como si fuera algo milagroso, que incluso había autobuses reconvertidos en quirófanos de campaña y primeros auxilios. También había algunos camiones cisterna con agua potable

para que la tropa pudiera beber sin peligro de enfermar. A saber…, un montón de cosas extrañas que Joana, David y yo descubríamos fascinados, ávidos de gestas.

La corriente de emociones era increíble. Los gritos de la chiquillería perforaban cualquier tímpano sensible. Las mujeres lloraban sin recato, tanto daba si sabían por qué. Algunos hombres enardecidos por la histeria del coraje preguntaban con los ojos desorbitados dónde podían alistarse inmediatamente. Los enamorados, con sus abrazos larguísimos y besos de cine con respiración asistida, se desinhibían de las miradas ajenas. Era magnífico ver todo aquello. Y en medio de aquel alboroto, un coche de correos tocaba el claxon para hacerse notar y que la gente supiera que iría diariamente al frente a llevar las cartas para los seres queridos con el paquete de tabaco incluido, faltaría más. Y detrás, siguiéndolo a pocos metros, un autobús reconvertido en biblioteca ambulante para que los ciudadanos en lucha pudieran leer en el frente. ¿Se lo puede usted imaginar? Pero ningún ingenio causó tanta admiración como un coche remolque que, fuese verdad o mentira, se anunciaba como el Cinematógrafo del Frente. Así, entre los noticiarios inflamados de republicanismo patriótico, los milicianos podrían ver la película que se acababa de estrenar en Estados Unidos, con Jeanette MacDonald gesticulando y canturreando entre los bigotes de su amado, mientras al fondo de la pantalla una ciudad lejana temblaba por el efecto de unos terremotos muy distintos a los nuestros.

Y cuando parecía que la pulsión no podía aumentar ni un decibelio emotivo sin reventar, se levantó espontáneamente una aclamación que se impuso a todos los demás rumores: llegaba Durruti. Altivo, adusto, sencillo, apareció con aquel rostro malcarado y anguloso que provocaba cierto miedo pero que a la vez inspiraba confianza a la gente, y no me

pregunte por qué. Fue aclamado como un semidiós mientras respondía con la indiferencia decidida de los héroes. Y por fin, no muy lejos de él, mi padre, de pie, mandando un camión lleno de milicianos. Alto y con su cabello rubio, se le distinguía entre cualquiera. Desprendía un aura radiante, una imagen que me enorgullecía como hijo. Qué quiere que le diga, se me caía la baba.

Válgame dios, aquello no arrancaba nunca. Ahora dirían que había problemas de logística. ¿Pero cómo quería usted que se pusiera en marcha pseudomilitar aquel atajo de ácratas de corazón y de formas? Algunos decían que eran cuatro mil, otros que más de siete mil, todos ellos mandados por responsables de la CNT que a menudo tenían al lado a un oficial fiel a la República que los orientaba. El oficial sabía que el jefe anarquista no tenía experiencia en el mando militar, pero también sabía que ni un solo miliciano se pondría a sus órdenes.

Nosotros nos situamos para ver de cerca a mi padre y a Silvestre, que era su segundo, en pie sobre el camión. Silvestre, más chaparro pero con un ancho cuello que no desmerecía su pecho y una mirada de ésas de que-tiemble-el-enemigo. Joana y yo nos llenamos de orgullo cuando los vimos dedicándonos sonrisas sin cesar. Levantaban el brazo para saludarnos, aunque tratando de no perder la pátina trascendente que el momento requería. Sin embargo, duró muy poco. Pasaban continuamente improvisados coordinadores que iban dando instrucciones a los mandos a golpe de gritos y mucha gesticulación, y eso desvió su atención. Cuando al cabo de un rato nos volvieron a buscar con la mirada, nos sorprendimos porque ahora ya no sólo levantaban los brazos sino que lanzaban besos y sus ojos parecían encendidos. Enseguida entendimos que tantos aspavientos no eran para nosotros. Su atención se desviaba

un tanto hacia la derecha, y fue siguiendo su mirada cuando descubrimos a Marí y a Remei, endomingadas y engalanadas como pimpollos y con unas sonrisas juveniles, mirándolos en plena agitación y enviando besos a docenas con mensajes subliminales muy explícitos. Debe de sonarle ridículo, pero me emocionó verlos mirándose de ese modo, después de las últimas tormentas que se habían desencadenado en casa. No sé qué asociación de ideas hice, la cuestión es que sentí el deseo de coger de la mano a Joana y pasar el brazo sobre la espalda de David.

De golpe, la hilera de gente y máquinas se puso en marcha. La explosión de gritos, voltear de brazos, rugido ensordecedor de motores, mandos vociferando órdenes, todo ello generó un vendaval emotivo. Yo no quería que se me escapara nada. Mi cabeza parecía un molinillo, yendo de mi padre hacia los vehículos armados, hasta los milicianos saludando a sus familias y pasando altivos ante los que nos quedábamos. Aquellos rostros, aquellos ojos… Cuántas cosas se dibujaban en la miraba de los que se iban, Lluís. En cambio, en esos momentos no sabíamos ver cuántas se desdibujaban en la de los que se quedaban.

De reojo, yo espiaba las reacciones de mi madre y de Remei, pero ellas se mostraban sonrientes y saludaban enardecidas. Lentamente, la hilera desfiló ante nosotros hasta que Silvestre y mi padre se perdieron. Ya me lo imaginaba; cuando me volví para mirarlas de nuevo, Marí y Remei estaban abrazadas, llorando sin consuelo. En fin, a pesar de que viéndolas algo se me rompía por dentro, nada me hacía presentir que no volvería a abrazar a mi padre hasta dos años después y en unas circunstancias sórdidas que, si me lo permite, prefiero dejar para más adelante.

Pero qué quiere, acabábamos de cumplir dieciséis años, éramos jóvenes, la fiesta proseguía, las calles estaban llenas

a reventar de chicas y chicos de nuestra edad, y eso no ocurría cada día. Los tres nos dejamos llevar por aquel gentío, charlando, gritando, cantando por la calle, sintiéndonos protagonistas de no sé exactamente qué que iba a cambiar el mundo.

Y pasaron las horas antes de que enfiláramos hacia casa. David nos dejó a Joana y a mí a pie de escalera. Yo lo miraba embobado mientras nos despedíamos. Poseía una serenidad en el gesto, en la voz, en la mirada, que me hacía sentir permanentemente fascinado. Y yo ya tenía muy claro que mi sangre se agitaba por algo que iba más allá de la palabra amistad.

Hablando de ello, y no se enfade, tendría que permitirme dar todavía otro rodeo porque, cuando lo pienso, me doy cuenta de la inmensa suerte que tuve cuando un profesor de la Escuela del Mar, sobre la *Nausica*, nos habló de Ramon Llull. Era un bonito día de primavera, con el agua en calma y bonanza en el viento. El profesor Carbonell se hacía a la mar vestido como un dandi aunque hiciera calor; en pie y solemne, nos relataba los muchos viajes que el maestro Llull había hecho por mar. Entonces nos habló del *Llibre d'Amic i Amat* y nos leyó unos fragmentos. En cuanto oí el título, «Libro del amigo y del amado», esas palabras se me fundieron en una sola expresión maravillosa: el Amigo Amado. Fue como si la luz entrara de repente en medio del desorden de mi corazón. Esa expresión definía inesperadamente la confusa madeja de sentimientos y sensaciones inexplicadas que yo sentía por mi compañero. El Amigo Amado. O quizá aún mejor: el Amado Amigo.

Pasado el tiempo y recordando situaciones, siempre he imaginado que los profesores nos lo leían intuyendo que quizá entenderíamos poca cosa, pero creyendo tenazmente que nos dejaban una semilla que con el tiempo brotaría

dentro de nosotros. ¡Y brotó! ¡Vaya si brotó! Aquellos poemas de sentido religioso me dieron las palabras precisas para definir mi amor, mi completa amistad y, más que todo eso, me ayudaron a entender lo que sentía. Conjugar amor y amistad, he aquí lo que me pasaba. Poder mirar a los ojos de David y decirle secretamente: tú eres mi Amigo Amado. Qué suerte que alguien me dejara escritas en algún lugar las palabras que definían mis sentimientos. Puede que no entendiera gran cosa de los poemas que nos leyó el profesor Carbonell, ni el significado que tenían en la obra del sabio mallorquín, pero me permitieron entenderme mucho mejor. Debe de ser el misterioso don de los grandes poetas.

De acuerdo, me voy de madre otra vez. Nos habíamos quedado en que los tres volvíamos a casa. David no nos había dicho que su madre, Mercè, estaba arriba con la mía. Y Joana no sabía que Remei también estaba con ellas, se enteró cuando se dio cuenta de que la puerta de su casa estaba cerrada. Estaban, pues, juntas las tres, y Remei y mi madre todavía llevaban los vestidos de fiesta con que se habían despedido de sus maridos. Pero en cuanto entrabas allí ya percibías que había muchas tinieblas esparcidas por el comedor. Mientras yo musitaba un buenas noches, Mercè acababa una frase que más o menos decía: «… y contad conmigo para cualquier necesidad, que entre nosotras no tiene que faltar nunca nada de lo que la otra tenga, ni ahora ni por lo que está por venir». Y al verme lo dejó ahí, entre otras cosas porque la mirada de mi madre presagiaba tormenta:

—¿Por qué llegas tan tarde?

—Es que había fiesta en la calle…

—¿Y tú qué tenías que celebrar?

Mientras bajo al cabeza llaman a la puerta. Es Joana. ¡Rediós! Ahora Remei cogía el relevo y entraba al trapo.

—No, si es que estos dos botarates no se dan cuenta de nada. —Remei no tenía ya freno—. Tanto les da si mañana sus padres quizá mueran reventados, mientras puedan reírse y tocarse donde les dé.

Mercè se levantó, posiblemente para rebajar la tensión, y anunció que se volvía a casa, repartiendo besos y empujando a Remei a hacer lo mismo, aunque ésta sólo dijo buenas noches. Al cerrarse la puerta tras ellas, mi madre y yo sentimos que afrontábamos la primera noche sabiendo que mi padre no estaba cerca. Sin decirnos nada, pactamos prescindir del mal humor y hacernos compañía. Yo intenté estar pendiente de ella, y me pareció natural darle un beso antes de sentarnos a la mesa aunque nunca lo hubiéramos hecho antes. Ella tampoco me hizo sentir su amargura. Me puso el plato en la mesa y actuó como siempre, quedándose a mi lado y vigilando que me lo acabase todo. Mientras me retiraba el plato y me servía un trozo de manzana le dije:

—Mañana pasaré por el trabajo, a ver si empezamos otra vez.

—Si no lo hacen nos matarán de hambre.

—Es que dicen que no hay patronos, que han huido.

Era cierto, los patronos habían desaparecido. Y muchas otras cosas. Por poco que miraras más allá de ti mismo, las señales de que comenzaban otros tiempos llamaban a la puerta. Mejor dicho, ya habían entrado. Y el signo de nuestras pequeñas vidas cambiaba a un ritmo frenético.

Joana se quedó amarrada a casa, pues Remei no la dejaba salir ni para estornudar. Trabajaban juntas en el taller de confección y volvían siempre juntas para encerrarse en casa. Cuando a la hora de siempre llamé a la puerta para decirle a Joana si venía a la *Sarita*, Remei se interpuso para dejar bien claro que mientras no volviera Silvestre todo eso de que la niña saliera cuando quisiese se había acabado. De vuelta a

casa se lo comenté a mi madre, que me rogó que no insistiera en ello si no quería que las dos familias riñéramos, que dejara pasar la ventolera y un poco de tiempo.

David había acabado el curso con muy buenas notas y con sus profesores boquiabiertos. A pesar de que había perdido casi toda la visión del ojo izquierdo consiguió unos resultados magníficos. Todo hacía pensar que podría continuar estudiando, becado, siempre que el curso de la guerra lo permitiera.

Mientras, yo trabajaba cuando podía, pero no era nada sencillo. El puerto se había colectivizado, como casi todo, y los obreros que trabajábamos en él estábamos en asamblea permanente. Eso me preocupaba, porque ya se sabe que las asambleas se pagan muy mal. Había poco trabajo, llegaban menos barcos, se decía que los armadores y gobiernos extranjeros todavía no consideraban el puerto de Barcelona lo bastante seguro. En cualquier caso puedo asegurarle que cuando llegaba un barco, allí estaba yo.

En la zona del puerto donde sí había actividad, y quizá demasiada, era en el *Uruguay*, un barco de pasajeros de pantoque negro y castillo blanco. Originalmente le habían encasquetado el nombre de alguna de las infantas *bobónicas*, y la República lo rebautizó y lo reconvirtió en una prisión flotante para la gente de derechas más significada y comprometida con el golpe de estado. El cataclismo sirvió para justificar demasiadas animaladas, y allí se hicieron muchas. Le cuento todo esto para que entienda mejor el decorado que nos rodeaba cuando David y yo entrábamos o salíamos del barrio, y le puedo dar fe de que aquel barco sólo era uno más de entre todos los desmanes humanos que nos rodeaban.

Con dieciséis años ya nos conocíamos la ciudad como la palma de nuestra mano. Nos gustaba pasear y vivir el nuevo

ambiente. A primera vista ya era obvio que había cambiado de fisonomía. Más allá de los destrozos en los edificios se hacía evidente que sobraban o faltaban elementos que habían definido el perfil de la Barcelona de antes del levantamiento golpista. David quizá viera como un tuerto, pero su mirada captaba detalles que a mí se me escapaban. Como cuando me dijo, calmado como siempre.

—¿Te has fijado en que no hay ricos?

¡Rediós! Qué cierto era. Ni patronos ni ricos. Mirabas a los viandantes y nadie parecía rico. Nadie hablaba como los ricos. Nadie vestía como los ricos. No había coches ni carruajes de ricos. Nadie entraba en las tiendas de los ricos. Y éstas habían cambiado sus escaparates para no parecer tan de ricos. Sí. No había ricos, desaparecidos, muertos, escondidos… O puede que los ricos se hubieran vestido de obreros, con las típicas camisetas, camisas de cuello redondo, pantalones anchos y mal cortados. La ciudad entera vestía así. Al hecho de que no se vieran demasiados burgueses se añadía otra sensación inesperada: todo era de todos. Quizá quería decir que nada era de nadie, pero en aquellos primeros días la gente sencilla se lo creía y era feliz sólo con pensarlo.

Ya le he dicho antes que la mayoría de las actividades se habían colectivizado, desde la sanidad hasta las panaderías, pasando por los transportes y los cabarés. Parece imposible, ¿verdad? En fin, todo lo que usted sea capaz de imaginar, todo, estaba colectivizado. Puede que piense que debía de ser caótico. No se lo negaré, pero sorpréndase, porque muchas cosas funcionaron, y bastante bien. Nadie sabía cuándo ni cómo cobraríamos el trabajo, y aún menos quién lo pagaría, y sin embargo puedo asegurarle que la gente trabajaba con ganas de demostrar que la vida seguía. Incluso se exageraban las muestras de ello.

Hubo otro cambio importante que se hizo muy visible: la guerra civil empujó hacia la ciudad a una multitud ingente de refugiados. La llegada de forasteros, trastornados y cargados de miedo, hatillos y maletas, fue inmediata desde el inicio de la guerra y cambió la fisonomía cotidiana de la ciudad. La mayoría de esas familias no habían estado nunca en Barcelona, y las primeras que llegaron, que en gran medida venían de las zonas pobres y rurales de Aragón, evidenciaban que habían huido precipitadamente y que no tenían dónde ir ni dinero con el que pagar. Desorientados, sudorosos, aterrorizados, se sentaban en las esquinas, juntándose unos con otros, configurando grupos de personas y pertenencias, amontonándose como para protegerse mejor, o al menos resguardarse.

Para David y para mí, la estación de Francia formaba parte de nuestro paisaje diario, y los veíamos llegar a centenares, miles, grupos enteros de familias que huían de los lugares donde los militares rebeldes habían ganado. Las dos grandes bocas de la estación los soltaban a ráfagas, a medida que los trenes acababan el trayecto. Los recién llegados miraban boquiabiertos las columnas, las esculturas, los espejos y aquellas dimensiones del techo que tanto les sorprendían.

Nosotros oíamos cómo sus acentos de todos los rincones de la República se mezclaban por las calles.

—Me parece que hay un cuerpo de voluntarios…

—¿De qué hablas? —dije sin saber a qué se refería mi amigo.

—Que tengo entendido que hay un cuerpo de voluntarios que se encarga de esperar a los refugiados, recogerlos y conducirlos hasta una de las casas de acogida que la Generalitat y las organizaciones han preparado.

El mensaje estaba claro y, como siempre, me puse al

frente. Era un clásico de nuestra forma de funcionar, él tenía la iniciativa y yo la ejecutaba a ciegas. Así pues, nos teníamos que enrolar en el cuerpo de voluntarios para ayudar a aquella gente. Dicho y hecho. Como en esos días yo no tenía mucho trabajo y David no tenía clase, nos acercamos a una oficina de la Generalitat que se llamaba Comité de Ayuda a los Refugiados para que nos dieran instrucciones. Y ya puede imaginarnos, lustrosos, satisfechos y con un brazalete que nos otorgaba no sé qué autoridad, yendo hacia los andenes de la estación para recoger a los recién llegados.

Allí, plantados, esperábamos que el tren y el azar decidiesen la puerta que se detendría ante nosotros, de la cual bajarían los fugitivos con esa mirada tan desamparada en los ojos. Familias enteras, pero sobre todo mujeres, niños y ancianos. No hacía falta preguntar si eran refugiados, el miedo se reflejaba en sus facciones. Descendían tímidos, caminaban con pasos imprecisos, dando vueltas mientras miraban aquellas estructuras metálicas que cubrían las vías y que parecían volar sobre sus cabezas como extraños monstruos mecánicos. Nosotros nos presentábamos procurando que entendieran que estábamos allí para ayudarlos y llevarlos a los espacios que la ciudad había preparado para acogerlos. No era nada fácil, parecía que no se lo podían creer. Yo imagino que durante la precipitada huida debían de haber previsto lo peor, dormir en la calle, buscar trabajo a cambio de un mendrugo de pan, pedir limosna, y he aquí que dos jovenzuelos con planta y con una sonrisa encantadora, no lo dude, les daban la bienvenida dispuestos a resolver algunos de sus problemas más inmediatos. Eso hacía que a menudo nos abrazasen medio llorosos y agradecidos. Nosotros, desconcertados, correspondíamos como podíamos, sobrepasados por unas emociones que nos eran desconocidas. Le puedo asegurar

que entre los barceloneses nació un movimiento de solidaridad espontáneo y, dadas las circunstancias, pienso que generoso y civilizado. Se implicó en él tanta gente que acabó por convertirse en realidad un eslogan que fue muy popular: «Ningún refugiado sin techo».

No olvidaré nunca a los primeros que recogimos. Llegaron a las diez de la mañana de un domingo, venían cansados de viajar durante todo un día y medio. Como en una película de Keaton, la locomotora nos lanzó un último resoplido de humo y hollín mientras esperábamos estoicos en el andén con una sonrisa de bienvenida preparada. Cuando la puerta se abrió ante nosotros vimos las caras de cinco aragoneses que dudaban en bajar aquellos peldaños altísimos y miraban a uno y otro lado con ojos aturdidos. A su alrededor y en desorden había una multitud de paquetes, maletas y hatillos. Nosotros, algo desconcertados y con prisa por ayudarlos, aumentamos aún más su confusión. No entendían que estábamos allí para proporcionarles asistencia y no se fiaban de pasarnos sus pertenencias, que nosotros señalábamos con gestos confiados. Al final bajó una mujer, sin duda la que mandaba: María, nos dijo que se llamaba, de unos treinta años, morena, alta, de buena estampa. Detrás de ella, y enredándose con los malditos paquetes, fueron cayendo sobre el anden tres chiquillos. Una niña de unos diez años y dos hermanos más pequeños. Y cuando creíamos que la bajada de maletas envejecidas y paquetes había cesado apareció un hombre enjuto que bordeaba los sesenta, el padre de María.

David y yo nos presentamos lo mejor que supimos y, a fuerza de simpatía, conseguimos que en aquellos ojos se abriera la grieta de una sonrisa. Recitamos de memoria lo que los agentes del Comité de Ayuda nos habían aconsejado y, cuando finalmente los tuvimos calmados y a punto,

exhibieron músculos y energía cargando las dos maletas de cartón y una de madera mientras se repartían los hatillos y paquetes, que eran muchos. Nuestros refugiados caminaban conmocionados y empequeñecidos por el puñado de temores que llevaban en el corazón y por el repentino estallido de tantas novedades. Si entre la magnificencia estructural de esa estación se hubieran fijado en la parte baja de alguno de los inmensos espejos y se hubieran visto reflejados como yo los estaba viendo, seguro que habrían arrancado a llorar.

A trancas y a barrancas, salimos a la calle soleada con el resto de los pasajeros que continuamente derramaban los trenes. Había una gran confusión. El gentío sudaba bajo un feroz sol de verano que aún hacía más agobiantes los ruidos, gritos, lloros, sacudidas de los carros, silbidos, herrajes maltrechos de coches y autobuses que, como cajas de cerillas, se veían colapsados por la gente que subía a fuerza de empujones. Todo ello como en una de esas películas de alto presupuesto para contar miserias. Y, en medio, David y yo tratábamos de proteger a nuestro pequeño rebaño, no fuera que se nos perdiese algún niño. Tomamos el paseo, uno delante y otro detrás para que no se nos despegara ninguno, pero era difícil. Asustados y sin experiencia, veíamos cómo la gente atravesaba el grupo y lo rompía peligrosamente. Hasta que la madre, que valía un imperio, se detuvo para deshacer uno de los cordeles de la maleta más grande y ató a los niños por el cinto. La situación mejoró bastante.

Nuestros refugiados caminaban poco a poco, expectantes, ante edificios de un lujo que jamás antes habían visto, y, por cierto, ahora llenos de banderas y pancartas. Andaban medio aturdidos cuando pasó de repente un coche de los confiscados, con esos faros redondos y brillantes, todo él repintado con siglas en blanco para hacerlo más chillón,

tocando el claxon para hacerse notar. Y así, con los ojos como platos ante cada cosa que descubrían, conseguimos llegar al edificio señalado, muy cerca de las Ramblas, donde los dejamos en manos de los gestores de aquella operación de acogida. Debo confesarle que las muestras de afecto y gratitud de esos aragoneses me removieron fibras muy escondidas.

David y yo estábamos exultantes y motivados. No había cansancio que pudiera impedirnos ir a la estación y recoger a tantos refugiados como encontráramos. Vivíamos en un círculo emotivo que se retroalimentaba, primero porque nos sentíamos útiles y orgullosos de cargar como burros, y después porque los refugiados nos llenaban de energía con las emociones que nos procuraban sus agradecimientos.

Pero no todo era coser y cantar, no crea. De vez en cuando, alguna situación inesperada nos lanzaba extrañas señales de alarma sobre las maravillas de aquella nueva época que vivíamos. El primer aviso serio llegó un día, hacia la tarde: teníamos nuestro último servicio, por llamarlo de algún modo, antes de marcharnos a casa. Del vagón bajó una familia a la que nos presentamos como siempre. Para romper el hielo, les pedimos sus nombres y el del pueblo de donde huían. Lo hacíamos siempre así, para tratar de empezar la conversación; según entendimos, venían de un pueblo pequeño, cerca de Caspe. Enseguida notamos que contestaban desconfiados, con monosílabos ásperos. Se veía gente de campo, de piel dura y vida inclemente. El hambre había hecho de sus facciones un juego de ángulos pronunciados. Pero cuando David les preguntó si huían del fascismo nadie quiso contestar. Ese silencio inesperado duró hasta que un abuelo, que debía de andar por los setenta, y eso en aquellos tiempos eran muchos años, empezó a decir dubitativo:

—Yo soy republicano, muchacho… y… huyo de los míos, de los republicanos… que llegaron diciendo que venían a librarnos de los fascistas. Bueno, republicanos es un decir, una pandilla de locos anarquistas que han tomado la zona de Caspe, dicen que en nuestro nombre. Pero al que no piensa como ellos, sencillamente lo matan. Huimos de ellos y hemos venido aquí porque no podemos ir a la zona fascista, allí también nos matarían.

Pensé que debía de haber algún malentendido. Que no era posible que huyeran de los nuestros. Además, aquel viejo seguramente hablaba mal de las dos columnas que habían salido de Barcelona el día 24 de julio. No sólo no lo entendía, me era imposible admitir que gente como mi padre o Silvestre matasen a pobres campesinos. No pregunté más. Hicimos el trabajo como siempre y punto. Pero los ojos de aquel anciano, escondidos entre las legañas del llanto y de la pobreza, se me quedaron grabados en la memoria y, muchos años después, quise averiguar lo que había pasado en Aragón con nuestras dos columnas libertarias, justo al inicio de la guerra. Fue entonces cuando supe que algunos malvados de la columna que se habían quedado en Caspe aterrorizaron y mataron a mucha pobre gente de aquellas comarcas en nombre de prisas revolucionarias mal digeridas. El único consuelo, y no me mire mal, fue que mi padre no había podido ser. Su columna, la de Durruti, había ido a Zaragoza y después hacia Madrid.

Aquellos ojos fueron para nosotros un primer anuncio de los muchos disparates que se cometieron durante la guerra civil. Injusticias, asesinatos, una retahíla de crueldades que se desataron e hicieron subir a la superficie la parte más abyecta del ser humano. Sucedió lo peor que pueda imaginarse. Y más, porque se quedaría corto. Locuras colectivas y bajezas individuales de una crueldad

desgarradora. Se mató en nombre de la revolución, de la religión, de los nuevos órdenes fascistas de derechas, de los inesperados totalitarismos de izquierdas, se mató en nombre de todo. Y de nada. Escúcheme, fue un escarnio a todos los valores humanos. Y en medio de tanta infamia, las pasiones desaforadas que provoca una guerra civil, triturando el poco sentido común que nos pudiera quedar. Sí. Se hicieron en todos los lados. Tanto en el lado de los míos como en el de los otros. ¡Desde luego que sí! No se crea que no tengo memoria y que no me avergüenzo.

¿Pero sabe? No quiero hablar demasiado de todo eso. Por una parte, y aunque a veces no lo parezca, usted está aquí para oír una historia de amor, ¿no? Y por otra, le seré franco: nunca, aún hoy, he escuchado la voz de los fascistas que gobernaron España durante cuarenta años gracias a la sangre de aquella guerra pidiendo perdón por su responsabilidad en tantas masacres. Nunca. Ni tampoco he escuchado ningún acto de contrición a los católicos, ni alguna revisión crítica a los comunistas, ni a los republicanos de uno u otro signo, que fueron protagonistas, a menudo muy destacados, de maldades increíbles. No seré yo quien responsabilice ahora a los míos, a los libertarios, de todo lo que ocurrió. Durante más de sesenta años han convertido el movimiento anarquista en un grandioso vertedero en el cual todos, todos los actores de aquel tiempo, han lanzado y escondido su propia basura. ¿Y ahora tengo que venir yo para volcar en él mis remordimientos? No, ya no lo haré.

Bien, no nos pongamos dramáticos, dicen que eso es agua pasada. Debe de ser que, al pasar, a mí no me calmó la sed. Dejémoslo aquí. Tengo unas galletas, ¿se las traigo con el café?

DECIMOCUARTA GRABACIÓN

Mientras, mi enamoramiento por David se alimentaba continuamente con nuevos descubrimientos sobre su forma de ser. Con los embates que el inicio de la guerra nos procuraba, parecía que el corazón y la cabeza de mi compañero, que tan a menudo funcionan por separado, se hubieran conectado íntimamente, impulsando y palpitando en la misma dirección. Los latidos de un corazón generoso y los impulsos de una mente espléndida recorrían juntos el camino. A la frialdad de su inteligencia el corazón añadía sensibilidad, sentimiento. Pero también sucedía lo contrario: cuando el corazón se le desbocaba, su cabeza procuraba guiarlo, aunque tratando de no ahogarlo. Lo que quiero decir es que David no imponía lo que le dictaba la razón eliminando la fuerza de los sentimientos, sino que, y perdone pero me parece importante, lograba que esos sentimientos pulieran y completaran su raciocinio. Probablemente por eso su sensibilidad hacia el sufrimiento de los demás no lo

debilitaba, sino al contrario, le hacía más fuerte, le daba coraje. No sé muy bien cómo explicárselo… En cambio, lo que sí podría explicarle, y con detalle, era el deseo creciente que me poseía y que controlaba cada vez con mayor dificultad. No se preocupe que no lo haré.

Ambos formábamos un binomio acoplado, y con lo que aprendíamos el uno del otro nos íbamos complementando. Él era capaz de discernir, organizar y prevenir cualquier situación que se presentara. Yo era fuerte y decidido, de entrada ya caía bien a la gente y, está mal que lo diga, tenía mucha capacidad de improvisación. Así que, de una forma espontánea y según la naturaleza del problema, frente a cada coyuntura nueva o inesperada dejábamos que uno de nosotros tomara la iniciativa y el otro se ponía a rueda, que dicen los ciclistas, y nos alternábamos según iban surgiendo las necesidades.

Al anochecer acabábamos reventados de cargar y descargar, llevar las maletas de la gente hasta los lugares de acogida, vivir sus angustias, decir adiós a sus miradas agradecidas pero llenas de miedo. Todo ello turbaba nuestra capacidad emotiva, todavía poco musculada. Cuando ya tarde volvíamos hacia el barrio, caminábamos cansados, sin demasiadas ganas de nada, a menudo en silencio. Antes de entrar en casa nos acercábamos hasta donde estaban los aparejos de la *Sarita*, dejábamos la ropa encima y nos bañábamos un rato. Era un modo de volver limpios, pero también de entrar en nuestro espacio reservado, donde nosotros, la pandilla de los cuatro, habíamos compartido antiguas inocencias, un puñado de recuerdos de hacía muy poco que ya nos parecían irrecuperables.

Eran momentos extraños, como de un mundo aparte. Teníamos un trapo con el que nos quitábamos la sal de la piel y sobre el que nos tumbábamos de lado dejando pasar el

rato. Yo había aprendido a convivir con el deseo por el cuerpo de David. Miraba cómo las sombras perfilaban la sinuosidad de sus músculos con una franqueza cada vez menos disimulada. Con frecuencia, contemplándolo en la dejadez voluptuosa de su fatiga, el cuerpo lanzaba señales de mi deseo y abrazarlo en ese instante habría sido para mí entrar en un paraíso.

Por otra parte, Joana, siempre que podía escaparse de la vigilancia de su madre, venía corriendo a encontrarse con nosotros. Pero a pesar de que Remei se había relajado un poco, las ocasiones de reunirnos con ella eran escasas. Nuestra amiga entraba en el taller al alba y salía al anochecer. Como ya se podrá imaginar, David y yo nos lamentábamos por Joana porque pensábamos que estaba perdiendo todas nuestras experiencias y el hecho de poder vivir un tiempo de circunstancias únicas que tenían que aprovecharse en plenitud. Cuando ella llegaba, intentábamos traspasarle todo lo que habíamos vivido, contándole lo más llamativo con todo tipo de detalles. Ya no nos hacía falta exagerar para impresionarla, las situaciones que vivíamos eran lo bastante extraordinarias.

En la sección de los mayores, Remei lo llevaba mejor que Marí. Con el paso del tiempo se había acostumbrado a vivir sin marido. Recobró el buen humor y recriminaba a su amiga que no hiciera lo mismo. Yo pensaba que esa diferencia se explicaba porque el trato con las otras costureras del taller despojaba a Remei de muchas tinieblas. Allí podía compartir algunos de sus dramas más íntimos con compañeras que a buen seguro estaban en una situación parecida o incluso peor. En cambio, mi madre, encerrada todo el día con la maldita máquina de coser, se quedaba aislada y bebiéndose la soledad a grandes tragos.

Marí cosía compulsivamente, y eso le era rentable para

ganar algún céntimo, y aún más para sobrevivir a la ausencia de Josep, siguiendo con mirada abstraída la aguja de *Gertrudis* y el trazo perfectamente ordenado de sus puntadas. A duras penas salía de casa, se le agriaba el carácter, vestía mal, con desgana, apenas comía, y si no hubiera sido por las visitas casi diarias de Mercè, por las charlas nocturnas con Remei, que le traía piezas de ropa, y por las visitas de Dora, que, desde que mi padre se había marchado, pasaba a menudo y la distraía mientras tendía la colada del vecindario, se habría consumido como una vela.

No era porque le faltasen las cartas de mi padre, puesto que llegaban enseguida y a menudo. Eran largas y estaban bien escritas. Se notaba que era un hombre leído y, aunque en aquel tiempo yo no podía juzgar la belleza de las frases, las recuerdo de un estilo cuidado. Siempre se recreaba explicándonos detalles del paisaje, los colores, los árboles, los perfiles de las personas que se encontraba, los dibujos que formaban los caminos que recorría igual que si fuera una novela. Leyéndolo, nadie habría dicho que eran paisajes de guerra o personas con las que quizá tendría que enfrentarse. En cada carta procuraba incluir un apartado divertido, normalmente relacionado con el rancho que comía o con anécdotas de la convivencia entre los soldados. También incluía un párrafo más poético, como por ejemplo las descripciones de las puestas de sol, que parecía que las pintase con las palabras. Este último apartado solía preceder, como preparándolo, al fragmento más íntimo, amorosamente dedicado a Marí; ella se lo saltaba, sofocada hasta que seguía con otro trozo dedicado a mí, en el que me enviaba abrazos y consejos que ya se puede imaginar usted.

Eso me hace recordar que, mientras el verano del 36 iba languideciendo, el trabajo en el puerto aumentaba gradualmente y los compañeros de mi padre tenían muy

presente la situación en casa y me encargaban tantas horas como podían. Los hijos de los que estaban en el frente merecíamos el agradecimiento de fornidos y duros trabajadores que, a su manera, nos trataban con delicadeza.

No sé dónde he dejado el hilo. ¿Le hablaba quizá de David? En cualquier caso, empezó los estudios superiores. No sé cómo se lo montaron los profesores para conseguirle una beca en aquellos tiempos de penurias. Se me han borrado tantos detalles de la memoria y revuelto tantos otros… Pero me parece recordar que llegaron a hablar con alguien importante del Ayuntamiento. Déjeme que también le cuente, a modo de anécdota, que David se acostumbró, contra el parecer del médico, a utilizar su ojo bueno para los estudios, y debía de tener razón porque eso no le provocó empeoramiento alguno.

Y fue con los fríos de noviembre cuando llegaron dos cartas con aquellos impresionantes matasellos que indicaban que las misivas venían de lejos. Ya no las trajo el cartero bien parecido porque se había ido voluntario a la guerra. Las repartía un hombre cojo que había regresado del frente, contento de que le hubieran destrozado la pierna. Una llegó a casa de Silvestre y Remei, dirigida a Joana. La otra la trajeron a casa e iba a nombre de mi padre. Ambas venían de Argentina y decían lo mismo, aunque en diferentes lenguajes, porque a Joana le escribía Mireia y, en cambio, la de mi padre iba firmada por el señor Jimeno en persona.

Mi madre la abrió, entre impaciente y contenta, y pudo leer cómo el viejo contrabandista, ahora industrial de carnes y otros negocios provechosos, más allá de los formulismos iniciales que por entonces eran indispensables en una carta, invitaba a mi padre a que fuera a Argentina con todos nosotros y le decía que allí no le faltarían ni trabajo ni casa. También afirmaba, o mejor dicho avisaba, que en su nuevo

país se insistía en que la situación en España todavía iría a peor. Que el fascismo tenía voluntad de implantarse en toda Europa y que la siguiente ficha de ajedrez en caer sería la nuestra. Que no nos lo pensáramos demasiado, que nos marcháramos cuanto antes y que lo mismo que nos decía a nosotros también se lo había dicho a Màrius y a dos familias más que eran como hermanas.

Mi madre lloraba emocionada, en su interior se abría una rendija de luz, aunque sabía que ella misma tendría que cerrarla. No pudo profundizar más porque Remei y Joana llamaron a la puerta.

—Marí, ¿te ha llegado la carta de Jimeno? ¿Es verdad que dice que vayamos? Es que a Joana le ha escrito Mireia pero dice que su padre os ha enviado otra a vosotros para confirmarlo. ¿No es una broma de críos?

—No, no es una broma. También dice que no nos preocupemos por el billete, que no nos preocupemos por el trabajo, que no nos preocupemos por nada, que cojamos el primer barco que encontremos y nos marchemos de aquí.

Se hizo un silencio profundo, ambas miraban sin verse porque el pensamiento subía y bajaba del cielo al infierno en un vaivén angustioso. Finalmente Remei dijo:

—¿Tú crees que se lo tendríamos que decir a nuestros maridos?

—Yo al mío no puedo. Pensaría que le pido que traicione sus ideales, y si estuviera dispuesto a hacerlo ya estaría aquí.

—Me parece que al mío tampoco. Pero… ¿y si las cosas van mal? Ahora tendríamos la gran oportunidad de huir.

Mi madre cavilaba, los ojos hundidos, el cabello desmañado, la piel tersa de tan poca luz que le daba. Al final miró a su amiga.

—Remei, si yo estuviera en tu lugar me lo pensaría. Lo que quiero decir es que quizá deberías contárselo a Silvestre.

Mira, yo tengo muy claro que esto no acabará bien. Todo el mundo dice lo contrario, ya lo sé. Pero ¿y si las cosas se tuercen? Yo al menos puedo huir hacia Sète. A mí no me hace falta atravesar el Atlántico para encontrar un hogar, ¿me entiendes? Lo tengo a cuatrocientos kilómetros, puedo ir cuando quiera y llevarme conmigo a Germinal, a Josep, y empezar de nuevo con un plato caliente en la mesa. Pero vosotros, ¿adónde iréis? Si Silvestre estuviera de acuerdo, si lo pudieras convencer… Esto puede acabar convirtiéndose en un infierno, y seguro que Jimeno cumpliría las promesas que os hace.

—Marí, ¿acaso no conoces a Silvestre?

A mí estas conversaciones entre las mujeres me parecían fuera de lugar. Corrían tiempos en que ni yo ni demasiada gente podíamos intuir la dimensión del infortunio que se aproximaba. Pero las madres, las mujeres, tienen una percepción de los raros equilibrios de la vida mucho más elaborada que nosotros, y los valores que mueven y conmueven sus almas habitan espacios más delicados. A finales del 36, la idea de que la República pudiera no ganar aquella guerra incipiente no parecía plausible. Sólo las mujeres, que no miraban los planos en los que se dibujaban las trincheras sino los pliegues de la intimidad, podían hablar de esas cosas sin que el aliento de la traición enturbiase la charla.

La situación de la ciudad y de su gente empeoraba cada vez más, y todos los menesteres indispensables para el día a día empezaban a escasear. Lo único que aumentaba continuamente era el abanico de actividades solidarias.

Reunir a los refugiados, llevarlos a los centros de acogida, repartir cada día toneladas de pan a todas las entidades que según la Generalitat las necesitaban, buscar ropa para que los damnificados pasaran el invierno, dar sangre para los

heridos del frente… Esto último era muy importante y, de hecho, era admirable lo bien organizado que estaba. Lo mismo pasaba con la construcción de túneles para refugiarse de las bombas. La primera vez que intentaron bombardear Barcelona, por fortuna los obuses cayeron en el mar, pero la reacción de los colectivos y asociaciones de los barrios fue inmediata y empezaron a preparar refugios antiaéreos para cuando los rebeldes tuvieran mejor puntería.

Nosotros participábamos con entusiasmo en todas esas actividades, sobre todo dando sangre y construyendo refugios, pues nos parecían asuntos más propios de hombres. Ya teníamos dieciséis pletóricos años y, aunque sólo fuera por las resonancias guerreras de palabras como bombas y sangre, aquello aparentaba ser más arriesgado y patriótico.

Ya no recuerdo la fecha exacta, pero hacia finales del mes de noviembre llegó la noticia de que Durruti había muerto en Madrid. Mi barrio y la ciudad entera se conmovieron al saber que traerían su cuerpo a Barcelona para enterrarlo. A los de casa, la esperanza de que mi padre y Silvestre vinieran al entierro con el grupo de confianza del difunto nos puso el corazón a mil por hora. Acudí con ese anhelo pero había un gentío tan numeroso que ni pude acercarme a la primera fila de la comitiva fúnebre. Por entonces se dijo que asistieron a su último adiós más de un millón de personas; puede que exageraran, aunque si no llegó a esa cifra poco debió de faltar. Durruti era un personaje extraño, un hombre con cara de demonio venerado por muchos como un héroe y estigmatizado por todos los demás.

Sin embargo, mi padre no vino.

Y así llegó la primera Navidad de la guerra. Se dice rápido pero se vivió despacio.

Mientras se acercaban las fiestas, teníamos la percepción

de estar actuando en un escenario en el que interpretábamos un papel que habíamos preparado mal y por sorpresa, aunque lo representábamos con entusiasmo. Todo el mundo, y el primero el Gobierno de la Generalitat, quería aparentar y convencerse de que las cosas iban bien, y los barrios de la ciudad se llenaron de fiestas populares, eso sí, llenas de discusiones pasionales sobre si debían utilizarse los símbolos religiosos navideños o si aquel año no se permitía que naciera el niño Jesús en una ciudad donde ya no quedaban ni santos ni iglesias por quemar.

Con las fiestas llegaron también muchos soldados de permiso, y me parece que las chicas fueron generosas. Durante unos días, la imagen de los jóvenes en la calle se equilibró un poco. Tenga en cuenta que a medida que se llamaba a nuevas levas, los hombres jóvenes iban desapareciendo de las calles y ya tan sólo se veían mujeres, niños y gente de cierta edad. Las parejas empezaron a ser un bien escaso y la preponderancia de chicas sin novio, una llamada a las fantasías de conquista. David y yo vivíamos con alegría esas circunstancias porque teníamos una edad en la que aún navegábamos entre dos aguas. Quiero decir que si bien por un lado se notaba que éramos muy jóvenes, por el otro ya se entreveía perfectamente que teníamos el cuerpo repleto y el deseo afilado. Así que no le esconderé que para ambos empezó a prodigarse un festín de sensualidad en las miradas, pequeños gestos y encuentros esporádicos tras portales discretos, o sobre más de una cama de matrimonio partida por la guerra. Por cierto, me sorprendió el éxito de David en estas maniobras, parecía como si su timidez fuera un imán o un trofeo deseable, sobre todo para las mujeres mayores que él.

Cuando llegó el día de Navidad, Mercè y Màrius nos invitaron a comer a su casa, lo que quería decir hacerlo bien

y acompañados. Ya no podían vender pescado en el restaurante El Gran Faisán porque lo habían colectivizado para hacer un comedor popular para los refugiados, o sea que nos hartamos de buen género hasta reventar, y yo más que nadie porque tenía un contenedor estomacal que parecía elástico. Fue un ágape opíparo y, bien mirado, una comida de ricos. No sé de dónde sacó Màrius el vinito para acompañar los dulces que Mercè había preparado para los postres y el bizcocho que trajo Remei. Nos llenó generosamente el vaso de aquel vino y eso no pasó desapercibido para nadie. Nosotros sabíamos que aquel gesto era un símbolo que significaba algo, seguramente que ya éramos hombres, pero en aquellas circunstancias quizá quería decir bastante más.

Como siempre pasa en las comidas importantes, la sobremesa se alargaba de una forma algo cargante y, mientras los mayores se divertían haciendo tertulia, Joana, David y yo nos aburríamos y bostezábamos sin ningunas ganas de disimular. Curiosamente fue Remei la que soltó:

—Va, venga. Salid a dar una vuelta, pero ni demasiado lejos ni demasiado tiempo.

Puede que quisieran hablar de algo que nosotros no podíamos oír. No nos hicimos de rogar. Buscando el poco sol que a duras penas atravesaba el cielo y con las manos en los bolsillos porque hacía un frío que pelaba, comenzamos a caminar por las calles desiertas del barrio. Yo pensé que con esa helor divertirse en la *Sarita* sería imposible. Esas calles vacías desanimaban a cualquiera, y tomé una decisión en nombre de todos:

—Vamos a La Dorita, que allí al menos no pasaremos frío. Me quedan unos céntimos. Tomamos algo, pasamos un rato, nos calentamos y después vamos hacia las Ramblas, que seguro que habrá follón.

Cuando entramos en La Dorita el ambiente era más bien

escaso. Sólo había tres personas. La dueña, en contra de lo que era habitual, había abandonado la barra y estaba sentada en una de las mesas para los clientes, con los ojos vidriosos y un vaso de vino delante. No vimos a la dorita Montse porque estaba pasando las fiestas en Gelida con su familia. En cambio, la dorita Núria estaba sentada frente a un hombre al que veíamos de espaldas y que por las protuberancias dérmicas y capilares sólo podía ser Ramon Ramanguer. Hablaba por los codos y no se había enterado de nuestra entrada; la dorita lo miraba, embobada por aquella florida prosopopeya.

Dora nos veía frente a la barra, pero se lo tomaba con calma y vino parsimoniosa, balanceando el cuerpo. Había engordado un poco y las sombras anidaban en su rostro desde hacía meses. No nos dijo nada cuando nos sentamos en los taburetes, y tampoco nos hizo caso cuando pretendimos pedirle lo que queríamos beber. Era, ya se lo dije, una mujer impresionante, quizá imponente sería la palabra más adecuada, y ella lo sabía de sobra. Pasado un rato, y con una total indiferencia, se volvió con tres copas en la mano y una sonrisa cansada en los labios. Expectantes, no nos atrevimos a decir nada, se notaba que estábamos asistiendo a una ceremonia y que era preciso respetar el ritual que Dora oficiaba. Dándonos la espalda, destapó una botella que hizo *pop* y nos sirvió un líquido color de orina que soltaba burbujas por todos lados. Nos miró a los tres, como examinando la mercancía, y con un deje irónico dijo:

—Tal como están las cosas, es bueno que probéis el champán. Marí sabrá de qué hablo y seguro que estará de acuerdo.

Después de servirnos con destreza, sin derramar ni una gota de espuma, se llenó la copa y la levantó mirándonos a los ojos y sonriendo:

—Por vosotros. —Hizo una pausa—. Que sois nuestro mañana. —Y se le oscureció el semblante—. Hacedlo mejor, cojones… Sí, hacedlo mejor.

Dio un trago y se volvió. Su voz ronca testimoniaba que hacía rato que se había embriagado como sólo las dueñas de cafés dudosos saben hacer: sin perder la compostura ni el instinto de mando del local. Y así volvió al rincón de donde la habíamos sacado, con la copa en la mano, pensativa, indiferente, como si su mente hubiera abandonado ya aquel espacio.

Nosotros descubrimos, lentamente y sorbo a sorbo, aquel brebaje ligero, que sabíamos que era famoso y muy caro. Ya de entrada nos puso de buen humor el privilegio de poder probarlo y, poco después, el efecto de los parpadeos destellantes y del alcohol mejoró nuestras vidas, sobre todo a medida que nos aumentaba el calorcito en el cuerpo… y en la cabeza. O sea que dimos las gracias a Dora, que ni se enteró, y dejamos el café animados cuando ya era casi de noche.

Las calles estaban llenas de gente y a medida que llegábamos a la ciudad y nos acercábamos a las Ramblas se aglomeraba más y más personal, paseando risueño entre los símbolos caídos de las iglesias y los alzados por la nueva religión revolucionaria.

Los tres nos sumergimos entre ellos. Ninguno de nosotros podía sospechar que aquella Navidad sería la última que pasaríamos juntos.

DECIMOQUINTA GRABACIÓN

Si me permite la sonrisa, mis bajos estaban cada día más febriles por mi amigo. A medida que pasaba el tiempo, estar a su lado se convirtió en un juego de fascinaciones y deseos. Observar sus gestos medidos, serenos y elegantes, la extraña imprecisión de su mirada, los movimientos de un cuerpo delicado pero fuerte y sensual, una voz que te calaba sin imponerse nunca si no era por convicción, aquella inteligencia soberbia que jamás utilizaba contra las personas… Todo ello era un gozo constante para el enamorado y, dicho finamente, una prueba de resistencia sensual para un cuerpo como el mío, que deseaba lanzarse sobre él y manifestarlo bien alto.

Sin embargo, hubo avances, muy lentos pero evidentes, en nuestro lenguaje sentimental. El primero y más importante: él daba por hecho y aceptado que era, cómo se lo diría, mi amigo especial, aunque no sé si es una buena definición. Sus reacciones ante cualquier hecho que lo

pusiese en duda confirmaban aquella seguridad. Por otra parte, nuestro lenguaje corporal también fue colmándose de pequeños gestos, casi imperceptibles para los demás, que le aportaban nuevos atributos de afecto y sensualidad. Refugiados en la normalidad del contacto corporal entre chicos, los viriles abrazos por cualquier alegría se convertían, al menos para mí, en algo más. La pelea amistosa era terreno resbaladizo. Cuando nos sentábamos juntos acercábamos las piernas de forma consciente y firme, y si por incomodidad uno de los dos se movía, la pierna del otro lo iba a buscar. Pueden parecerle tonterías, pero para mí era importante. Cuando volvíamos de noche a casa, mientras yo le contaba cualquier historia, el lenguaje de los empujones, o pasarle el brazo por los hombros, o hacerle alguna confidencia y sentir sus labios cerca de los míos, era tan excitante para mí que deseaba llegar a casa para masturbarme pensando en él.

Pero nuestra historia quedaba empequeñecida por la inclemencia de lo que nos rodeaba. Desgraciadamente, a los infortunios de una guerra que empezaba a conjeturarse que sería larga, se añadió una circunstancia que hizo tambalear nuestro día a día. Fue el trece de febrero y, como pasa en los meses de invierno, aunque no era muy tarde ya hacía rato que había oscurecido. En casa cenábamos pronto, en aquellos tiempos era normal hacerlo antes de las ocho de la noche. Mi madre puso sobre la mesa un tazón de caldo y cuatro lentejas que habían sobrado del mediodía. Recuerdo que yo estaba medio enfermo porque un resfriado de nariz me molestaba y me embotaba la cabeza. Me fui a la cama alrededor de las nueve. Cuando hacía frío en nuestra casa, la cama era el mejor refugio y nuestro cuerpo la única caldera encendida. Mi madre se quedaba a coser piezas de ropa hasta que los ojos le decían basta, y todo se hacía en el

comedor. Yo me había acostumbrado al suave traqueteo del mecanismo de Gertrudis. No me molestaba, más bien le diría que me ayudaba a dormir. Pero aquella noche un zumbido extraño llamó la atención de Marí. En un primer momento sólo levantó la cabeza. Después detuvo los pedales de Gertrudis para oír mejor, como si el ruido se acercara. Era un sonido grave, o mejor dicho, un silbido hondo que se movía rápidamente, como una serpiente sonora procedente del mar y que, pasando por encima de casa con rapidez, continuó hasta la ciudad.

De inmediato identificó aquel ruido con el que de pequeña le habían contado los jóvenes de Sète que volvían de las trincheras de la primera guerra mundial. Historias terribles sobre el terror de las bombas, los estragos de los obuses, el silencio de los gases… La cara se le desencajó del pánico y comenzó a zarandearme con movimientos espasmódicos y con la mirada en el techo, siguiendo la ruta imaginaria que hacía el silbido de los obuses que nos sobrevolaban.

—¡Bombas! ¡Bombas! —gritaba.

A los pocos segundos hubo una explosión enorme y larga, los obuses estallaban uno tras otro.

Del susto salí de la cama de un salto. Tenía a mi madre paralizada a mi lado con los ojos aterrorizados, incapaz de moverse, mientras seguía gritando con acento francés: ¡Bombas!, ¡bombas! La abracé. Parecía una muñeca rota. Me abroché los pantalones, le puse una bata. Corrimos espantados escaleras abajo huyendo del miedo y de unas ventanas sin horizontes que no nos dejaban ver lo que pasaba.

Como casi siempre, Remei y Joana se nos habían adelantado y ya estaban abajo. Enseguida vimos los resplandores rojos y ocres en el cielo, más allá de los tejados, señalando la dirección de las desgracias. Corrimos

muy alarmados hasta el paseo porque desde allí podríamos ver lo que pasaba al otro lado del puerto. Los obuses, por lo que parecía, no habían tocado nuestro barrio, caían en la ciudad. Mientras corríamos volvimos a oír la serpiente de silbidos por encima de nuestras cabezas y alguien gritó detrás de nosotros:

—¡Ya vuelven!, ¡ya vuelven!

Justo al llegar a la esquina del paseo, vimos un sector de la ciudad en llamas y en pocos segundos el estallido de fuego y luz de las bombas que momentos antes volaban por encima de nosotros, seguidas de aquel sonido opaco pero profundo y espantoso. El tronar seco y grave de las explosiones. ¡Rediós!

En aquellos instantes no teníamos tiempo para comprender qué era aquello nuevo y terrible que nos sucedía. No habíamos vivido nunca un bombardeo, sólo habíamos visto imágenes parecidas en los noticiarios del cine, y la realidad no tenía nada que ver con aquello. El panorama que se nos ofrecía era dantesco. Igual que sucedió en la noche del 19 de julio, nosotros estábamos allí, espectadores atemorizados y privilegiados, con toda la ciudad enfrente extendida detrás del trozo de mar que nos separaba y salvaba, mostrándonos la magnitud de la catástrofe.

Alguien dijo:

—Eso ha debido de ser en la derecha del Eixample. O más arriba. O en Gràcia.

—O en la Sagrada Familia. O en Vallcarca —dijo otro.

David llegó corriendo, resoplando, y se puso a mi lado trayendo noticias.

—Dice Radio Barcelona que ha sido en los alrededores de la Casa Elizalde, donde fabrican armamento, dice que hay muertos y heridos y que pronto algún responsable de la

Generalitat irá a la radio a hacer una declaración.

Pero declaración ya había, la que alta y clara proclamaba aquel fuego por todas partes: la guerra, la guerra de verdad había llegado a Barcelona. Y desde aquel día ahogaría a personas de toda clase, sin elección, sólo porque sí. Daba igual que las vidas fueran de niños o de mujeres enfermas o de jóvenes valientes o de viejos sin esperanza. La guerra había llegado a Barcelona. Hasta entonces en la ciudad se sabían cosas por los relatos de los refugiados, o por las heridas de los que volvían del frente, o por la ausencia de los que no volverían nunca, o por el hambre que se comenzaba a pasar, o por la fatiga de la heroicidad cotidiana… Pero Barcelona aún no había sentido ese tajo sucio y chapucero sobre su carne.

Aquella primera noche murieron dieciséis personas, pero también murió una forma de vivir en la ciudad.

Estábamos asimilando y entendiendo todo aquello, allá, arremolinados, viendo aquel cataclismo mientras nos mirábamos desconcertados. A mí el corazón me palpitaba como un caballo desbocado. De vez en cuando miraba a David, esperando que su semblante me serenara. Él estaba absorto observando el horizonte en llamas. Cuando notó que lo miraba se giró hacia mí para decirme preciso y decidido:

—Germinal, tenemos que ir.

No dije nada. Era tan evidente que comencé a caminar delante de él entre la gente. Marí nos observaba con un interrogante en la cara pero no tuvo ánimo para detenernos. Íbamos decididos, atravesamos el barrio casi corriendo. Subimos por la calle Comerç. No estábamos solos haciendo el camino, se nos iba uniendo gente y todos seguían el resplandor en el cielo. Se había hecho el silencio, el bombardeo había cesado hacía rato. Cuando íbamos llegando al paseo de Sant Joan se nos heló la sangre. A poca

distancia, a menos de trescientos metros paseo arriba, una visión apocalíptica se abría ante nuestros ojos: casas ardiendo, bomberos arrojando agua con aquellos artefactos de entonces, voluntarios sacando vigas, piedras, buscando gente enterrada… Cuando nos acercamos un poco más, oímos los gritos de los heridos mezclados con los de los bomberos, los guardias y voluntarios dando órdenes y avisos, formando cadenas humanas para acercar el agua hasta el fuego. La gente de los servicios sanitarios corría de un lado a otro tapando heridas y parando hemorragias. Chicos llevando literas con los heridos que chillaban o se quejaban por el dolor de sus miembros destrozados. También llevaban a otros silenciosos, sin sentido, y mientras, los cuerpos de los muertos se dejaban en un lugar apartado, tapados de arriba abajo, juntos y en desorden.

Estábamos allí cuando un hombre de unos cuarenta años nos gritó con las venas del cuello hinchadas:

—¡Eh, vosotros! Si no hacéis nada poneos en la cadena. Poneos en la cadena, ¡venga, cojones!

El humo, el polvo, el miedo, los gritos. No sé cuantas horas estuvimos allí. Coger y pasar el cubo de agua de una mano a la otra y volverlo a dar se convirtió al cabo de un rato en un gesto mecánico que nos permitía mirar todo lo que pasaba alrededor: la llegada de los familiares, los lamentos de los que estaban allí, los gritos de los supervivientes, los desgarros en la carne, los miembros aplastados por toneladas de escombros, chorros de sangre barboteada por un corazón que no quería pararse, niños reventados, los alaridos de una madre… No crea que exagero, un espanto atroz. Como le he dicho, al día siguiente se contaron dieciséis muertos, pero sabíamos que podrían haber sido muchos más, muchos más. También supimos que las bombas no las tiraron los aviones sino un barco de

Mussolini.

¿Sabe?, de golpe aprendimos a medir el horror con unas magnitudes nuevas. Empezábamos a intuir que, en poco tiempo, él «podría haber sido peor» entraría con tozudez en nosotros y pasaría a ser una clave para sobrevivir a los íntimos llantos del espíritu. Aquéllos no eran los primeros muertos que veíamos David y yo. El día del levantamiento de los golpistas ya pudimos ver muchos, pero desde luego había una diferencia: por la postura que conservaban sus cuerpos se sabía que habían muerto luchando por algo que les importaba. Ahora no. De repente estrenaban una nueva forma de matar a personas que no sabían por qué morían, que morían por nada; eso a lo que ahora llaman cínicamente víctimas colaterales y que todo el mundo sabe que es la mercancía más preciada de una guerra moderna: la eliminación masiva de la población civil lejos del frente de combate. Me parece que todo eso se inventó en la guerra del 36. Guernica fue el símbolo y la Barcelona que yo viví un magnífico campo de experimentación para aquellos asesinos.

A raíz de estos hechos, y pocas noches después, Mercè vino a casa con Màrius para decirnos que su casita era mucho más baja que la nuestra. Esto parecería un chiste si no fuera porque, después de que los cañones del *Eugenio di Savoia* nos largaran sus altramuces, todos decidimos convertirnos en expertos en balística, trayectorias, obuses y lo que fuera. Los cálculos de Mercè la llevaron a la conclusión de que sería mucho más fácil que alcanzaran nuestra casa que la suya. Los seis o siete metros de diferencia de altura nos convertían en un blanco muy peligroso, decía con vehemencia, y a renglón seguido pasaba a anunciarnos que en su casa, que como reiteraba además era más baja, había sitio de sobra para todos.

Marí dudaba, no le atraía en absoluto la idea de

marcharnos de casa, pero Mercè insistía con tanta exaltación que finalmente mi madre me pidió que fuera yo solo, que ella ya iría si las cosas empeoraban. Me indigné, y el hecho de que lo dijera delante de Mercè y Màrius me lo tomé como un insulto. Y menos mal que David no estaba. ¡Yo, Germinal Massagué, abandonando el barco familiar con una mujer dentro, lastrada por *Gertrudis* y en pleno temporal! Me planté solemnemente para que entendiera que si ella no iba yo tampoco.

Remei, a quien mi madre había llamado por el patio interior, llegó muy alterada llevando de la mano a Joana como si se tratara de un fardo. Oyó la propuesta de Mercè, lo pensó diez segundos y dijo resuelta que no, que no quería irse de su casa, que allí lo tenía todo y que si tenía que huir de su guarida sería para marcharse a Avinyonet de Puigventós, a casa de su familia y para siempre. Siguió argumentando que, además, ella y Joana hacían jornada completa en el taller de confección y que en casa sólo estaban para dormir, al contrario que Marí, que se quedaba encerrada cosiendo todo el día y hasta altas horas de la noche, por lo que, evidentemente, ella sí tenía que aceptar el ofrecimiento de Mercè.

Mi madre parecía rendirse, pero seguía insistiendo en que fuera yo solo, que ella no tenía ganas, y que con un colchón en la habitación de David habría suficiente y no molestaríamos tanto. A pesar de la visión onírica que se me ofrecía no cedí.

Y al cabo de dos días ya estábamos los dos allí. Eso sí, con cuatro cosas contadas. Decidimos que iríamos a buscar a *Gertrudis* pasados unos días, ya que aquella chatarra necesitaba un esfuerzo colectivo y coordinado para moverla de sitio. Después de hablarlo, Mercè y mi madre pensaron que a fin de hacer más practicable el comedor de aquella

casa tan pequeña nos instalaríamos en la habitación de David. El cuarto de mi amigo no era muy grande, pero sí suficiente para los tres, así que Màrius añadió un catre con un colchón para mi madre, un poco apartado, a la derecha de la cama que ya había, y por los demonios del cielo y los dioses del infierno yo tendría que dormir forzosamente con David. La verdad es que él tenía pocos enseres personales, sólo los estantes con los libros, que eran muchos y magníficamente forrados, casi todos en papel azul oscuro, resistente y brillante, clasificados según un orden estricto. Como si se tratara de un altar, aquél fue el sector más respetado de la habitación. En cambio David sólo ocupaba un espacio minúsculo del armario para la ropa, y se lo brindó a Marí. En todo caso nos instalamos discretamente y procurando no cambiar de sitio sus pocas pertenencias. Como ya puede imaginarse por lo que le he ido contando, mi madre era muy mirada y sensible en lo referente a abusar de la intimidad de David. Yo no.

Es curioso cómo en algunas situaciones los pequeños gestos devienen a veces retos difíciles. Saber que mi madre tendría que desvestirse delante de mí, y ya no digamos de David, nos desconcertó un poco. Aquella noche llegamos los primeros como por casualidad. Para los chicos es diferente: calzoncillos, camisetas y fuera. Pero para una mujer… La oíamos lavarse en la cocina. El excusado estaba fuera, en el patio de poniente. David se puso de espaldas a la cama de mi madre y se tapó la cabeza con las sábanas. El frío inclemente era una buena excusa. Yo, no sé por qué, pensé que mi madre se sentiría mejor si me veía cerca de ella, y cerré los ojos pero de cara a su cama… Bien, miento, de vez en cuando los entreabría. La vi entrar, y bajo la luz de la vela miré cómo empezaba a desnudarse con calma, cómo se quitaba la ropa, doblándola y poniéndola cuidadosamente en

el respaldo de la silla, hasta quedarse desnuda, como si nosotros no estuviéramos. Ni por un momento se preocupó de si la mirábamos. Es curioso cómo reaccionamos a veces, porque ante su naturalidad yo estaba avergonzado y tenso. Cuando ella hacía algo que a mí me parecía que se salía de lo «normal» para los tiempos en que vivíamos, yo lo justificaba pensando en que era francesa, y quizá tenía razón, se consideraba que la educación republicana había hecho de las francesas las mujeres más avanzadas del mundo en cuestión de costumbres. Sólo fueron unos segundos los que estuvo desnuda antes de ponerse el camisón. ¡Qué bella era! La luz suave de una llama huidiza daba vida a sus formas armoniosas: los pechos llenos y firmes, la cintura aún estrecha, las piernas finas y largas, ¡ay!, como una estatua. Me sorprendió descubrir en mi madre una belleza inesperada, y también entendí por qué fulminó a mi padre allá en Le Paradis con tres cafés bien llevados y servidos.

Ella apagó la vela y yo encendí un mundo de recuerdos tratando de evocar su belleza de cuando yo era niño con los ojos de ahora. En su madre, un hijo descubre a la mujer que hay en ella siempre demasiado tarde.

No dejaré de comentar que, decidido como estaba a no forzar ninguna iniciativa erótica, dormir al lado de David fue una de las torturas más extrañas y placenteras de mi juventud. Pero no pasó nada, dejando a un lado los roces fortuitos, o quizá no, que inundaban de provocaciones mi sexualidad reprimida.

Mire, Lluís, querría hacer un inciso únicamente para decirle que soy consciente de que me alargo demasiado, aunque voy resumiendo todo lo que puedo. Tendrá que perdonarme, pero es que pasaron tantas cosas en aquel 37, y de tanta intensidad, que sólo enumerándolas la narración se hará interminable. Procuraré centrarme en el pequeño

espacio de lo que me pasaba a mí y a los que yo quería. De todas formas, si usted quiere que le concrete algún acontecimiento social o político en el que crea que le conviene profundizar sólo tiene que decírmelo. En cualquier caso, no puedo dejar de hablar de los Hechos de Mayo, llamados así porque sucedieron en aquel mes del año 37, aunque el enfrentamiento entre los sectores más prosoviéticos del PSUC y los de la CNT y el POUM ya se incubaban desde mucho antes. Me parece que todo explotó el día 3…, sí, a primera hora de la tarde del 3 de mayo.

Estalló el conflicto en el centro de la ciudad, cuando el *conseller* de Interior del Gobierno de la Generalitat, militante del PSUC, que era como se llamaba entonces el partido comunista, dio la orden a la policía y a sus mandos, mayoritariamente también comunistas, de entrar armados y hacerse con el céntrico edificio de Telefónica, en la plaza de Catalunya. Este inmueble estaba en manos de la CNT desde que se lo ganaron a los militares durante el levantamiento del 19 de julio del 36. Pero el reparto de los lugares clave de la ciudad entre las organizaciones sindicales y políticas era frágil y complicado. Ya sé que puede sonar extraño y que hoy parece incomprensible.

Cuando llegaron los del PSUC, los sindicalistas opusieron resistencia. Las armas tomaron la palabra y comenzó una matanza. No le especificaré los detalles porque, viniendo de mí, sería parcial y venenoso. Resumiéndolo mucho y de mala manera, aquello fue el enfrentamiento del aparato bolchevique estalinista contra la revolución obrera libertaria, o sea, la CNT, y contra cualquier expresión del socialismo más avanzado y democrático, como el POUM, que no hacía mucho que se había fundado pero tenía unos cuadros dirigentes magníficos. Usted, Lluís, ¿ha oído hablar del POUM? Yo no

hablo mucho porque no eran del todo de los míos, pero aquéllos del POUM sí que valían la pena. Ellos y, según cómo y cuándo, también los de Esquerra Republicana. De los otros no quiero ni hablar.

El caso es que la lucha fue sangrienta y el efecto devastador. La hoguera se extendió por todas partes de forma inmediata. En mi calle, en la Barceloneta, en el Poblenou, en los barrios obreros más infiltrados por la CNT, en todas las casas se elevó una protesta tumultuosa porque les estaban robando lo conseguido tras haberlo conquistado a los golpistas. Como los mejores y más significados del anarquismo estaban en el frente, los estalinistas mataban a los que quedaban en la ciudad. Era una guerra civil dentro de una guerra civil, a corazón abierto, a menudo calle a calle, sobre todo entre trabajadores, entre personas de la misma clase social y que miraban hacia horizontes parecidos. En mi barrio, los sindicalistas murieron a docenas, pero fue mucho peor en el Poblenou, o en Sants, o en Sant Andreu, donde se luchaba palmo a palmo y casa por casa.

¿No le parece inaudito? Más de quinientas personas morían justo cuando un ejército bendecido por el Santo Padre y comandado por casi todos los militares profesionales de la España más tenebrosa estaba clavando dentelladas decisivas en todo el territorio republicano. Por cierto, el conflicto se acabó cuando los de la CNT claudicaron a cambio de obtener poder político. Creo que fue un error, pero no me haga mucho caso; yo en estos temas siempre me paso de rosca.

Para David y para mí siguieron tiempos difíciles a pesar de que ya nos habíamos acostumbrado a vivir en la cuerda floja. Teníamos una edad en la que comenzábamos a estar desprotegidos, por no decir sencillamente que era peligrosa. Quizá le parecerá raro, pero nuestra edad nos ponía en el punto de mira de muchos resentimientos. ¿Cómo le diría? La

ambigüedad de nuestros cuerpos, entre la adolescencia y la juventud, provocaba que los ojos más inquisitivos nos miraran con irritación, en un momento en que las últimas levas de jóvenes enviados al frente eran muchachos que sólo tenían unos meses más que nosotros. Algunos hombres malcarados o con la amargura de tener hijos o familiares en las trincheras nos preguntaban por qué nosotros no estábamos allí, si por cobardes o por algún privilegio. Aquello, más allá del enfrentamiento, nos violentaba, porque nosotros nos sentíamos capaces de estar en primera línea de fuego y defender la República.

Pero después de los Hechos de Mayo la desconfianza se acentuó hasta extremos impensables entre personas que, aunque aparentemente estaban en el mismo bando, empezaban a acumular odios y agravios. La gente de un mismo vecindario se miraba de reojo para averiguar si eran de los suyos, o de los otros, o de los de más allá, en una espiral absurda de reproches. Estas desconfianzas acabaron por engendrar rencores irracionales que se retroalimentaban y que fragmentaban muchísimo la fuerza de los que estaban a favor de la legalidad republicana.

Sobrevivir al día a día era un desbarajuste de emociones y excitaciones que por reiteradas acabaron resultando normales, cuando en realidad tenían su origen en un encadenamiento de situaciones demenciales. Continuamente nuestras fibras emocionales y racionales se ponían al límite de la tensión, y el valor de las cosas se pervertía hasta dimensiones insospechadas. Éramos como funámbulos que nos manteníamos frágilmente de pie sobre los estragos de una guerra que lo deshumanizaba todo. El hambre, la miseria, la épica, los ideales, la muerte, el rencor, la desesperanza, el amor, la crueldad, la compasión, todo se mezclaba desordenadamente en un cuerpo a cuerpo inaudito,

y hacía de nuestro interior más íntimo una masa amorfa de horizontes yermos.

En todo caso, y definitivamente, la juventud dejó de ser un refugio para nosotros. Nuestros sensibles diapasones vibraban con tanto estrépito por los embates de aquellas aberraciones que había momentos en que nos parecía vivir a pecho descubierto, desnudos, a merced de todas las miserias y dolores que puede engendrar y descubrir el ser humano.

Era de noche, oía a mi madre respirar hondo en su cama, casi ruidosamente, mientras mi espalda gozaba del leve calor que le llegaba del cuerpo de mi compañero, que parecía dormir en un paraíso de calmas y silencios. Sólo su calor me decía que estaba allí. Era un instante plácido, justo cuando los pensamientos llaman a la puerta de los sueños. Pero de pronto sonaron las sirenas de alarma avisando de que iban a bombardearnos. Espantados, nos vestimos en un abrir y cerrar de ojos para salir corriendo hasta el refugio, que no estaba muy lejos. Todo nos venía de nuevas, porque aquél era el primer bombardeo que los aviones italianos perpetraban de noche. Nuestros movimientos eran torpes, casi cómicos.

Pronto el zumbido de los motores sonó como si ya estuvieran encima de nosotros. Abrimos la puerta de fuera, pero los silbidos de las bombas cayendo del cielo hicieron reaccionar a Màrius, que nos dio un empujón y nos hizo retroceder gritando:

—¡Debajo de la mesa! ¡Todos debajo de la mesa!

Era uno de los consejos que daba la radio.

Mire, si hubiera sido un juego nos habríamos reído de tantos choques entre nosotros y del golpe en la cabeza de mi madre contra el travesero de la mesa… Pero la primera explosión sacudió la casa con una fuerza tan descomunal que parecía un milagro que las paredes, vibrando, aún se

mantuvieran en pie. Nos poníamos las manos en la cabeza tapándonos los oídos porque el estrépito nos ensordecía, tratando de proteger no sabíamos bien qué. Movimientos atávicos que hacemos los humanos cuando tenemos miedo. Gritábamos cuando las explosiones nos empujaban a unos contra otros con tanta potencia que sentíamos como si dentro de nuestros cuerpos también se reventaran extrañas paredes. La oscuridad, el olor, los destellos que cada bomba proyectaba por las ventanas con los cristales hechos añicos, el espanto sobre nosotros, el espanto paralizando los sentidos, las mentes.

También de repente llegó el silencio. ¿Habían parado? ¿Se habían ido? ¿Volverían?

Sin luz, el polvo en la nariz luchando con el hedor a quemado y a pólvora, de pronto una rara y densa quietud, después los primeros gritos. ¿Por qué los primeros gritos parecía siempre que vinieran de lejos? Seguramente los oídos memorizaban los estallidos de las bombas y se hacían insensibles a los lamentos de la voz humana durante un tiempo. Qué más da lo que fuera. No puede imaginárselo, Lluís. Corrimos apresurados hacia la puerta abierta de par en par. Afuera todo era confusión. Pasaba gente con luces pequeñas de aceite o carburo, aunque los incendios permitían verlo todo. La Barceloneta estaba herida de muerte y ardía por lugares diferentes. Comenzamos a caminar sin rumbo, aún medio aturdidos, hasta que de pronto oí a mi madre gritando:

—¡Mirad hacia la casa! ¡Hay llamas cerca de casa!

¡Ostras! David y yo iniciamos una carrera desenfrenada, dejando a los nuestros detrás y empujando a la gente que miraba desde lejos. En un instante estuvimos al lado de los primeros edificios caídos. Evitamos los escombros, las vigas encendidas, cualquier derrumbe que nos cortara el paso

saltando por encima de lo que fuera. No me pregunte por qué ni por qué mecanismo, pero cuando en plena oscuridad entreveía las casas derruidas sobre los solares o en medio de la calle, yo aún no lo relacionaba con las víctimas. Fue cuando llegamos a casa y oímos los lamentos de los que estaban enterrados vivos, los gritos de los familiares indemnes que rodeaban con desesperación a los suyos, los de los bomberos que acababan de llegar… Fue entonces, y sólo entonces, cuando me di cuenta de que las casas hundidas que tenía delante, también la mía, se amontonaban encima de los cuerpos de los míos, de mi gente, aplastándoles la vida.

DECIMOSEXTA GRABACIÓN

Enterramos a Joana el 31 de mayo, un día luminoso de primavera, en una despedida multitudinaria a los más de sesenta muertos que hubo aquella noche del 29 de mayo.

La habíamos encontrado bajo un montón de piedras, maderas, tierra, tejas… Cuando le quitamos toda la suciedad de encima no parecía herida. La piel, como de porcelana, tenía un matiz delicado. Estaba preciosa.

Mi Joana estaba muerta y me estaba sucediendo a mí.

Ahora sí. La guerra había dejado de ser un juego.

A Remei la sacaron rota e inconsciente del mismo montón de escombros, abrazada al cuerpo de su hija, como para protegerla. En vano. Apenas respiraba y la llevaron sin muchas esperanzas al Hospital de Sant Pau, que entonces se llamaba Hospital General de Catalunya. La salvaron de milagro y en el último momento. No sé si fue una suerte para ella.

O sea, que enterramos a Joana sin ninguno de sus padres,

porque Silvestre no llegó a tiempo y no pudimos esperar. Todos pensaron que no le había llegado la noticia a pesar de que las comunicaciones con el frente aún eran buenas. Custodiar la soledad de Joana en su pequeño ataúd de pino blanco fue estremecedor. No pude parar de llorar.

De Avinyonet de Puigventós vino sólo Herminia, la madre de Remei, que era una mujer grande, robusta, llena de arrugas y salud, que con un marido muy envejecido hacía todas las faenas del campo, de la casa y de lo que le echaran encima. Se quedó día y noche en el hospital, al lado de la cama de Remei, con la firme voluntad de meterla en un tren hacia Figueres y llevarla hasta Avinyonet en cuanto los señores médicos dijeran que su hija podía levantarse. Una vez allí ya se encargaría ella de curarla a base de alimentos del huerto y de los aires que bajaban limpios del Canigó. Un privilegio que nadie de la ciudad podía ni oler. Y puede que, con suerte, el viento le limpiara la memoria, aunque eso ya lo presentía más difícil. Todo lo decía con el acento cerrado del Empordà, donde silbaba mucha tramontana. Todo un personaje, créame.

Pasadas dos semanas, los médicos vieron que Remei se había escapado de la muerte, y le dieron permiso a Herminia para que le dijera que Joana ya no estaba en este mundo. Aquella mujer no fue capaz de hacerlo sola. Quiso que Marí y Mercè estuvieran presentes para ayudarla en aquel trance, pensando que tal vez juntas, a su alrededor, la consolarían mejor. Fue inútil. Exactamente como si otra bomba le estallara en el corazón. Cuando al cabo de muchas horas de llanto Remei fue capaz de articular unas palabras se abrazó a Mercè:

—No quise hacerte caso y me quedé en casa. Dios mío, he sido yo, quise quedarme en casa.

Se maldecía por haber sobrevivido y me parece que siguió

maldiciéndose para siempre.

Cuando llegó Silvestre ya estaba todo consumado. La niña de sus ojos muerta, enterrada, Remei destrozada y sabiendo que vivir le costaría más que morir. Y él, que empezaba a comprender que aquella guerra le estaba derrotando en todos los frentes, cayó en un estado de pena inconsolable que pronto sustituyó por una rabia ciega, como si con la rabia pudiera curar el dolor. Tanto creció dentro de él que el odio se le dibujaba en cada surco de la cara. Todo su cuerpo estaba encendido de ira, y cuando Herminia le pidió permiso para llevarse a Remei a Avinyonet respondió con un sí abrupto, sin dudarlo ni un instante. Tenía prisa, mucha prisa por liberarse de cualquier atadura que le dificultara volver al frente y cumplir lo único que deseaba, la venganza.

Silvestre no volvió nunca. Ni siquiera mi padre, tiempo después, supo decirme nada de cómo había muerto aquel hombre roto y tierno. Alguna bala le libraría de su odio infinito.

En cuanto a Remei, el día que pudo levantarse su madre cumplió el juramento y se la llevó a Avinyonet. Herminia quería impedir que viera las ruinas de su casa para no afligirla con otra herida, y nos convocó a los más cercanos de buena mañana directamente en el hospital para ir juntos hasta la estación de Francia.

Así lo hicimos. Con la casa destruida, el marido en la guerra y su Joana enterrada ninguno de nosotros tuvo valor para animarla a quedarse. Todos los amigos la acompañamos en una especie de procesión silenciosa, hasta llegar al andén donde humeaba el tren que iba a Figueres. Allí, como diciéndonos adiós, nos dio un beso a cada uno sin estar, sin ni tan sólo mirarnos, y cuando acabó subió al tren. Esperamos a que se sentara en su sitio y nosotros nos colocamos juntos al otro lado de la ventana, mirándola a

través del cristal, hierática, como si ni supiera que estábamos allí. Cuando después de los anuncios y de los pitidos el vagón comenzó a moverse, sólo pudimos ver cómo su perfil, inerte, se desplazaba.

Tampoco volví a ver a Remei, ni supe nada más de ella. Aquella gente, aquella familia que había sido parte de la mía, se había hundido delante de mí, bajo las bombas de los aviones italianos, la noche del 29 de mayo del 37.

La desaparición de Joana me dejó sin brújula. Dentro de mí se produjo una rotura de vínculos, percepciones y sentimientos. Era la primera pérdida íntima que la guerra me procuraba. Ya no se trataba de sentimientos solidarios hacia el sufrimiento de los otros. El dolor, el escalofrío, eran en carne propia. La noche antes de que se marchara Remei, me recuerdo llorando en la cama, medio avergonzado por no poder reprimir los sollozos. También recuerdo a David pasando su mano por mi espalda, en silencio, sólo para decirme que estaba allí. Y sollocé más fuerte aún.

Usted seguramente ya debe de haberse dado cuenta de que, entre tanto desconcierto emocional, ni le he mencionado que mi casa quedó totalmente en ruinas, con lo que eso significaba para nosotros. Simplemente, ya no nos quedaba nada salvo la vida, que tampoco valorábamos demasiado.

Si quiero relatárselo bien tendré que volver atrás. Cuando el cuerpo de Remei apareció medio sin vida, mi madre y Mercè la acompañaron al hospital, sabiendo ya que Joana estaba muerta. Había tanta urgencia por salvar a los heridos que no era prioritario llevarse los cuerpos de los muertos, y el de nuestra compañera quedó allí, en el suelo, bajo una sábana arrugada. David y yo nos pusimos cada uno a un lado y la velamos. Era extraño, los dos solos, de noche, velando un cuerpo amigo de dieciséis años… hasta que los gritos de urgencia de los voluntarios nos empujaron y, como dos

autómatas, nos unimos a ellos y a los bomberos para desenterrar más cuerpos de entre las ruinas. Fue espantoso y largo.

Al cabo de mucho tiempo llegó un vehículo para llevarse a nuestra amiga. Era una ambulancia destartalada. Cuando lo entendimos fuimos corriendo hasta su lado para acompañarla mientras la subían al furgón. Un enfermero demacrado por el cansancio cerró la puerta de atrás y silbó al conductor para que arrancara. Y nos quedamos allí, atónitos, viendo alejarse aquel vehículo con Joana dentro. Una punzada en el estómago me hizo contraerme y comencé a vomitar hiel. David me abrazó para que no cayera y me hizo sentar en el suelo. Allí, encogidos, nos quedamos los dos en silencio mientras la muerte murmuraba muy cerca nuestros nombres.

Estuvimos callados, sin decir nada, hasta que con las luces del alba mi compañero me preguntó si quería que intentáramos recuperar algún objeto familiar de entre los restos de mi casa. Dije que sí, desorientado. Ni se me había pasado por la cabeza. En aquella luz matinal y tenue, que apenas traspasaba el polvo y el humo que persistían en el aire, deambulaban como sombras algunas personas que habían sobrevivido, buscando absortas entre la nada. Nuestra casa había quedado hecha añicos, no había ni una pared que se alzara más de dos metros sobre la montaña de escombros. Recuerdo que sentí cómo un olor especial me entraba por la nariz. Era impresionante pensar que el esqueleto de tu casa tuviera un olor propio, que el barullo caótico de tus pertenencias despidiera un efluvio tan particular. Aún hoy guardo nítidamente definido aquel olor.

No encontrábamos nada, el trasiego, la confusión… En un primer momento parecía imposible identificar ningún objeto. Una vecina del rellano de arriba, que lloriqueando buscaba sus cosas a nuestro lado, llamó mi atención señalándome

entre los escombros:

—Hijo, ¿no es ése el armario de tus padres?

El armario, el guardián de nuestras miserables riquezas, estaba totalmente reventado. A fuerza de remover entre los listones pudimos recuperar algunos papeles llenos de polvo y de porquería. La caja donde mi madre guardaba el dinero; tómeselo a broma, era muy poco. También alguna ropa que yo no reconocía, aunque pensé que a ella le consolaría poder lavarla y vaya usted a saber si aprovecharla. Debíamos de estar en la zona donde se había desplomado la habitación entera. De las dos sillas no quedaba ningún pedazo que no fuera para hacer fuego, y los muelles desencajados del somier de la cama de matrimonio apuntaban por todas partes en un desorden grotesco. Hurgando aquí y allá, en un rincón impensado, apareció un trozo de hierro deformado. Enseguida supe que mi aro, mi círculo de tantas pequeñas glorias, estaba allí, señalándome un mundo acabado. Me era imposible tirarlo y lo dejé en el montón donde poníamos los objetos recuperables.

David y yo nos íbamos desanimando tras mucho rato sin encontrar nada aprovechable. Él se entretenía rebuscando mientras yo recogía las cosas para llevarlas a su casa sin poder dejar de pensar que tan sólo unas horas antes habíamos sacado a Joana de los escombros a pocos metros de allí. Cuando ya me iba, David me tocó la espalda. Llevaba un libro cubierto de porquería en la mano. Al principio no adiviné qué era, pero a medida que él, con los ojos brillantes, iba quitándole las capas de suciedad, fue apareciendo el libro de poemas que Salvat-Papasseit le había dedicado a mi padre. Aquel tesoro, como le gustaba decir. Lo cogí cuidadosamente y, al contacto del papel, un hálito de emociones y recuerdos me subió por los dedos directo al corazón. Aquel libro seguramente era el símbolo de toda una

forma finida de entender la vida en casa. Abracé emocionado a David, y me parece que por primera vez en la vida me reconocí desvalido y frágil, buscando refugio en sus brazos. No sé muy bien cómo decírselo, Lluís: hasta entonces yo no había experimentado nunca el sentimiento de esconderme o, mejor dicho, de protegerme en los brazos de alguien. Siempre había sido al contrario, era yo quien cogía a alguien entre los míos para ampararlo de lo que fuese, era el papel que siempre me había tocado.

Volvimos a casa, quiero decir a la de David, cargados con los objetos que habíamos recogido, silenciosos, caminando por la playa llena de los restos desbaratados del bombardeo: objetos en posturas impensables y en lugares absolutamente incoherentes. Una composición del caos.

Al vernos sin casa, Màrius decidió que la suya fuera definitivamente la nuestra, y desmontó la habitación donde tenía los aparejos de la *Sarita*, trastos viejos que le venían de antiguo y que no había tirado por si llegaban tiempos peores. Pues los tiempos peores ya habían llegado y aquellos pertrechos no le servían para nada. De la pequeña habitación hizo una alcoba arreglada para mi madre, improvisando un armarito donde poner cuatro cosas, una silla desvencijada, una red vieja que servía de cortina y una cama de matrimonio.

Cuando se la enseñó a Marí ella no sabía qué decir. Era cierto que no tenía nada que ver con su casa, pero la generosidad de los amigos la enterneció profundamente.

—No necesito una cama tan grande —dijo ella como para dar las gracias.

—Para cuando venga Josep —sonrió él.

Josep, ¿qué habría sido de él? Nadie lo había olvidado, pero la vida era tan perentoria que a veces parecía como si el perfil de su recuerdo se desdibujara. No era por falta de

cariño, sencillamente sobrevivir era tan duro que no quedaba ánimo para mantener ninguna llama encendida. Sus cartas se espaciaban, aunque las palabras amorosas hacia nosotros no habían menguado. En todo caso, y por las razones que fueran, no decía nada de venir a vernos, mientras nosotros no parábamos de oír a los vecinos con noticias de que fulano o mengano andaban por el barrio con unos días de permiso o curándose las heridas.

Mi madre y yo no hablábamos nunca de ello. Era un pacto que decidimos no romper. Incluso más adelante, cuando las cartas fueron más infrecuentes y me atrevería a decir que rutinarias, no lo comentábamos nunca en sentido crítico. Pero yo no lo entendía, y si bien aparentemente deseaba creer que mi héroe estaba tan ocupado con sus gestas que no tenía tiempo para nosotros, por dentro pensaba que algo grave le estaba cambiando o que quizá fuera que estaba viviendo el hundimiento de todos sus sueños.

En la nueva distribución que Màrius hizo de la casa a mí me tocó la habitación de David, y heredé el catre de mi madre, aunque no podía disfrutarlo mucho porque antes de que naciera el día ya estaba en el puerto. La guerra había traído actividad y vida a los muelles de mercancías y los brazos fuertes iban demandados. Eso me procuraba trabajo, aunque tenías que aprender a descubrir los riesgos que menudeaban, porque el puerto y la zona que lo rodeaba era el objetivo militar preferido de los bombarderos. Pero no crea, para entonces ya todo era un objetivo militar. Hubo muchos trabajadores que no pudieron aguantarlo, tenían los nervios sometidos al pánico y dejaron la faena. Cuando se podía trabajar lo hacía tanto como podía, no tenías nunca la certeza de si cobrarías, pero la gente era honrada y casi siempre te llevabas alguna cosa a casa.

Aquel verano fue caluroso como pocos, y, para no perder

la costumbre, David había terminado los estudios con notas altas. Por otro lado parecía que los bombardeos se habían calmado, y la gente volvió a encontrar cierta serenidad. Y en medio de todo aquello… No me pregunte las motivaciones, imagino que sería complicado explicar seriamente por qué y tendríamos que bajar a los pozos más recónditos de la naturaleza humana… he aquí que se habían reanimado los locales del Paralelo con una fuerza imprevista. Las ganas de ver a las mujeres bonitas de las llamadas «revistas», y vivir intensamente los placeres mundanos en una ciudad cada vez más asediada, hacían que las representaciones y estrenos en los locales especializados, con la visión y revisión de sus *vedettes*, provocaran una tribulación inmoderada en los parroquianos.

Fuera por lo que fuese, eso llevó a que la dueña del antiguo taller de Remei se acordara de la maña que tenían Mercè y Marí para los menesteres delicados y comenzaran a llegar encargos para los complicados vestidos de las *vedettes*. Para nosotros fue muy importante porque, de todas las labores que podían hacer ellas dos, ésta era la mejor pagada. Pero aparte de la entrada de algún céntimo, también significó nuestro gozoso reencuentro con la excitación erótica de entregar a las mujeres más bonitas y osadas de la ciudad los vestidos que nuestras madres les bordaban y perfeccionaban. Y las visitas a los antros y cabarés más sofisticados de aquella Barcelona agónica y ligera nos permitieron volver a ver a «nuestras nenas» y devolver la sonrisa a nuestros instintos más desenfrenados.

Pude comprobar que mi heroína, la Ninfa de Oro, estaba un poco de capa caída porque sus coqueteos con militares de alta graduación, involucrados hasta las ingles en el fracasado golpe de estado, habían difuminado la luz que irradiaba, por decirlo de alguna forma. En cambio a la de David, Blanca

Bernard, le pasaba todo lo contrario. Comprometida con la República, y con un discurso gracioso y de izquierdas sobre el escenario que respaldaba con un cuerpo sublime, se había convertido en la preferida de casi todo el que tuviera un poco de trasfondo mental. O sea, que por suerte o para tortura de David, tuvimos que llevarle muchas filigranas de escasa ropa. Yo seguía sin entrar y no sabía lo que pasaba dentro, pero al salir del camerino mi compañero estaba indefectiblemente trastornado. En las últimas visitas parecía que ella le trataba con más confianza, le hacía preguntas sobre los estudios y le animaba a no dejarlos. Saltar las murallas de la discreción de David era una terea difícil que yo abordaba entre curioso y ansioso.

—Es que para mí se acerca al ideal de la belleza —me decía.

—Pero ¿te excita?

Colorado, siempre se ponía colorado. Cuando le hacía esas preguntas yo ya esperaba que los capilares le cubrieran las mejillas de timidez rojiza, por eso le preguntaba por la vía directa y sin tapujos:

—¿Consigue que se te hinche?

—No sería tanto eso… quizá sí… pero… es la belleza. Quiero decir que es eso que… muchos pintores quieren expresar en sus cuadros, o los escultores… tomar lo esencial de la belleza y plasmarla, ella lo hace de forma natural, posee ese don, sin esfuerzo, y sube a los escenarios a enseñarlo. Pero en ella no hay nada falso.

¡Válgame dios! Conociéndolo encontraba coherente que lo sintiera así, y yo le escuchaba asintiendo. Pero sinceramente, a mí me gustaban las cosas más explícitas, y mi Ninfa quizá no entendiera nada de pintura ni de escultura, pero en mover y conmover braguetas, en eso tenía un doctorado completo. A mí qué me importaba si era falsa, exagerada o presuntuosa

toda la exhibición de atributos que hacía, sólo sé que cuando la miraba los botones parecían barrotes.

Hay que decir que nuestras salidas hacia el Paralelo se complementaban en las playas, que estaban llenas de familias con muchachas y mujeres de buen ver. Durante el verano, a medida que los llamados nacionales avanzaban, seguían llegando miles de refugiados. La ciudad estaba llena de acentos diferentes y se procuraba continuar asimilándolos tan bien como se podía. Aprovechando la bonanza del tiempo, muchos dormían en las playas de la Barceloneta, encendían fuego, comían lo que podían y siempre había alguien que se aguantaba el hambre con una guitarra y la pena con un cante. Aquél era nuestro territorio de cada día.

En otros tiempos no nos habríamos atrevido a intentar la conquista de baluartes femeninos que nos parecieran inexpugnables. Pero la falta de chicos y el que nosotros fuésemos los más mayores de los jóvenes que aún no habían sido llamados a filas nos convertían en un bien escaso y muy deseado. Tanto David como yo tuvimos todas las oportunidades de los reyes, y a fe que las aprovechamos, cada uno en su estilo, claro. Vivimos noches mágicas, reuniones alrededor del fuego, cantos compartidos, nostalgias que nos llenaban los ojos de estrellas húmedas, súbitas amistades que se volvían intensas sabiéndose efímeras, miradas llenas de ardor, huidas discretas a lugares oscuros. La fragilidad de nuestros días nos llevaba a aprovechar todo lo que la vida podía ofrecernos.

David y yo, según como se nos presentara la noche, nos esperábamos vagabundeando por la playa para volver juntos a la pequeña casa de Màrius, que yacía a pie de arena. Con los años que tengo le confieso que he vivido algunos privilegios, pero guardo aquellos momentos pisando la arena y oyendo el mar, relatándonos las últimas experiencias, un

poco bebidos si la noche había sido afortunada, apoyados el uno en el otro, como uno de los lujos más placenteros de mi juventud. Tanto daba que las camisetas estuvieran desgarradas y las alpargatas deshilachadas. Un lujo.

A veces nos sentábamos y David iniciaba alguna conversación inesperada.

—¿Tú crees en dios?

Me hice el sorprendido.

—¡Hostia, no!

Continúa mirándome serio.

—¿No tienes dudas?

Levanto el puño.

—Ninguna.

Me mira sonriente.

—¿Ni cuando ves todo lo que ahora vemos? Las estrellas, el infinito, la armonía…

Le salté encima y lo inmovilicé subiéndome a su vientre.

—No me vengas con estupideces. Si en lugar de mirar al cielo miras a la tierra, viendo lo que vemos, si dios existiera lo tendríamos que ajusticiar ahora mismo. Yo sólo creo en la humanidad, y viendo lo que veo tampoco creo que esta fe me dure mucho.

Siento como empieza a reír por las contracciones del estómago, que le aplasto.

—Ya, ya, te llamas Germinal y tu padre ha hecho germinar en ti sus ideas.

Y me hace, burlándose, una señal de la cruz a la manera de los obispos. Le agarro los pantalones por el cinturón y le estiro fuerte hacia arriba.

—Mira, deja de tocar los cojones, prefiero creer en lo que me ha enseñado mi padre que en lo que me pueda inculcar un cura mientras me pone la mano en la bragueta. Además, ¡tú que dices! Si nunca has creído en dios y te burlas de la

religión. Sólo hace cuatro días veías cómo caían los santos de los campanarios y ponías una cara de satisfacción que no te aguantabas los pedos.

Puso las manos en señal de plegaria y dijo bisbiseando:

—Sí, pero tengo un secreto, una pequeña religión. Creo profundamente en mi ignorancia.

Esto se complica, me bajo de encima y me coloco perpendicular a él con la cabeza sobre su pierna.

—¿Y qué quieres decir?

Una pausa. Me pone la mano en el hombro que queda a su lado:

—Que cuanto más trato de aprender más cuenta me doy de todo lo que ignoramos. Es como si la persona tuviera un espacio inmenso que no habita con su conocimiento, que lo sabe lleno pero lo siente vacío porque no lo puede explicar. Qué somos, de dónde venimos, qué nos espera… o de dónde vienen nuestros sentimientos, nuestras angustias, las locuras, las…

—¿Las majaderías de siempre? —le corto, pero mirándolo para que continúe hablando.

—Puede que sí. Pero mira, el miedo que provoca en el ser humano esta ignorancia sobre sí mismo y las cosas que le rodean hace que se refugie en la creencia de un dios y acaba haciendo del analfabetismo una religión. Es por eso por lo que a la iglesia le dan tanto miedo los descubrimientos científicos o el conocimiento. Y no tan sólo por lo que dicen. A la iglesia le da igual que la tierra sea redonda o plana, lo que le jode es que este espacio de ignorancia se reduzca, porque cada vez que lo hace su dios o su poder, que más o menos es lo mismo, también queda reducido.

Levanto la cabeza y lo miro.

—Cojones, sí que le das vueltas a todo. Yo a mi ignorancia la llamo ignorancia y basta. ¿No es más directo subir al

campanario y lanzar abajo a los santos?

Pero la voz que me fascina responde:

—No, compañero, no lo creas. Eso servirá para que algún día alguien los suba otra vez, incluso más alto.

Cambio de estrategia.

—¿La chica con la que has estado te lo ha hecho bien?

No le veo, pero seguro que ya se está poniendo rojo; en cualquier caso me contesta airoso:

—Me ha hecho cosas con las que mi ignorancia se ha reducido —me dice medio sonriente. Le toco en la bragueta, meneo fuerte y saco la mano.

—Tú lo que tienes pequeña es la picha. ¿Y cómo quieres que te crezca si te pasas el día con estos pensamientos? Venga, vamos.

Yo le entendía, pero me gustaba provocarlo. Nos levantamos y caminamos la corta distancia que nos separaba de su casa. Siempre fue así, yo ante él tenía que ser jactancioso, macho, desvergonzado, como si eso pudiera hacerme más valioso ante sus ojos, más hombre, en el sentido más tópico: como el complemento a su sensibilidad inteligente. Me parece, si le digo la verdad, que me tenía bien tomada la medida y que no le engañé nunca. A pesar de mis fanfarronadas mucho me temo que sabía que si rascaba, sólo un poco, encontraría a un timorato protegiéndose de sus sentimientos hacia él. Ahora, cuando recuerdo su sonrisa ante mis envites, sospecho que nunca me creyó lo bastante buen actor para representar el papel que yo hacía con tanto gusto.

Muy bien, dejémoslo aquí. ¿Con cuánto azúcar lo querrá hoy?

DECIMOSÉPTIMA GRABACIÓN

Bordeábamos el otoño y aquel verano que moría nos había permitido respirar con cierta calma. Los bombardeos, como ya le dije en la última sesión, habían disminuido, vaya usted a saber por qué. Pero aquello duraría bien poco. Cuando nos acostumbramos a no estar siempre escrutando el cielo, atemorizados, volvieron los aviones fascistas con una carga de devastación inaudita. Irremisiblemente, la Barceloneta volvió a ser uno de los objetivos principales, una especie de zona cero que atraía todas las desventuras que caían del cielo.

No quiero aburrirle repitiendo los horrores de aquellas calamidades, pero fueron de tanta intensidad que empezó a hablarse de evacuar el barrio entero. El mes de octubre fue aterrador, cada calle tenía sus muertos y era muy difícil encontrar una familia sin duelo. Las casas se caían ya casi sin crujidos, de tan frágiles que estaban por las ondas expansivas. Los hundimientos dejaban espacios vacíos sobre

los restos de lo que hacía muy poco eran habitaciones. Podían verse las paredes maestras que quedaban en pie, pintadas con los colores íntimos de las habitaciones hundidas. Las separaciones de los tabiques caídos cuadriculaban raras composiciones cromáticas. Y de tanto en tanto, algún objeto que se había resistido a caer, un utensilio de la casa, un cuadro, un juguete, quedaba allá, a la vista de todos, en una exposición cruel y sorprendente para los vecinos que lo descubrían.

Se ha hablado poco de los casi tres mil muertos por las bombas en Barcelona, de las casi mil quinientas toneladas de bombas y obuses lanzados sobre la ciudad, de los más de mil ochocientos edificios arrasados. ¿Se lo puede llegar a imaginar? Eran los últimos adelantos de la guerra, con nuevo armamento y nueva tecnología estrenándose y probándose aquí, a iniciativa del fascismo.

—No me marcharé de casa, yo no seré un refugiado. Tendrán que sacarme de aquí con los pies por delante.

Yo, que había conocido el carácter de Màrius en su vertiente más calmada, intuí al pescador avezado a los temporales cuando decía estas palabras. De todos modos, mucha gente comenzó a abandonar el barrio. La población de la Barceloneta de entonces, unas treinta mil almas, era un conjunto heterogéneo de emigrantes huidos de la pobreza de España y de campesinos catalanes que escapaban del hambre que se padecía en las comarcas más humildes. Muchos habían encontrado trabajo en el puerto o en la industria vecina del Poblenou. Se marcharon bastantes de los que tenían la casa de la familia en el campo, esperando que llegaran tiempos mejores. También buscaron abrigo fuera los que tenían parientes o amigos en zonas más protegidas de la ciudad. Aun así, en el barrio quedó mucha gente que no quiso o no pudo abandonarlo, a pesar de las advertencias de

evacuación.

Por si faltaba alguna calamidad, a mediados de noviembre Màrius cayó enfermo y transido de dolor. La espalda, las piernas, cada centímetro de su cuerpo le hacía un daño que lo paralizaba. Se lo veía espantado cuando tenía que hacer el mínimo gesto. Al tercer día de verlo en aquel estado, David decidió tomar la iniciativa y actuar como cabeza de familia. A la hora de la comida, en un firme tono de voz que no le conocía, anunció que aquella tarde él y yo sacaríamos a la *Sarita* para ir a echar las redes.

Silencio. Nadie lo cuestionó. Su padre no tenía aliento ni para escucharlo. Mercè y Marí sabían que hablábamos de la comida de todos nosotros: el pescado nos alimentaba y nos ofrecía la posibilidad de cambiarlo por las cosas que más necesitábamos. Yo procuré mantener una actitud seria y conforme para que no se me notara que estaba contento por dentro, y boquiabierto, porque mi compañero no me había dicho nada y la noticia me cogía por sorpresa. Pero no me molestaba, al contrario, me daba a entender que contaba conmigo como si fuera él mismo. Y por otra parte me divertía imaginar cómo podríamos cumplir con su atrevimiento, porque si bien lo sabíamos casi todo sobre las barcas también lo ignorábamos casi todo sobre la pesca.

Dicho y hecho. Tras los cuatro preparativos y después de escuchar las doloridas instrucciones de un Màrius desesperanzado, decidimos salir sólo a remo, porque la latina habría sido del todo inútil, no hacía ni una pizca de viento. Nos alejamos de la playa jugando a medir quién era más forzudo y quién podría hacer girar la barca a su favor con el impulso del remo, y así, con este juego, la *Sarita* dibujaba zigzags en la piel del agua.

Cuando nos pareció que habíamos llegado al sitio ya faltaba poco para que cayera la noche, y lanzamos las redes

con las señales donde más o menos nos había dicho el padre de David, tratando de memorizar algunas marcaciones en la costa que a la vuelta nos permitieran encontrar el lugar. Después holgazaneamos un rato en aquel entorno plácido sólo por el placer de estar juntos, hablando de todo y de nada, mientras en el horizonte el perfil de la ciudad se desvanecía. A la vuelta, le dije a mi amigo que remaría yo y que se pusiera delante de mí para equilibrar la barca. Enfilé la proa hacia la costa y me lo tomé con calma, porque nuestro farol desprendía una luz tenue que me dejaba vislumbrar a mi amigo sin impedirme encuadrarlo entre los millares de estrellas relucientes que había allí arriba y que no sabían nada de guerras ni de miserias. Sólo estaban para nosotros.

Cuando tocamos arena, una luna medio mora se alzaba por levante, pero estábamos demasiado cansados para gozar del espectáculo. En casa ya estaban todos en la cama, pero Mercè nos había dejado pan untado y una vela. Calmamos el agujero del estómago y, como una parte más del trabajo, nos dormimos medio vestidos encima de la cama.

Aún era noche cerrada cuando David me despertó y en voz baja para no molestar a los otros, zarandeándome, dijo:

—Hala, vamos, nos queda más de una hora de camino antes de que despunte el sol.

Nos recolocamos la ropa en su sitio y ya estábamos fuera. El tiempo no había cambiado, seguía sereno y sin viento. Habíamos dejado la *Sarita* a punto para que fuera fácil zarpar a oscuras, con la proa varada en la arena, atada a una estaca, y una boya lanzada por la popa. Hicimos lo posible para no mojarnos los pies, y una vez arriba fue David quien quiso remar solo. La luna estaba más alta. Fijó los remos a los escálamos y comenzó a remar como lo hacen aún los viejos pescadores: con precisos y cortos movimientos de los

brazos, de cara a proa. La barca obedeció a los gestos firmes de David y por un rato pareció que flotáramos entre el agua y el cielo. Yo no quería dormirme, me gustaba ver el perfil de la ciudad con la media luna colgada al lado de Montjuïc, y el cuerpo de David perfilado en aquel entorno. Secretamente feliz en el silencio de una noche mágica.

Debíamos de haber hecho más de medio camino cuando nos pareció oír un ruido a proa. Era un rumor apagado. Sí, un ruido grave y lejano se acercaba por la proa. David dejó de remar, expectante. Escrutábamos delante de la barca sin ver nada ni saber de dónde surgía, pero aquel ruido se acercaba incesante, imponente. ¿Un gran barco sin señales? No, lo veríamos. Ya estaba más cerca. ¿Un trueno solitario y lejano? No, era un rumor constante y creciente. Ya casi lo teníamos encima… ¡Aviones! ¡Eran bombarderos! Muchos. Imponentes. Volaban bajo. A pesar de la poca claridad de la luna pudimos ver los perfiles metálicos, casi negros, que se acercaban en formación. Nos quedamos allí inmóviles, pequeños en medio del mar, petrificados, impotentes mientras por encima de nuestras cabezas pasaba aquel montón de hierro en dirección a la ciudad. A pesar de ser de noche y de la consigna de apagar las luces, Barcelona se veía diáfana en el horizonte y aquella luna medio mora los guiaba perfectamente para llevar la muerte.

Y fue así, involuntariamente, como asistimos desde el mar al bombardeo de Barcelona. Espero que no se extrañe si le digo que lo que vi fue de un impacto visual tan terrible como maravilloso. Desde aquel lugar privilegiado veíamos el gran lomo de la ciudad que sube hasta el Tibidabo estallando en extraños volcanes de fuego que se elevaban a rachas y marcaban un camino de terror que decidían en el cielo. También vimos cómo los grandes focos de la defensa antiaérea lanzaban luz contra la noche, con haces oscilantes

que pretendían cazar a los buitres, sin acertarlos, y que nosotros veíamos perfectamente desde donde estábamos. Las baterías de la parte alta de la ciudad y del Carmel disparaban descargas a ciegas hacia un lugar del cielo demasiado alejado de donde volaban los bombarderos. Qué imagen, señor director, ojalá supiera relatárselo mejor. ¿Alguna vez ha intuido la belleza de un apocalipsis? Pues allí, en medio del mar, donde el reflejo del horror se duplicaba en la calma del agua, nosotros éramos espectadores estremecidos. Y maravillados.

La mayoría de los estragos se produjeron en el centro de Barcelona. No vimos ninguna descarga cerca de casa, ni siquiera cerca del barrio. Mudos, tratábamos de situar cada una de las explosiones en los lugares precisos de la ciudad, pero ninguna al lado de casa. Cuando los estallidos en cadena cesaron, vimos cómo los aviones daban una gran vuelta atravesando el aura de la luna y volvían hacia nosotros. No pasó mucho rato hasta volver a ver sus morros de acero pasando sobre nuestras cabezas, con aquel ruido que removía lo más profundo del vientre.

—Hijos de puta —repetía David.

—Volvamos, vamos a ver qué ha pasado —dije apresurado. Pero él no se movió, estaba envenenado aunque sereno como siempre.

—Si nos vamos ahora lo perderemos todo, y yo creo que no ha pasado nada ni en nuestra casa ni en el barrio. No falta ni media hora para el alba, vale más que esperemos, recojamos, y después nos vamos.

El silencio nos rodeó de nuevo, pero dentro de nosotros oíamos los gritos que salían de cada uno de los incendios que veíamos tan preciosamente dibujados en el horizonte. Qué sensación más extraña, señor director. Era una belleza tan aterradora… Estuvimos allí un rato, desconcertados, con un

nudo en el estómago. Todo había pasado tan deprisa… Pero la naturaleza no entendía de ritmos ajetreados, y en el horizonte el alba preparaba parsimoniosa el reinado del sol. La ciudad ya no era un juego de sombras y fuegos, ahora se entreveían los edificios y algunas humaredas asediándolos. Y cuando el sol también nos tocó la cara a nosotros ya habíamos acabado. La pesca no fue abundante, aunque sí suficiente para comer unos cuantos días. Y estábamos vivos. No podíamos pedir mucho más en los tiempos que corrían. Nos sentamos en el banco central de la *Sarita*, cada uno con su remo y su rabia, de espaldas a proa para hacer más fuerza, y sin decirnos nada remamos hacia la playa hendiendo el agua con toda la potencia de unos brazos henchidos de angustias.

Mercè y mi madre nos esperaban tranquilas, porque hacía rato que sabían que estábamos sanos y salvos. Tal como habíamos previsto, en el barrio no había caído ninguna bomba. Aquel día habían recibido otros.

Estoy cansado, señor director, no sé dónde estoy. No es que me falle la memoria, solamente me fatiga explicarla…

DECIMOCTAVA GRABACIÓN

De aquella segunda Navidad en guerra no recuerdo casi nada, sólo que fue mucho más triste que la anterior. Y si bien quisieron presentarnos la batalla de Teruel como un éxito importante y alentador, ya no se lo podía creer nadie. Imagínese que hasta la Lotería Nacional se celebró en Barcelona, porque ni Madrid ni Valencia eran ya lo bastante seguras. Lo que eso significaba lo entendió todo el mundo, hasta los que no tenían ni un céntimo para comprar un boleto. A pesar de todo, procurábamos mantener una actitud animosa de puertas afuera, como si el optimismo de los periódicos y de la radio fuera verdad, aunque sólo con ver un mapa ya era suficiente para hacerse una idea de hasta qué punto la República iba perdiendo terreno y quedaba atenazada.

Mi madre no disimulaba el cabreo con «su». Francia republicana. Estaba completamente indignada porque su país había cerrado las fronteras y no dejaba que llegaran ni las

armas ni las ayudas de otros países del mundo. No sirvieron de nada la legitimidad de nuestras instituciones o el fascismo sin atenuantes de los golpistas. El Gobierno francés argumentaba que lo hacía en nombre de la neutralidad, sabiendo perfectamente que ni Italia ni Alemania eran ni serían nunca neutrales. Fue una ignominia para todos los valores que representaba la República francesa. Una ignominia y un error descomunal. No tendría que pasar más de un año para que la Historia escarneciera con una guerra espantosa la hipocresía de sus dirigentes.

Frío, hambre, bombardeos y una situación militar agónica iban resquebrajando la moral de los civiles y ya nadie que tuviera una pizca de sentido común estaba para fiestas. Si he de serle sincero, aparte del bombardeo que se llevó a más de sesenta personas el mismo día de Año Nuevo, me cuesta recordar algún detalle de aquellas fiestas de Navidad. Tan sólo que mi padre no pudo venir, y su falta hacía aún más pesada la losa de una ausencia que duraba desde el inicio de la guerra, y que mi madre y yo nos prohibíamos interpretar como desinterés hacia nosotros. ¿Qué pasaba en el corazón de aquel hombre? ¿Qué veía o vivía para alejarnos de él de una manera tan radical? Mi madre podía entender que la dejara sin su cuerpo porque era la herramienta que una guerra necesitaba, sin embargo no sentir su aliento se le hacía insoportable.

Yo era joven, creo que valiente, pero el corazón ya no sabía dónde mirar para no encogerse más. Y aunque era un alocado, o jugaba a serlo, el mundo estaba infinitamente más loco que yo. Además, y por encima de todo, estaba enamorado. Y, cómo decirlo… En aquel entorno y a mis años, la fuerza de mis sentimientos trascendía todo lo que me pasaba. ¿Cómo no iba a ser así? Mi amor por David era la única llama luminosa que no se apagaba, que no languidecía

nunca.

El día 7 de enero las sirenas de las alarmas aullaban otro bombardeo. Era noche cerrada. Salimos todos de casa de Màrius para ir al refugio. Los jóvenes habían aprendido a correr disimulando el pánico. Siempre teníamos que esperar a los mayores, que soportaban estoicos que les hiciéramos bromas sobre sus dudosas condiciones atléticas.

En el barrio, de forma cuidadosamente organizada, a cada vecino se le había asignado un refugio. También se había previsto un margen para la gente que estuviera de paso, así se garantizaba que todo el mundo estuviera a cobijo de las bombas. Puedo asegurarle que estaba bien pensado. Como ya teníamos práctica en estos menesteres, nos habíamos acostumbrado a los comportamientos que una situación de emergencia requería, y la gente los realizaba con cierta familiaridad. Cuando no iban mal dadas, los encuentros dentro del refugio resultaban distendidos, o si quiere familiares. A los mayores se les notaba el cansancio en la cara, y si además habían tenido que correr al oír roncar a los aviones o el silbido de las bombas que caían cerca, se añadía un grado más de crispación a su expresión. Cuando estaba dentro y esperaba la primera bomba, la gente padecía indefectiblemente un reflejo que los obligaba a mirar hacia arriba, como si no estuvieran protegidos por el túnel o pudieran atravesarlo para ver cómo los buitres de hierro se acercaban. Si las bombas caían lejos, se quedaban atentos para adivinar si se acercaban o no. Nos hicimos expertos en calcular distancias y vaticinar trayectorias. Si las explosiones se alejaban, la gente se relajaba y hablaba de cualquier cosa, pero si volvían se hacía un silencio sepulcral, y nunca mejor dicho, porque todo el mundo sabía que más de un refugio se había hundido y había enterrado a los desgraciados que se cobijaban en él.

Con la explosión cercana de una bomba, los niños más pequeños comenzaban a gritar, las madres a lloriquear, algunas miradas se perdían en el suelo, otras lo hacían hacia arriba entre aterradas y desafiantes. Veías a hombres maduros y muy hechos con expresiones de espanto haciendo muecas de miedo. Cuando alguna estallaba tan cerca que hacía temblar el túnel y caía polvo o mortero del techo, muchos se cubrían la cabeza con los brazos espasmódicamente. Yo no podía evitar levantar los hombros hasta taparme las orejas. No me gustaba hacerlo, me parecía que era un gesto de cobardía, máxime cuando veía que David sólo bajaba los párpados, concentrándose y dejando el cuerpo completamente relajado.

Aquella noche cayeron tan cerca que durante un rato pensé que no saldríamos vivos. Poco después, cuando las sirenas anunciaron que ya no había peligro, empezamos a salir en orden aunque nerviosos, con ganas de dejar aquel pozo claustrofóbico y ver qué había pasado fuera. Sabíamos que habiendo caído las bombas tan cerca forzosamente veríamos desgracias. Aún no habíamos salido a la calle y el humo ya nos envolvía. Todas las señales del horror estaban allí, pero aún no veíamos dónde habían impactado las bombas. Los cinco hicimos juntos y entre la penumbra los pocos metros que nos separaban de la playa, para ver si la casa de Màrius había sufrido algún impacto. Mientras corríamos hacia la esquina, rodeados de otra gente, vimos la luminaria de un fuego en aquella dirección y eso nos hizo temer lo peor. Pero la imagen que nos esperaba no era la que temíamos.

La Escuela del Mar estaba en llamas, como una tea encendida quemando los últimos sueños.

Aquel edificio de madera… ¿le había dicho que era de madera, verdad?… no había resistido la explosión de alguna

maldita bomba y se había hundido como un juguete para convertirse en una pira de vigas llameantes. Como un faro señalando el final de otra esperanza. Puede que para algunos, como David o como yo, de la esperanza a secas.

Comencé a correr hacia la fachada principal para ir a apagar inútilmente no sabía bien qué, pero enseguida advertí que David no me seguía. Al volverme para buscarlo lo vi iluminado por los reflejos de las llamas, paralizado, con las lágrimas rodando por su rostro. Me acerqué, lo abracé y le dije al oído:

—Vamos, vamos a salvar lo que se pueda. ¡Vamos!

Pero David permanecía inerte y casi no le oí cuando me contestó:

—La *Nausica*.

¡Ostras, la *Nausica*, cómo no lo había pensado! Hizo una pausa y más decidido continuó:

—Por la puerta principal, no. Vamos por el lado de la playa. Quizá las bombas no le hayan dado.

Sabíamos que normalmente la varaban más cerca del agua que del edificio. Juntos arrancamos y corrimos hasta que sentimos la arena bajo los pies. Aquél era nuestro terreno, pero estábamos desorientados, cegados por el humo y el sudor que nos entraba en los ojos. Había momentos en que no veíamos nada. Y de pronto apareció allí, cerca del mar, con unos mamparos encendidos que casi la rozaban. Nos acercamos saltando por encima de objetos que la explosión había lanzado, tropezamos, caímos, nada era importante. Se le habían desplomado encima un montón de maderas aunque ninguna encendida. Nos miramos y sin decirnos nada limpiamos un círculo alrededor de la barca para protegerla, enterrando las maderas encendidas en la arena. Respirábamos aceleradamente, el sudor nos caía a chorros por el calor de la pira y la tensión.

Cuando el fuego ya no fue un peligro para la *Nausica*, comenzamos a vaciarla de trozos de vigas y de toda clase de cosas que, lanzadas por la explosión, le llenaban el vientre. Poco a poco le descubrimos las costillas y pudimos ver el alcance de las heridas. Descoyuntada por la onda expansiva, las lamas separadas, muchas cuadernas arrancadas de la quilla… Difícilmente aquella barca podría volver a navegar sin que un carpintero de ribera la tratara largo tiempo, y más difícil aún sería que volviera a hacerse a la mar cargada de niños para oír las palabras del maestro Llull en la voz engolada de algún profesor emocionado. Mejor dicho, eso sería ya imposible. Los dos lo comprendimos perfectamente. La *Nausica* sólo era un desbarajuste de maderas, pero para nosotros era mucho más que eso. Su desmembramiento se nos impuso como un aviso definitivo: nuestra adolescencia se había consumido de repente.

Hasta aquel día, el desplome de mis sueños me producía un vacío que yo llenaba con la inconsciencia de otro sueño. Pero con el final de la *Nausica* sentí como si aquel vaivén de morir y renacer se hubiera truncado. Lo que moría era ya para siempre.

Me atrevería a decirle, Lluís, que a los símbolos no se les debe dar demasiada importancia. Yo no creo mucho en ellos porque he visto caer tantos… Finalmente sólo son eso, símbolos, y el día a día de los humanos pisa por tierra firme. En aquellos años que me tocó malvivir se me hundieron los ideales, los sueños, las ideologías, los proyectos, los horizontes, y el desmoronamiento de cada uno de ellos me hacía sentir más huérfano. Fui espectador de cómo los dioses caían pulverizados desde los altares de mi Olimpo, uno detrás de otro, empujados por un ciclón de devastación humana.

David, imagínese, quedó profundamente desamparado, y

por unos días aquella serenidad que yo admiraba tanto fue sólo la cínica expresión de la tristeza y el desánimo. La *Nausica* no navegaría más, como tampoco lo harían en los tiempos venideros las naves del conocimiento, la cultura, la sensibilidad: todo lo que le hacía soñar y vivir. El mundo en el que él pensaba tener un lugar se hundía sin remedio y en el cielo no había ningún signo que prometiera esperanza. Si debo serle sincero, ni la destrucción de la casa de mis padres me provocó tanto desconcierto. De alguna manera fue como si hubiéramos perdido la última luz segura en un horizonte tan confuso.

Mientras tanto, el rumor de que el desesperado gobierno de la República llamaría a filas a la leva de los que habían nacido en los años 19 y 20 aumentaba día a día. Eso quería decir que las cosas iban muy mal en el frente. Realmente, si le digo la verdad, a mí no me preocupaba demasiado, aún me quedaban ganas de alguna heroicidad sublime. Pero mucha gente de la generación de mis padres y más mayores se indignaban al pensar que pudieran reclutar a casi niños cuando ya todos los hombres que servían para algo estaban movilizados. Además, muchos pensaban que quedaba muy poco por defender. El avance de las tropas rebeldes era incuestionable y nadie discutía que la guerra iba por mal camino. La fatiga y el desánimo eran gusanos que roían las pocas convicciones de la gente. ¿Por qué pues sacrificar inútilmente a los más jóvenes e inexpertos? Cuando surgía el tema en la mesa, mi madre y Mercè mostraban sus temores, aunque incluso ellas, que eran unas magníficas catalizadoras de malos presagios y expertas en predecir cataclismos, no acababan de creerse que los prohombres de la República osaran enviarnos a las trincheras.

Pues bien, otra vez los malos augurios se cumplieron. Y lo hicieron generosamente. David y yo recibimos con dos días

de antelación, tal como le digo, sólo dos días, la citación oficial que nos obligaba a presentarnos el 28 de abril al CRIM de nuestro sector, que era el nombre fatídico del centro de reclutamiento.

Fue un cataclismo difícil de explicar. Marí renegaba en francés con algunas mejoras autóctonas que había aprendido por el camino. En cambio, Mercè jugaba sus cartas preparando todos los informes médicos que pudo reunir sobre la enfermedad de su hijo, mientras no paraba de aconsejarle que hiciera todo lo posible para que lo descartaran. David lo vivía confuso. Utilizar la enfermedad para no ir al frente le violentaba. No quería que lo tacharan de cobarde, y siempre recordaré cómo me miraba pidiéndome ayuda. Pero aquí sí que topaba con una roca. Ni por un instante me hice cómplice suyo, yo no lo quería de compañero en ninguna trinchera. Sólo deseaba que nada pudiera hacerle daño hasta que yo volviese convertido en un héroe y, evidentemente, con violines y trompetas sonando desaforados para que se sintiera muy orgulloso de mí.

En cualquier caso, lo que mucha gente temía había llegado: las levas de diecisiete y dieciocho años también irían a filas. No le relataré los dramas y las indignaciones que aquello provocó en gran parte de la población. Todo el que no fuera ciego o fanático comprendía que se estaba perdiendo la guerra y que se enviaba a los adolescentes al matadero. Y no fueron conjeturas, yo fui uno de ellos y puedo dar testimonio. Aún hoy me resulta difícil entender como Negrín y los de su grupo se atrevieron a reclutar a unos desgraciados como nosotros para enviarnos a la que sería la batalla más despiadada y sangrienta de toda la guerra civil, la batalla del Ebro.

Un día antes, el 27 de abril, fui a la caja de reclutas a hacerme la revisión y a que me dieran el uniforme y todo lo

necesario. David aprovechó para entregar el papeleo y los certificados que Mercè le había preparado. Ya puede imaginarse que por lo que a mí respecta hice toda una exhibición de músculos, altura, reflejos, virilidades y rapidez, además de aceptar las agujas en mi nalga derecha con estudiada indiferencia. Así que pasé el examen fácilmente, ávidos como estaban allí de musculatura fresca.

Cuando salí, satisfecho de mí mismo, David me esperaba impaciente. Estaba guapo como un dios y le relaté todas las pruebas que yo había pasado victorioso, sin sospechar que, en vez de seducirlo, quizá lo estaba escarneciendo. Cuando acabé mi cháchara, me contó en tono neutro que lo habían rechazado. Sin que él me lo notara, sentí en mi corazón como si acabase de ganar la primera batalla de aquella guerra que me esperaba.

Volvíamos a casa para explicárselo todo a la familia pero, como si lo tuviera pensado antes, David me pidió que nos quedáramos un rato en la playa. Recuerdo que iba a hacerle una broma pero tenía el gesto demasiado adusto, y eso quería decir que algo importante tenía en el buche.

—¿Qué te pasa?

—No, pensaba…

—¿Y pensar te pone así? ¿Desde cuándo?

—Te echaré de menos.

La sencilla frase me sorprendió, y más viniendo de él, pero salvé la cara:

—Yo también. Pero alguien tiene que ir a matar fascistas. Aquí estarás bien.

—Sin ti, no.

—David, yo…

Pero me cortó. Seguro que le había dado muchas vueltas y había decidido decírmelo:

—No sé, Germinal, si me entenderás. A veces he pensado

que tú sentías algo parecido, bien, en realidad… no lo sé. Me parece que te quiero desde que te conozco… Y cuando digo que te quiero… no sé bien cómo expresarlo… quiero decir que no sé si te quiero como querría a una chica, pero a veces pienso que sí. Que te quiero más y todo.

Calló sonrojado, mirando al suelo, los ojos le brillaban, aquel azul suave… Me quedé mudo por lo que acababa de oír. No era posible que aquello que yo no me había atrevido a confesarle por miedo a perderle, ahora aquel tímido compulsivo me lo declarara con un esfuerzo titánico contra su vergüenza y los prejuicios de la gente.

Desesperadamente, yo trataba de hilar unas palabras poéticas para decirle que él era mi Amado Amigo, como en el poema de Llull. Pero mientras intentaba bordar alguna frase digna, David me dejó con la palabra en la boca porque se levantó repentinamente y comenzó a correr hacia casa. Reaccioné tarde y cuando cogí impulso ya no lo pude alcanzar. Él entró en el comedor y se sentó al abrigo de nuestras madres y de Màrius, que nos estaban esperando. Cuando llegué pocos segundos después, Mercè me miraba como preguntándome qué pasaba. Marí, con los ojos fijos en una prenda de ropa, parecía no haber notado nada. Màrius, con su dolor, ya tenía bastante como para pensar en tonterías. Y él, dominando la situación, lucía una gran sonrisa en los labios. El malnacido me había ganado en todos los terrenos. Yo tenía el corazón desbocado, la felicidad me bullía por todo el cuerpo y me dejé caer rendido en la silla, con una mezcla de gozo y vacío en el estómago.

Mirándolo fijamente dije de manera atropellada:

—David se ha salvado.

Mercè lanzó un suspiro de alivio aunque inmediatamente clavó su mirada en Marí, que tenía la cabeza gacha y los ojos llorosos. Continué más bajito:

—Yo debo marcharme mañana.

Todos mirábamos a mi madre, que levantó la cabeza lentamente, mientras tiraba la ropa que tenía en las manos:

—A Sète, nos vamos a Sète, ¡los abuelos nos ayudarán!

En sus ojos ya había fiebre y quemaban los míos.

—¡Pero, madre, qué dices! —repliqué como si no supiera que desde que me habían llamado para el reclutamiento ella sólo pensaba en Sète y en su Le Paradis, que se había convertido en el refugio adónde conducían todas las huidas.

Mercè, que se veía venir el desenlace, se le acercó discretamente y le cogió una mano, pero Marí la rehusó bruscamente y siguió con su ofuscación:

—Crucemos la frontera, mucha gente lo hace, a escondidas… o dando la cara, ¡al fin y al cabo yo soy francesa!

—Madre, sólo por mi edad ya sabrían que estoy huyendo. Tú eres francesa, pero yo no. Me detendrían y me tratarían como a un desertor. ¿Y padre? ¿Lo dejamos? Yo no puedo huir mientras él se la juega por nosotros…

De repente fue como si le hubiera tocado un resorte que la hiciera explotar:

—¿Por nosotros? ¿Dices que por nosotros? ¿Es que no te das cuenta? Ya hace tiempo que nosotros no contamos para nada en esta guerra…

Se levantó de la mesa, con la garganta surcada de nervios y venas de donde surgía una voz que ya no controlaba:

—¿Por nosotros? Y tú, ¿por quiénes de nosotros lucharás? ¿Es que no lo ves, Germinal? Si tú te vas, de nosotros ya no quedará nada, nada.

El alarido que le salió de la garganta me dejó helado.

Màrius y Mercè la abrazaron, más por tenerla sujeta y que no hiciera ningún disparate que por consolarla. La mantuvieron un tiempo así hasta que los gritos se fueron

espaciando. Pasado un rato sólo le salía un lamento profundo, la voz de su dolor, y unos sollozos que contraían su cuerpo con espasmos cortos.

Aquello duró un tiempo que al reloj del corazón se le antojó interminable. Muy despacio, el silencio se hizo en el comedor y, cuando parecía que íbamos a quedarnos inmóviles como en una fotografía, mi madre se levantó decidida y se fue a la cocina. Mientras nos interrogábamos con la mirada, oímos el sonido de un pote sacando agua de la tina y las salpicaduras cayendo. Se lavaba la cara. Debió de secarse los ojos para borrar cualquier resto de lágrimas porque volvió al comedor con el semblante cambiado. Se hizo sitio apartando la silla para sentarse y tan sólo dijo:

—Hala, comed, y después iros a lo vuestro que mientras tanto prepararé cuatro cosas para mañana.

Recogió la pieza de ropa roja y apartó la mirada de mí. No querría ponerme melodramático, señor director, pero pensé que la apartaba de mí para siempre.

Acabada la comida, David y yo salimos de la casa con el ánimo sombrío y el corazón aturdido. Se me juntaban dos sentimientos. Por un lado presentía la soledad en que viviría mi madre cuando yo no estuviera, y además era consciente de que incumplía todos mis juramentos de no abandonarla nunca. Por otro, separarme de David se me hacía una montaña, como algo irracional, un ahogo que oprimía no sé qué dentro de mí. No sé explicárselo.

Una vez iniciado el paseo, intenté dos veces la declaración de amor que tenía preparada, y las dos veces me cortó. «Más tarde, esta noche…», me decía. Lo que aún no entiendo es por qué lo obedecía y callaba.

No sé, y perdóneme, si usted puede imaginarse lo que podían significar en aquellos años unas relaciones amorosas entre dos chicos que apenas tenían diecisiete. Y tampoco

creo que pueda entender qué quería decir verbalizarlas. Era un tipo de relación mal vista o condenada por casi todo el mundo, y eso que eran tiempos en los que se cuestionaban todos los viejos esquemas morales. Como mucho se podía llegar a perdonar una relación furtiva entre dos hombres jóvenes como un ejercicio físico de desahogo sexual. Pero que fuera al revés, que sin haber ninguna relación física se hablara de amor, amistad amorosa o cualquier sentimiento parecido, eso era inaudito, y mucho más escandaloso que una eyaculación rápida detrás de un portal, y sobre todo con muchos remordimientos. Pero en nuestro caso estaba bien claro que el deseo se vestía con los sentimientos más prohibidos entre dos hombres: los de los enamorados.

Fue una tarde preciosa. Uno de esos días de abril en que el azul lo inundaba todo y el sol anunciaba la muerte de un invierno ahíto de frío y privaciones. Recordándolo ahora, le puedo asegurar que cada conversación que iniciamos era como echar anclas en la playa de los sentimientos del otro para establecer lazos que no nos dejaran separarnos nunca.

Cuando pusieron la cena en la mesa aún había luz. Mi madre y Mercè me cebaron como si fuera una despensa sin fondo para alejarme del hambre al menos por unos días. Mientras masticaba, Marí no paraba de darme consejos. Yo quería estar especialmente atento con ella y con lo que me decía, no tanto por hacerle caso como para que sintiera el amor que le tenía, sin las discusiones ni la consternación de las últimas horas. Me esforcé por darle la seguridad de que volvería y que la guerra no podría conmigo. Fue fácil para mí, porque se lo decía sinceramente. Yo era un pretencioso, un engreído que suponía que mis dotes físicas me sacarían de cualquier peligro y que mi cabeza sabría prever la capacidad de odio y crueldad de los humanos, yo incluido. Qué gran error… ya le digo, ¡un presuntuoso!

Con todo, la gente aún pensaba que no nos llevarían a las trincheras y que nos confiarían tareas de retaguardia, de logística o sanitarias, cualquier actividad que no fuera demasiado peligrosa. Se comentaba que nos llamaban para liberar a los soldados veteranos de esas faenas y que así podrían enviar al frente a hombres más experimentados. Nadie sospechaba que nos llevarían a la primera línea de fuego, sin tiempo de prepararnos para otra cosa que no fuera para ser el blanco inocente de un ejército profesional y bregado en dos años de guerra.

Ya era noche cerrada cuando David y yo propusimos salir a dar una vuelta. Me parece que a nadie de casa se le escapaba nuestra ansiedad por estar juntos. Mercè nos animó mientras mi madre, callada, me miraba ávidamente cuando cruzábamos el umbral de aquella casa. Pensé que estaba guardando mi imagen en un cajón especial de la memoria, como si me fotografiara.

Insinué a David que me gustaría pasar la última noche bajo la *Sarita*. Hizo un gesto afirmativo y nos encaminamos hacia allí, uno al lado del otro, con los sentimientos en vilo por la angustia de tener que separarnos y una conversación pendiente sobre los impulsos que nos enloquecían. Los dos estábamos intimidados. Sin habilidad, comenzamos a repasar anécdotas de cuando éramos pequeños, riéndonos por nada o por casi nada, nombrando a las personas que nos habían marcado en la adolescencia, evidentemente el señor Ramanguer entre los primeros… Mireia… también Joana… Nos quitamos las alpargatas para caminar por la playa como hacíamos siempre, sintiendo cómo los granos de arena trataban de penetrar hasta los lugares más recónditos de los pies, igual que cuando éramos pequeños y nos hacían un daño agradable que los dos conocíamos bien. Ya al lado de la barca, apartamos los palos más sucios de sebo y nos

sentamos como habíamos hecho tantas veces antes, uno junto a otro, oyendo como encantados el agua que casi no veíamos. Ya hacía horas que yo necesitaba desahogarme diciéndole todo lo que me hacía sentir. Si no lo decía entonces no lo diría nunca.

—Yo también —dejé ir.

David me miró, no sé si sinceramente sorprendido.

—Que yo también. Que me gustas mucho y me parece que me gustas más de lo que me ha gustado nunca ninguna chica y que, cuando pienso en ti, tengo deseos de tu cuerpo. Y que antes de partir quiero que lo sepas. Y que cuando acabe con la guerra vendré aquí para continuar estando contigo, si tú quieres. Ahora no hay nada en el mundo que quiera tanto como a ti. Eres mi Amado Amigo.

¡Ya lo había dicho! Yo no acostumbraba a sentir vergüenza por casi nada, pero no le esconderé que aquel día me temblaba la voz porque también me temblaban todos los músculos que la hacen posible. Por cierto, cuando él oyó la frase del maestro Llull, una estrella le pasó por los ojos y pensé que había acertado de pleno, orgulloso de haber quedado como un amante culto. Y aún me estremecí más de lo que ya estaba.

No me contestó. Se volvió suavemente y sólo me dijo:

—¿Me abrazas?

Si hacía un instante el mundo se había parado, ahora comenzaba a dar vueltas. Se tendió a mi lado dándome la espalda, esperándome. Mi cuerpo me recordaba cuánto había deseado este momento. Sentía cómo me hervían la sangre y el sexo. Me tumbé para abrazarlo y me sentí perfectamente acoplado a su espalda. Ya no me daba vergüenza que notara mi sexo hinchado, al contrario, gozaba con que supiera hasta qué punto me gustaba su cuerpo. Tímidamente, mi mano comenzó a acariciarlo, a recorrer las formas que tanto había

deseado tocar. Ya debe de imaginarse que con sólo tocarlo inicié un camino de excitación desenfrenada. Bajé la mano por fuera de sus pantalones hasta tocarle el sexo, que estaba firme como el mío. Enseguida me di cuenta de que aquello duraría poco y que yo llegaría a la eyaculación de inmediato. Hice todo lo posible por frenarlo, apretando las nalgas o cruzando las piernas por las ingles, pero no sirvió de nada, y viendo que no tenía freno, me abrí al placer y me corrí. Mi sexo dentro de la ropa y mi cabeza en el universo.

Qué quiere, era el cumplimiento de un deseo mantenido durante años y sobre todo era la alegría de ver que mi compañero me correspondía, que su sexo también lo deseaba y que se abrían las puertas a una relación trascendente para los dos. Ya ve, después de tanto tiempo, con qué facilidad me quedó alelado sólo con recordarlo.

Mi vida sexual no ha sido pobre en cantidad y no me quejaré, pero la calidad de aquella pasión, sentir deseo o como quiera llamarse, sólo me ha sucedido con David, y ya ve que no le estoy hablando de un encuentro erótico de altos vuelos. Pero continúo. Cuando acabé de sacar todo lo que tenía dentro, y perdone la expresión, le desabotoné como pude los pantalones, que en aquellos tiempos no estaban pensados para entrar deprisa. Le cogí el sexo, sentía cómo palpitaba, y cuando empecé a acariciarlo noté como todo él me mojaba la mano mientras su cuerpo jadeaba. Lo apreté, le acaricié, me gustaba su humedad, y para entonces mis motores eróticos ya volvían a arrancar. Pero David, con una suavidad extrema, me cogió la mano con la suya mientras con la otra se desabrochaba sólo un botón de su limpia y humilde camisa para, dulcemente, poner mi mano entre su ropa, en el lugar donde late el corazón.

Estuvimos así, abrazados, las pocas horas que nos quedaban juntos. Daba igual si algún músculo se quejaba de

aguantar tanto rato la misma postura. La música seguía sonando.

Al despuntar el alba nos movimos hasta quedar sentados de cara al mar, como si hubiéramos decidido que el sol saliera sólo para nosotros. No había ninguna tensión, como suele pasar después de la primera vez entre muchas parejas. Todo era suave, y distendido, y tranquilo.

—¿Estás con ánimos para marcharte? —me preguntó.

—Hombre, ahora me quedaría aquí para siempre y que la guerra se apañara ella sola.

Sonrió y con su cuerpo me dio un empujón de complicidad. Yo continué:

—Me gustaría pedirte una cosa, pero puede que te suene mal.

—Pues a estas alturas ya no sé qué puede sonarme mal de ti.

—Quizá te suene un poco… no sé… Me gustaría irme con una foto tuya en la cartera —lo dije con los ojos bajos, porque eso sólo se le pedía a la chica que te gustaba.

Su sonrisa fue tan amplia como la mar y tan cálida como el sol que se levantaba por el horizonte. Metió la mano en el bolsillo y, de entre dos trozos de cartón que hacían de protección, atados con un cordel, sacó una foto suya que yo no había visto nunca antes, sólo con su cara mirándome y unos pocos centímetros del hombro, no sé, como un artista de los antiguos. Casi riendo me dijo:

—Pues yo sufría porque me parecía feo decirte que quería ser tu padrino de guerra, aparte de que con los apretones de tus manos de hace un rato pensaba que los cartones no resistirían. Pero ya ves, está entera. Cógela, es para ti, para que te haga compañía y para que sepas que yo también te espero.

Estoy seguro, Lluís, de que mientras me escucha debe de

pensar que estoy muy sonado. Pues iré más lejos. Si usted acaba haciendo una película de todo esto que le cuento aquí pondrá música, lo sé. Pero sepa que mi música, la que oí y que recuerdo perfectamente, siempre sonará mejor que la que ningún compositor con talento le pueda componer. Y es que cuando son tus sentimientos los que hacen música… es otra cosa. Tiene razón, sólo con oírme ya veo que estoy tronado.

Continúo. Llegué a la estación de Francia de buena mañana. Para conseguir ir solo necesité la complicidad de David, no podía soportar la idea de ver a mi madre hecha un mar de lágrimas. Y menos aún no poder darle un largo beso de despedida a mi amigo. Así que dije mal la hora y salí de casa haciendo creer a Mercè, a Màrius y sobre todo a mi madre que volvería antes de marcharme definitivamente. Sólo David sabía que iba de veras, y más tarde sería el encargado de continuar el drama.

No quise que viniera a la estación. Lo entendió.

—Eh, vuelve, te esperaré siempre.

Sentí como David, que me había acompañado por la playa un centenar de metros, me lo decía desde el fondo del corazón, despidiéndose.

—Yo miraré la foto todos los días.

Si no hubiera apartado los ojos de él no habría encontrado fuerzas para dejarlo. Repetí el gesto de mi padre, me volví de espaldas, levanté el puño y grité:

—No dejaré ni uno.

No fui capaz de volver la cabeza.

DECIMONOVENA GRABACIÓN

La estación de tren era un caos colosal, con miles de chicos sin rumbo y tan jóvenes que parecía que aquella masa de muchachos estaba allí más para iniciar las colonias de verano que para asuntos de ejércitos y guerras. Bultos, fiambreras, padres y madres acompañándoles. Muchos tenían cara de niños asustados aunque algunos disimulábamos bastante bien. En todo caso, con gran confusión, muchos gritos y en desorden, cada uno se iba colocando en el grupo al que lo habían destinado. En mi caso era relativamente fácil y no me costó nada, porque los de Marina éramos pocos y a los oficiales que nos esperaban se les veía de lejos con sus uniformes blancos. La mayoría de los reclutas marineros éramos de los pueblos de pescadores de la costa de Girona y Barcelona. Me imagino que a la Barceloneta la debían de incluir en esta categoría.

Le aseguro que casi ninguno de aquellos centenares o miles de reclutas sabíamos qué cojones íbamos a hacer en

aquella guerra, pero los destinados a la Marina aún estábamos más desorientados porque dudábamos de que a la República le quedara ningún barco flotando en alguna parte. Cuando finalmente y después de muchas horas pudimos salir, nos tocó un tren curioso que avanzaba un día y retrocedía al otro. Recuerdo que reconocimos Sitges al menos tres veces. Al principio lo vivíamos animados, curiosos, después aburridos, para acabar hastiados de un viaje largo que sería un fiel preámbulo de lo que nos esperaba y que duró más de dos días. ¿Se imagina? Todo eso para llegar a Reus. Al final nos albergaron cerca de la ciudad, en el llamado parque Samà de Montbrió… Por cierto, Lluís, ¿lo conoce? Un lugar precioso a pesar del exceso de ornamentos modernistas… Perdone. Allí ya nos esperaban unos cuantos centenares de reclutas, la mayoría de la parte meridional de Catalunya, que completarían nuestra unidad. Muchachos que venían de Cambrils, la Ametlla y otras poblaciones costeras. Formábamos un grupo de marineros no muy grande y nos transportaron, sin que nadie nos dijera por qué, primero a Botarell, después a Morell, hasta que finalmente nos instalaron en Garcia, al lado del gran río Ebro. Déjeme decirle que en todos esos días no hubo ninguna instrucción militar que no pudiera considerarse como charlotada, pero si quiero acabar bien la sesión de hoy mejor será que no hable de ello.

Yo ya había perdido la esperanza de subir a un barco de guerra y morir heroicamente como en los cuadros antiguos de las batallas famosas. Viendo cómo iba todo, acabamos convencidos de que nos encontrábamos allí para atrincherar posiciones en nuestra orilla y resistir la acometida de los fascistas que tarde o temprano decidiesen cruzar el río. Hay que decir que eso a los de Marina aún nos despistaba más, porque si se trababa de atrincherar y defender, ¿qué cojones

hacíamos nosotros allí? La respuesta vino por un camino inesperado. Como ya la he dicho, de nuestra leva había muchos que provenían de Cambrils, Salou, la Ametlla y otras poblaciones cercanas. Algunos de los chicos se enteraron por sus padres de que el gobierno de la República había requisado las barcas de pesca de sus familiares y que las estaban transportando hacia el interior. No nos hizo falta mucha imaginación para concluir que las querían para poder atravesar el río. Ahora, al menos, ya intuíamos lo que hacíamos en ese lugar. Aquellas barcas ocuparon lugares estratégicos y suficientemente discretos como para no ser vistas por la aviación enemiga y no descubrir las intenciones republicanas. Más tarde servirían para montar puentes y estructuras por donde pudiera pasar el grueso del ejército republicano que, con una ofensiva agónica, quería evitar, o como mínimo alargar, la caída de Catalunya y de la República.

Pero me adelanto demasiado. Antes de que todo eso sucediera hubo un momento especialmente enojoso para los de la quinta del biberón. Fue cuando los nuevos reclutas llegamos a nuestro destino y fuimos recibidos por las caras exasperadas y desengañadas de los veteranos. Nuestros semblantes infantiles, entre animosos, atemorizados y sobre todo inconscientes, dejaron a aquellos hombres abatidos e indignados. Les habían prometido refuerzos frescos para iniciar una gran operación que habría de cambiar el curso de la guerra, después de tanto tiempo de retroceder palmo a palmo jugándose la vida ante un enemigo mejor armado, mejor entrenado y con un espíritu de victoria evidente. Y he aquí que les enviaban a una patulea de adolescentes barbilampiños, inexpertos y sin ninguna preparación técnica ante los terrores que habrían de afrontar. Muchos de aquellos hombres tenían hijos de nuestra edad, y tan sólo con una

mirada tuvieron suficiente para darse cuenta de la magnitud de la tragedia que se avecinaba. Algunos nos recibieron con menosprecio, escarneciéndonos, y nos sentimos humillados, maltratados, cuando gritaban que volviésemos a casa, que huyéramos. Otros, quizá los más veteranos, aún reaccionaron peor: sencillamente comprendieron que anunciábamos la caída final y rompieron a llorar.

Nosotros, en cambio, no entendíamos nada que no fuera la humillación que padecíamos.

El veterano enjuto a quien se me asignó era de Porrera, un pueblo hundido en un valle del Priorat. Cuando acabó de enjugarse alguna lágrima rebelde me dijo:

—Tú, chico, ¿de dónde vienes?

—De la Barceloneta —respondí seco y tratando de dar cierto tono de virilidad a mi voz.

—¿Y cómo te llamas?

—Germinal.

—Mal nombre para los tiempos que vienen…

—¿Qué quieres decir?

—Nada, chico, nada.

Al ver que yo seguía mirándolo serio, esperando que continuara, medio rezongó:

—Que valdría más que te llamaras Jesús o incluso Sagrado Corazón de María… Déjalo estar. Ven, que te enseñaré tu sitio…

Aquel hombre de talante áspero me salvó la vida dos o tres veces y se convirtió en mi miliciano de la guarda, el compañero inseparable hasta mi último día de guerra. Se llamaba Jaume Simó y cuando me vio lloró dos veces. La primera porque se dio cuenta de la escasa calidad de los refuerzos llegados, o sea, yo mismo. La segunda, por su único hijo, Joan, a quien también acababan de llamar a filas con poco más de diecisiete años y del que ni siquiera sabía

adónde lo habían destinado.

¿Se lo imagina? Para mi suerte, procurar que yo viviera fue para aquel hombrecillo una forma de prolongar la vida de su hijo. Soñaba que, en algún lugar, un veterano haría por Joan lo que él hacía por mí. Escondida bajo todas las pieles curtidas que protegían su alma anidaba mucha ternura. El caso es que nos llevamos bien enseguida. Yo trataba de servirle de herramienta para que su experiencia fuese más útil, y él no permitía que nadie me tocara los cojones sin saber que nos los tendría que tocar a los dos, por decirlo a su manera, y usted perdone. Cumplíamos lo que nos mandaban animosamente.

Nos asignaron una barca de esas grises de la Marina que no era un mal bote. Resultaba fácil manejarlo a pesar de la corriente del río, que los primeros días no sabíamos cómo enfrentar. En aquel bote, siempre en secreto y con precauciones, cruzamos el gran río muchas veces antes del día decisivo. Siempre eran escapadas de noche, y mayormente cuando no había luna para no ser vistos desde la orilla contraria. A veces llevábamos «nadadores espías» hasta la mitad del río, casi nunca más de cinco o seis a la vez. Eran buenos atletas. Cuando estábamos a medio camino de las dos orillas, el que mandaba daba la orden de desnudarse, tirarse al agua y nadar amparados por la oscuridad hasta el otro lado. Allí tenían que espiar los lugares donde estaba emplazado el enemigo, descubrir cuántos eran y qué defensas tenían. Mientras tanto, emboscados en la oscuridad, Jaume y yo teníamos que quedarnos en algún lugar en medio de la corriente. Tirábamos un peso muerto por la proa para que inmovilizara la barca y esperábamos en silencio el regreso de los muchachos.

Era cautivador y bello, si me permite. Allí solos, en medio de la nada, con las sombras, el agua y el miedo jugando con

nuestras siluetas y nuestra imaginación. Aquella sensación rara en el estómago. No se le podría llamar pánico, era como si cada célula del cuerpo estuviese atenta a todo lo que nos rodeaba. Aquella mezcolanza entre el placer de una situación bella y la inminencia del pánico… Por fortuna, en aquellas salidas nunca se nos murió nadie ni sufrimos ningún susto importante.

Más peligroso era cuando pasábamos patrullas reducidas que, además de cuantificar las fuerzas del enemigo y situar sus posiciones, tenían como objetivo principal intentar capturar algún soldado rebelde y tomarlo prisionero para que en los interrogatorios cantara todo lo que supiera y más. En estas ocasiones, mientras ellos cumplían con la misión, camuflábamos la barca en la orilla enemiga bajo algún árbol, en los matorrales o entre juncos que nos hicieran invisibles. La espera hasta la vuelta de los compañeros se hacía eterna, los pensamientos volaban oscuridad arriba hasta los lugares más íntimos de cada uno, pero siempre pendientes de un hilo ante el miedo a lo que pudiera pasar en cualquier instante. Los ruidos de un animal rompiendo una ramita nos contraían la columna y un escalofrío la recorría de abajo arriba, nunca al revés. En aquellos ratos, David ocupaba el espacio de mis ensueños, y me recreaba alargándolos hasta que el olor de un peligro o la llegada de los compañeros me arrancaban de sus brazos.

Con las patrullas tampoco nos pasó nunca nada y siempre pudimos volver sanos y salvos. Nos sentíamos orgullosos, pero más que por nuestros méritos era porque al otro lado del río el ejército enemigo no nos creía capaces de ninguna ofensiva que les hiciese peligrar. Apenas había vigilancia. Jaume decía, cazurro, exhibiendo refinadas metáforas anatómicas:

—Están tan acostumbrados a correr detrás de nuestro culo

que lo que menos esperan es vernos los cojones.

Poco antes del gran día, cogimos nuestro bote para navegar hasta la otra orilla con unos ingenieros encargados de estudiar los lugares donde se tendrían que anclar o enclavar los pontones, cables y barcazas. Sabíamos que estábamos allí para atravesar el río en cualquier momento, aunque los mandos no nos hablaran nunca de por qué estaban tan obsesionados con el factor sorpresa. Pero hasta los más jóvenes sabíamos que si se trataba de pasar a la otra orilla el engaño sería decisivo para el resultado. Los otros, los «nacionales», tenían una superioridad en aviación y artillería tan enorme que cualquier noticia de nuestras intenciones habría desatado un infierno.

Mientras tanto, en una franja muy alargada en el entorno del río, todo el material se trasladaba de noche y se camuflaba tan bien como se podía. Debíamos de ocupar un espacio de territorio muy considerable porque decían que había de todo y mucho: miles de hombres, barcas, estructuras de puentes, camiones, tanquetas, depósitos, artillería pesada, ligera, todo lo necesario para una gran batalla. También sabíamos que si conseguíamos atravesar el Ebro, pasado el primer desconcierto tendríamos que reconstruir constantemente nuestras pasarelas, puentes y estructuras fluviales porque sus aviones los bombardearían sin tregua hasta joderlos y mandarlos al fondo del río. O sea, que cuantos más hombres y material pudiésemos pasar en las primeras horas de la operación mucho mejor.

El intervalo de tiempo fijado definitivamente para comenzar el ataque y atravesar el río iba desde el anochecer del 24 de julio a la mañana del 25 de julio. Tenía que ser una movilización coordinada, una máquina funcionando a la perfección, y ya hacía tiempo que el ejército republicano no estaba preparado para nada de todo aquello. Pero la moral

era alta, porque llevar la iniciativa en una operación de aquellas dimensiones nos invitaba a creer lo que decían los jefes militares: que si podíamos darles un golpe mortal la victoria aún era posible. Aquella última noche nos encargaron que con nuestro bote pasáramos unos cables de un lado al otro del Ebro para fijarlos a unas argollas que ya se habían dejado preparadas. Estos cables tenían que atravesar toda la anchura del río para que los soldados pudieran agarrarse a ellos y cruzarlo tan rápidamente como fuera posible, cuanto más mejor, mientras las barcazas y los pontones permitían el transporte del armamento pesado y el material logístico. Aunque en aquella época del año el río no era muy caudaloso le aseguro que impresionaba. Incluso para un inconsciente como yo, acostumbrado al agua desde pequeño, aquello tenía muy mala pinta, sobre todo porque había lugares en los que la profundidad era mayor y no se hacía pie. Eran pocos metros, pero ver a los soldados a contracorriente y medio a oscuras, con todo el peso que llevaban, asustados y desconcertados por la desazón del momento, hacía prever que habría desgracias.

Y comenzó el grueso de la operación con las primeras luces. Mientras cargábamos en el bote material de toda clase, entreveíamos a los primeros soldados entrando en el agua para cogerse a los cables. Algunos pasaban decididos, pero ante las dudas de los más jóvenes, o sea, de los míos, los suboficiales empezaron a utilizar las culatas de los fusiles para obligarlos a avanzar. Los veteranos lo resolvían con la habilidad de las ratas que por encima de todo no quieren morir, pero para los de mi quinta era diferente: el miedo les contraía la cara, la contracorriente del río los obligaba a soportar una carga a la que no estaban acostumbrados y que el agua hacía mucho más pesada. Se agarraban al cable con el pánico en los ojos, y cuando dejaban de hacer pie el miedo

por no saber nadar y la inexperiencia hacían que se aferraran de manera torpe primero y luego desesperados, cortándose las manos, hasta que los más débiles acababan gritando de terror y de dolor, y algunos se dejaban ir. Después de unos movimientos convulsos tratando de flotar, apenas podían verse unos segundos antes de ser engullidos, lastrados por el peso del armamento. Si la profundidad del agua era ridícula, la del pánico era abismal.

Los primeros muertos de guerra que vi fueron aquellos muchachos, Lluís. Ni tan siquiera tuvieron la oportunidad de apretar el gatillo para disparar el primer tiro al enemigo. Ahogados. Silenciosos. Anónimos. Bajando por el río a sus diecisiete o dieciocho años.

Bien, continúo deprisa: el ejército republicano atravesó el río y encontró poca resistencia, al menos en los primeros momentos. La operación fue un éxito. Luego algunos marineros fueron destinados a las tropas de tierra y cruzaron también. Pero Jaume Simó creía que era mejor que nos quedáramos con los que se encargarían de mantener el río apto para conectar el nuevo frente con la retaguardia. Así que nos quedamos, y fue útil, porque tenían razón los que pensaban que los aviones nos harían la vida imposible. El enemigo sabía mejor que nosotros que mantener aquella línea de avituallamiento y comunicación era vital para las tropas que habían cruzado, por lo que tratar de reconstruir todo lo que los bombardeos hundían era una tarea que nos ocupaba todo el día, salvo el momento en que volvían los aviones y nos obligaban a huir como ratones, porque cuando los italianos hilaban fino le veíamos las orejas al lobo. Jugar al gato y al ratón, destruyendo y reconstruyendo pasarelas, se convirtió en un círculo inacabable que tenía sus tiempos, como unos horarios de obligado cumplimiento, y que se prolongó durante unos meses. Era peligroso, claro que sí,

pero pasados los primeros sobresaltos se convirtió en un juego excitante, diría que vicioso: hacer equilibrios malabares sobre el hilo que separaba la vida de la muerte, una apuesta incierta. El riesgo se convertía en una audaz diversión que me ponía a mil por hora. Cosas extrañas de las guerras, Lluís, muy extrañas.

La noticia de que los nuestros no habían encontrado demasiada resistencia y de que estaban a las puertas de Gandesa fue recibida con excitación por los más jóvenes y con mucha incredulidad por los veteranos. Simó, que veía como yo derrapaba y empezaba a soñar imposibles, rezongaba:

—Chico, cálmate. Los verás volver, y de una forma que lo recordarás mientras vivas.

¡Ostras, tenía razón aquel hombrecillo! Los primeros avisos de que los nuestros retrocederían, y de mala manera, los dio la ingente cantidad de heridos que nos traían los sanitarios para que los pasáramos de orilla a orilla. Cuerpos mutilados, sangrantes, que con dificultad podíamos reconocer como humanos, una especie de vanguardia del horror que nos daba un aviso preciso de lo que venía detrás. Eran el lúgubre y frenético preludio que anunciaba el fin de todo.

Pronto no fueron sólo los heridos los que volvían. También comenzaron a replegarse las tropas. Primero los llamaban despliegues tácticos, después derrotas circunstanciales, y finalmente fue la desbandada caótica de un ejército vencido, sin una logística seria que le permitiera mantener la cara delante de un enemigo muy superior. La oficialidad y el mando, sobrepasados por tantos flancos, ya sólo procuraban que la huida fuera lo más ordenada posible.

A medida que el ejército fascista iba cerrando las bolsas, los destacamentos republicanos quedaban entrampados de

espaldas al río. Fue entonces, al menos donde yo estaba, cuando el desastre tomó unas dimensiones tan grandiosas como brutales. Cataclísmicas, si la palabra existiera. Pero ¿qué palabra podría definir todo lo que yo vi y viví?

Mire, Lluís, yo de la victoria inicial al cruzar el Ebro hasta llegar a Gandesa no podría relatarle casi nada, pero del retroceso final del ejército republicano y de la situación de miedo y desesperación de las últimas jornadas fui, desgraciadamente, un testigo privilegiado por mi función de marinero encargado de ayudar a recoger los restos de un ejército vencido. El río bajaba cada día más lleno de cadáveres, y eso era el anuncio de que más arriba las cosas también iban mal dadas. Masas amorfas que chocaban con los restos de las estructuras que querían hacer de puentes y que a pesar de todo intentábamos mantener funcionando. Los primeros días deteníamos los trabajos de reconstrucción para recoger los cadáveres que habían encallado o se habían enredado, izarlos y enterrarlos. Pero a medida que el número aumentaba resultó imposible, y los dejábamos pasar como una parte más del río. Jóvenes ahogados, destripados, comidos por los animales. Todo el repertorio de muerte y exterminio que pueda usted imaginar.

Estábamos a mitad del mes de noviembre. Jaume Simó y yo tratábamos de pasar primero, y salvar después, a tantos soldados como podíamos. La tarea de los últimos días fue atroz, no se la desearía a nadie. Tanto daba si una bala te reventaba la cabeza o pasaba de largo, eso acabó por no tener importancia. La peor herida, la más profunda, era la conciencia de todo lo que estaba ocurriendo. Porque pronto entendimos que llegaría un momento en que los restos de aquel numeroso cuerpo de ejército, que estaba rodeado al otro lado, esperaría una salvación que no le llegaría sino con cuentagotas, y que muchos de ellos comprenderían que

nunca atravesarían aquel río. Luchar para que este sentimiento no nos paralizara o nos abatiera antes de tiempo era más doloroso que pensar en la propia muerte.

Se oían los disparos del enemigo, que se acercaba empujando a la multitud de soldados republicanos contra la orilla, mientras la aviación los bombardeaba continuamente, a ellos y a las pocas estructuras que apenas eran practicables para cruzar el río, hundiéndolas o dejándolas fuera de servicio. Los marineros que hacíamos la travesía para salvar a aquellos hombres sabíamos que eran los últimos viajes. Mientras íbamos a buscarlos, los soldados nos hacían señales con todo lo que podían para indicarnos que nos dirigiéramos hacia donde estaban ellos, y no hacia los otros, que también hacían señales. Sus mandos nos lo ordenaban desde lejos a gritos, fingiendo una autoridad ya inexistente. No teníamos ni que llegar a la orilla; sencillamente cuando aún nos estábamos acercando ellos se tiraban al agua y el primero que llegaba subía, y eso era todo: el caos.

En un viaje, con el fuego enemigo empezando a diezmar a los soldados en una especie de ruleta extraña, y con la barca de bote en bote, Jaume les gritó a los que remaban:

—¡Remad! ¡Remad y alejaros! —Mientras, con lágrimas en los ojos y viendo que con una persona más la barca se hundía, impedía a los soldados desesperados que subieran golpeándolos con una caña. Se quedaron muchos, perdida la esperanza, comprendiendo lo que aquello quería decir. Los que podían se agarraban a la borda con el cuerpo dentro del agua, provocando con ello que el bote casi no pudiera moverse. Realmente lo intentamos, y lo conseguimos.

A nuestra espalda todos supieron que la barca ya no volvería. Los más decididos, viendo como los compañeros rezagados morían por los tiros a boca de cañón del enemigo, se lanzaron al agua tirándolo todo, nadando sólo con la

fuerza de la desesperación. Los que por suerte o por desgracia estaban cerca del cable que atravesaba el río, se agarraban y pasaban con el espanto de la muerte detrás y aquella maldita corriente helada delante. Sólo los más fuertes lo resistían. El resto, con los músculos agotados y agarrotados por el agua helada, se dejaban ir gritando. Nunca he podido olvidar el miedo, los gritos, los gemidos, las plegarias, las súplicas de aquel día ni un solo instante de mi vida, incluso ahora que lo estoy contando. Quizá llegaron muchos, pero yo sólo veía a los que morían sin conseguirlo.

Los que se quedaron en la orilla sin ánimo o coraje para lanzarse al río fueron ejecutados allí mismo uno por uno, como en una celebración ritual de odio, venganza y sangre. Los más jóvenes, de rodillas, pedían que les perdonasen la vida. Válgame dios, menuda mierda, nadie debería vivir cosas semejantes. Nosotros, que al remar quedábamos frente a los que estaban muriendo, fuimos espectadores obligados de aquella matanza. Al llegar a tierra iba como un zombi, como se dice ahora, y cuando bajaron todos hice el gesto mecánico de girar la barca. Simó me cogió del brazo con una fuerza inaudita y me dijo mirándome a los ojos como un loco:

—Chico, ¿qué haces? Esto se ha acabado, ¿lo oyes? Esto se ha acabado. Coge los bártulos y vámonos antes de que estos hijos de puta crucen el río.

Mientras, la aviación celebraba el festín de sangre final. Humo, fuego, explosiones, gritos y llantos de voces desesperadas… La confusión, el horror… Los fusiles al otro lado no paraban porque los pobres rezagados, ciegos de pánico, no sabían esconderse e iban derechos al río con la esperanza de cruzarlo. Eran cazados como ratones. Cuando los hijos de puta del otro lado acabaron con todos, comenzaron a dispararnos también a nosotros. Estaban lejos,

pero lo hacían bien, y los que nos mandaban decidieron que abandonáramos la orilla para protegernos en la sierra de Gobians. Creo recordar que era el 15 de noviembre.

Todo se había acabado. El frente quedaba como antes de que la República intentara cruzar el Ebro. La derrota era pavorosa y todo el mundo sabía lo que significaba: a partir de entonces ya sólo podíamos alargar la agonía. Habíamos perdido a más de treinta mil compañeros en aquella tentativa y nos habían hecho más de veinte mil prisioneros. Los de Marina, de pronto, nos quedamos sin una tarea específica, así que nos ordenaron que al día siguiente fuésemos con una unidad de tierra que se haría fuerte en la sierra de Cardó. Allí se reorganizarían las fuerzas, bajo el mando de un capitoste comunista muy famoso y grosero. Por cierto, y no me entretendré demasiado, yo hacía tiempo que me escondía de mis antecedentes anarquistas con la complicidad de Jaume Simó. Tenía demasiado trabajo en fintar las balas que me llegaban por delante para preocuparme de las que pudieran venir por detrás.

Déjeme decirle que la primera noche después de la derrota fue lóbrega como pocas que pueda recordar, porque por primera vez fui consciente de que lo que estaba viviendo ya formaba parte del final, que, dicho sea de paso, tampoco sabía muy bien qué representaba. A medianoche no sé qué me desveló, pero noté que bajo aquella manta destrozada estaba solo, que el cuerpo de Jaume no me calentaba, y me asusté. Son cosas extrañas, Lluís, pero una voz me decía que estaba en el río. Me levanté y, corriendo medio enloquecido, bajé tropezando a oscuras hasta hacerme tanto daño como para no sentir los pies. Cuando por fin lo encontré entre penumbras estaba erguido, mirando el lento pasar de aquella masa de agua, y los pequeños movimientos de su espalda me dijeron que tenía los ojos arrasados de lágrimas.

—Muchacho —me dijo cuando advirtió que estaba allí—. Muchacho. ¿Y si mi hijo fuera uno de los que no he dejado subir a la barca?

Y los espasmos le atacaron de nuevo. Lo abracé con la poca fuerza que me quedaba. Se dejó ir como si fuera un niño y poco a poco pude conducirlo hasta donde teníamos las cosas. Le puse la manta por encima, temblaba, me arrimé a su espalda para darle calor mientras le oía musitar palabras que no tenían sentido. Bajo las estrellas pensé que Jaume era el único referente de lealtad que tenía cerca, y me juré proteger su vida como si fuera la mía.

El 23 de diciembre, sólo dos días antes de Navidad, y cuando todo el mundo esperaba una tregua por las fiestas, Franco dio la orden de conquistar el resto de Catalunya y las tropas fascistas atravesaron el Ebro.

La mañana del miércoles 25 de diciembre del año 38, un obús acertó de pleno a Jaume Simó. La pila de trozos de su cuerpo que conseguí reunir y enterrar apresuradamente era ya lo único que me ligaba al frente. Cuando acabé de enterrarlos, puse sus zapatos sobre el montón de piedras, miré el cielo azul resplandeciente ajeno a la devastación que me rodeaba y empecé a gritar, a bramar, a aullar un juramento:

—Hoy he acabado mi guerra, ¿me oís? ¿Me oís? Soy Germinal Massagué y Guillaume. ¡Y juro que hoy he acabado la guerra! ¿Me oís?

Y así fue como el día de Navidad del 38, gritando desesperadamente a no sé quién, me hice desertor.

VIGÉSIMA GRABACIÓN

De esa forma tan poco heroica acabé la guerra. Yo, siempre tan valiente, atrevido, espabilado, sin miedo al riesgo, de repente me convertí en un desertor, un fugitivo, rogando por que no me pescaran, procurando escabullirme por vías secundarias y con un único objetivo: llegar a Barcelona, a mi barrio, costara lo que costase, y encontrarme con los míos, mi madre, mi padre, si aún estaba vivo, David. Y añadiré que ni un solo instante pensé que aquello fuera un acto de cobardía.

Con la ropa harapienta que me dieron dos ancianos de una masía solitaria, empecé un camino que no sabía cuánto duraría. Caminaba principalmente durante las horas de oscuridad, con mucha prudencia y teniendo cuidado de cada paso que daba, tratando de evitar cualquier control que pudiera complicarme la vida. Me fue fácil, aunque lento, porque daba las vueltas que fueran necesarias para pasar lejos de la red principal de carreteras. En secreto, confiaba

en que los oficiales que mandaban las unidades próximas sintieran a los fascistas demasiado cerca como para perder el tiempo cazando desertores y malgastando munición. Al menos era lo que yo pensaba. Más tarde me enteré de que muchos prófugos eran ejecutados en el mismo lugar donde los pillaban, fusilados por los restos de un ejército que también huía. ¿Se imagina qué perversión? La lógica de las guerras es a menudo una exaltación de irracionalidades.

Iban pasando los días y me acercaba a Barcelona. No sabía en qué día estaba. El hambre, el cansancio extenuante, el miedo, la devastación del país, la pena enmarañándolo todo me embotaban el cerebro. Debía de haber pasado ya la segunda semana de enero cuando llegué a Barcelona. Era todavía muy temprano y apenas había luz. Pasé cerca de Pubilla Cases, Sants al lado, me detuve un rato porque quería que en las calles hubiera más gente con la que mezclarme para no llamar la atención. Pero tuve que renunciar a ello, la ciudad estaba como vacía.

No era sólo el aspecto de Barcelona lo que me encogía el corazón. Las caras de la gente eran mucho peor. Todos los ojos miraban al suelo. Los que esperaban impacientes a que entraran los vencedores disimulaban, los que sabían que la perderían seguro disimulaban, y yo también disimulaba. Era una sensación tan extraña que decidí no alzar los ojos para no cruzarme con mirada alguna.

No me costó ningún sobresalto llegar a la Barceloneta, nadie pedía nada a nadie y ya no me sentía en peligro. Mi barrio estaba todavía más ruinoso de como lo había dejado, no había ni una sola casa que no hubiera recibido su dosis de destrucción. Por eso cuando vi que, en la punta del dedo de la Barceloneta, casi sola, rodeada de ruinas y de barcas destrozadas, medio ennegrecida, aún se levantaba la casa de una sola planta de Màrius, el corazón se me alteró. Era mi

casa y seguía en pie. Me acercaba conteniendo las ganas de llorar, gritar y reír; unos sentimientos extraños, bocanadas de recuerdos felices que eran la imagen contraria de todo lo que ahora veía. Cuando estaba a no más de treinta metros la puerta se entreabrió. Salió un hombre. Reconocí la vida.

—¡David! —grité—, ¡David!

Y su rostro se volvió, al principio con una expresión de incredulidad, pero después las dos piernas lo empujaron de un salto y se puso a correr hacia mí gritando, Amigo… Y cayó en mis brazos el Amado, y nos fundimos, sí, señor, nos fundimos, en un abrazo largo, muy largo. Las mejillas se tocaron, los labios se abrieron… dioses, eso aún no lo había estropeado la maldita guerra. No nos dábamos cuenta de que Mercè, al oír mis gritos, había abierto la puerta y nos estaba mirando con una sonrisa tan feliz que parecía participar de nuestro abrazo. «Marí, Marí», llamó a mi madre, que salió corriendo hacia mí como una posesa, demacrada, mermada, delgada… Pero menuda sonrisa, señor director, menuda sonrisa. Es algo extraño cómo la alegría del corazón penetra en las arrugas, los tendones, y los vigoriza con su gozo, haciéndolos bellos, ni que sea por un instante. Corrieron las dos hacia mí cuando aún no me había separado de David y nos abrazamos llorando y riendo. De golpe pude derramar las lágrimas que había retenido desde que el corazón se me detuvo en el Ebro. La caja donde guardaba todas las emociones de aquellos meses en el frente pudo por fin vaciarse.

También llegó Màrius, con el rostro surcado por la pena, el desengaño, y sin embargo educado y amable, como siempre. Entre abrazos, miradas furtivas, que si estás más delgado, que si no, que tienes buena cara, que estás más rubio… yo qué sé, Lluís, lo que se suele decir en un momento así. Yo sentía que me mareaba por los días sin comer, por las

emociones, vaya usted a saber por qué, pero empezaba a darme vueltas la cabeza. Al acercarnos al umbral de la puerta se hizo un silencio repentino. Era obvio que tenían que darme una noticia trascendente y fue mi madre quien bajó la voz para pronunciarla:

—Germinal, tu padre está dentro, herido grave de una pierna. Está muy mal. Los médicos, que no dan abasto en el Hospital General de Catalunya, se la quieren cortar. Me dirán algo mañana. A primera hora también tengo que ir al consulado francés, pues preparan el último autobús para los ciudadanos franceses y sus familias.

Me miró a los ojos para ver cómo reaccionaba; los debía de notar vacíos porque continuó diciéndome:

—Fui hace unos días a pedir asilo y apuntarnos a una lista para ir a Francia. El mismo cónsul, un señor muy amable y educado, me dijo que a partir de mañana sería cuestión más de horas que de días y, si fuera así, nos llevaríamos a tu padre a Montpellier para que lo ingresaran allí. Aquí y ahora me da miedo que no puedan atenderlo bien, pero, incluso si lo operan, tampoco se puede quedar en el hospital, los fascistas podrían entrar en la ciudad y nos quedaríamos atrapados… y tu padre… nos lo matarían.

Me lo decía todo precipitadamente, embarullada. Me costaba seguirla, pero se notaba que mi madre había cogido el mando de la familia y que, en esos momentos, su condición de francesa se había convertido en un valor magnífico y lo utilizaba para salvar a los suyos.

Antes de cruzar el umbral procuré recomponer la imagen de mi padre, mi héroe, mi referente; estaba allí dentro, herido grave y a punto de perder la pierna. No quería que su mal aspecto me cogiera desprevenido y él se diera cuenta. Respiré hondo y al entrar tan decidido casi me di de bruces con él, que estaba sentado.

Válgame dios. No era él. Ni se le reconocía. Los ojos hundidos, sin espíritu que los hiciera vivir, delgado como un sarmiento, el pelo caído a jirones, la pierna vendada manchada por completo de sangre y el dolor, que se lo comía vivo, daban a su rostro esa expresión que se me había hecho tan familiar en el frente.

—Padre —le dije—, ¿cómo estás? ¿Te duele mucho?

—Déjalo estar, no es importante —me decía tocándose la pierna vendada y sucia—. ¿Y tú? ¿No te han herido? ¿Estás bien?

—Sí, padre. Estoy vivo.

Me agaché para poder abrazarlo y mientras nos estrechábamos con fuerza la visión de mi padre me dio la medida del inmenso fracaso que representaba haber perdido aquella guerra. Pensé en él, en sus sueños, esperanzas, luchas, proyectos… Allí, con el cuerpo desmadejado y el pulso del aliento ausente. No pude soportarlo, el mareo me iba poseyendo, el comedor empezó a dar vueltas y medio me caí, como si la energía de mi cuerpo no fuera de abajo arriba para mantenerme en pie, sino que flotase y huyera de mí. Sentí cómo unos brazos me agarraban y me llevaban medio inconsciente a la habitación de David, mi habitación. Fue él quien me ayudó a meterme en la cama y se sentó a mi lado, velándome. Yo lo entreveía mientras la cabeza se me iba, y por suerte, cuando se fue, se me quedó su imagen en la retina.

Nada me despertó, ni siquiera el ruido profundo de los motores de los barcos con bandera extranjera que podían zarpar y huir del asedio del puerto negociando en el último momento con los buques fascistas que lo rodeaban. A las once yo aún dormía y mi madre entró en la habitación.

—Germinal, Germinal, mañana nos vamos, ¿me oyes? ¡Mañana nos vamos! El autobús del consulado sale a primera

hora de la mañana. Necesito tus papeles y hoy mismo me expedirán un salvoconducto del consulado para que puedas pasar como si fueras francés. Y también me lo harán para tu padre. Nadie nos podrá detener en la frontera. ¿Te imaginas? El cónsul me lo ha prometido personalmente y también me ha dicho que acomodarán a Josep tan bien como puedan. Llevaremos a tu padre a Montpellier.

Aquel 21 de enero el mundo se me hundió. David, que había entrado detrás de mi madre, me miraba fijamente, quería que me entrara en la cabeza lo que iba a decirme, y lo pronunció lentamente y con voz firme:

—Tenéis que aprovecharlo y preparar las cosas.

Me levanté aturdido por el cansancio y la fuerza de las noticias. La tensión entre las ganas de quedarme y la obligación de acompañar a mis padres me ahogaba el poco espíritu que me quedaba. Mi madre me pedía que la ayudara a reunir nuestros enseres y yo la obedecía de manera mecánica. La mente me iba de un pensamiento a otro, a cual más espantoso. Poco después ya era mediodía y nos sentábamos alrededor de la mesa que había puesto Mercè. Yo estaba obsesionado con poder quedarme a solas con mi compañero.

—David, querría hablar contigo, ¿salimos a ver la *Sarita*?

Tardó unos segundos en contestarme mientras los demás se miraban sin encontrarse.

—Germinal, no te has fijado, pero la *Sarita* ya no está, la…

—Con el último bombardeo se quedó toda astillada —añadió Màrius.

Era curioso, hablaban de ello como no dándole importancia. ¿O es que él «podría ser peor» ya no permitía conmoverse por ninguna derrota? ¿O es que acaso los finales de camino son así? Como si la única que me entendiera fuera Mercè, la oí decir:

—Venga, come un poco más y después, David, id a hablar.

Comí únicamente para poder salir con mi amigo a solas, el resto del mundo me ahogaba. Todos rodeábamos la mesa en silencio excepto mi padre, que no se había movido para no intensificar más su dolor. Allí solo, masticaba con los ojos cerrados, como si pensara. Mentira, podía observar cómo el sudor le relucía en la cara, y eso también lo reconocía de cuando estaba en el frente. Era el sudor de un sufrimiento agónico que se lo comía por dentro. Un sudor frío, como pastoso, que no brota sino que acaba formando parte de la piel.

Cuando David y yo salimos a la playa hacía frío, mucho frío, y yo no tenía la mente clara, me estallaban dentro del corazón ráfagas de pánico. No sabía, no entendía, no esperaba…

—Tienes que venir conmigo, David. Tienes que venir conmigo.

—No puedo. ¿Cómo quieres que deje solos a mis padres?

—Pero yo te necesito conmigo. Además, si te quedas te matarán…

—Venga, Germinal, a mí también me gustaría irme, ir contigo, huir a Francia, empezar otra vida, pero ¿cómo quieres que lo haga? Me sentiría siempre culpable por haberlos dejado aquí solos mientras entran los fascistas. Además, yo no corro ningún peligro. A mis padres ya los conoces, no se han metido en ningún berenjenal, y a mí de lo máximo que podrían acusarme es de haber desescombrado casas tratando de salvar a los heridos, o de construir algún refugio, nada grave, ostras. Yo puedo quedarme.

Conforme iba hablando parecía que se animaba, que se lo creía:

—Va, venga, tú te vas y curas a tu padre. Yo acabo los

estudios, ayudo a los míos y de aquí a nada podrás volver o yo podré ir, cuando la situación se haya calmado.

—Pues yo me quedo. Ostras, David, eres mi Amado Amigo, no me puedo…

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo quieres dejarlos así? Tu padre moribundo, tu madre que se romperá de un momento a otro. Y cuando lleguen a Sète, ¿qué te crees? Allí necesitarán que les saques las castañas del fuego. No me gustaría que lo hicieses, no es así como te quiero. Además, ésos que vienen, a ti sí que te matarían. Venga, vamos a casa y ayuda a preparar el equipaje.

—Hostia, yo te quiero.

—Yo también.

Me lo dijo mirándome a los ojos, me cogió la mano y le puedo asegurar que sentí cómo su amor me penetraba a través de ella. Después continuó resuelto:

—Y por eso vas a ir a casa y vas a ayudar a tu madre, que ya no puede más.

Lo seguí como un perro. Yo había perdido el coraje entre las aguas del río, acompañando los cuerpos hinchados de los soldados que se deslizaban aguas abajo. Él lo conservaba todo, indemne, y lo utilizaba para salvarme. No recuerdo un día más melancólico. De una forma mecánica, cogía las cuatro cosas que mi madre se quería llevar. La pobreza, la guerra y el derrumbe de la casa habían convertido nuestro equipaje en nada. Bien mirado fue una suerte, porque con mi padre en ese estado nuestra pobreza nos aliviaba y hacía menos difícil la partida. Si no hubiera sido por la angustia de llegar a tiempo para salvar a mi padre, casi nos habríamos ido reconfortados sabiendo que, si conseguíamos llegar a Francia, al abrir la puerta de Le Paradis no tendríamos que padecer por el porvenir. Menuda suerte, válgame dios. No se puede imaginar el valor que eso tenía en aquellos momentos.

Para todo el mundo menos para mí, que dejaba mi corazón empeñado en Barcelona, en las manos de mi Amigo.

Perdone, Lluís, ya sé que ahora es un mal momento para cortar, pero necesito descansar. Si quiere puede volver mañana. Me tendrá que decir en qué punto lo hemos dejado. Me temo que tanto desconsuelo me deja exhausto. Me lo pasaba mejor los primeros días. Relatando recuerdos de la adolescencia. Ahora todo me pesa demasiado, ¿sabe? Evocar tanta amargura…

VIGESIMOPRIMERA GRABACIÓN

Empezaba a comprender lo que significaba perder la guerra. Yo había ido a luchar, a matar, a sobrevivir, pero ni una sola de las veces en que la muerte me pasó rozando destiné un solo instante a prever qué pasaría si perdíamos la guerra. Y de repente estaba descubriendo y midiendo el precio inconcebible que tendríamos que pagar, y me pillaba a pecho descubierto.

Nos preparamos para llegar al consulado al alba y decidimos dormir un rato. Mi padre tenía muy mala cara, aguantaba el dolor como un titán, aunque a mí no me engañaba. No nos dijimos demasiado, yo intenté iniciar alguna conversación pero me hablaba como si fuera un extraño, alguien que le sorprendía con su presencia. Pensé que era por su sufrimiento.

Cuando entré en la habitación de David tenía el cuerpo enfebrecido de deseo y me obsesionaba dormir con él la última noche. Mientras cavilaba cómo proponérselo vi que,

contra su costumbre, se quitaba la ropa sentado en mi cama, y que también se quitaba la camiseta y los calzoncillos. Y cuando ya desnudo abrió las sábanas sólo dijo:

—Ven.

Ostras, tan sencillo como eso. Prisionero del deseo, como siempre, toda la ropa me sobraba y me habría metido en la cama precipitadamente si no me lo hubiera impedido un relámpago que me iluminó el cerebro. Me parece que por primera vez me prohibí seguir la punzada del instinto. Posiblemente porque comprendí que, durante el tiempo que estaría ausente, necesitaría recordar cada gesto de aquel ritual amoroso que iniciaba con mi compañero. «Quizá sean unos meses o quizá sea para siempre», me dije. Así que me desnudé pausadamente, levanté las sábanas para entrar con suavidad y me dejé abrazar.

El roce de las pieles, de las formas del cuerpo acoplándose, el uno con el otro, el uno por el otro, empezó un tiempo de maravillosa voluptuosidad. Dejé que la suavidad y el calor de mi Amado y las caricias de sus dedos me resucitasen de todas las heridas de la guerra y de tantos meses viviendo sólo en el desamor. Me dejé ir en un placer de pasividad y fui feliz cuando él, sin experiencia pero decidido, me abrió todas las puertas del placer. En mi percepción de las cosas, David no me besaba o penetraba trastocado por una pasión instintiva. Su instinto sólo podía poseerme así porque me amaba. Por supuesto que me amaba, lo noté en cada gesto con que me doblegaba.

No dormimos para poder disfrutar de todas las horas que nos quedaban. Aún no había amanecido cuando empecé a oír el ruido que hacían nuestras madres trajinando en la cocina. De golpe, Mercè abrió la puerta.

—Eh, vosotros, arriba.

La puerta se cerró. Y con ella se cerró también la luz para

vivir.

Llegamos justo a tiempo. Frente al consulado esperaba ya el autobús, aparcado y rodeado de gente. Destartalado era poco, y no había que ser un experto en nada para entender que estaba especializado en operaciones peligrosas. Se le veían las heridas en cualquier rincón al que mirases.

Los del consulado habían previsto salir temprano porque se anunciaba un éxodo masivo. Cuando el cónsul nos vio cargando a mi padre, que no podía aguantar más el dolor, debió de compadecerse de nosotros porque se acercó para atendernos personalmente. Es curioso cómo, incluso en aquellas horas espantosas, la buena educación en cada gesto y en cada palabra de aquel señor elegante nos hizo el drama mucho más llevadero. Dos miembros del consulado, uno arriba y el otro abajo, nos asignaban los asientos del autobús que nos correspondían. Los nervios, la desesperación y las despedidas inacabadas convivían con una mal disimulada prisa por huir.

Cuando todos estuvimos en nuestro lugar busqué los ojos de David, que me miraban obsesionados por decirme adiós. Creamos así, en la distancia que nos separaba, un espacio denso y amoroso, como protegido de ese caos de angustias que nos rodeaba. Por desgracia, duró pocos segundos, justo mientras el autobús arrancaba, muy poco a poco, traqueteando y a trompicones. Fue una imagen tan bella que aún hoy, cuando la recuerdo, se me estremece el cuerpo y puedo recuperar por unos instantes los sentimientos de ternura infinita que habitaban dentro de mí.

Un terceto de hombres, que desde luego parecían dispuestos a todo, eran los encargados de conducir a buen puerto, o sea, a la frontera, aquel ingenio desvencijado: un chófer y dos escoltas que se veían jóvenes pero bregados. Los tres eran de la CNT y estaban firmemente decididos a

hacernos llegar a Francia al precio que fuese. Me parece, Lluís, que soy de los que puede testimoniar que, en aquel caos de circunstancias, el gobierno de la Generalitat intentó ser cuidadoso hasta el último minuto y no perdió los papeles. También puedo dar fe de que se pudo contar con algunos voluntarios de la CNT para muchas operaciones arriesgadas que fue preciso realizar en aquellos últimos momentos. En cualquier caso, la Generalitat les había pedido proteger la vida de unos ciudadanos extranjeros, aunque algunos fuésemos descaradamente de la Barceloneta, y a buen seguro que lo harían. Por dentro pensaba que mi padre se lo merecía, pues era uno de ellos.

Desde el inicio del viaje, y según conviniera, se subían a la parte de arriba, cargada de maletas y hatillos, desde donde podían ver la apretada fila que nos precedía. Si era necesario, cuando se hacía más difícil avanzar bajaban para encaramarse al exterior de las puertas, desde donde se mostraban, gritando y agitando las armas. El nuestro era un autobús oficial de la Generalitat puesto a disposición del consulado francés y en misión oficial. Pero pronto no hubo credenciales que sirviesen ante el impresionante gentío, compacto, que formaba una serpiente agónica que llegaba hasta la frontera.

Voy demasiado rápido. Cuando salíamos de la ciudad, desfilaron ante nosotros las imágenes de una Barcelona en ruinas, gris, en la que ya no quedaba nada de aquel espíritu atrevido y culto que había seducido a medio mundo. Era una ciudad que capitulaba. Igual que el día que entré huyendo del Ebro, la gente transitaba por las calles con los ojos huidizos: nadie se atrevía a mirar a nadie. Para algunos por fin llegaba la hora de recibir a los vencedores, aunque aún tenían que esconder el ansia de una espera deseada día tras día durante más de dos años. Unos probaban a renegar de su

republicanismo y de todo aquello en lo que creían, mientras decidían si salir a recibir a las tropas fascistas con un entusiasmo que les permitiera camuflarse mejor. También estaban los que dudaban entre quedarse o irse, sabiendo que el enemigo ya se acercaba a Barcelona y que su tiempo se acababa. Llevaban escrita en la mirada la desazón de esa angustia. Y al final quedaba la nuestra, que miraba aquella pobre ciudad pensando que quizá lo hacíamos por última vez, camino de un exilio implacable.

Cuando dejamos atrás los últimos barrios y empezamos a avanzar por las carreteras que llevaban hacia el norte fue como si entráramos en el final de los tiempos, de la civilización: niños, ancianas, mujeres, hombres machacados, animales, todos juntos en la carretera, a pie, en carro, tartanas, camiones destartalados, renqueantes coches medio desmontados, formando todos ellos una cola de moribundos que se perdía en el infinito. Cuanto más avanzábamos, más se llenaban las cunetas de sacos, camas, muebles, maletas, colchones, personas, caballos, corderos. Recuerdo a ancianas sentadas en el suelo implorando a gritos que las abandonaran, que no querían continuar. Y de vez en cuando, en un gesto de supervivencia, pese a todo deseada, dejábamos la carretera porque venían los cazas italianos a ametrallarnos. Y más gente muerta, más animales muertos, heridos destripados, gritos ahogados en un tempo infernal de lentitud, avanzando entre una confusión de inhumanidades expuestas al mundo, encogidos por el miedo y el frío de un invierno impío que nos paralizaba la respiración. No he visto nada tan triste como aquello, señor director, ni siquiera el final de la batalla del Ebro, y la suerte de morir pronto, como será mi caso, me ahorrará ver nada parecido a lo que tuve que vivir en aquel viaje.

A medida que nos íbamos acercando a Le Perthus…

¿Conoce Le Perthus? No sé si con el turismo ha cambiado algo. Es un pueblecito fronterizo reunido alrededor de una calle que lo atraviesa y que tiene una parte de Francia y otra de España; imagino que Catalunya debe de quedar en medio. Pues como le decía, cuando nos acercábamos, el cuello de botella de aquella procesión de miserias y tormentos se hacía cada vez más angosto. Ver a nuestros muchachos de la CNT bajar del autocar tratando de abrirnos paso explicando, empujando o amenazando a aquella pobre gente, que tenía tanta o más prisa que nosotros y tantas o más necesidades, diciéndoles a gritos que se nos tenía que proteger en nombre de la Generalitat y de la República era una gesta y también una infamia. Pero así fue como, a trancas y a barrancas, llegamos hasta aquella frontera que cerraba el paso a todo el mundo. Sin embargo, la bandera francesa que hacían ondear nuestros chicos sobre un rótulo bien visible del *Consulat Français de Barcelone* nos abrió paso hasta pocos metros de la libertad.

Allí bajamos del autobús, agotados por el viaje, no sabiendo cómo darle las gracias a un chófer al que no veríamos nunca más. Uno de los muchachos se ofreció para ayudarme a cargar a mi padre, casi inconsciente, que con cada movimiento se retorcía de dolor, mientras otro iba delante empujando a la gente y señalando que llevábamos a un enfermo. Imagínese, ¡debía de haber centenares de personas alrededor! Así recorrimos los interminables pocos metros que nos separaban de la deseada barrera que guardaban los gendarmes. Cuando el que mandaba nos devolvió los papeles y nos dio permiso para entrar entre dos filas de gendarmes negros, mi madre preguntó al chico de la CNT qué iban a hacer ellos.

—Nos volvemos para Barcelona, tenemos que recoger a una gente de letras y volver para aquí.

Cuando oyó esas palabras, dichas con una naturalidad que estremecía, mi madre se quedó helada y cogió todos los mendrugos con pescado salado que Mercè le había preparado y se los dio.

—Para ti y tus dos compañeros.

El mozo le ofreció una fresca sonrisa de agradecimiento y se marchó. Mi madre lo sustituyó cargando a mi padre. Yo, avergonzado. Aquellos días, las gestas las protagonizaban los héroes sencillos.

Podría hablarle de todo lo que siguió, de la amabilidad de los gendarmes franceses con nosotros y de las malas maneras con que recibían y trataban a los demás. De la fortuna que tuvimos que pagar por el coche donde aposentamos con urgencia a mi padre. O del camino hacia Sète, entre la belleza calmada y armoniosa de las viñas del Rosselló que morían en aquellas playas. Unas playas desiertas que en pocos días se convertirían en impúdicos y crueles campos de concentración destinados a los refugiados que habíamos dejado atrás y que soñaban, ingenuos, con la acogida de una república libre y democrática. Válgame dios… O de la primera visión de Sète, el viejo puerto. Qué ciudad tan bonita, Lluís, ¿la conoce?… Era el mismo día en que las tropas fascistas entraban en Barcelona. O de cómo abrimos emocionados las puertas de aquel *bistrot* como si fuera nuestro último paraíso. Los ojos permanentemente llorosos de mis abuelos. O de la muerte de mi padre al cabo de cinco días…

Es posible, señor director, que todo eso pudiera conmoverle, y quizá sería una historia interesante para usted. Pero la que yo le estoy contando no seguía mi camino. Mi historia continuaba en Barcelona, en el cuerpo de un chico que apenas tenía diecinueve años y que se quedó en la ciudad pensando que todo sería gris y triste. ¡Cuánto se

equivocaba! Sería mucho, mucho peor.

En la próxima sesión, recuérdeme que le enseñe alguna vieja fotografía de cómo era Sète, seguro que le gustará. Ahora, si me permite…

VIGESIMOSEGUNDA GRABACIÓN

David volvió al puerto con sus padres y no puedo saber qué sentimientos exactos albergaba su corazón, pero, conociéndolo, seguramente pensaría cómo aprender a esquivar los obstáculos y acertar la estrategia para sobrevivir. Siempre le habían dicho que era inteligente. Ahora tendría que aplicar ese don para poder flotar en un magma mugriento y pegajoso.

Lo que voy a relatarle de ahora en adelante quizá no sea exactamente lo que sucedió, detalle por detalle. Con los años he ido reconstruyendo una historia que yo no viví pero que necesitaba conocer para seguir respirando. Retazos de conversaciones con Mercè, pormenores que he ido sabiendo de aquí y de allá, y, finalmente, lo que el propio David me quiso contar. Así pues:

El día que los *nacionales* entraron por la Diagonal, Mercè, Màrius y David también fueron a recibirlos, y seguro que aclamaron y vitorearon al ejército triunfador tanto como el

que más. No le extrañe, mucha gente fue para tratar de no enemistarse con el nuevo orden. Pero también había mucha que estaba allí de todo corazón. Unos porque eran simpatizantes del fascismo y otros porque deseaban con tal fuerza que la guerra se acabase que necesitaban un ejército ganador, fuera quien fuese. Pero que fuese de una vez por todas.

Mercè no escondió ni guardó nada que los pudiera comprometer ante el nuevo régimen, lo quemó todo. Aunque ellos no se habían significado, se decía que cualquier papel con un lenguaje republicano levantaba las sospechas y recelos de los vencedores. También les habían llegado noticias de las escabechinas y matanzas con que habían asolado las tierras conquistadas. Lo quemó todo.

Casi inmediatamente después de la entrada de las tropas aparecieron por el barrio nuevos vecinos a los que nadie conocía pero que por su carácter todos reconocían. Eran los nuevos amos, o al menos habían llegado con ellos, y sólo por eso ya había que mostrar respeto por su supuesto estatus superior, por mucho que fueran tan desgraciados como el que más de los nuestros. En pocos días, muchos ya tenían trabajo en puestos de «confianza» relacionados con la nueva administración. Era otra clase de ejército, pero muy eficiente. Carteros, estanqueros, serenos, vendedores de billetes de metro, conductores de autobús, revisores de tranvía… Detrás de cualquier taquilla, ventanilla o mostrador relacionado con la administración o el servicio público tenías la seguridad de que encontrarías a uno de los suyos. Configuraban una telaraña amplia y compleja que proseguía en la calle una labor que empezaba en lugares mucho más tenebrosos. Interpelaban, espiaban, denunciaban, controlaban. La delación era el arma preferida. También vigilaban que en los lugares públicos no se hablara catalán. Y pobre de ti si se te

escapaba alguna palabra en tu lengua, porque te reprimían gritando, insultando, haciendo pedagogía pública para que todo el mundo se enterase del nuevo sistema y de sus normas. Nadie se atrevía a contradecirlos porque, si no te notaban lo convenientemente sumiso y no cambiabas de idioma de inmediato, te denunciaban a la autoridad competente, con mucha más mala leche, contundente y expeditiva. No se sabía de dónde habían salido, pero allí estaban, mandando y disponiendo de todo y de todos, ocupando casas de los *rojos* y *separatistas* que habían huido en el último momento.

Pocos días después de la capitulación de la ciudad, David recibió una orden que lo interpelaba para que se presentase inmediatamente en el cuartel del Pla del Palau. Ello no levantó ninguna aprensión especial en la familia. Los nuevos capitostes habían anunciado y amenazado con que llamarían a todos los chicos para enrolarlos en el servicio militar tanto si ya lo habían hecho como si no. Era preciso purificar a todos los jóvenes de cualquier rastro republicano, democrático, marxista, catalanista o anarquizante que a buen seguro los estigmatizaba. Había pues mucho trabajo que realizar.

Como ya podrá usted suponer, mis queridos amigos ya lo habían hablado de manera obsesiva y siempre llegaban a la conclusión de que, incluso si la enfermedad de su ojo no lo libraba del servicio militar, David sería destinado a algún servicio auxiliar. No tenían ninguna duda. Y eso ya lo consideraban ventajoso, porque probablemente lo destinarían a Catalunya, y no a cualquier otro rincón de la Península, como hacían con los demás para zambullirlos, o sumergirlos, en la *Unidad de la Patria española*.

Mercè creía que con sus dotes para las matemáticas o la literatura lo pondrían en intendencia. O quizá al servicio de

algún oficial, de escribiente… En cualquier caso, y fuera donde fuese, estaba segura de que pronto se darían cuenta de las cualidades de su mente y las aprovecharían. De los invasores se contaban barbaridades de todo tipo, pero la certeza de que en aquella casa nunca se habían significado en nada político y que no podían estar en ninguna lista negra los tranquilizaba.

Mercè reunió un fajo de certificados y papeles que avalaban que David tenía un ojo sin visión, inútil del todo. Y mi compañero salió de casa disfrazado con los emblemas precisos, dispuesto a alzar el brazo tantas veces como le pidieran y a hacer una completa exhibición de castellano, que un amante de Góngora como él resolvería con facilidad. Y ciertamente, desde que entró en la sala de reclutamiento todo fue bien, no le encontraron antecedentes «peligrosos», ni a él ni a su familia, los papeles y certificados médicos fueron haciendo su trabajo y al final lo enviaron a otra sección del mismo edificio para pasar una revisión médica. El médico militar le hizo un reconocimiento minucioso y enseguida llamó al oculista, que, después de leer cada uno de los certificados e informes que David presentaba, le hizo una exploración a fondo del ojo y, a continuación, un reguero de pruebas. Cuando le pareció suficiente, escribió a mano un informe favorable que pasó al oficial médico, y éste escribió otro, recomendándolo para *Servicios Auxiliares*, me parece recordar que se llamaba. David estaba exultante por dentro, lo estaba consiguiendo. Una vez estuvo todo firmado, lo hicieron volver al despacho de reclutamiento. Presentó el nuevo informe médico al mismo soldado del principio y éste se lo pasó a un superior. Todo iba bien. Complicado y molesto, pero bien. El tiempo se enlentecía, aunque en la buena dirección. Le hicieron firmar un montón de papeles, escuchó disimuladamente algún comentario entre los

soldados: «Éste se salva», y ya lo habían destinado a un cuartel de la ciudad para dedicarse a las denominadas tareas auxiliares.

Fue entonces cuando el maldito destino abrió de par en par las puertas de aquel despacho para que apareciera la figura de un suboficial. Se hizo el silencio. Penetró en la estancia poco a poco. Era atlético, no demasiado alto, con una pose de perdonavidas, y miraba a los demás seguro de su autoridad. El sargento Antonio Garcés y no sé qué más. En cuanto entró ya se notó que mandaba, porque todos los soldados se precipitaron a ponerse firmes y sumisos a lo que él pudiese decir.

Dejó caer su atención sobre David. Lo repasó de arriba abajo, no sé qué le debía de ver aquel hijo de puta. Se acercó y, dirigiéndose al soldado sin dejar de mirar fijamente a David, exigió que le pasara los papeles que estaba a punto de entregarle.

—¡Dame! A ver, ¿adónde va este pajarito?

Cogió los papeles, los certificados médicos, de estudios, todo, y empezó a leerlos mientras, remarcando cada palabra, iba diciendo:

—Uy, pero si va de monja… un poco de cocina… un poco de buena caligrafía… mucha cultura… ah, un ojo… Se nota que no los tienes bien puestos, un ojo a la virulé no merma a un hombre de verdad. ¿No conoces a Astray, hijo de puta? Detrás de esa carita de maricona con estudios, ¿qué hay? ¿Uno de la FAI o un cura sodomita?

David se quedó quieto, sabía que ningún movimiento lo ayudaría. Callado y en una postura sumisa. Eso era lo mejor que podía hacer mientras su cabeza iba a mil por hora calculando las escapatorias para sobrevivir a aquel animal. Y no las encontraba, no había ninguna. Quieto, mudo, esperando que la tormenta pasara. Pero al Gran Cabrón se le

había desatado algún nervio incontrolado, algún deseo oculto lo empujó a iniciar una especie de solo teatral delante de sus subordinados mientras se le inflaba el pecho de patrióticos efluvios y los cojones de virilidad.

Se dirigió a David como aquel torero que ya ha decidido dónde clavará la estocada.

—Dime, nenaza, ¿así que no ves?

—No, señor.

—¿Y de qué ojo no ves, nenaza?

Lo decía poco a poco, sabiendo que tenía un auditorio impresionado y una víctima propiciatoria.

—Del ojo izquierdo, señor.

—Mirad a este maricón, está tan acojonado que se lo ha montado para que nadie pueda decir que miraba a la izquierda, ¿no? Ja, ja, ja… —Se dirigía a sus subordinados, que reían con ganas los chistes del sargento.

Una pausa eterna. El Gran Cabrón parecía reflexionar. Por fin vomitó la sentencia:

—¿Pues sabes, nena? Si no ves por el izquierdo, te voy a dar trabajo por el derecho. ¡Tomás! —bramó a uno que estaba sentado en la mesa donde se daban los destinos—. Pónmelo conmigo, quiero darle por el culo personalmente, en mi batallón. Me cabrean estos mojigatos estudiosos que se creen superiores a los que dan la vida por España. ¡Que se presente mañana!

Se dio la vuelta, no dijo nada más, tan sólo se oyó el «Sí, señor» de Tomás. Aquel mamarracho cerró la puerta sabiendo que armaría un gran estrépito, dejando tras de sí a unos soldados boquiabiertos e impresionados. David vio cómo ponían sus papeles en una carpeta gris y cumplimentaban uno nuevo. Era la orden donde se especificaba que al día siguiente tenía que presentarse en el castillo de Montjuïc, a las siete de la mañana.

Conociéndolo, Lluís, supongo que regresó a su casa abatido por lo que se le avecinaba. A pesar de que las cosas se habían torcido no debía de estar totalmente desanimado. Por un lado lo destinaban a Barcelona, muy cerca de casa. Se tendría que acostumbrar a tratar con aquel sargento, pero ya saldría adelante. De momento no tenía que asustar a sus padres. Tranquilo. Todo va bien. Un tiempo para pasarlo mal. Aguantaría lo que hiciera falta.

La versión que recibieron Mercè y Màrius estuvo tan arreglada que más bien parecía que al día siguiente empezara en la universidad. Y para ellos, creérselo era como una tabla de salvación donde se agarraban con todas sus fuerzas. Sin embargo, no fue tan idílico como mi Amado se lo pintó.

Al día siguiente, a la hora indicada, subía inquieto hacia el castillo de Montjuïc. Se juntó por el camino con otros chicos que también estaban destinados allí. Se notaba que para algunos todo aquello era nuevo, como para él. Otros, en cambio, era evidente que hacía poco que se habían quitado los uniformes de la República para cambiárselos por los nuevos, y ahora estaban allí, como jóvenes envejecidos que se tenían que hacer perdonar por el nuevo régimen. El tenebroso castillo de Montjuïc, amenazante desde lo alto de la montaña, siempre a punto para aplastar la ciudad, los recibió indiferente, ocupado como estaba con encarcelamientos, interrogatorios y torturas. Los chicos caminaban como un rebaño encogido, mirando desconcertados aquella fortaleza que ninguno de ellos conocía. Nada más entrar, presentaron los papeles y alguien los guió a través de puentes, salas, pasadizos, hasta dejarlos junto a un foso amurallado donde los esperaba un pequeño grupo de veteranos. Cuando a fuerza de gritos, insultos y empujones los tuvieron formados se hizo el silencio y se

quedaron inmóviles. Unos segundos. Nada. Unos minutos. Nada. El ambiente se tensaba solo, y cada recluta se podía notar los latidos del corazón. Nadie se movía, ni siquiera los veteranos. Todos entendían que tenía que suceder algo importante. Entonces, por una boca pequeña del muro central, apareció él, el sargento, Antonio Garcés, el Gran Cabrón.

Lo hizo de manera teatral, al parecer siempre lo hacía así, como esperando la atención del público, y aquella docena de pipiolos asustados lo miraban acojonados, como a él le gustaba. Avanzó parsimonioso, con los pantalones bien ajustados, para que se le marcara muslo y paquete, «que los tenía bien puestos», como no cesó de repetir durante las interminables horas de ejercicios físicos pensados más para humillar la mente que para fortalecer el cuerpo.

Cuando llegó hasta el grupo, pasó delante de ellos como un torero exhibiendo atributos, se detuvo lánguido ante David, mezclando una sonrisa de desprecio con una mirada de seductor italiano de la vieja escuela:

—Tú, David nosequé, tengo tu ficha arriba. ¿Así que un buen estudiante? Te voy a meter tus brillantes notas por el culo.

David mantenía una actitud de vencido, entendía que eso era lo único que el otro buscaba y procuraba satisfacerlo tan pronto como fuera posible. El pobre aún no había entendido que no eran sus ideas, ni su enfermedad, ni ser de la Barceloneta, ni ser bello como un dios lo que ofendía a aquel macho en celo de venganza. Lo que no soportaba aquel malnacido, lo que quería aniquilar y que veía como un peligro para él y para la patria era ese destello de inteligencia que mi amigo desprendía incluso sin querer. Todos los certificados de estudios, informes escolares y notas que habían caído en manos de aquel desgraciado lo proclamaban en cada una de

su páginas. Era eso, por encima de todo era eso. La inteligencia siempre ha provocado el miedo de los totalitarios, es algo sabido, Lluís. Aquel fascista de los cojones no lo soportaba y, para desgracia de mi Amigo, había desarrollado un don especial: detectaba el rastro con el instinto de un perro hambriento de carne.

Los primeros días fueron de espanto. Bajaba del castillo solo, como aturdido, iba a pie hasta el Moll de la Fusta, miraba los barcos sin verlos, llegaba hasta casa, apenas cenaba y se metía en la cama. No era el esfuerzo físico extenuante a que lo sometían, ni siquiera los lavados de cerebro. Lo que más lo sublevaba eran las palabras humillantes de aquel perro, que le devoraban el alma, aquel asedio constante, provocador, esperando una respuesta inadecuada cuando le llamaba «nenaza» en un tono especial, mientras los otros reclutas buscaban la complicidad de su sargento y empezaban a sonreír abiertamente…

Pasados unos días, mientras bajaba del castillo, se le acercó en silencio un chico del grupo, Víctor. Un joven de casa bien que parecía tímido, sensible y con un físico tirando a esmirriado. O sea, nada que fuera apreciado en aquellos tiempos. De algún modo, Víctor se olió que David era de los suyos o que en él encontraría a un compañero. Ese primer día no se hablaron y, llegando a Colón, él se fue hacia arriba, hacia la parte alta de la ciudad, y David prosiguió hacia su barrio.

Los días se sucedían encadenando dureza con insultos, humillaciones, bofetadas por nada, patadas en los cojones para doblegarlos, golpes de culata sin motivo. Un rosario de salvajadas sólo porque sí, para hacerlos sentir una mierda. Pero una maldita mañana apareció el sargento Antonio Garcés, con cara y ademán de extrema satisfacción. Todos sabían que su excelente humor no era un buen presagio. Los

hizo formar y después inició una especie de paseo pausado y controlado delante de los soldados, con una postura que parecía más de cabaretera que de militar, tanto era lo que le dominaban sus ganas de exhibirse. Cuando consideró que ya los había impresionado bastante, y con la voz impostada de quien busca un tono viril, les anunció:

—Bueno, nenazas —utilizaba esta expresión como un martillo—, os he escogido uno a uno. Sé lo mariconazos y cobardicas que sois, la mayoría de vosotros sois desgajos de escoria republicana y alguno se quería escaquear del servicio a la patria como una mujercita. Pero ya os he encontrado el sitio justo para que vuestra cobardía sirva para algo grande.

Hizo la pausa conveniente y continuó:

—A partir de hoy formaréis parte del batallón de fusilamiento de este castillo de Montjuïc. A mi mando. Por lo menos vuestra cobardía de nenas servirá para matar rojos, que tienen muchos más huevos que vosotros y mucha menos suerte.

Dijo algunas barbaridades más en un lenguaje cuartelero que helaba cualquier neurona capaz de razonar, mientras todos lo miraban asustados. Él, que dominaba cada gesto de su actuación, se lo hizo venir bien para irse colocando delante de David, presumido, mirándole a los ojos, y cuando acabó la arenga cambió el tono patriotero por el de seductor macarrónico para, con la mirada fija en los labios de éste, decirle:

—¿Ves, mariconazo? Te quería conmigo… y te he encontrado trabajo para tu ojo bueno, el derecho. Apuntar… apretar el gatillo… disparar… y… matar.

Lo decía lentamente, masticando cada sílaba, con un deje de deseo en la voz, como si lo estuviera violando. En realidad lo estaba haciendo. Y con qué éxito. David se sintió poseído por aquel malnacido que lo trituraba muy adentro. Temblaba

escuchándolo, imaginando el oficio que aquel hijo de puta había elegido para él: verdugo. Lo quería de verdugo.

Cuando se le acabó el orgasmo, el Gran Cabrón se alejó decidido y desapareció a paso rápido, como acabando una escena. David pudo oír cómo Víctor se lamentaba a su lado con una desesperación contenida:

—Lo sabía, yo ya lo sabía.

Al cabo de un rato les repartieron unos fusiles y se ejercitaron unas horas en el funcionamiento de aquellas armas, hasta que el sargento regresó. Fue entonces cuando por primera vez les hicieron disparar. Al principio, uno por uno, y después ya sin parar. Lo hicieron sobre un colchón enrollado en un palo que les sirvió de objetivo. David comprobó que su ojo bueno era más que suficiente para aquella tarea mientras en su interior se iban cerrando las puertas de escapatoria que había imaginado una noche tras otra. Los gritos, insultos, golpes, miradas amenazadoras y conquistadoras aumentaron hasta que el Gran Cabrón consiguió que el grupo empezará a mecanizar el «trabajo». Porque en el fondo era cuestión de eso, de mecanizar la matanza.

Cuando acabaron, y en formación, tuvieron que escuchar la voz prepotente de aquel presuntuoso débil mental:

—Bueno, nenazas, mañana miraré si encuentro algún rojillo para cambiar el colchón y nos lo jodemos vivo.

Y se fue. Así, sin más. Se fue.

Yo no sé decirle lo que debía de sentir David. Mi Amado había hecho de la sensibilidad y el respeto una forma de ser, de convivir. Imaginar que al día siguiente en vez de aquel colchón destrozado por las balas habría alguien, un hombre, una mujer, un joven, un viejo, tanto da, alguien aferrándose a la vida, se le hacía insoportable.

Poco después los reclutas bajaban en silencio hacia el

puerto. Estaba oscureciendo. Víctor se le acercó un poco más y comenzó a desfogarse.

—Yo ya lo sabía, ¡me lo podía imaginar!

David no contestó nada, estaba ensimismado en sus fijaciones y apenas escuchaba cuando Víctor empezó a contarle que su padre, Narcís Casamitjana, el día antes de que fracasara el alzamiento golpista en el que estaba conjurado los envió prudentemente a él y a su madre a Francia primero y a Navarra después. El señor Casamitjana, con una fortuna incalculable y un fanatismo ultramontano, optó por quedarse a guardar el patrimonio y por si aún había alguna oportunidad de cargarse la República. Se ocultó en una especie de escondite de su casa, en la parte alta de la ciudad. Convenció a una criada de su confianza y a su marido, que era de la CNT, para que fueran con toda su familia a vivir en la casa señorial y aparentasen que la habían ocupado. Les ordenó que deterioraran el jardín, las puertas de entrada, los ventanales, todo lo que hiciera falta, y que pintasen bien visibles por toda la finca las siglas de la CNT y de la FAI. Se encerró en su refugio e hizo durar aquella comedia dos años. Y a fe que la representaron convenientemente. Aquellos pobres de solemnidad no lo traicionaron jamás ni se fueron de la lengua, guardaron los bienes y propiedades con el señor dentro, al que alimentaron fielmente hasta el día en que entraron los *nacionales*.

Víctor puntualizaba, mientras hilvanaba su monólogo, que ahora la criada era su «tata» y el marido de la CNT el nuevo y flamante chófer del señor Casamitjana. Pasados aquellos dos años espantosos y claustrofóbicos, el señor Casamitjana se convirtió en un vencedor, un ganador sediento de venganza. Pero en su entusiasmo por el nuevo fascismo, por el régimen victorioso, había un agujero negro: era su hijo, Víctor. El

débil y desdichado Víctor, nada proclive a querer ni aprovechar lo que él y la nueva situación le ofrecían generosamente. Aquel muchacho le había salido demasiado sensible, más femenino que bien formado, más de leer tonterías que de jugar a fútbol. Y si bien le había dado por la religiosidad, no en la forma que su padre le exigía: el buen catolicismo militante, de saludo fascista y conquistador de almas a hierro y fuego. Desgraciadamente, el niño le había salido compasivo, benevolente. Como una monja, vaya. Así que decidió hacerlo un hombre a través de sus influencias entre las altas esferas militares. Escogió y pidió expresamente que lo destinaran a un lugar ideal para foguearlo. Y nunca mejor dicho, Lluís. En el pervertido oficio de destruir a las personas que no merecían vivir en el nuevo orden.

Víctor le relataba todo esto compungido, pero el pobre David no podía compadecerlo de tanto como se compadecía a sí mismo. A pesar de que no les contaba a sus padres casi nada de sus vicisitudes en Montjuïc para no preocuparlos, aquel día, aquella noche, antes de cenar, no pudo más y rompió a llorar. Dijo entre sollozos, con una voz sin aliento, que al día siguiente tendría que fusilar a alguien.

El silencio se apoderó de aquel espacio humilde y hasta que no pasaron unos cuantos segundos Màrius y Mercè no reaccionaron. Primero, asustados y afligidos; después, indignados y vehementes. Pero a medida que mostraban su cólera, su indignación, veían cómo las facciones de David se iban desdibujando por la tristeza, perdían su templanza. Comprendieron que por ese camino sólo conseguirían que su hijo se derrumbase todavía más.

Mercè intentó cambiar el tono y, no sin esfuerzo, buscó palabras que lo tranquilizasen.

—David, no te preocupes, ya verás como vosotros no

tendréis que fusilar a nadie, os lo han dicho para asustaros. Eso lo harán soldados más veteranos, de los suyos, que además tienen ganas de hacerlo. Ya lo verás.

Pero Màrius, que callaba, no estaba de acuerdo en hablarle así. Pensaba que por el camino de la simulación no le ayudaban nada y que más valía prepararlo para sobrevivir en los duros parámetros de la nueva realidad. Ahora faenaba en un barco llamado *Albatros* y, entre los pescadores había uno de los recién llegados, que se vanagloriaba de tener un hermano en el ejército vencedor destinado en Montjuïc. Sin mencionar para nada a su hijo, y haciéndose simpatizante de las nuevas ideas, Màrius aprovechaba que el individuo charlaba por los codos para sonsacarle tanta información como podía. No le costó demasiado obtenerla, aquel pescador le hablaba con una rara naturalidad de todas las «acciones de limpieza» que tenían lugar y del tiempo que durarían, hasta que el país quedara limpio e inmaculado.

Se levantó apartando la silla para sentarse junto a su hijo, le pasó el brazo por el hombro y le dijo lo que sabía:

—Mira, David, me temo que ejercerán una represión que no tiene nada que ver con lo que hasta ahora conocemos. Y hemos visto unos cuantos disparates. Entre los pescadores con los que faeno hay de todo, pero los mejor conectados dicen que las ejecuciones van, e irán, a todo trapo durante meses. Lo tienen estudiado y preparado. Quieren eliminar, limpiar, dicen ellos, a todo aquél que se significó. Quiero decir… que quizá sí, que quizá algún día te veas forzado a fusilar a alguien.

Màrius se moderó un poco, parecía que le avergonzara lo que iba a acabar diciendo, pero sin embargo lo dijo firme:

—Si eso llega, no te derrumbes, no te lo perdonarían. Haz lo que te digan y apunta como lo harán todos. Después, dispara desviado, para que la bala, por poco, no pueda tocar

a ninguno de esos pobres desgraciados, que…

A Màrius se le apagaba la voz a medida que se iba escuchando y Mercè se limpiaba las lágrimas, pero los ojos de David estaban abiertos como platos porque no podía creerse que su padre le dijera que tendría que matar a gente indefensa y que se quedaría más tranquilo si apuntaba al lado. Y sin embargo su padre insistía:

—Nadie sabrá que tu bala no le ha tocado.

Todo parecía irreal. Se levantó de golpe para no escucharlo más y se fue corriendo hacia donde antes estaba la *Sarita*, esperando que el estómago se cansara de contraerse.

Al día siguiente, en Montjuïc, continuaron toda la mañana haciendo prácticas de tiro sobre aquel colchón destripado hasta quedar agotados. Los nervios obligaban a David a orinar muy a menudo. No era el único. Pedían permiso y lo hacían en la misma muralla mientras oían los comentarios obscenos de Garcés, que seguía de muy buen humor.

Inesperadamente, notificaron a los que eran de la ciudad que tenían un permiso de dos horas para ir a comer a sus casas, aunque advirtiéndoles que aquella noche la pasarían en el castillo. Era sencillo entender de qué iba el asunto: el muy hijo de puta les había encontrado un colchón de carne y con sentimientos.

A mediodía, alrededor de la mesa las cosas iban cada vez peor. Cuanto más trataban de infundir valor a su hijo, más le empeoraba el aspecto. Tenían asustado el corazón de escucharse diciendo esas barbaridades, pero aún más de percibir cómo David, ya fuera de la realidad, los miraba como si fueran unos desconocidos. En medio de aquella tensión, mi Amado tiró el plato al suelo con un gesto involuntario y el sobresalto desencadenó unos movimientos que le hicieron levantarse y marcharse de casa. Màrius bajó la cabeza,

Mercè continuó secándose el llanto. Y se quedaron solos, abatidos, presintiendo lo peor.

Y lo peor llegó. Estaba aún oscuro cuando les hicieron levantarse a gritos de unas literas mugrosas y formar a golpes de cinturón. Los caporales condujeron al batallón hasta el patio central, donde les esperaba un camión con el motor en marcha. Una vez arriba y con las armas reglamentarias, el camión se dejó ir por la bajada que conducía a la ciudad. Atravesaron el puerto, la Ciudadela, iban hacia el Besós. Finalmente llegaron a un lugar, casi junto a la playa, donde los hicieron bajar.

Sí, ése era el lugar. Todos los reclutas sabían dónde estaban, todo el mundo en la ciudad temía aquel paraje, el famoso Campo de la Bota. ¿No ha oído usted hablar del Campo de la Bota? Si quiere, puede ir a husmear a ese engendro al que llaman Fórum de las Culturas y bajo los pisos de protección oficial que juraron que construirían usted no se desanime y vaya husmeando, quizá encontrará las balas con que mataron a centenares de personas. Allí, tan cerca del mar, era donde se llevaban a cabo la mayor parte de los fusilamientos de Barcelona. Había una pared machacada y mordida por las balas que se escapaban de los cuerpos de los ejecutados. Un espacio tétrico, solitario, la gente moría allí mientras, a pocos metros, las gaviotas podían ver cómo nacía el sol en la lejana línea del mar. Una suerte de escarnio estético, si me lo permite.

Continuo. Viendo aquel escenario y lo que representaba, algunos soldados empezaron a temblar. Otros parecían más indiferentes, y también había otros que galleaban, como si no les fuera del todo mal desfogarse con tantas garantías. Pero todos los rostros se transfiguraron al ver llegar un coche negro de cuya parte delantera, y después de una frenada silenciosa en medio de una nube de polvo, descendió Garcés.

Éste miraba pausadamente al batallón, como contándolos. A continuación, un soldado veterano abrió la puerta de atrás y con malas maneras obligó a bajar a un hombre delgado, frágil y con las manos atadas. Aquel hombrecillo, corto de estatura, la piel de la cara muy blanca, un poco calvo y con un bigote recortado a la manera de la época, era a quien tenían que fusilar. Podía ser un comerciante, quizá un maestro… Conociendo a David, le puedo asegurar que su cabeza fue acumulando especulaciones sobre esa persona con un físico tan anodino que parecía incapaz de ningún acto que mereciera la muerte. Pero en ese instante, saber si el hombrecillo era culpable o no ya era del todo inútil. En ese instante lo importante era saber si podría matarlo, si sabría dispararle, si aceptaba formar parte de esa maquinaria de asesinar. Procuraba no mirarlo, no encontrarse con sus ojos. Los dedos, el cuerpo, el espíritu entero le sudaban angustia.

Cuando todo estuvo preparado, el veterano quiso vendar los ojos del prisionero. Pero aquel hombre enclenque dijo que no, que quería mirarles a la cara. Algo debió de recelar Antonio Garcés, puesto que sintió la necesidad de decir unas últimas necedades para arengar a la tropa:

—Venga, nenazas, cuando hayáis acabado con ese rojo os sentiréis más hombres. Apuntad al corazón y a la cabeza. Venga.

Después se echó a un lado y con la voz impostada, aunque de tanto que quería gritar le salían gallos, bramó las letanías de aquel ritual macabro:

—Atención.

David levantó los ojos y miró a aquel hombre.

—En posición.

No era un colchón, era un hombre que le miraba directo al corazón.

—Carguen.

No puedo disparar, no podré mirarme nunca más, quiero morir.

—Apunten.

Serenos, llenos de bondad, todos los sentimientos se le acumulaban en los ojos, sin ningún miedo.

—¡Fuego!

El estrépito de los disparos, el cuerpo atravesado de golpe y empujado hacia atrás, la cabeza reventada, los rostros crispados de los soldados, la muerte reinante en aquel recinto. Era un momento de una intensidad tan desmesurada que parecía irreal. Un silencio denso poseía el espacio.

Aquel facineroso caminó decidido a comprobar si hacía falta el tiro de gracia. Seguramente no era preciso, pero disparó igualmente sobre la cabeza destrozada. Después, desde el centro, como en una plaza de toros, caminando presuntuoso hacia el escuadrón, como provocando la embestida, se acercó hasta sentir el aliento de cada soldado y, con una sonrisa repugnante, les fue palpando el cañón del fusil para saber si lo tenían caliente y verificar que habían disparado. Se aproximó a David, le tocó lascivamente el cañón mientras lo miraba provocador a los ojos. Sonrió. Sí, lo tenía caliente.

VIGESIMOTERCERA GRABACIÓN

Mientras tanto, en Sète, yo no podía saber nada de todos esos infortunios. La muerte de mi padre me había dejado muy tocado. No sólo por su pérdida. También porque mis sentimientos por él y por todo lo que representaba se me habían torcido, y eso me tenía confuso. Había sido siempre mi modelo, pero los dos últimos años de la maldita guerra lo habían pervertido todo. No se extrañe si no hablo demasiado de ello. Espero que antes de morir sepa encontrar la paz en su recuerdo.

Por otro lado, los acontecimientos que nos llevarían a la segunda guerra mundial se encadenaban inexorables y ya se adivinaba que el enfrentamiento de Francia con Alemania sería inevitable. Pero aquella bombilla fundida de Hitler, como decía Jimeno, había empezado por Polonia, y eso quedaba muy lejos de Francia, que, utilizando el mismo patrón que con la República española, se quedó quieta, esperando acobardada en vez de intervenir. Los grandes

estrategas del ejército francés pensaron que quizá ese loco se detendría solo… Únicamente le puedo decir que no estoy orgulloso, en absoluto, pero no me sentía involucrado en los problemas franceses. Tenía demasiado reciente el escarnio de esa Europa «democrática» que, tan sólo unos meses atrás, nos había dejado morir a fuego lento bajo la bota que ahora se levantaba para aplastarla a ella.

También debería añadir que me poseía una gran nostalgia, que dentro de mí habitaba una punzada intensa, un ahogo, un dolor que me lastraba en aquel mar de fragilidades. No saber nada de David se me hacía insoportable.

No le extrañe, pues, que la desgana con que servía a los clientes de Le Paradís rayase en la comicidad. Era tan evidente que mi madre me rogaba que disimulase, al menos mientras servía las bebidas en las mesas de los parroquianos. No hubo nada que hacer, pues incluso cuando lo intentaba, voluntarioso, el gesto no tenía vigor; un cineasta como usted diría que no era creíble. Suerte teníamos todos de Marí, que había recuperado el sonido de su nombre, Marie, y, con él, la fuerza para ponerse al frente del local.

Yo iba cada día a la *poste* por si llegaba alguna señal de mi Amado. La gente del exilio sabíamos muy bien que en Barcelona toda la correspondencia era minuciosamente controlada y que las cartas llegaban abiertas a los destinatarios, con el sello de la censura militar estampado en el sobre. Yo no le escribía para no comprometerlo. Tenía que ser él quien lo hiciera primero, para demostrarme que no corría peligro. Y la falta de noticias suyas me provocaba decepciones y dudas, enfermedades de enamorado que me poseían hasta el delirio. Caminaba maquinalmente hacia la *poste*, cada vez con menos esperanzas de saber algo de él, de leer su letra perfecta y delicada. Fueron cuatro o cinco

meses interminables. Al final, decidí que le escribiría yo.

Me obligué a escribir en castellano, porque las cartas en catalán no llegaban a su destino y levantaban graves sospechas. Procurando ser muy cauto en el contenido, dirigí la carta a su madre. Llené las dos caras de una hoja contándole los aspectos más banales de nuestra vida en Sète sin hacer ninguna referencia al pasado. Como si ni hubiera existido. Y al final de la segunda cara reservé apenas unas líneas a mi Amado. Nada, formalidades y asuntos triviales. Menuda tontería. Pero qué quiere, cuando el miedo te atrapa, el cerebro confabula imbecilidades. Mientras iba escribiendo experimentaba hasta qué punto puede ser dolorosa cada línea que escribes a la persona que amas, si no puedes expresarle el alcance de tus sentimientos. Pero no me permití ninguna debilidad o concesión que pudiera parecer comprometedora cuando los militares o la policía abrieran la carta. Y le diré por qué: yo me guardaba un as en la manga, un arma secreta de una potencia comunicativa descomunal. Poseía un código maravilloso para decirle todo lo que sentía por él, un código que estallaría en el jardín de sus sentimientos para expandir los míos y hacer que se encontraran. Un código corto y preciso, enigmático para los demás, clarividente para nosotros. Y lo utilicé: justo antes de firmar, y con letras grandes, me despedí escribiendo junto a mi nombre «Tu AA».

Dos palabras minúsculas y dos iniciales. ¡Tan fácil! Era más que suficiente. No tenía duda alguna. Él entendería la clave del maestro Llull, y en esa expresión palpitaba lo más esencial que yo podía decirle. Escribí aquella carta sólo para poder poner esas dos as, para que él pudiera leerlas. «Tu AA». Aunque se lo cuento emocionado, no puedo evitar pensar que quizá sólo fueran tonterías, pero es que éstas cobraban una gran importancia en aquellos días. Tu AA…

Válgame dios.

En algunas partes de este relato, Lluís, le he insinuado el firme y discreto valor de Mercè. Probablemente no le fuera sencillo entender y aceptar que su hijo se quedara paralizado por no saber afrontar o gestionar una palabra clave en aquellos momentos: *brutalidad*. Porque, oiga, el «nuevo mundo» era el dominio de los brutales, de los capaces de la brutalidad más perversa sin temblores de mano ni de conciencia. Manipulación de la violencia, miedo, represión, tortura… Todo ejercido con una crueldad expeditiva, hasta aniquilar cualquier voluntad de raciocinio, de resistencia. El fascismo debe de ser eso, la brutalidad colectivizada. Éste era el nuevo mundo. Y a David nadie le había preparado para eso. Algunos tenían un instinto lo bastante salvaje como para adaptarse a las normas grotescas del nuevo orden, quizá yo mismo. Pero David no supo levantar ningún muro que lo protegiera ni cultivar alguna hiedra de cinismo a la que agarrarse.

Su vida en Montjuïc era un absurdo que no sabía descifrar. Víctor y él se ayudaban como podían, aunque no dejaban de ser dos náufragos en medio de un temporal inclemente. Se pasaban el día haciendo prácticas de tiro y ejercicios agotadores. Pero por el motivo que fuera, la inmensa mayoría de los fusilamientos eran casi siempre en el Campo de la Bota. Para los soldados del batallón era como jugar a una funesta ruleta. Sabían que las celdas estaban llenas de prisioneros y, si éstos eran significados o importantes, acababan enterándose de cómo se llamaban o quiénes eran. Lo comentaban entre ellos y se entretenían adivinando quién sería la siguiente víctima. Cuando se acercaba una ejecución, fuera por la indiscreción de alguien o porque se respiraba la pesadez de la muerte entre aquellas piedras, los chicos del batallón siempre terminaban sabiendo

que el día se aproximaba. Se decía simplemente:

—Eh, que me han dicho que hay uno al que van a pasear por el Campo…

David había fusilado a demasiadas personas y estaba descendiendo por un túnel depresivo que lo absorbía a zonas cada vez más oscuras, un túnel del que no sabía escapar. Perdió el hambre, se volvió arisco, hablaba solo, se insultaba con palabras groseras. Nadie lo reconocía en ese estado. Mercè era testigo dolorido de cómo su hijo estaba perdiendo la luz. Lo veía caer por una pendiente más y más pronunciada. Ella procuraba estar atenta y mantener el ánimo, pero llegó un día en que su instinto de madre supo que David no saldría indemne del pozo que lo estaba engullendo.

En Montjuïc, Raúl, un chico algo bergante de Bàscara de ésos que sobreviven a todo, soltó un día:

—Ostras, hay una mujer de bandera como no os podéis ni imaginar. Se llama Eugènia Castells, aunque parece que antes del Alzamiento se la conocía con otro nombre, porque era bailarina y cantante en el Paralelo. Dicen que la hembra, además de reventar braguetas, era roja de verdad, y que la quieren pasear cualquier noche de éstas.

Ya se lo puede figurar, al cabo de poco todo el mundo sabía que la *vedette* que corría vida abajo era Blanca Bernard, y cuando David oyó ese nombre una bandada de cuervos le mordió el alma.

Los días que siguieron fueron de espanto. No hablaba y, si lo hacía, era prácticamente ininteligible. Le temblaban las manos, los párpados. Mercè y Màrius, desesperados, ya no intentaban que se animase, tan sólo que sobreviviera.

Muchas noches obligaban a los chicos a dormir en el cuartel, siempre con la angustia de que los despertaran a gritos para subirlos al camión del «paseo» y los hicieran

matar a alguien. No había ninguna pesadilla que pudiera superar el terror de escuchar a Antonio Garcés machacándoles a diestra y siniestra, tratándolos de mariquitas y diciendo imbecilidades para motivarlos. Aquella madrugada, cuando David oyó al Gran Cabrón bramando «¡Venga, nenazas, en pie! Hoy os tengo preparado un plato suculento, sólo para los que seáis hombres de verdad, y no maricones de mierda», supo que una hora maldita estaba llamando a su puerta: la hora de matar a la Bernard.

El alba despuntaba en el Campo de la Bota y en poco rato el sol asomaría por el mar llenando el cielo de tonos rojizos. Pero los chicos del batallón estaban nerviosos, unos fumando, otros callados y expectantes. Todos sabían que estaban allí para destripar a Blanca Bernard. Como siempre, a ellos les tocaba llegar antes de que lo hicieran el Gran Cabrón y la víctima en el coche negro, que apareció como de costumbre, levantando polvo y haciendo ruido con la frenada. Aún no se había detenido cuando Garcés bajaba ya ceremonioso por la puerta delantera, mirando sonriente y triunfador a los reclutas. Un soldado abrió la puerta de atrás, pero se quedó inmóvil, sin atreverse a coger por el brazo a la Bernard y obligarla a salir sin miramientos, a golpes y empujones, como se hacía habitualmente.

Y no fue preciso, porque a pesar de que tenía las manos atadas lo hizo sola.

Verla fue un impacto para todos los reclutas. Era como si la Bernard inundara de belleza aquel lugar tenebroso, o quizá fuera al revés, como si las condiciones tétricas de ese espacio realzaran todavía más lo bella que era.

Sí, se había maquillado como si tuviera que salir al escenario más importante de su vida. Vestía sencilla, pero había puesto sumo cuidado en cada detalle. Se había sombreado los ojos de tal forma que parecían dos faros. No

había ni una pizca de tristeza, miedo o arrepentimiento en su gesto. Era extraordinario contemplarla. Por un momento, hasta el estúpido de Antonio Garcés pareció desconcertado.

El alba se hacía más luminosa a cada segundo. Ella caminó decidida hasta el lugar donde la tenían que matar. No aceptó que le vendaran los ojos. David se estaba descomponiendo por dentro. No podía soportar aquella imagen. Los dedos le temblaban, deseaba que el cerebro le explotara. Perder el sentido, la razón, no ver nada más. Ése era el camino.

Antonio Garcés se acercó a la chica para pedirle su última voluntad. Lo hizo con un tono entre burlón y compasivo, para humillarla delante de la tropa. Pero la voz de la Bernard resonó con una fuerza inaudita para que la oyera todo el mundo, como si ya nadie tuviese el poder de destruirla:

—Sólo quiero una cosa —anunció, mirando sin prisa a todos los soldados, uno por uno, directa a los ojos—. Que no me disparéis a la cara. Os lo pido por vuestras madres. No me disparéis a la cara.

Aquella voz penetró en los rincones más íntimos de los chicos del batallón. Quizá por eso el grito deformado del sargento Garcés inició precipitadamente el ritual de sangre:

—¡En posición!

David estaba fuera de sí.

—¡Carguen!

Que me explote la cabeza, dios mío, que me explote la cabeza.

—¡Apunten!

Y en ese punto la voz del Gran Cabrón se detuvo. Nadie entendía por qué. Era algo insólito, pero no acababa de dar la orden de disparar. Todos miraban la extraña serenidad de la Bernard mientras esperaban el bramido final del sargento. Sin embargo, éste no abría la boca. De repente, aquel

energúmeno se acercó al soldado que le caía más cerca y con un gesto violento le arrebató el fusil. Esos segundos de confusión hacían tambalear el ánimo de muchos soldados. Era la primera mujer que mataban, como disparar a su novia o a su madre, y algunos apuntaban lejos de cualquier órgano vital. David no, la punta de su fusil era ya incapaz de estabilizarse en ningún punto. A cada instante que pasaba los fusiles pesaban más. Hasta que de repente:

—¡Fuego!

El alarido de la orden resonó al mismo tiempo que el disparo del fusil con que apuntaba aquel hijo de puta. El Gran Cabrón se adelantó una fracción de segundo al lapso que siempre separa la orden de la ejecución. Y él sabía por qué.

Su disparo impactó en medio del rostro de la chica, que explotó por los aires ensangrentándolo todo. Esa imagen era la que Garcés quería que vieran. Cuando los chicos apretaron el gatillo ya habían tenido unas décimas de segundo para captar aquella visión escalofriante. Eso era lo que perseguía. Siguió un silencio angustioso, en medio del cual los chicos sólo oyeron el eco de los disparos, que les rompía el alma.

El único que sabía lo que hacía era Antonio Garcés, que se volvió hacia los atemorizados soldados, mirándolos con desprecio desde su pose de torero entrado en carnes. Lentamente, muy lentamente, dio una vuelta entera al cuerpo de la chica, observándole la cabeza, e hizo una pausa. Después giró el cuerpo para mirar fijamente a uno de los soldados. Se encaminó recto hacia él, marcando el paso, ridículo, obsceno, con una sonrisa en los labios y una orden seca y precisa:

—El tiro de gracia.

Ahí se acabó todo. Un grito que surgía de cada miembro del cuerpo de David desgarró el espacio. Después cayó preso de espasmos y convulsiones que lo arrojaron al suelo. De la

boca le salía baba, los ojos en extremo abiertos, mirando a ninguna parte. Todo había acabado. Algo esencial murió dentro de él al ver explotar la cara de la Bernard, y desde aquel instante mi Amigo se convirtió en un saco de tics y gemidos, incapaz de decir nada que tuviera sentido para alguien.

Tal como él rogaba, le había estallado el cerebro.

Mientras los primeros rayos de sol teñían de un dorado precioso aquella maldita pared agrietada por las balas, unos cuantos soldados recogieron del suelo a mi Amado y lo cargaron en el camión para llevarlo al hospital militar.

Sólo muchas horas después avisaron a sus padres. Les mintieron diciéndoles que sufría un trastorno pasajero y que se lo quedarían un tiempo en observación. No les permitieron visitarlo. La oscuridad cayó encima de aquella familia. Se les había apagado su única luz.

Era el mes de marzo del año 40.

VIGESIMOCUARTA GRABACIÓN

No habían pasado demasiadas semanas desde que envié aquella carta cuando recibí la respuesta que me remitía Mercè. Enseguida me llamó la atención que el matasellos era de la *poste* de Perpiñán: la mujer había conseguido que alguien la llevase hasta la capital del Rosellón para que nos llegase sin pasar la censura. Ya se puede imaginar cuán ansioso estaba por encontrar allí unas palabras de David que me curasen de tanta nostalgia. Pero aquella carta no contenía nada de lo que mi corazón anhelaba. Eran cuatro hojas escritas con letra pequeña y aprovechando todos los espacios en blanco en las que Mercè relataba el calvario sufrido por su hijo. Detallaba la evolución, las circunstancias, los nombres propios, su abatimiento progresivo: primero el desespero, después el descontrol y finalmente la locura.

Describía la ejecución de la Bernard y de los demás con una precisión cuasi enfermiza. Parece ser que cuando el ejército les devolvió a David, ya irrecuperable, su último

compañero, Víctor, pasaba muchos días a visitarlo. Paso a paso, como en una pesadilla, aquel chico les reconstruyó la historia de todo lo que había sucedido desde el primer día que se presentaron en el castillo de Montjuïc. A medida que leía aquellas hojas, sentía cómo la poca fortaleza interior que todavía conservaba indemne se me rompía en pedazos. El desconcierto de las situaciones que mi Amigo debió malvivir, la facilidad con que yo podía imaginar el debilitamiento de sus instintos de supervivencia, todo, en definitiva, se me aparecía como un descenso a los infiernos.

De todo el espanto que tuve que leer, quizá lo que más me conmovió, y seguramente porque me comprometía, fue cuando me contaba que, intentando hacer reaccionar a su hijo, un día tomó mi foto, que él siempre guardaba en la cartera, y, mientras le repetía pacientemente mi nombre, la colocó frente a sus ojos esperando que le causase algún efecto. Con aquella letra menuda me describía emocionada cómo le pareció que se atenuaban las «contracciones espasmódicas» de David, lo decía así, y cómo también parecía que prestase atención a su voz. Aquel espejismo, continuaba, sólo duró unos segundos, pero fue como si un trazo de serenidad le iluminase el rostro.

Desde aquel día, cuando veía a su hijo en un punto de no retorno más acusado, le enseñaba la foto diciéndole mi nombre, y me aseguraba que un aliento de vida parecía invadir sus ojos. Hacia el final de la carta también me contaba que hacía poco habían decidido ingresarlo lejos de Barcelona, en un centro donde les daban algunas esperanzas de curación. Acababa rogándome que, si en alguna ocasión tenía la oportunidad de volver a Barcelona sin ponerme en peligro, no dejara de ir a verlos y así me dirían dónde estaba David para que pudiera visitarlo. Que ella y Màrius me esperarían en casa, en el lugar de siempre. «Tu casa»,

añadía.

Mire, Lluís. Tiré la carta y comencé a correr, a correr, y correr… En Sète oscurecía pero en mi corazón ya era noche cerrada. Me dolía, como si fuera a romperse. Yo iba por la calle murmurando quejas que me salían de muy adentro. Cuando llegué al final del puerto me encaramé a unas rocas, al norte del espigón, y rompí a llorar a gritos. El dolor me era insoportable. Las imágenes que mi cerebro imaginaba sobre David y todas las circunstancias que acababa de descubrir eran una tortura. No le sé explicar la intensidad del ahogo que me paralizaba y, si me lo permite, tampoco creo que usted pueda.

No sé cuántas horas estuve así. Cuando se me acabaron las lágrimas caí desfallecido entre las rocas. Sólo recuerdo que, cuando el sol y el ruido del puerto querían desvelarme, una voz dentro de mí me decía que siguiera durmiendo, porque abrir los ojos y saber que todo era cierto sería mi peor infortunio.

Cuando volví a casa, mi madre me esperaba con la carta de Mercè en las manos y en cuanto me vio entrar se levantó para abrazarme.

—Germinal, lo siento, hijo mío, sé cómo te sientes. —Yo no era capaz de decirle nada, sólo hacía que no con la cabeza —. Sí, Germinal, sé cómo te sientes, yo lo sé todo, desde el inicio. Y Mercè también. Sé lo que sientes, el dolor, la angustia, los conozco mejor que tú mismo.

Me abrazó para dejarme llorar entre sus brazos, acariciándome como a un animal herido.

¿Lo había entendido? ¿Mi madre me estaba diciendo que ella y Mercè sabían los sentimientos que David y yo nos profesábamos? ¿Era eso lo que me quería dar a entender? En otro momento quizá me habría hecho sentir, cómo lo diría… ¿violento? Pero con aquella extrema fragilidad, sentir la

comprensión de alguien, tener la compasión de mi madre por el dolor que me corroía fue un cobijo inesperado. En todo caso, debo confesarle que, pese a su ayuda, caí paralizado en una extraña prisión en la que cada recuerdo, cada imagen que rememoraba se convertía en un nuevo barrote de una reja indestructible.

Viéndome sin aliento, desde ese mismo día Marie tomó el mando de la situación y, dejándome de lado y sin decirme nada, comenzó a urdir una estrategia que en pocos días daría unos frutos sorprendentes. Se lo explicaré dentro de unos minutos. Pero mientras tanto Alemania iniciaba unas operaciones militares en los Países Bajos y en Bélgica que serían el preludio de la invasión de Francia. Yo diría que debía de ser sobre mediados de abril del 40, pero esto lo tendrá que confirmar usted, no sea que mi memoria le engañe. Lo cierto es que si bien muchos franceses se inquietaban por el futuro, realmente confiaban en una línea de fortificación defensiva que llamaban la Línea Maginot, y que el magnífico mando francés calificaba de inexpugnable. Pero, oiga, si continúo me meteré en aguas movedizas, o sea que corto.

Yo veía cómo mi madre cogía mis documentos y se marchaba dejándome al frente del *bistrot*. Ya le he insinuado que, cuando ella no estaba, Le Paradis más bien parecía un purgatorio. Y no sólo por mi culpa. Mi abuelo, Gilbert, estaba llegando allá donde finalizan los caminos, y Béatrice, la abuela, lo acompañaba sin dramas, plenamente consciente de aquel último trayecto, rodeándolo de complicidades y cuidados.

Por mi parte, el paso de los días consiguió que la pena fuese dejando de agarrotarme y pude comenzar a respirar. Me ayudaba un deseo que poco a poco se fue volviendo inaplazable: atravesar las montañas para regresar

clandestinamente a Barcelona, saber dónde se encontraba David, llegar a su lado y vivir o morir con él. Era evidente que la situación política estaba enloquecida en uno y otro lado, pero yo ya no podía esperar a que el mundo se curase de tanto desvarío.

En esta tesitura, tan sólo un sentimiento me vallaba el camino: tener que abandonar a mi madre otra vez, como cuando fui al Ebro. Pensaba que esa mujer ya había sufrido demasiado y no resistiría un nuevo embate, pero al mismo tiempo no me quedaba otro horizonte que no fuera marcharme. Un día, al anochecer, mientras ella ponía la mesa, intenté iniciar la conversación tan delicadamente como supe.

—Madre, no querría herirte ni que te lo tomes a mal, pero después de pensarlo estos días, me parece…

—Que te tienes que ir, Germinal; no hace falta que le des más vueltas. Sé que debes marcharte, hijo. En realidad hace días que esperaba que me lo dijeras. Yo hice el mismo camino hace veintiún años, y no me perdonaría si no lo hubiera intentado.

Así, sencillamente y de golpe. Es muy curioso, Lluís: cuando los nudos se deshacen de una manera tan generosa y simple es cuando más sientes la fuerza extraordinaria de los vínculos. Le besé las manos mientras le juraba que pensaría en mi salud y seguridad, que no se preocupase, que regresaría tan pronto como pudiera, que trataría de que los policías franquistas no me fueran detrás. Pero cuando me oyó decir esto me cortó con un deje de orgullo en los ojos:

—No vendrán detrás de ti. Estos días que me veías yendo de un lado para otro, cargada con documentos y papeles, te he preparado las cosas y ya está todo arreglado. Me parece que muy bien arreglado. No has de preocuparte, Germinal, aunque deberás ser muy prudente.

Tenía la expresión muy viva, impaciente. Hizo una pausa y bajó la voz como si me explicase un secreto:

—Maurice, el jefe de la gendarmería de Sète es un buen amigo mío. Bueno, en realidad de adolescente me pretendía, y el pobre me ha ayudado hasta donde ha podido. Dice que tal y como va la situación allá abajo y tal y como pinta aquí arriba, tanto da arriesgarse un poco. Espero que no se haya puesto en peligro…

Una luz resplandecía en sus ojos. Sabía que me sorprendería y estaba como risueña:

—El caso es que a partir de ahora tendrás un pasaporte francés donde constarás como Germinal Guillaume Vallois, mis apellidos de soltera. No ha cambiado tu nacimiento en Barcelona, aunque quizá tampoco hacía falta porque con este nombre allí abajo nadie te encontrará en ningún documento que te comprometa o que te relacione con tu padre. Me ha dicho Maurice que con este pasaporte ahora sólo nos hace falta ir al consulado español de Montpellier y pedir un visado. Y que si no sospechan nada te lo concederán fácilmente. También me ha advertido que ni a ti ni a él os conviene enseñar este pasaporte a nadie, ¿me oyes bien? Ni a ti ni a él, ¿de acuerdo? Que lo escondas hasta el día en que te lo pida la policía de la frontera española y que por aquí vayas con los papeles normales de refugiado.

Calló, como esperando que le confirmara que lo había entendido. Yo movía la cabeza mientras contemplaba su mirada traviesa, divertida. Levantó la mano para acariciarme los cabellos y continuó:

—Serás un muchacho francés que naciste en Barcelona y que has bajado para visitar a un familiar enfermo que tienes en la ciudad, el mismo David. Porque Maurice me dice que debemos preparar una historia creíble y aprenderla de memoria, que no digas demasiadas mentiras porque si te

hicieran un interrogatorio a fondo acabarían pescándote. Que vas a visitar a un primo de segundo grado enfermo con quien compartiste la infancia y que es como un hermano para ti. También recomienda que este mismo argumento lo presentemos ya en el consulado a la hora de pedir el visado…

Bajó todavía más la voz. Tanto que yo tenía dificultades para oírla:

—Hijo, te he preparado unos cuantos francos para el viaje. Son más de los abuelos que míos. Con esto podrás comer unos meses y, escúchame bien, también deben servirte para que traigas a David hasta aquí. No te lo pienses ni un momento: si puedes, sácalo de allí. Te he cosido el dinero en los pantalones marrones, que son los que deberás ponerte al menos durante el viaje.

Esto último casi no lo oí. Después retomó su tono habitual para continuar hablándome animosamente de todas las minucias que me había preparado mientras yo la escuchaba emocionado, casi a punto de echarme a reír. Me había conseguido algo inimaginable: un pasaporte medio falsificado por la máxima autoridad policial de la gendarmería de Sète. Era evidente que Maurice guardaba frescas en su memoria las emociones adolescentes que sintió por Marie, cuando jugueteaban entre las redes. Conociendo a mi madre, había otro aspecto que me emocionaba: comprobar que su respeto por mis sentimientos era más fuerte que el instinto de querer tenerme a su lado. Esto, en aquellos momentos, me alentó mucho.

Le puedo asegurar que no pasó ni un mes y ya lo tuvimos todo preparado. En el consulado español de Montpellier no pusieron ninguna traba, sobre todo tras leer la carta de recomendación de Maurice, que mi madre se sacó del monedero, mirándome de reojo, puesto que yo no sabía nada. Causó un efecto inmediato. De aquel antiguo

pretendiente suyo también dependía la vigilancia del puerto de Sète, y demasiado a menudo debía resolverle problemas oscuros al distinguido cónsul cuando los barcos españoles o alguno de sus marineros provocaban situaciones irregulares.

La exposición de los motivos por los cuales yo viajaba a Barcelona la escribió el mismo cónsul a mano, al dorso del visado, y se remarcaba que era «por motivo familiar grave». Más abajo especificaba el nombre de a quien iba a visitar: «David Baster Roca, primo gravemente enfermo…». Sellos, títulos honoríficos consulares y su firma personal llena de sinuosidades me avalaban. En aquellos tiempos no era poco. Mientras nos entregaba los papeles nos insistió en que lo hacía como acto de agradecimiento «a Monsieur Maurice, gran amigo de España y mío personal». ¡Hala, y a correr!

De vuelta hacia Le Paradis, mi madre quiso que pasáramos a dar las gracias a Maurice. Hablaba como si fuera un cualquiera, pero aquel señor ostentaba el cargo policial más importante de Sète y de su puerto, ahí es nada. Nos recibió afable en su despacho austero pero lleno de diplomas hasta la obsesión. Me dio unos cuantos consejos con actitud paternal mientras miraba de soslayo a Marie Guillaume con unos ojos que chispeaban brasas todavía encendidas. No quiero hablarle de ello mucho más, pero a guisa de anécdota le diré que la historia entre ellos continuó y que antes de cuatro años tuve un padrastro.

El día de la partida hacia Barcelona, mi madre me acompañó a la estación sin dejar de recomendarme prudencia, que sobre todo pensase que iba a un país militarizado y policial, donde imperaban valores nazis y del cual se contaban barbaridades. Me insistía en que no hiciera nada que pudiera comprometer a David porque él no se podía valer, y que le dijera a Mercè que tenían las puertas abiertas de par en par por si ella y Màrius también querían

subir.

Mientras arrancaba el tren, desde la ventana bajada yo la miraba a los ojos orgulloso de quererla. Formaba parte de una clase de gente que había pasado de todo: guerra, hambre, privaciones, represiones, pero que aún conservaba la espalda erguida, la mirada digna y era capaz de sonreír. Porque, ¿sabe?, ¡nos dijimos adiós sonriendo!

Esto pasaba el 9 de mayo, la vigilia de una efemérides en la Historia de las guerras: el día en que las tropas teutónicas de la bombilla fundida se pasaban la Línea Maginot por la entrepierna y terminaban con la Francia libre. Ya le puedo avanzar que, si la invasión alemana se hubiera producido unos días antes, y no me juzgue mal, me habría marchado igualmente. Me parece que en la última entrevista ya le hablé de mis sentimientos respecto a la nueva guerra que comenzaba.

Es cierto que mi madre me había inculcado el orgullo de mi sangre francesa, pero, qué quiere que le diga, el recuerdo de la frontera cerrada a cal y canto en los Pirineos, cuando los que luchábamos por la república legítima necesitábamos más ayuda, me envenenaba. El gobierno de la muy republicana Francia requisaba las armas que nos enviaban países y organizaciones de todo el mundo acumulándolas en depósitos gigantescos, donde se oxidaban, mientras dejaba caer la República española en manos de los fascistas europeos. Y aún peor, haciendo ver que se creían la neutralidad que, bajo sus podridas narices, era permanentemente violada por sus actuales enemigos. Pues todo esto y más me había dejado unas marcas demasiado profundas… Me altero de nuevo y además ya le he hablado antes de todo esto, perdone. Digamos que mis ideales solidarios con aquella Europa se habían hundido en el Ebro. Dicho esto, también le confesaré sin tapujos que incluso si el

mundo no hubiera enloquecido, mis prioridades de aquellos momentos, mis sentimientos, sólo conducían a un camino, y éste iba justo en dirección contraria, hacia el sur.

Todo lo que siguió fue bien sencillo. Quizá le convendría más un viaje accidentado y tétrico para el guión de su proyecto, un reencuentro lúgubre con el fascismo y con mi país, pero no fue así. En Portbou los documentos sirvieron perfectamente, y no diré que encontré a policías, aduaneros y guardias civiles amables porque mi odio por todo lo que representaba aquella gente no tenía medida.

Ahora, con ochenta y siete años, me resulta extraordinariamente curioso recordar cómo, tras cruzar la frontera con sólo veinte, sufría ahogos de nostalgia, tal si fuera una eternidad la que me separara de los momentos vividos hacía poco más de un año.

Muchas horas después, mientras el tren se abría paso a golpes de pito, humo y estrépito de vías entrecruzándose, las naves, ruinas y casitas del Poblenou me devolvían imágenes, sentimientos, sensaciones… en un abanico de percepciones desconocidas que me provocaban un desánimo desconocido hasta entonces. Me sentía casi viejo. Conmovido. La locomotora resoplaba y rechinaba, con aquel roce agudo de los frenos cuando se detenían esas toneladas de chatarra. Ya había llegado; ya estaba en mi estación de Francia.

Lo escrutaba todo mientras vigilaba miedoso. Los policías, militares y guardias civiles se movían por todas partes, como si quisieran que se los viese permanentemente. Lo cierto es que no pararon de pedirme la documentación, como ya habían hecho en el tren, sobre todo entre Figueres y Girona. Pero, ya fuera por el escrito del cónsul al dorso del visado grapado al pasaporte o por hablar español bastante bien pese a mi nacionalidad extranjera y un fuerte acento que lo delataba, notaba que caía simpático y no sufrí ningún

incidente que remarcar. La imitación del acento afrancesado de mi madre me ayudaba. Y, pasados los momentos de incertidumbre, hasta me divertía.

Pude comprobar los cambios de banderas, símbolos, uniformes y algo más que al principio no sabía definir: una grisura que invadía la ciudad por más que brillase el sol y deslumbrara casas y personas. Una ciudad gris, sin matices. Y la Barceloneta, ¡ah, mi Barceloneta! Apenas comenzaba a restablecerse de las heridas de los bombardeos. La gente andaba como atareada por en medio de los escombros y de las nuevas edificaciones. Se la veía muy mermada. Pese a la propaganda del Régimen se seguía pasando hambre, la que imponían el racionamiento y el estraperlo. Yo también andaba deprisa. No quería reconocer a nadie ni que nadie me reconociera, ni tampoco entrever la playa, ni pasar por la calle del Mar. Qué quiere, me daba miedo desmontarme en cualquier momento. De vez en cuando, alguna cara me parecía familiar, pero las rehuí, no quería levantar la liebre ni correr ningún riesgo.

Y allí, al final de todo, sola, pequeña, mal repintada, frágil, diría que como encogida, estaba la casa de David. Un nudo atenazaba mi garganta y a medida que me acercaba notaba como se me descontrolaban los sentimientos y las lágrimas, hasta que me encontré ante la puerta. Iba a levantar el brazo para llamar, pero sentí el impulso de entrar directamente, sin avisar, como había hecho siempre. Y, válgame dios, abriendo la puerta encontré la imagen que esperaba: Mercè sentada a la mesa con una pieza de ropa en las manos, como tantas y tantas veces.

Se le dibujaron brillos de fiesta en los ojos, pero no hizo ningún gesto desmesurado de sorpresa, era como si me estuviese esperando. Me abrazó conmovida:

—Gracias, hijo, gracias, gracias, Germinal, lo sabía… —

Como una letanía que hubiera estado repitiendo día tras día durante todos aquellos meses.

Màrius no estaba. Había salido con la *Albatros*, una barca grande de pesca, un bou. Desde que la *Sarita* había saltado por los aires ya no quería saber nada de tener barca propia. Mercè hizo que me sentara, pero hasta que no me hubo pedido noticias de mi madre, dado el pésame por la muerte de mi padre, preguntado si yo estaba bien y escuchado mis respuestas, no comenzó a contarme lo que había vivido David desde que me fui. Día por día.

Cuando con el pasar de las horas su relato ya recuperó el tiempo que habíamos estado separados, acabó diciéndome:

—Ahora está en Reus, en un centro que nos aconsejaron como uno de los mejores, y parece que lo tratan bien. Se trata del Instituto Pedro Mata. Los médicos lo consideran un caso muy difícil pero le están dando unos tratamientos nuevos. No debemos perder la esperanza. Las monjas que lo cuidan lo aprecian mucho, lo ven tan desvalido y joven que les provoca compasión… Hijo mío…

Levantó sus ojos para ver los míos y hacerme entender la verdadera situación de David:

—Suerte tiene de ellas, porque no se puede valer para nada.

Ya hacía rato que Mercè hablaba entre pequeños sollozos secándose las lágrimas con un gesto mecánico. Cuando me describía a David, yo no lo reconocía, me parecía imposible que me hablase de mi Amigo.

Ya era media tarde cuando llegó Màrius. Estaba mucho más cambiado que Mercè. No me recordaba a aquel hombre bueno de semblante dulce. Se le había angulado la cara, había perdido peso y en sus ojos había odio; no supe ver si hacia fuera o hacia dentro, pero tenía odio, se lo puedo asegurar. Se sentó ante mí, sin mirarme, para volver a

repetir la historia de su hijo. Su versión era más áspera, aunque añadió detalles, nuevos matices a la panorámica del tiempo en que yo había estado ausente. Cuando se hizo el silencio y tomé la palabra fue para procurar tranquilizarlos. Lo primero que les expliqué fue mi ventajosa situación legal, con un pasaporte francés y los apellidos de mi madre para identificarme. Eso calmó un poco el miedo que sentían por mi seguridad. Aun así, Mercè me insistía en que mientras estuviese en el barrio no me moviera de casa, no fuera que me encontrase con algún conocido e, incluso involuntariamente, éste me pudiera traicionar o levantara las sospechas de cualquier policía o delator de los que andaba lleno el vecindario.

Me quedé tres días más con ellos. Los veía tan diezmados por la ausencia de David, tan espantosamente solos, que intenté llenar aquel vacío aunque fuese inútilmente. La vigilia de mi marcha vivimos una velada llena de silencios densos, sólo interrumpidos por la letanía que repetía Mercè:

—Gracias, Germinal, gracias, le harás mucho bien, seguro…

Al día siguiente, me levanté cuando aún no clareaba para coger el primer tren que fuera a Reus. No me acompañaron. No querían que, viéndome con ellos, alguien pudiera relacionarnos. Los abracé largamente y los dejé plantados en el umbral, mirándome desvalidos y poniendo en mis manos las pocas esperanzas que mantenían. El corazón se me encogió al ver tanta fragilidad, y durante los primeros pasos me obligué a respirar profundamente pues me faltaba el aliento.

VIGESIMOQUINTA GRABACIÓN

Bajando del tren, en Reus, no podía evitar preguntarme qué sería lo que me encontraría. Por mucho que Mercè me hubiera preparado, aún no podía imaginarme la imagen de un David como el que me había descrito. ¿Me lo dejarían ver fácilmente? ¿Y si no me reconocía? Sabiéndome frágil, procuraba mentalizarme para lo peor y me juré que, me encontrara lo que me encontrase, no caería en el desánimo. Soñaba que, si me lo permitían, me quedaría a su lado, aunque fuese sin decir nada, sólo para hacerle sentir la calidez de mi amor. Quizá así su corazón captaría lo que su cabeza no podría entender.

La estación estaba un poco apartada y me encaminé hacía donde pensaba que estaba el centro de la ciudad. Tenía un hambre atroz y me compré dos panecillos de pan negro en una panadería; aproveché para preguntar dónde estaba el Instituto Pedro Mata. Me indicaron que quedaba un poco lejos, camino de Falset, pero que no me preocupase, que lo

reconocería fácilmente porque era un conjunto de edificios muy visibles desde todas partes. ¡Y le puedo jurar que eran conspicuos! Eran modernistas, y ya debe saber cuánto le gustaba llamar la atención a esa gente. Me dirigí hacia allí sin pensármelo más, ni preocuparme de apalabrar una fonda donde pasar la noche. ¿Qué importancia podía tener eso? Llegar hasta mi Amigo, tan sólo eso contaba. Caminaba y caminaba masticando mecánicamente el pan, sólo para que bajara rápido a llenar el estómago. Y no sé cuanto tiempo después, a través de unos descampados que caían a la derecha de la carretera que llevaba a Falset, vi el perfil de una torre que llamaba mucho la atención y unos edificios particulares rodeándola. No podía ser otra cosa. Eran los pabellones modernistas diseñados por el arquitecto Domènech i Montaner, el famoso Instituto Pedro Mata.

Me tendría que detener un momento, y no se enfade conmigo. ¿Tiene usted alguna referencia del Pedro Mata?… ¿No? Pues sería importante que buscase información. Era, es, si no lo han reformado demasiado, una construcción típica del modernismo de finales del diecinueve, un estilo que hoy gusta a todo el mundo pero que a mí se me atraviesa. Me parece que fue un antecedente arquitectónico de lo que después sería el Hospital de Sant Pau. Ése sí que lo conoce, ¿verdad? Pues entonces ya podrá imaginárselo: cuando a partir de ahora le hable de atravesar pasillos, subir o bajar escaleras, o entrar y salir de pabellones, tendrá usted que hacer una traducción mental a los parámetros modernistas, es decir, pasadizos tortuosos, escaleras curvadas, vitrales con combinaciones de colores dudosos, cerámicas arriesgadas, atrevidas formulaciones de cualquier espacio, objeto u ornamento. Siempre me he preguntado cómo pensaban aquellos genios ayudar a curar a los enfermos mentales con semejante delirio de colores, formas,

materiales y funciones. Yo diría que esos espacios más bien invitaban a la hilaridad que a la racionalidad mesurada, pero, oiga, yo no entiendo de todo eso…

Una vez allí, me dirigieron a un pabellón con un nombre religioso, lleno de monjas y de hombres vestidos con bata blanca. Algunos seguramente serían médicos; otros, con unas caras más peligrosas, debían de ser los celadores, y en medio de aquel trasiego estaban los enfermos. Muchos de ellos mostraban expresiones y gestos desconjuntados, algunos hablaban solos o incluso lanzaban discursos, mientras otros se rodeaban de un mutismo sepulcral, casi solemne. Todo ello impresionaba. Observándolos, me era imposible aceptar que David pudiera ser uno de ellos.

Cuando entré en lo que podríamos denominar recepción, ya sabe cómo son los modernistas, me recibió una afable monja que hablaba con el mismo sonsonete que debía de utilizar en sus oraciones y que respondía al nombre de hermana Úrsula. Tras las formalidades iniciales, le dije el nombre de mi Amado e hizo un gesto de interés.

—Ah, nuestro David, ¿es usted familiar suyo?

—Sí —dije, decidido a no sembrar duda alguna.

—Pobrecito, es como un ángel… a veces peligroso… sólo para él mismo —sonrió—, pero no mejora. Cuando vienen sus padres… ¿usted los conoce, verdad?

—Sí, mis tíos.

Y empezó a caminar con esos pasitos cortos que dan las monjas, que al final parece que floten, o mejor, que leviten. Me conducía hacia donde estaba David.

—Pues se van con el alma rota, los pobrecitos. Me parece que no los reconoce… aunque cuando se está así vaya usted a saber qué pasa por dentro del corazón o del alma. Algún bien le hará verles. Pero ellos se quedan rotos. La bendita guerra…

Mientras me iba hablando subíamos por una escalera retorcida que no sabía ascender. Perdone, exagero, es que no puedo con ello. Pues nos íbamos cruzando con algunos enfermos y con los familiares de visita que los acompañaban. A menudo gritaban o hacían muecas y te miraban con una expresión en los ojos que deambulaba entre la inocencia y el pánico. Finalmente entramos en una zona silenciosa y la monja Úrsula comentó:

—Aquí están los casos más difíciles. Es la treinta y uno. Normalmente son celdas para tres, pero ahora lo encontrará solo.

La habitación era blanca, recargada de cerámica también blanca, con un santocristo desmesurado en el lugar preeminente de la pared más grande, sobre los tres cabezales, rodeado por las fotos del dictador y de aquel ideólogo descuadrado y mártir, colocados ambos en estricta simetría y algo por debajo del símbolo religioso, faltaría más. Bajo éstas, y repartidas ordenadamente, tres espaciosas camas ocupaban la habitación, y al final de una de ellas, de espalda a nosotros, mirando por una ventana con unos barrotes que no parecían tales, vi a un chico acurrucado. Era él. Mi Amado. El centro preciso de mi universo.

—Hola, David, ángel mío, ha venido a visitarte tu primo…

Ninguna reacción. La monja me miró compungida:

—Es así —me dijo—. No sufra, no es nada peligroso. Cuando acabe, le espero abajo.

Y se fue cerrando la puerta como si no quisiera hacer ruido.

Yo estaba alterado. Allí, frente a mí, estaba la espalda torcida de mi Amigo Amado cubierta por un pobre jersey. Hacía unos gestos extraños con la cabeza, unos tics repetitivos, el pelo al cero, el cuello tieso, los músculos en tensión. Me moví lentamente para no asustarlo, hasta que

pude verle el perfil… ¡Válgame dios! Mientras avanzaba un poco más, las facciones le dibujaban una mueca contrahecha. Los ojos vidriosos desmesuradamente abiertos, la boca torcida con la saliva cayendo por las comisuras, las manos cogidas, apretadas la una a la otra con gestos imprecisos y casi violentos. Estaba delgado, desfigurado. Yo no sabía qué decir. Me salió su nombre:

—David… Hola, David, ¿cómo estás?

Nada, ningún movimiento, ningún cambio de ritmo en sus tics espasmódicos.

Me acerqué pronunciando cuatro o cinco veces su nombre. Ninguna alteración, ningún gesto, ninguna señal. Como si mi voz rebotara en su cuerpo sin penetrarlo. A cada segundo que pasaba, el desánimo y la angustia invadían el espacio de serenidad que me había preparado durante las horas precedentes. Dentro de mí todo empezaba a ser una maraña caótica. Intentaba encontrar una vía para comunicarme con él pero cualquier acercamiento parecía barrado. De repente, un rayo de luz: recordé la fe que tenía Mercè en mi visita y cómo me repetía una y otra vez que cuando ella le decía mi nombre notaba que se calmaba, que mejoraba. Y lo dije:

—Germinal. Soy Germinal, David, Germinal, ¿te acuerdas de mí? Germinal…

No esperaba ningún resultado pero seguía repitiendo mi nombre. Y al cabo de un rato me pareció percibir como si algún cambio en su respiración hubiera roto el ritmo de la celda. Como si el sonido de mi nombre volviera, ahora sí, rebotado desde algún lugar misterioso de aquella mente.

—¿Me oyes, David? Soy Germinal, tu Amigo… —e iba repitiendo mi nombre y lo que me pasaba por la cabeza, pero sobre todo mi nombre, mientras me atragantaba de emoción y de pena.

Yo insistía, insistía, y en mi interior un vaivén de

sentimientos contrapuestos me hacía debatirme entre la esperanza y el desespero. Si de repente me parecía percibir alguna mejoría, enseguida pensaba que eran imaginaciones mías y que las ganas de una respuesta, de un gesto, me hacían alucinar la señal de un cambio. Y fue entonces, cuando menos lo esperaba, cuando apenas me quedaba un hilo de voz y ya lo daba todo por perdido, cuando noté que la violencia de sus tics se amansaba de manera perceptible. Era cierto, no tenía ninguna duda. La voz me temblaba, pero volví a alzarla para insistir y repetir mi nombre una y otra vez.

—Soy Germinal, Germinal, David, Germinal…

De golpe, un gesto brusco, repentino, casi espasmódico. Después, una extrema quietud. Y más tarde los temblores y los tics se reiniciaron lentamente y aumentaron hasta hacerle vibrar todo el cuerpo. Y así, con un esfuerzo que parecía titánico, su cabeza empezó a moverse como para romper o estirar los fuertes lazos con el cuello. Se le marcaban los músculos y sus ramales tensos, temblorosos, rojos de tanta sangre que bullía por dentro. Más abajo, el cuello también parecía querer romper sus ataduras con la espalda, y se iba girando con una tirantez muscular inaudita. Intentaba volverse hacia mí. Su lucha me dejaba sin aliento. A medida que lo fue consiguiendo, milímetro a milímetro, pude verle mejor la cara.

Los ojos sin expresión no miraban a nada ni a nadie, rojos, acuosos. Y los párpados también rojos, irritados, se abrían y cerraban precipitadamente. Los mocos le caían de la nariz y se mezclaban con la baba de la boca. La frente, contraída, marcaba unas arrugas que parecían surcos. Válgame dios… Él seguía girando la cabeza, muy lentamente y con pequeñas sacudidas, mientras yo repetía mi nombre, de pie ante él, obsesivo, con las flemas de la emoción que

casi me enmudecían pese a ir repitiendo:

—David, soy Germinal… Germinal…

No sé cuánto tiempo duró. Sin embargo, encadenando aquellos movimientos convulsos había conseguido quedar encarado a mí y convertirme en su referencia dentro del espacio blanco de la habitación. Ostras, lo tenía frente a mí, mi Amado, con la cabeza baja y los ojos dirigidos hacia mis pies, respirando forzadamente. Pero aún no había acabado. Siempre a pequeñas sacudidas, entre espasmos y movimientos minúsculos, comenzó a levantar la cabeza para mirarme, como si no pudiera girar los ojos y buscarme, como si para verme tuviera que alzar la cabeza entera.

El proceso fue largo. Yo estaba entre emocionado y estremecido al ver la violencia de sus gestos para lograr que las pupilas de sus ojos se dirigieran hacia mí. Inexpresivas, pero dirigidas hacia mí. Dioses del infierno, tenía su rostro frente a mí, las facciones con las que soñaba cada noche estaban allí, deshechas, retorcidas por vete tú a saber qué dolor insoportable. Me di cuenta de que yo estaba sollozando, diciendo cosas ininteligibles, y entonces traté de reencontrar la serenidad, mirándolo fijamente por miedo a que su mirada se descolgara de la mía.

—Soy Germinal, tu Amigo, Germinal, David, ¿me oyes? ¿Me reconoces?

Cuando conseguí calmarme, me senté en la cama de al lado, frente a él, mientras le seguía hablando. Fue entonces, sencillamente porque no sabía qué decir, cuando se me ocurrió contarle al detalle y día a día todo lo que yo había vivido con él y todo lo que sabía de su vida:

—¿Te acuerdas, David? Nuestras madres nos llevaban juntos a la playa, ya con pocos meses, a ti, a Joana, a Mireia y a mí, Germinal. Cuando las veían pasar, la gente del barrio decía…

Y hablé y hablé con él frente a mí, mirándome sin verme, oyéndome sin escucharme. Nada cambiaba en esa expresión, convulsa de tics. No sé cuánto rato estuvimos así, pero fueron horas. Cuando la monja Úrsula entró en la habitación sin avisar y diciendo algo que no entendí, se cortó en seco al ver que David me miraba.

—Ángel mío, pero si es la primera vez que le veo mirando a alguien desde que lo trajeron aquí…

Y continuaba exclamándose mientras yo procuraba no desclavar mis ojos de los de David. Tenía miedo de que se acabara el hechizo. Pero ella murmuraba que las horas de visita se habían acabado y que se tenían que respetar «a rajatabla», decía, y que al día siguiente podría volver, si así lo deseaba. ¡Por supuesto que volvería! Cogí las manos de David y, como si pudiera entenderme, le expliqué que dentro de unas horas volvería a su lado. Lo dejé caminando de espaldas, mirándolo hasta que la monja cerró la puerta. Fue un corte seco, un vacío repentino en los ojos y en el alma.

Mientras la monja Úrsula me acompañaba hasta la salida, no podía contenerse y contarles a todas las colegas que se iba encontrando lo que había pasado:

—David, el de la treinta y uno, ha mirado a su primo y parecía que le escuchaba, ha sido una visita milagrosa.

Todos hacían ver que se alegraban. A mí no me importaba lo que dijeran, pero entendí que si les caía bien las cosas serían más fáciles, y eso sí que me importaba. Mire, Lluís, ¿se acuerda de aquellos violines que le comentaba y que hacía tanto que no sonaban? Pues los oí de nuevo en mi interior. De regreso hacia el centro de Reus, yo estaba fuera del tiempo y del mundo. Alquilé una habitación en una pensión de mala muerte y me metí en la cama sin saber ni la hora que era. Me daba exactamente igual. No podía hacer nada mejor que meterme en la cama y rehacer punto por

punto lo que había sucedido hasta que los pensamientos se confundieran con los sueños, y esperar a que el día siguiente llegara pronto. Sólo eso, que llegara pronto. Y si la monja Úrsula me encontraba cierto parecido con la pastorcilla de Lourdes, pues adelante con los leones, que si era preciso mearía agua bendita. Perdone…

Me debí de dormir muy tarde porque me desperté cuando en Reus el sol estaba casi en su zenit. Tanto daba, no tenía ninguna prisa, hasta primera hora de la tarde no me dejarían visitar a David. Mientras picaba algo, paseaba como un sonámbulo por las plazas del centro de la ciudad imaginando todo lo que le diría a mi Amigo esa tarde, cómo lo haría para despertar su entendimiento. Repetía las frases, elegía las imágenes, escogía los recuerdos.

Pero fue inútil. La monja me esperaba impaciente para decirme que había notado como si David estuviera un poco mejor, como si se hubiera calmado. Me acompañó hablando por los codos, aunque por el motivo que fuera no quiso entrar en la celda. David no estaba de espaldas, sino sentado en el lado de la cama que daba a la entrada, mirando al suelo.

—Hola, David, soy Germinal, no he venido antes porque por la mañana no permiten visitas. Soy Germinal, David, ¿me oyes? Germinal.

Estaba inmóvil, casi inerte, pero al cabo de unos segundos, mientras yo repetía mi nombre, con el mismo esfuerzo atroz del día anterior, empezó a levantar la cabeza hasta llevar sus ojos hacia mí. Yo ya tenía el corazón de nuevo alterado. Nada de lo que quería decirle me venía a los labios. Todo lo que había pensado, preparado, declamado a solas, se había fundido. Ni una frase inteligente o brillante, nada. Le cogí las dos manos y volví a declamar como un loro:

—¿Te acuerdas, David? Nuestras madres nos llevaban a la

playa de la Barceloneta, a ti, a Joan, a Mireia y a mí, Germinal…

Y venga, volví a repetir todo lo que ya le había dicho el día anterior. Pensándolo bien, y pasado el tiempo, creo que quizá fue lo mejor que podía hacer: regalarle su vida, repitiéndola día por día por si encontraba un punto donde agarrarse y empezar a desovillar el nudo de su alma. Mientras se la repasaba, parecía que en sus ojos habitara un poco más de aliento. Quizá babeara menos, quizá los tics fuesen menos violentos, o quizá sólo fueran imaginaciones mías. Pero yo tenía la intuición de que mi Amado escuchaba con placer lo que yo le contaba, aunque su cuerpo no me lo supiera expresar, y yo me sentía como si se tratara de un monólogo teatral, bordando entonaciones ridículas y moviendo los brazos con exageración. Mientras pasaba el rato, los síntomas de mejora se hacían evidentes. O puede que no tanto, pero yo lo sentía así.

Cuando se consumió el tiempo de la visita, la monja Úrsula entró silenciosa para observar la escena y, sobre todo, la actitud de David.

—Es un milagro, Virgen del Señor, es un milagro lo que estás haciendo con tu primo. Ven, vamos a hablar con la madre, quiero contárselo para que te dé permiso para venir por la mañana, si puedes y quieres…

Y así fue, señor director, cómo la madre superiora, un poco más prudente que las monjas de a pie, me dijo que desde después del desayuno hasta las seis de la tarde podría estar con mi primo, si es que no tenía otras cosas qué hacer. Imagínese, contaba los minutos que faltaban. Fueron unos días preciosos, exultantes. De buena mañana me iba al trabajo, por decirlo de alguna manera, recuperando así una especie de confort en el corazón que hacía dos años que no sentía. En el Pedro Mata podía observar cómo se iba

desvelando el Amigo que yo conocía, y de algún modo me sentía artífice de ello, o aún mejor, veía cómo el amor que me tenía podía más que todo el mal conjurado en su cabeza. Hasta que un día, pasadas unas semanas, llegó el instante mágico en que él me dibujó el esbozo de una sonrisa. ¿Sabe?, sus labios no sabían hacerlo, se le torcían, temblaban… Pero yo lo entendí, me sonreía.

Días más tarde, cuando una mañana le dije: «Buenos días, David, soy Germinal», hizo un gesto afirmativo con la cabeza, muy leve, muy tenue, pero el corazón me estallaba de alegría mientras le miraba a los ojos, unos ojos que parecían mirar con más viveza que en las jornadas precedentes. No cambié el guión que tenía aprendido, me daba miedo que variándolo desmejorase los resultados, y repetí: «¿Te acuerdas de la Barceloneta? Nacimos en el año 20, íbamos siempre juntos, Joana…».

Aquel día, cuando me iba, la monja me ordenó que pasara por el despacho del médico que lo trataba. Me lo dijo como si la petición de verme del doctor fuera algo importante y excepcional. Tuve que esperarme unos pocos minutos. Me recibió un hombre afable, el doctor Lluch, según rezaba el rótulo de la puerta modernista, evidentemente muy trabajada. Rostro colorado, poco pelo pero ordenado, un bigote delgado y bien recortado, muy típico de los vencedores, me hizo sentarme amablemente mientras me observaba y me dijo en un tono suave:

—¿Señor…?

—Guillaume —respondí recuperando el acento afrancesado.

—Señor Guillaume… —Hizo una pausa como cavilando lo que me diría—. Me parece que no hace falta que le explique que el efecto de sus visitas sobre el paciente es, podríamos decir, casi curativo, o como dicen todas las monjas,

milagroso.

Hizo otra pausa y esbozó una sonrisa, como si quisiera establecer alguna complicidad.

—En apenas unas semanas, el enfermo ha avanzado lo que no habíamos conseguido en meses. Evidentemente, usted es libre de hacer lo que quiera, pero le he pedido que viniera porque considero que si continuase visitándolo es muy posible que… espere… —Miró una ficha amarilla que tenía sobre la mesa—. Que David saliera muy beneficiado.

—Yo, doctor, he venido expresamente de Francia para visitarlo y ayudar en todo lo que pueda. Cuento pues con que haré lo que más convenga, siguiendo su criterio con mucho gusto.

Trataba de ser educado, servicial, pero con un punto de distancia. Menudas tonterías, pero en aquellos momentos aún me parecía necesario ser prudente.

—La estima que David tiene por usted le está forzando a romper los muros en los que él mismo se había encerrado, quizá para protegerse. Esa maldita guerra… perdone… ha devastado a muchas personas, tanto por fuera como por dentro. Este centro está lleno de gente que todavía no ha podido superar los traumas vividos. David es uno de ellos.

Él miraba la ficha donde debía de estar anotado el historial, y bajando un poco la voz, como si tuviera miedo de que alguien escuchara secretamente, prosiguió en un tono más confidencial:

—Recuerdo, aunque no lo apunté en la ficha para no comprometer a nadie, que la madre de este chico me explicó el proceso que había sufrido a raíz de su paso por el batallón de fusilamiento. —Reflexionó un momento—. Según me dijo, por el batallón de Montjuïc, y por todo lo que tuvo que vivir allí. Un muchacho demasiado sensible para las barbaridades de una guerra… o más bien, para los actos necesarios en una

guerra. Pero en cualquier caso y por los motivos que sea, ni su madre ni su padre pudieron ayudarlo como usted lo está haciendo. Insista, intente que se rehaga a través de los buenos sentimientos que tiene por usted, de los vínculos afectivos con los suyos y con el mundo, si es que puede decirse así.

—No se preocupe, doctor Lluch, nada podría hacerme tan feliz como ayudar a curar a mi primo, y le prometo que lo haré tan bien como sepa.

—Muy bien. —Y se levantó para darme la mano, acabar la entrevista y acompañarme hasta la puerta. Justo en el umbral añadió—: De todos modos, si continuásemos progresando como hasta ahora, estese atento a su estado. Yo también estaré pendiente, porque la mejoría también podría querer decir que sus defensas han bajado. No vaya a ser que eso lo dejara vulnerable y volviésemos atrás. Si ve o intuye cualquier cosa extraña, cualquier sospecha, hágamelo saber enseguida y sin problemas.

Le volví a dar la mano para expresarle mi acuerdo y me fui bajo la mirada lejana y atenta de la hermana Úrsula desde el otro lado de aquel espléndido pabellón, demasiado ornamentado y señorial para mi gusto. Me parece recordar que se referían a él con un nombre curioso, el de los Distinguidos. Yo estaba contento y agradecido. En esos momentos encontraba magnífica a cualquier persona que se ocupase de él, incluso si para recordar su nombre tenía que mirar una ficha amarilla.

No sabría precisarle cuantos días habían transcurrido desde la primera visita, pero recuerdo que por la calle oí a un vendedor de periódicos que, con *La Vanguardia Española* en la mano, proclamaba que París había caído en manos de los alemanes. Se me envenenó la sangre. Pensé en mi madre, en los amigos exiliados que malvivían en los alrededores de

Sète, la razón que tenían algunos de ellos preparándose para la resistencia… Pero ni por un instante dudé que mi lugar, donde debía estar, era con David. Es decir, que le estoy hablando de algún día de mediados de junio del 40. Más o menos debía de hacer un mes que estaba en Reus.

Y al día siguiente mejoró. Y al otro todavía más. Y un día, cuando empezaba mi relato de siempre, llegó el prodigio:

—Hola, David, soy Germinal, nacimos…

Y oí un hilo de voz, aunque no había movido los labios, como si hiciera salir el sonido de muy adentro para musitar tan sólo un:

—Sí.

Ni le explico el cataclismo interior que sentí y que procuré disimular como pude. Aquella brizna de voz resonaba en mi cabeza, rebotando por las paredes del cerebro, y en pocos segundos el sonido se multiplicó hasta convertirse en un grito que me ensordecía, pero que a la vez me absorbía de un pozo espantoso para ascenderme hasta la luz.

—Ostras, David, ¿me conoces?

Sin embargo, la voz me temblaba tanto que no sabía si me había entendido. La respuesta tardó unos segundos pero sonó inteligible:

—Sí… Germinal… —Más que decirlo, parecía que construyera uno por uno los sonidos de cada sílaba—. Mi… Amigo.

Me quedé conmovido del todo, y sólo pude decir lo primero que se me pasó por la cabeza.

—¿Y te acuerdas de nosotros?

Un instante de silencio, como si el cerebro le tuviera que traducir lo que escuchaba. Pero él no respondía. Por unos segundos pensé que el cerebro se le había escapado, y el pánico a que no pudiera regresar ya me poseía. Aunque poco después, esbozó un movimiento afirmativo y un amago de

voz:

—Sí.

Mi amigo parecía exhausto, pero yo no quería, ni podía, romper el hilo que hacía tan sólo unos segundos que nos unía. Quería saber hasta qué punto era consciente, si su memoria trabajaba o estaba vacía. Pensé que si lo dejaba descansar quizá se hundiría de nuevo en el lodo de la locura. Insistí:

—¿Y de lo que te he contado estos días?

Todavía un rato más, un gesto extraño en los ojos, como poniéndolos en blanco.

—Hay… cosas… sí… cosas…

Se expresaba con una dicción lenta y fluida, como si redescubriera cada palabra que pronunciaba con un esfuerzo agotador. Quise ayudarlo:

—Pues dime cuáles quieres recordar y yo te las contaré…

Los dibujos de las dudas le marcaron la frente. Yo, incrédulo, disfrutaba de esos instantes. Era como si después de meses de cielos encapotados pudiese asistir al nacimiento del primer rayo de sol, allí, en aquella habitación blanca en exceso, tratando de estirar un frágil hilo que nos tenía que devolver a la vida. De golpe, en su mirada explotó la chispa de una ilusión:

—La Escuela… háblame de la Escuela del Mar… cerca de casa… ¿verdad?

¡Ostras! ¿Le puedo decir que me emocioné sin parecerle un viejo reblandecido por la nostalgia? Y, en realidad, preguntarme por la Escuela del Mar era como decirme que el David que yo conocía estaba renaciendo. La cabeza me iba a mil por hora. Debía tomar precauciones. No quería que cualquier arista del relato pudiera herirlo en un momento tan delicado… y había tantas. Así que intenté restituirle todos aquellos años de colegio que ahora parecían tan lejanos,

años en los que él había sido un atleta del conocimiento y del estudio magnífico. Lo hice como si fuera una fábula. Le hablé de él, de la *Nausica*, de los profesores a los que más queríamos, di algún rodeo para recuperar al señor Ramanguer y, al oír ese nombre, esbozó una sonrisa que se parecía a las que yo recordaba siempre en él. Era como una novela, pero no lo que yo le contaba, sino lo que vivíamos en esos momentos en una aséptica habitación del Pedro Mata de Reus, un lugar para dementes profundos que de golpe se había convertido en una nube llena de sueños.

Cuando acabé habían transcurrido varias horas, ya sabe cómo soy en este aspecto, y viendo que tendría que marcharme en breve quise prepararlo preguntándole:

—¿Te acordarás de todo esto cuando vuelva mañana?

—Sí.

—¿Seguro, David?

—Seguro.

Ya me había levantado, caminaba marcha atrás hacia la puerta para seguir mirándolo, cuando de repente vi que hacía esfuerzos para decirme algo. Me detuve expectante para oír qué me decía, poco a poco, haciendo aún un esfuerzo para pronunciar cada sílaba:

—Me llamabas Amigo Amado.

No pude responder enseguida, tuve que dejar pasar unos segundos porque tenía los reflejos aturdidos por lo que vivía y sentía.

—Sí —le contesté—. Tú siempre has sido mi Amigo Amado.

Y sus ojos se avivaron un poco más. Yo quería ir hacia él, pero…

—Hasta mañana, Amigo Amado —me dijo.

—Hasta mañana, Amado Amigo.

Y me obligué a partir volviéndome hacia la puerta.

Cuando al día siguiente llegué al Instituto, y aunque era domingo, el doctor Lluch me hizo llamar al pabellón de los Distinguidos para decirme que la mejoría era sorprendente y que el progreso de David aumentaba prácticamente hora a hora, incluso cuando yo no estaba, y que eso quería decir que se había desbloqueado algún mecanismo que lo hacía avanzar de una forma que quizá fuera definitiva. Parecía que aquel buen hombre quisiera darme las gracias. La monja Úrsula me guiñó el ojo mientras me explicaba afectada que el lunes no habría visita porque venía un gerifalte, «una autoridad», lo llamó ella, y que debía de ser muy importante porque inauguraba un pabellón. Hay que decir que en aquellos años cualquier cretino podía ser importante. Bien, si me lo permite, igual que ahora…

Yo encaraba las escaleras con zancadas poderosas, como si fuera a subir al cielo. Cuando entré, David me estaba esperando de pie con una sonrisa, y aún no me había acercado a él cuando me dijo:

—Hola, Germinal, mi Amigo Amado.

No sé, imagino que puede usted figurarse los huracanes que me aguijoneaban por dentro, el palpitar de la sangre que quería salir del cuerpo, el ahogo de un joven que volvía a reencontrar el deseo, las bocanadas de amor que no me dejaban respirar. Me acerqué a él tropezando, seguramente porque mi corazón también temblaba. Él tenía el semblante sereno, casi como era antes de todos los sinsabores: aquel aspecto melancólico y extraño que me fascinaba, el cuello recto, los ojos tan sinceros como misteriosos, los labios gruesos… Definitivamente ya era mi David. Por fin pude sentarme, y mientras recobraba la serenidad le pregunté qué quería que le contara, pero me interrumpió para decirme que el lunes no habría visita y que el martes viniera antes para poder hablar durante más rato. Las palabras surgían con

toda naturalidad, tenía que hacer esfuerzos para olvidar que estábamos en el Pedro Mata y no frente al mar, junto a la *Sarita*, contándonos anécdotas del barrio. Volví a preguntar que quería que le contara y me pidió muy serio, como si ya lo tuviera pensado:

—Quiero que me hables de tus meses en el Ebro, en la batalla del Ebro. —Supongo que vio cómo se me ensombrecía el rostro porque enseguida añadió—: Si no te duele contármelo…

Cogí carrerilla para empezar un relato lleno de ausencias y prohibirme una versión dura que pudiera devolverlo a sus infiernos. Así que le ahorré los detalles más tenebrosos enfocándolo por el lado fácil de la convivencia entre los soldados, las anécdotas más festivas, las salidas nocturnas por el río con la barca… Digamos que le ofrecí una adaptación ligera en la que casi milagrosamente no moría nadie a mi alrededor. Él se lo tomaba como si fuera un cuento. Bueno, en realidad era un cuento, y dije tantas mentiras que se me tendrían que haber caído todos los dientes. Cuando inevitablemente se acercaban las partes finales más oscuras y sangrientas de aquella batalla, simulé que recordar el fin de esa hecatombe con todos los detalles todavía me era insoportable y, compungiendo la expresión de mi rostro tan bien como supe, le solté:

—David, no me hagas pasar por aquí, ya te lo puedes imaginar, aún me duele, algunos amigos… Venga, ya estoy harto, ahora te toca ti, ¿qué me quieres contar?

Hizo un gesto trastornado, sorprendido por el corte, como si no hubiera previsto que yo le pidiese que me hablara de algo. Se pasó un rato pensando, como si buscara. Al final, casi rojo, confundido, me dijo:

—Elige tú.

Yo estaba contento porque había evitado sumergirlo en el

cataclismo sanguinario de los últimos días de la batalla del Ebro, pero oír su propuesta me revolvió la mente. «¡Háblame de amor!», pensé de inmediato. Deseaba tanto saber de sus sentimientos, tenía tanta sed de ellos… Sin embargo, su mente ya corría alterada buscando entre los recuerdos compartidos para escoger uno que le fuera emotivo. Habíamos vivido tanto juntos y con tanta intensidad que elegir se me hacía penoso, pero poco a poco una imagen concreta se fue imponiendo hasta quedarse sola ocupando todo el espacio: aquella noche lejana en que celebrábamos la llegada de un año nuevo, ahora no me haga decir cuál, allá en la playa de la Barceloneta, de noche, las llamas de una hoguera protegiéndonos del frío y los malos augurios, cuando de repente empezamos una conversación que me había carcomido la memoria todos esos años. La verdad es que yo no confiaba que David recordase nada de aquellos momentos a los que yo daba tanta importancia, pensaba que debían de haberse quedado ahogados entre todos los cataclismos que tuvimos que vivir después. Él me miraba, con los ojos abiertos y vivos, como esperando un reto. Y yo lo enuncié como si así fuera:

—Una noche en que, alrededor de una hoguera, necesitaba sacar todo lo que sentía por ti… —Vi que sonreía, pero no me intimidé—. Estábamos en la playa, y a pesar de las llamas hacía frío. Sí, una noche muy fría. Estabas desanimado porque empezabas a tener problemas en el ojo, ¿te acuerdas? Verte tan jodido hizo que tuviera unas ganas locas de decirte que te quería. Y lo hice atribulado, enredándome con las palabras, con miedo por no saber qué me contestarías. Ante mi angustia, tú hiciste como si no te hubiera dicho nada, sin demostrar sorpresa alguna, y sólo me respondiste que ya lo sabías. Ostras, me quedé tan cortado, desconcertado y sobre todo decepcionado por no

haberte provocado un mayor fragor sentimental, que siempre me ha quedado pendiente la pregunta de si era verdad que lo sabías o sólo lo dijiste por acabar una conversación que te fastidiaba.

Estaba sonriente, receptivo, como si las sombras le hubieran huido del rostro. Y empezó a hablar con facilidad, como si las palabras reencontraran los resortes tanto tiempo dormidos.

—¡Ah…! Pues claro que lo sabía. ¿Te acuerdas cuando aquel barco se llevaba a Mireia a Argentina? El *Estrella del Sur*, ¿no?… Sus padres estaban a punto de subir por aquel pedazo de escalera pero Mireia me llevó a un lado. Yo le iba a dar un beso de despedida, porque pensaba que se trataba de eso, y sin embargo me miró fijamente, ya sabes cómo lo hacía, te medio amenazaba, y me dijo: «David, tú no lo ves porque no sabes verlo, pero hay una persona a la que le gustas más de lo que me gustas a mí, que te quiere de verdad y que te será leal para siempre, sean cuales sean tus sentimientos». Hablaba con determinación, sin dudar de lo que me decía. Yo no sabía por dónde iba, ¿me hablaba quizá de mi padre? Vi que hacía un gesto para señalar a alguien y al girarme para saber quién era te vi a ti, en medio de la gente. Se te distinguía magnífico porque estabas como iluminado, en el centro de un haz de luz, de un círculo de claridad que nadie perturbaba. Cuando volví a mirarla a los ojos, algo confundido, ya me estaba diciendo tu nombre: «Germinal, David, Germinal. Él te quiere como ninguna otra persona, no lo dudes». «¿Y cómo lo sabes?», pregunté, únicamente para digerir la sorpresa. «Porque Germinal te quiere en contra de todo, incluso en contra de sí mismo… y porque lo conozco más que tú y… porque soy tu pareja, y eso… no lo sé… se nota…». Yo iba a contestarle pero me cortó, como si no quisiera escucharme: «Fíate de él, no te

traicionará nunca. Da igual cuáles sean tus sentimientos, yo le conozco: si tú le eres leal, él lo será contigo para siempre». Me cerró los labios con un beso y me dejó sin poderle decir que yo también sentía algo muy especial por ti. Se volvió agitada hacia sus padres, que la reclamaban, y fue la primera de la familia en subir al barco. Como era ella.

Mientras escuchaba a mi Amigo, yo recordaba con todo detalle la escena del barco en aquel decorado grandioso, el sol reflejado en un cristal que me molestaba para verlos. Ah, usted, Lluís, tiene que haber visto otra película de Fellini, *E la nave va*, ¿no? Bueno… No me mire mal… Dejémoslo.

Entonces David adoptó una actitud seria:

—Desde ese día dejé libres mis sentimientos para que te amasen. Hasta hoy.

—Pues Mireia tenía toda la razón —le dije mientras le cogía las manos y los violines se desplegaban hacia los agudos—. Te he querido siempre.

Y entonces me acercó sus labios para darme el beso más bonito que yo podía soñar. Largo, gustoso, sensual, profundo. Lo abracé, él también. Empecé a tocarlo, él también. Nos desabotonábamos mientras los labios gozaban encontrándose. Si la monja Úrsula llega a entrar nos habrían fusilado por mariquitas, pero no había prudencia en el mundo que pudiera calmar esa pasión. Le cogí el sexo, él, el mío, no tuvimos tiempo de desnudarnos del todo, aunque las pieles se reencontraron. Gimiendo, respirando a fondo, abrazándonos con fuerza, nos reconocimos después de todo aquel periodo de oscuridad, y espasmódicamente nos vaciamos hasta quedar agotados.

Nos miramos el uno al otro, como sorprendidos por lo que acababa de pasar, y rompimos a reír como lo que éramos: dos jóvenes enamorados y ahogados por una vida espantosa. Nos limpiamos sin vergüenza; yo disimulaba mi sexo, que

habría deseado volver junto a él, mientras me reía a mandíbula batiente y David sonreía con timidez. Siempre había sido así. Parecía imposible. Aún ahora, cuando se lo cuento, me parece imposible.

Yo estaba orgulloso de mí mismo, no por el éxito de la curación que se me atribuía, sino porque en mi interior no dejaba de repetirme que su amor era tan poderoso que había conseguido sanar aquello que las medicinas y curas no habían remediado. Me sentía pleno. Me amaba.

Y poco a poco, entre sonrisas y recuerdos, llegó la hora de decirnos adiós. Pero fue sin tristeza, como si la seguridad del futuro que nos esperaba nos permitiera separarnos casi contentos. Nos dimos un beso y, mientras yo retrocedía hacia la puerta como cada día, para no perderme ni un instante de su mirada, me preguntó risueño:

—¿Vendrás el martes?

Le hice con la cabeza un entusiasmado gesto afirmativo.

—Es muy importante que vengas —insistió.

—¿De qué va…? —sonreí con curiosidad.

—Shhh… va de nosotros. Quiero repetir lo de hoy.

Y enrojeció.

Cuando salí del pabellón, aún sobre una nube, un grupo de enfermos estaba limpiando el patio, no fuera que las autoridades que al día siguiente vendrían a hacer el fachenda no lo encontraran lo bastante limpio. Encaramados a los árboles y a las farolas, unos soldados tejían un entramado con alambres y cordeles de los que iban colgando las banderas del aguilucho y la Falange, mientras en la fachada pintaban unas frases alegóricas a los «Muertos por la Patria y el Alzamiento Nacional». Los otros muertos, mis muertos, ya podían joderse.

De regreso a la ciudad me entretuve por las calles, distraído entre los recuerdos de la visita, que todavía me

erotizaban, hasta que decidí sentarme en la terraza de un café de la plaza Prim para celebrar con un refresco las maravillas de aquel día. Cuando el camarero me trajo la granadina con un periódico, como corresponde a los locales de categoría, me enteré de que Francia había firmado el armisticio con Alemania. Corto y claro, Francia se había rendido. La zona sur y mediterránea había quedado bajo el control de un gobierno parafascista y colaboracionista que presidía un anciano de aspecto venerable y mentalidad de cuervo, y en cambio la zona francesa del norte pasaba directamente a control alemán. Un verdadero desastre, pero mi madre viviría en paz. Y, conociéndola, avergonzada. Eso debía de ser hacia finales de junio. Sin embargo, nada borraba la alegría que lucía en los labios. Definitivamente, Reus era la ciudad más gozosa que había conocido nunca. Si no me equivoco, todo había cambiado en algo más de un mes y medio. ¡Increíble!

Hacía ya días que era feliz tan sólo previendo el desenlace de todo aquello: nos iríamos a Sète, me decía a mí mismo, porque tenía que ser Sète, lejos de los lugares que a David le recordaran la pesadilla vivida y cualquier referencia que le hiciera volver atrás. «Ostras, cuando sus padres lo vean no se lo podrán creer». «Seguro que lo animarán a venir conmigo, y aunque por Francia corran malos vientos, convertiremos Le Paradis en nuestro refugio, llevaremos una vida de trabajo, sencilla, y en el centro de todo pondremos el amor que nos tenemos y la relación con la gente». «Arreglaremos ese *bistrot*, lo reformaremos y pintaremos hasta hacer de él un lugar donde podamos envejecer y ser felices». Me lo iba repitiendo con pocas dudas de que el destino tuviera otro camino. Imagínese, soñar es gratis y tan fácil. Ese lunes dejé pasar el tiempo buscando en los periódicos noticias de Francia mientras me preguntaba si el

doctor Lluch le daría pronto el alta médica o si, por el contrario, querría asegurarse de que el progreso fuera aún más irreversible. Me daba igual, estaba dispuesto a disfrutar de Reus el tiempo que hiciera falta. Trataría de gastar poco, aunque en realidad el dinero no era un problema y no lo necesitaría hasta el día que viese a David salir corriendo de aquella institución para abrazarme.

Pero no fue así.

El martes, el inmenso patio engalanado estaba a reventar de guardias civiles, policía militar, secreta y todo tipo de buitres. En cuanto entré, me detuvo un guardia civil con un rostro más feo que ese sombrero puntiagudo y contrahecho que llevaba, y con la mala leche típica de su casta me pidió los papeles y me preguntó con desprecio qué hacía allí. Los demás guardias civiles que pululaban alrededor me miraban como si esperasen permiso para saltarme encima. Todo se tambaleaba en mi interior, pero intenté que nada en mi cuerpo o en mi comportamiento demostrase la menor señal de miedo.

—¿Adónde va?

Imposté mi acento francés.

—He venido de Francia para ver a mi primo.

—Documentación.

Traté de sacarme el pasaporte del bolsillo sin que me temblara el pulso. Lo iba a abrir por la página del visado, pero el tipo me lo arrancó de las manos con gesto brusco. Lo leyó todo como si le costara, otro civil se acercó murmurando expresiones ininteligibles para mí. Mientras tanto, veía movimientos extraños por toda la explanada, entradas y salidas huidizas del pabellón principal, gente con ademán turbio, vestida de forma diferente. Estaba claro que sucedía algo grave.

—¿Cuál es el nombre?

A cada momento me notaba más alterado.

—Germinal Guill…

—No, cojones, el nombre de la visita.

—Se llama David Baster.

En cuanto acabé de pronunciar su nombre, los guardias me rodearon como para impedir que me escapara. Como si sólo por mencionar a mi Amigo los hubiera puesto en estado de alerta. Pero ¿qué pasaba? Todos me miraban como si quisieran apalizarme.

Uno que parecía mandar más, me preguntó con el tono de mala leche adherido a la voz:

—¿Cuándo viste por última vez a este tal David?

—Anteayer —dije mecánicamente mientras la cabeza me iba a mil por hora elucubrando qué cojones debía de haber pasado.

—¿Y quién te daba permiso para entrar?

—La madre Úrsula y el doctor Lluch.

El civil se calló mientras los demás esperaban que decidiera algo. El tiempo adquiría otra medida.

—Tú —le dijo a un guardia que estaba a mi espalda—. Veme a buscar al doctor… ¿Lluch, has dicho? Y pregúntale si conoce a un tal Germinal Guillaume, y de vuelta te presentas al capitán Márquez y le informas de que tenemos retenido al último visitante del hijoputa…

Pero ¿qué era todo aquello? ¿Qué quería decir? ¿Por qué trataba de hijo de puta a David? ¿Qué había pasado el lunes? ¿Estaría bien mi Amado? De repente el mundo se me caía encima. Todo parecía irreal, una pesadilla. No tenía noción del tiempo que transcurría, pero antes de que me condujeran a otro lado se abrió el círculo verdoso que me rodeaba y apareció un uniformado más importante, se notaba por el ademán, los galones y las condecoraciones que lucía. Debía de ser el capitán Márquez, porque todos lo saludaron

cuadrándose.

Me miró de arriba abajo. Cogió el pasaporte, y también empezó a pasar páginas hasta detenerse en el visado para iniciar la lectura. Mientras lo hacía regresó el guardia civil que había ido a hablar con el doctor Lluch y musitó algo al oído del que me había interrogado hacía unos instantes. Al darse cuenta, el capitán los miró inquiriéndoles:

—¿Alguna novedad?

Y el otro le contestó lo que me pareció mi salvación.

—El doctor Lluch confirma que lo conoce y que necesita verle, mi capitán, y dice que es una persona de confianza, sin ninguna responsabilidad sobre lo acaecido, mi capitán.

Yo no me atrevía a decir nada, sabía que mi situación pendía de un hilo y que si algo desataba las sospechas y empezaban a investigar era hombre muerto. ¿Pero qué cojones era «lo acaecido»? Mientras, el capitán jugaba con mi pasaporte en una mano, dándose golpecitos en la otra. Se volvió hacia el suboficial y señalándolo con el pasaporte le ordenó:

—Lo custodiáis hasta el despacho del doctor Lluch y cuando acabe que quede a nuestra disposición.

Dos guardias civiles se colocaron junto a mí, agarrándome cada uno de un brazo, y me dirigieron hacia la puerta principal del edificio. El gran vestíbulo estaba repleto de policía y unas cuantas enfermeras o monjas, no lo recuerdo bien, que fregaban arrodilladas en el suelo. A pesar de su esfuerzo, los mosaicos estaban demasiado rojizos. Sólo cuando pasé más cerca entendí que estaban limpiando restos de sangre que costaba eliminar. El pánico invadió mi cuerpo como una ráfaga. ¿Qué significaba todo aquello? ¿El edificio lleno de guardias, policías y militares, manchas de sangre en el suelo y David tratado de hijo de puta? Comprendí que en mi vida se estaba iniciando otra calamidad y empecé a

sospechar hasta qué punto el abismo sería profundo.

Mientras nos acercábamos al despacho del médico, vi al doctor Lluch detrás de la puerta entreabierta. Él nos vio llegar y se levantó rápido, con la cara compungida. Vino hacia mí como si no viera a mis acompañantes. Se dirigió a mí directamente y me tomó de las manos, pero antes de decirme nada habló con una expresión seca a los dos guardias:

—Pueden irse, yo me hago responsable.

Los guardias hicieron ese movimiento típico de la duda momentánea pero no se atrevieron a oponerse al tono adusto y determinado del médico. Se detuvieron antes de traspasar la puerta. Él me puso la mano en el hombro mientras me empujaba hacia el interior del despacho, cerró con cuidado tras de sí y me hizo sentar. Yo debía de tener muy mala cara, porque enseguida se mostró preocupado por mí.

—Señor Guillaume. ¿Quiere que le dé algo para que se calme?

—Gracias, doctor, es cierto que todo esto me sobrepasa, pero lo superaré sin tomar nada.

—Muy bien, como quiera. Quiero expresarle lo mucho que lamento todo lo que ha pasado y…

—¿Pero me quiere decir qué ha pasado? —exclamé.

—Hombre… ¿qué quiere decir?… ¿No lo sabe? ¿Los civiles no le han contado nada de lo que sucedió ayer?

Ya no supe articular ni una sílaba más, tan sólo pude mover la cabeza en señal de respuesta negativa, porque presentía que tendría que escuchar la noticia más terrible, que ya resonaba en mi interior. El doctor Lluch tomó aire y, con una voz avezada a hablar en circunstancias difíciles, dijo sólo una frase:

—Ayer a mediodía su primo murió en un incidente

desgraciado, imprevisible… Y terrible.

Probablemente esperaba que yo le dijera o preguntase algo. Fue en vano. Mi boca estaba paralizada, incapaz de articular ni una palabra. Entonces prosiguió:

—Todo iba bien. Las autoridades vinieron a su hora y los actos de la inauguración del nuevo pabellón se puede decir que avanzaban con todas las connotaciones típicas de estas ceremonias, ya me entiende…

Y oí cómo me iba explicando todo lo que había sucedido ese maldito lunes. A cada frase de su relato yo añadía la imagen de mi Amigo, tratando de entender sus pensamientos, representándome sus gestos… Y las explicaciones del doctor Lluch, lo que supe después y las imágenes que yo visualizaba son todo lo que ahora puedo relatarle.

Parece ser que media hora antes de la llegada de los facinerosos ya habían hecho formar a los pobres enfermos a la manera militar, a todos menos a los profundos, puesto que los consideraban «inconvenientes» y los habían encerrado en las celdas comunitarias. En el patio, las monjas no daban abasto porque los enfermos deshacían en pocos segundos la ordenada simetría que ellas habían configurado con paciencia. Los nervios afloraban. Los enfermos corrían entre excitados y juguetones, y las monjas persiguiéndolos perdían la compostura. Justo entonces entró la larga hilera de coches oficiales. De ella se separaron cinco lustrosos Opel negros, en los que debían de ir los gerifaltes, que encararon solemnes el corredor central del patio. Mientras tanto, resonaban las órdenes de los guardias civiles para ponerse en formación, los bramidos y exabruptos de los destacamentos militares para recibir como correspondía a los recién llegados, los ruegos de las monjas para que los enfermos volviesen a las filas, los golpes mal disimulados de los celadores, que ya

actuaban sin miramientos… Todo se sumó. Los pobres sonados que aún corrían entre asustados, divertidos y desnortados se dieron cuenta de que allí pasaba algo diferente y dejaron de escabullirse para convertirse en curiosos espectadores de aquel desbarajuste. Las monjas aprovecharon ese momento de calma para repartirles banderitas patrióticas y comenzaron a agitarlas entusiastas esperando ser imitadas. Los lunáticos se añadieron, e incluso algunos gritaban vivas exultantes a no sabían qué, tanto daba.

La salida de los coches de los capitostes fue bastante satisfactoria, pero la retahíla de saludos protocolarios y la parafernalia de órdenes y gritos quedaron cortados de golpe por los cantos patrióticos que locos y monjas decidieron entonar por su cuenta y con gran desafinamiento. Al final, a pesar del desorden, fue todo tan aparatoso que todo el mundo se sintió confortado y satisfecho. A partir de ese punto las cosas ya fueron sobre ruedas.

Entre la patulea de autoridades había un ministro, un capitán general y más de veinticinco acompañantes, contando directores generales, oficiales, suboficiales y demás cretinos. Juntos formaban una hilera considerable. En medio de éstos, y un poco fuera de juego, había dos señoras que recibían todas las consideraciones de aquel compendio de virilidades. La del ministro, que desde que había bajado del coche ya iba envarada y con un rictus de conmiseración, que era lo que correspondía a la clientela de la jornada, y la mujer del capitán general, que parecía más atolondrada y, en coherencia con el cargo de su marido, mucho más guerrera. Esa desgraciada lucía una sonrisa y unas maneras que hacían pensar más en una erótica bajada de escalinata en cualquier cabaré de buena vida que en una resignada visita a un frenopático. El conjunto era imponente: la exhibición de

poder de los recién llegados y la escenografía que se les había preparado. Las monjas hacían un saludo de media genuflexión a medida que los capitostes iban pasando y, detrás de ellas, los locos se las componían como podían levantando el brazo sin destreza ni simetría, sobreentendiendo que ya se había procurado colocar a los más extraviados en las últimas filas. Siguiendo a los botarates con mayor mando, entraron todos en la capilla y asistieron a una misa de oficio, lo que quería decir petulante y larga, con comunión, homilía, cantos… Los enfermos más incordiantes fueron separados y llevados hacia las habitaciones porque ya no se controlaban, y el peligro de que acabasen desluciendo la pompa religiosa era galopante. Se sucedieron sermones y discursos. No había ninguna diferencia entre las formas y los contenidos de uno y otros: el cura parecía un matarrojos envalentonado, invocando y rogando que la ira divina bajase a liberarnos de la presencia de los traidores a la patria y no sé cuántos disparates más, mientras el ministro, más diplomático y con un lenguaje más fino, solicitaba la asistencia divina para la ingente tarea de limpiar y purificar la patria. Estaba todo bien compensado.

A buen seguro, Lluís, ahora todo eso le puede sonar imposible. Tanto, que a pesar de que estoy intentando describirle un drama, yo mismo sonrío. Pero le juro que no exagero en nada, que era así y que en todo lo que estaba pasando no había ni una pizca de delicadeza, de buen gusto o de racionalidad. La brutalidad seguía campando entre bendiciones, lujos y plegarias.

Mientras tanto, la mirada de mi amado se volvió vidriosa. Algo se la había roto. Sus ojos siguieron el cuerpo de un hombre entre los acompañantes y en su interior se despertaron las serpientes más venenosas. Pero la retahíla de actos avanzaba sin cesar. El pabellón fue inaugurado por

el ministro con una lápida donde se leía que él, en nombre del Generalísimo, en la fecha de tal y tal, declaraba inaugurado aquel espacio, muestra de la ilimitada generosidad hacia sus hijos de Francisco Franco Bahamonde. Si no fue exactamente así, seguro que se le parecía mucho. Nada que no fuera normal en aquellos tiempos de paranoias desatadas. Después llegó una comida colectiva en el gran comedor de la institución. Todo un acontecimiento. En la parte final de aquel inmenso y recargado rectángulo se instaló una tarima para los gerifaltes más significados. Unas banderas patrióticas situadas detrás de ésta en perfecta armonía indicaban que era el lugar de la presidencia. Los acompañantes civiles y militares se sentarían en las mesas más cercanas, para separar y proteger a la presidencia del resto de los comensales. Más hacia el centro, la dirección y el servicio médico de la institución; después, las monjas principales, y cerraban aquel cuerpo de comensales los suboficiales y soldados, que formaban una especie de cordón de protección ocupando un lado del pasillo central. Al otro lado de éste, las monjas a las que llamo de a pie, junto con los celadores, se habían repartido entre los locos para que éstos no provocasen ningún estropicio. David, junto a los enfermos de conducta más serena, estaba situado no muy lejos de los acompañantes y suboficiales, separados tan sólo por el amplio pasillo. Después de la bendición del cura, que debió de atravesar los alimentos a los comensales poco fanatizados, se inició la comida. Todo transcurría plácidamente. Cuando iban por el segundo plato, uno de los enfermos se levantó. Si alguien se hubiera fijado en él, si hubiese desconfiado, le habría visto bajo la manga derecha la punta brillante de un tenedor. Nadie se dio cuenta, y la monja Úrsula, que miraba complacida cómo cruzaba el pasillo, pensaba en el cambio que había dado ese muchacho

tan bien parecido y que ahora debía de necesitar ir al lavabo. Esbozó una pequeña sonrisa de satisfacción. Quizá le notó un hálito extraño en la mirada, como una niebla en los ojos. Sin embargo, el cambio que se había obrado en él era un milagro. Nada parecía fuera de lugar, cada uno iba a lo suyo, hincándole el diente a aquel trozo de pollo asado y exquisito que la mayoría no podrían volver a probar en mucho tiempo. El chico avanzaba por el pasillo con un caminar calmado, sin llamar la atención de nadie. Iba en dirección a los excusados por el pasillo central, que separaba a los enfermos y los vigilantes de los soldados y oficiales. De repente enlenteció un poco el paso, hasta que se detuvo para girarse hacia la robusta espalda de un oficial no demasiado importante, seguramente de los medianos, un poco gordo, como tantos otros, con el cuello grueso y el pelo muy corto. Se notaba que la ropa le apretaba bastante. Úrsula, que desde donde estaba podía ver al joven, no le dio importancia. Creyó que miraba cualquier detalle que le hubiera llamado la atención. Y no entendió lo que pasaba cuando, con un movimiento brusco y muy rápido, aquel muchacho levantó el brazo con un objeto reluciente en la mano. Pudo ver cómo su enfermo iba por detrás del oficial, cómo con el otro brazo le agarraba la cabeza y con una fuerza descomunal clavaba el tenedor en la garganta de aquel militar y la movía de un lado a otro del cuello. La sangre brotó a borbotones. Los soldados y los oficiales gritaban, se levantaban asustados, se abalanzaban sobre él, pero la monja Úrsula, que estaba de pie, podía ver cómo aquel joven no dejaba la cabeza del militar y seguía hurgándole en el cuello con el tenedor. La sangre chorreaba sobre las blancas servilletas del banquete. Y de repente sonaron tres disparos de pistola, uno y otro y aún otro más. Pero el chico no soltaba a su víctima. Se oyeron hasta diez disparos. Aquel joven se desplomó sin vida, dejando caer

todo su peso como una maldición sobre el oficial ensangrentado, sin conocimiento, quizá muerto. Empezaron las carreras, los compañeros del militar se lo llevaron en brazos, siguiendo a unos médicos de la casa que corrían indicando el camino hacia la enfermería, al otro lado del gran vestíbulo, entre gritos, maldiciones y sillas que se caían. En el suelo quedó un surco ensangrentado, pisado por las botas de los que se llevaban al oficial. Mientras tanto, un corro de militares rodeaba al chico, al asesino, caído sobre el pavimento, para asegurarse de que estuviera muerto. Todos con el espanto y la sorpresa en la cara. La mujer del ministro rezaba llorosa y la más ligera, la del capitán general, chillaba descontrolada por un ataque de histeria.

David estaba muerto.

—Cuando después de cortar la hemorragia del oficial —continuaba el doctor Lluch— se lo llevaron con uno de sus coches hasta el hospital de Reus, los médicos pedimos que nos trajeran al agresor, a su primo. Pero no quisieron hacerlo. Enfadados como perros, renegaban sin escucharnos. Preferían que se quedará en el suelo, bañado en aquel charco de sangre; la rabia podía más que la caridad. El doctor Costa y yo fuimos a verlo allí mismo, donde estaba tendido, por si se podía hacer algo, pero sólo pudimos certificar su muerte. De las siete balas, al menos dos eran mortales de necesidad. Lo siento, lo lamento de verdad. Imagino cómo debe de sentirse usted.

El doctor Lluch hizo una pausa por si quería pedir algo o hacer algún comentario. Pero yo seguía sin ánimo ni voz.

—Me parece que intuyo la medida de su dolor, y antes de que se vaya querría decirle una cosa. Yo sé que cuando se marche de aquí usted se hará muchas preguntas. Muchas y duras. Sepa, señor Guillaume, que sólo hay una respuesta. Usted le dio los únicos días de luz desde que acabó la guerra.

Gracias a usted volvió a sentir, a querer, a comprender… y, si me lo permite, me atrevería a decir… que lo amaba a usted con una fuerza inaudita, la que necesitó para superar su cataclismo interior. Se lo puedo asegurar, más que a un hermano.

—¿Podría verlo? —me escuché decir.

—No, lo han prohibido y no puedo hacer nada, me jugaría la carrera, señor Guillaume.

En medio de un dolor lacerante, vi cómo el doctor se levantaba para darme la mano y me daba el pésame. Parecía sincero. Después le pidió a un celador que me acompañara.

Yo no estaba allí, el sentimiento de no existir, caminas, haces, miras… pero todo es mentira. Sencillamente, no estás. No sé si supe despedirme de aquel médico bueno. Di unos pasos siguiendo al celador, abúlico, indiferente, pero los dos civiles que me habían custodiado al venir se me pusieron uno a cada lado y me llevaron así hasta fuera del edificio. Volví a sentirme en peligro, aunque ya me daba igual todo. Cruzamos la explanada entre los soldados y las monjas, que trataban de poner orden, y proseguimos hasta un rincón del patio, donde estaban el capitán Márquez y unos guardias civiles de menor graduación.

Mi rostro debía de reflejar el espantoso dolor que sentía, porque aquel hombre me miró y guardó silencio unos segundos. Las lágrimas me caían por las mejillas y ya me daba lo mismo lo que eso pudiera comportarme. Pero el oficial cavilaba, tenía mi pasaporte en una mano y seguía utilizándolo para darse golpecitos en la otra. Cuando abrió la boca, sin dejar de mirarme, fue para decir un nombre:

—¡Enrique!

Uno de los que estaba a unos metros se puso firme y contestó eso de:

—Sí, señor, a sus órdenes, señor.

El capitán, siempre dándose golpecitos con el pasaporte, ordenó:

—Lléveselo al cuartel y reténgalo has…

Algo detrás de mí lo hizo detenerse, y estaba muy cerca porque sentí el contacto de una mano que se me posaba con suavidad en el hombro y, saltándose las reglas de aquella situación, me apretaba para que me volviera. Cuando lo hice, la monja Úrsula se lanzó a mis brazos, así, tal como se lo cuento, y nos fundimos en un largo abrazo en el que los dos sollozábamos sin sabernos controlar. Al final ella se separó y, secándome las lágrimas cuidadosamente con la manga del hábito, me dijo:

—Gracias, hijo. No ha sido culpa tuya. Al pobrecito el demonio lo descarrió.

Y empezamos a hablar como si a nuestro alrededor no hubiera nadie.

—Pero ¿cómo pasó? Lo dejé…

—No sé, hijo, todo iba bien y de pronto se lanzó sobre aquel pobre hombre. Dios mío, qué horror. Imagino que se ensañó con él como podía haberle tocado a cualquiera. Menos mal que parece que a pesar de todo se salvará. Está en el hospital. Ahora, algunas de nosotras iremos a visitarlo y a rezar por su salvación. Garcés, se llama el bendito. Pero, dios sea loado, los médicos aseguran que vivirá. No sufras, hijo, a tu primo David dios lo habrá perdonado.

Suspiró profundamente y volvió a lanzarse a mis brazos durante unos segundos. Después se separó de golpe y se fue como avergonzada. Yo estaba sumido en una confusión absoluta, porque ese nombre me había atravesado el cerebro como un relámpago. Cuando me volví tenía náuseas. Los ojos emocionados de aquel capitán no sabían nada del odio que ya me quemaba. No sé qué debió de recordar el capitán Márquez o qué extraña fibra de la sensibilidad le habíamos

tocado. Pero me puso resuelto el pasaporte en la mano y dijo con aquella voz que hacemos los hombres cuando queremos disimular la debilidad:

—Váyase.

Y así fue como, gracias a las lágrimas de una monja, salvé la piel. Cuando ya no tenía ningunas ganas de salvarla.

David estaba muerto, Lluís, y yo no pude verlo. La ausencia de esa última imagen me ha perseguido hasta ahora. No puede imaginarse la fuerza, el alcance de ese vacío. Aún hoy daría lo que fuera por haber podido decirle adiós o dibujar en el suelo de donde fuera que estuviesen sus huesos nuestras dos AA. Pero no pude hacerlo y la falta de esa despedida ha pervivido siempre dentro de mí como una herida abierta.

Sus padres tampoco pudieron. Hasta donde yo sé, pidieron su cuerpo pero no quisieron dárselo. ¿Se lo puede usted creer? Mi madre me contó más tarde que, no mucho antes de morir, Mercè viajó a Reus para indagar si el nombre de su hijo, o ni que sólo fuera la fecha del día de su muerte, estaba registrado en una lápida o cruz de algún cementerio. Recorrió también todas las iglesias de la ciudad por si se guardaba algún documento con su nombre. No se ahorró ir hasta la Capitanía General de Barcelona y el Gobierno Militar de Tarragona, pero no pudo encontrar ningún indicio para seguir ni señal donde poder llorar.

No he visitado nunca más aquel lugar en el que encerraban a los locos. Sé que está en uso y, sin embargo, jamás me he visto con ánimo de volver.

Bien, señor director… Eso de llamarle señor director ya no me sale como al principio, cuando engolaba la voz con un poco de afectación para hacerlo sentir incómodo. Pues bien, Lluís, ésta es mi historia. La de verdad, la que me importa, acaba aquí. Sólo me queda otro día para estar con usted,

para añadir otro episodio.

En realidad podría ahorrármelo, para mí es secundario. Quizá también lo será para usted. No lo sé… Pero quién sabe si le conviene escucharlo. Lo espero la semana que viene, dentro de seis días y a la hora de siempre. Si le parece, podríamos dejar el café para el próximo día. Hoy me he extendido mucho y se ha hecho tarde. Venga, lo acompaño hasta la puerta.

VIGESIMOSEXTA Y ÚLTIMA GRABACIÓN

Los años que siguieron fueron los de un hombre derruido, sin rumbo ni carta de navegación ni barco que lo acogiera aunque sólo fuese para llevarlo a la deriva. Se lo digo sin ningún énfasis. De todo lo que hice en aquellos años no soy capaz de defender nada, de enorgullecerme de nada. Aunque eso sería otra película, el descenso a los infiernos de un joven que recién tocaba los veinte y ya había vivido la devastación de todos sus espacios interiores. Ninguna pasión, ninguna meta u objetivo, y no es sólo que no los pretendiera, sino que cualquier camino que me acercara a ellos me provocaba pavor. Cualquier amago de renacimiento en mi interior me daba náuseas, como si la aceptación de una esperanza, por lejana que fuese, me llevara a traicionar no sé qué de mí mismo. De los años que sobreviví en Sète tras la muerte de David no sabría contarle nada, no recuerdo nada y me parece que tampoco viví nada. Mi madre trataba de apoyarme pero, tal como le oí decir una vez, estaba

convencida de que a su hijo se lo habían matado en Reus. En cierto modo tenía razón. Marie había rehecho su vida casándose con Maurice, que dicho sea de paso siempre me trató con respeto y me facilitó todo lo que hizo falta. Cuando un día, sin preaviso, mi madre me vio llenando la maleta, no hizo ningún gesto para retenerme, al contrario. Ella sabía mejor que yo que sólo en otro mundo mi ánimo reencontraría el pulso. Y partí en busca de ese otro mundo. Lo busqué por todas partes. En realidad lo recorrí todo entero. Pero en ningún lugar encontré un espacio en el que pudiera dejar una parte de mí mismo. Ni ningún lugar de donde pudiera coger algo. Sencillamente porque ya no buscaba ni quería nada. Todo ello sin reproches ni depresiones, simplemente viviendo indiferente a todo. Recorrí países maravillosos y conocí gente por la que hoy daría la vida. Vacío, todo lo que recibía de los demás se estancaba en un espíritu yermo, incapaz de fecundar sentimientos, ideas, reacciones, ni siquiera convulsiones. Vacío, un blanco y abisal vacío. Hasta muchos años después de iniciado ese inútil viaje no me di cuenta de la enorme amargura que me empañaba los ojos, tanta suciedad en la memoria, tanto odio a la esperanza, tanta decepción por cualquier creencia que ya era imposible que algún mundo me redimiera. Quise morir antes de hora y tampoco supe. Así, malviví dando tumbos para nada hasta que un día, en Bombay, necesitado de renovar papeles, abrí el viejo baúl donde guardaba las pocas pertenencias que todavía conservaba de Sète y al meter las manos dentro sentí un escalofrío. Los dedos notaron entre la ropa abandonada el tacto grosero de un cartón, y como si ese tacto hubiera llamado a la puerta de la más recóndita memoria, alertándola, un estremecimiento me poseyó el cuerpo. Eran sólo dos cartoncillos deteriorados, que atados con un cordel deshilachado protegían la foto que David me

regaló en la playa, justo horas antes de partir hacia la batalla del Ebro, ¿se acuerda? Mientras deshacía el nudo del cordel, algo dentro de mí se desataba también, diciéndome que cuando viera la foto de mi Amado debería escoger entre morir e intentar revivir. No exagero si le digo que contemplé aquella imagen horas y horas. No supe hallar el coraje para quitarme la vida, y esos ojos sonrientes que me miraban con amor parecían obligarme a limpiarme por dentro. O al menos a intentar luchar por una suerte de renacimiento. Sí. Decidí renacer, si es que todavía era posible. Reuní las pocas fuerzas que me obedecían y la escasa capacidad que me quedaba para pensar en mí mismo como objetivo prioritario, y poco a poco intenté planificar… cómo podría llamarlo… la remontada. Y lo primero que se me hizo evidente es que no lo conseguiría sin tirar atrás hasta reencontrar algún ámbito preciso en el que yo aún fuera un hombre y plantar los pies firmemente entre aquello que alguna vez más me importó para darme el impulso que me permitiera comenzar de nuevo. Y así fue como decidí volver a mi ciudad, y así fue como rehice el camino de huida convirtiéndolo en un reencuentro con la única parte de mi vida que yo quería y en la que me quería a mí mismo. También debo decirle que, si bien habitaba en mí un tenue deseo de luz, cuando llegué a Barcelona me sabía igualmente decrépito. Me había acostumbrado a que mi vida intelectual fuera, por decirlo de algún modo, un vacío que no quería llenar más que con un cinismo sin concesiones. Y la de mi cuerpo era aún más primaria, las únicas necesidades relevantes me las reclamaban la boca y el sexo. Siempre supe espabilarme para llevarme un trozo de pan a la boca, y la sed de sexo no me urgía, era anodina, todo consistía en hallar a alguien para correrme, fuera hombre o mujer y de la raza que encontrara. Sencillamente me corría y punto. Jamás, en todos aquellos

encuentros más o menos voluptuosos, jamás encontré un cuerpo, unos ojos, una mente o un sentimiento que me rozara alguna fibra, que me recordase ni por un instante la antigua emoción vivida con el Amigo Amado. Jamás. Así pues, llegué a Barcelona a principios de los años sesenta, con cuarenta años encima, volviendo de un exilio horrible, pero sin fronteras ni represiones más ásperas y lacerantes que las que yo mismo me había impuesto. Quizá se hará una idea más precisa de cómo llegué, de cuán trastocado estaba, si le cuento que cuando al tercer día quise ir a la Barceloneta para reconquistar ese espacio, mi espacio, fue mi cuerpo el que me lo negó. De una forma repentina, cuando al final de la Via Laietana entreví los perfiles del que había sido mi barrio, los vómitos me bloquearon el camino con unos espasmos tan virulentos que unas buenas personas me recogieron del suelo para llevarme hasta el hospital de las Drassanes. Dos veces más lo intenté y dos veces más me fue imposible. Finalmente, me juré no poner allí los pies nunca más, y me parece que hice bien, aunque sólo fuera por respetar las ocultas razones de un cuerpo que las proclamaba con tanta vehemencia. Fui redescubriendo pues la Barcelona que medio había olvidado, sólo que con unos ojos veinte años más cansados. Muchas cosas me eran nuevas, el físico mismo de la ciudad, su aspecto. Aquellos veinte años con la paz del miedo habían permitido limpiar las huellas de los peores tiempos de la posguerra e invadir nuevos espacios con edificios lamentables que llenaban los bolsillos de los poderosos. Barcelona tenía muchas caras, y demasiado a menudo alteradas, bien lo sabía de cuando era adolescente, pero ahora, en la nueva situación, tratar de captarlas y entenderlas despertaba mi curiosidad, me entretenía, y provocó que algunos mecanismos de arraigo empezaran a engrasarse en mi interior. Descubrir esas Barcelonas era uno

de los atractivos secretos de la ciudad: la Barcelona oficial, la Barcelona económica y empresarial, la Barcelona obrera, la Barcelona de la pobreza, la Barcelona culta… y también una Barcelona especial que, si me lo permite, yo llamaría la Barcelona marginal. Esta última fue la que escogí para sumergirme en ella durante un tiempo; no me negará que actué con coherencia. No sé si la Barcelona marginal existe ahora tal como yo la conocí, y, si fuera así, tampoco sé si hoy tiene la vida que palpitaba en ella cuando la descubrí. Era una Barcelona oculta, como soterrada, pero, igual que un tubérculo, estaba llena de una vida compleja formada por capas superpuestas que se protegían unas a otras. Espacios habitados por todo tipo de desarraigados tan inverosímiles como interesantes: los culturales, los económicos, los sexuales, los políticos, los artísticos, y ya puede ir usted añadiendo categorías. Todos ellos conviviendo con sus obsesiones y sufriendo las represiones de la dictadura, que los condicionaban hasta el ahogo. Era una Barcelona que vivía con, y aparte de, las otras Barcelonas. Si tengo que serle sincero, a medida que le voy hablando dudo de que lo que le cuento pueda tener algún sentido para usted. Como ya debe de imaginar, llegué a la Barcelona marginal siguiendo el camino de mi deshecha sexualidad. El placer de la morbosidad peligrosa era ya lo único que me excitaba. Comencé a pulular por los bares de peor ambiente. Mejor dicho, muy a menudo el ambiente era magnífico: se liberaban o se cuestionaban los valores establecidos. Digamos que eran ambientes mal vistos por la Barcelona oficial, a pesar de que destacados personajes bajaban hasta allí muy a menudo y los utilizaban en secreto para resguardar sus más íntimos desbarajustes. Al principio acudía a lugares discretos, sobre todo locales dudosamente permitidos para homosexuales que malvivían fintando la

represión policial. Éstos se habían acostumbrado tanto a ello que el peligro o menosprecio o morbosidad ya formaban parte o eran un añadido a su sexualidad, a veces tanto o más valioso que el propio sexo. Tuve tantas experiencias y contactos como quise, ya sabe que en este terreno ando escaso de modestia. Mi físico más bien centroeuropeo atraía porque, a pesar de cierta finura en el envoltorio de las formas, expresaba la potencia de un atleta al que no quise afeminar. Mi cuerpo y mis expresiones caminaban por el lado de los hombres sin admitir dudas sobre la virilidad de su miembro, y perdone. Conocí de todo, obreros que apenas podían pagarse la copa que les servía para ligar, intelectuales que intentaban mistificar con discursos ridículos el deseo que les perforaba la bragueta, medio mujercitas a las que sólo les faltaba coger la copa con el trapo del polvo en la otra mano, algún artista… Éstos no mistificaban como los intelectuales, éstos querían bajar directos al fondo del pozo y satisfacer no sé qué parte recóndita de su interior… muy extraños. También me encontré con un guardia civil; por cierto, recuérdeme que después le explique cómo supe que lo era. Y finalmente, un delincuente con un cuerpo excelso y la cabeza trastornada que acabó enamorándose de mí, persiguiéndome y amenazándome movido por los celos. Fue por él por lo que integré una navaja, no demasiado grande pero sí suficiente, a mi indumentaria de conquista. Era una navaja de bolsillo que había adquirido en Damasco. Un instrumento curioso, porque era corto y podías escondértelo en cualquier sitio pero la hoja se desplegaba y se alargaba de una forma ingeniosa. Mientras tanto, me ganaba la vida en un banco de los gordos, haciendo de traductor en un apartado muy especializado de la bolsa de valores, la sección extranjera. No le extrañe: en aquel tiempo, hablar cinco idiomas y haber conocido medio mundo no era algo corriente y te abría

muchas puertas. El estado de mi bolsillo me permitía vivir tranquilo y eso me servía para dilapidar todavía más mis noches. En una de esas veladas conocí a Natxo, un vasco fuerte y bien parecido que a mí me gustaba bastante, quizá no tanto por sus prestaciones en la cama, algo chapuceras, como por la conversación tranquila y sin afectaciones que podía mantener con él mientras nos tomábamos una copa. Hablando, un día me preguntó si había ido alguna vez al Copacabana. Le dije que no. No se lo creía, se burlaba de mí. «¿Cómo es posible que no lo conozcas?». Me anunció pomposamente que quien no conocía el Copacabana no conocía la Barcelona más profunda, la que estaba en el centro del tubérculo, y se comprometió a llevarme. Y fue así cuando una noche, más entonados que de costumbre, caminamos Ramblas abajo, mezclándonos con la gente que quería vivir a fondo las emociones bajas de las altas horas. Nos reíamos, mirábamos y nos dejábamos mirar por todos los seres especiales que pululaban por allí: putas, mariquitas, turistas buscando guerra, estudiantes con intelectos desganados y bajos hambrientos, borrachos que más que caminar se tambaleaban paseo abajo… Casi al final giramos a la izquierda… ¿Sería el callejón donde antes estaba la Bolsa?… No le sabría decir. En cualquier caso, enseguida llegamos a una puerta, bajo un llamativo neón que pregonaba «Copacabana. Variedades». Me dejé guiar por Natxo, que estaba ansioso por anticiparme el descubrimiento. «Ahora verás», me decía como quien anuncia un regalo portentoso mientras empezábamos a oír el sonido de una orquestina y una voz rompiéndose en unos agudos insostenibles. Dentro, un humo de incendio lo invadía todo, apenas se veía, pero la música sonaba cada vez más cerca y eso quería decir que avanzábamos en la buena dirección. No sé si le sabré relatar bien lo que vi o entreví esa primera

noche. Si me acercara tan sólo un poco ya estaría contento. De la orquestina, lo primero que descubrí fue a un batería entrado en años, con un cigarrillo colgado de los labios, el poco pelo teñido y largo agrupado en mechones grasientos, que más que tocar lloriqueaba encima de los tambores, vestido como un escribiente. Un clarinetista de pie a un lado del escenario, muy afeminado y tocando de manera mecánica, los ojos resaltados con trazos excesivos, la espalda caída y el vientre inflado, gordo, sudado, y todo lo que usted pueda imaginar hasta configurar la esencia de la fealdad. Un poco más hacia el centro, en un lugar prominente pero de cara a la pared, mejor dicho, de cara a la tapa vertical de su instrumento, estaba el pianista, elemento imprescindible en todo conjunto musical que se preciara y que, incombustible y paciente, iba reconstruyendo la armonía, tejía contracantos a la melodía y saltaba de un compás a otro, cambiaba de tonalidad, de ritmo… de lo que fuera, siguiendo y persiguiendo y disimulando los errores de los demás músicos y sobre todo de la cantante, que patinaba y jadeaba sobre los acordes cuando se dejaba embriagar por su pasión interpretativa y perdía afinación, cuadratura y toda referencia musical. Cuando por fin pude observar mejor los detalles, vi que la cantante era un hombre descomunal por su imagen y por el volumen de los músculos que exhibía. Llevaba unas braguitas que eran en realidad unos vaqueros cortados sin gracia, porque en aquellos tiempos estaba prohibido travestirse de cintura para abajo. Qué tontería, ¿no?… Bien, en cualquier caso, ceñidos como no pueda llegar a imaginarse, pero evitando cualquier protuberancia anatómica que contradijera su firme voluntad de ser una *vedette* muy femenina. Por encima de la cintura, una camiseta teñida de color rosa, hasta tal punto estrecha que las pecas se le marcaban en el tejido como si fueran

pezones. Un reluciente collarcito de quincalla de colores chillones le colgaba hasta el centro del escote, que insinuaba sin simulaciones unos pechos de macho, con una mata de pelo que maquillaba con un polvillo entre blanco y dorado. Aquel polvillo, que tanto podía parecer polvo de oro como harina de maíz, evolucionaba durante la actuación con unos efectos graduales: primero le doraba el pelo rizado del pecho, pero más adelante, cuando los esfuerzos interpretativos desencadenaban el sudor a chorros, los rizos se reblandecían, cambiaban de color y acababan blanqueados formando una pasta. Y si subías la vista más arriba te encontrabas con unos labios de un rojo volcánico, con tantas capas de pintura que ya no había carne sino láminas acartonadas de carmesí. Sin embargo, aquellos labios no perdían el norte y aprovechaban las palabras de la melodía para, dijeran lo que dijesen y conjugándolos con una buena utilización de la lengua, adoptar formas y movimientos lascivos hasta donde tu imaginación o mal gusto te permitieran profundizar. De los ojos de la artista no sabría qué decir, los rodeaba tanta pintura oscura que parecían pequeños y atocinados. Sólo cuando los abría con desmesura para insinuar alguna guarrada se llegaban a vislumbrar las pupilas de los ojos entre aquellas pestañas convulsionadas por un movimiento como de mariposas aprisionadas. Y en la parte alta del frontispicio, como no tenía demasiado pelo, llevaba un postizo, diseño panocha años cincuenta, que se aguantaba cuidadosamente con una diadema. Él, o ella en este caso, iba cantando esa pieza tan famosa de la chica del barrio portuario que esperaba a un joven rubio, igual que yo, de un «barco de nombre extranjero». La voz se le abaritonaba con tanta masculinidad por el registro de los bajos que incluso tenía cierto encanto, pero cuando se encaramaba a lo alto y llegaban los agudos las venas del

cuello y de la cara se le inflaban por el esfuerzo, la voz descarrilaba en un gallo perdido y no podías evitar que las contracciones de la risa te tensaran el estómago, por mucho que cuando ella te miraba quisieras ser condescendiente con sus atentados guturales. Los que rodeaban aquel pequeño escenario de tres por cuatro metros, y yo diría que hasta me paso, eran un ganado de lo más variopinto. La mayoría se dejaba ver con una actitud de macho, como analizando la mercancía que había sobre el escenario, actitud que en vez de intimidar a la artista todavía la excitaba y trastornaba más, y la incitaba a arriesgarse en interpretaciones vocales y gestuales suicidas, incluso con alguna tentativa de paso de baile para que no fuera dicho que el número carecía de coreografía. Eso también era Barcelona, Lluís. En ningún lugar del mundo, desde los antros más perversos de la Alemania de posguerra hasta los tugurios para turistas pervertidos de Bangkok, se podía ver un compendio de dicotomías tan extremas como las que yo degustaba en aquel local. Descubrí sin ninguna sorpresa, porque ya me lo temía, que la Pinta, que era como se hacía llamar el fornido marinero que la encarnaba, era sólo la punta del iceberg de un elenco de personalidades escénicas que irían sucediéndose durante la noche y que configuraban uno de los grupos humanos más extraños y tiernos que ningún figurinista osara imaginar ni en plena diarrea creativa. Me dejé ir sin freno en el goce de aquella cata de tendencias desencaminadas. Sintiéndome fuera de lugar como me sentía desde hacía tanto tiempo, pensé que allí tenía una guarida donde podía considerarme bien acompañado. Me acostumbré a no perderme ninguna noche porque, además de los finos divertimentos artísticos, se podía ligar fácilmente, y con hombres de apariencia peligrosa, como a mí me gustaban, si es que ese día llevaba navaja. Cuando no encontraba

entretenimiento sexual me quedaba con la gente del local, que me trataban con deferencia y familiaridad porque me veían ir cada noche, y además pagando. Encontraba hombres forzudos, nada femeninos… Porque otra circunstancia curiosa es que allí a ninguno de los hombres que veías lo podías clasificar de mariquita o dudoso; eran machos de físico potente, y no me pregunte cómo era posible, pero a menudo también tenían la cabeza de macho, o más exactamente machista. En realidad era como si hubiesen ido a parar allá por un exceso de masculinidad. También debo decirle que, de las muchas noches que me marchaba emparejado, difícilmente podría recordar a alguien que me hubiera hecho disfrutar por su sabiduría sexual o propuesta original; pero en cambio el repertorio de personajes de comportamientos exóticos o grotescos con quienes llegué a yacer, en un tiempo en que yo buscaba comprenderme a mí mismo, me procuró un magisterio impagable y fascinante. Ahora que ya estamos al final de nuestros encuentros déjeme decirle algo, Lluís: en el primer encuentro que usted y yo tuvimos le hablé de Fellini, porque lo pensaba sinceramente y también porque necesitaba molestarlo un poco… Pues escuche: al lado de los ambientes, personajes y derivas mentales que yo traté, los de Fellini parecerían poco atrevidos o faltos de imaginación, se lo digo en serio, y que el neorrealismo italiano me perdone. Estuve semanas, meses, frecuentando aquel tugurio con el sentimiento de que algo se recomponía en mi interior, recuperando rincones profundos y llenos de telarañas de mis cajones más íntimos. Aquel jueves estaba sentado en el lado derecho del escenario, mirando hacia el público, y María de las Nieves destrozaba una canción muy popular por entonces. Por cierto, más allá de bíceps y atributos, María de las Nieves era una de las más delicadas entre las que subían al escenario; tenía por costumbre

ponerse un maquillaje casero muy blanco y curioso —de ahí venía lo de «las Nieves»—, para esconder no sé qué defecto facial, y lo hacía con tanta generosidad que al final se quedaba enharinada como si fuera medio geisha o medio muñeca rota. Cantaba un éxito, el «Fumando espero», susurrando la letra con unos movimientos labiales que representaban una felación completa con generosa profusión de medidas, detalles y servicios extra. Mientras tanto, yo observaba las filas frontales desde el escenario para ver qué tipo de ganado sexual se exhibía, por si descubría algún ejemplar con el que me apeteciera pasar la noche. Siempre hacía lo mismo: primero escogía y fijaba a mi víctima; después insistía con la mirada; a continuación, cuando ya había picado, me hacía el indiferente, y los réditos de mi físico estaban asegurados. A medida que iba repasando, me fijé en un fulano mestizo y me pareció que debía de tener un cuerpo apetecible para jugar un rato; pero, al apartar la mirada para continuar la clasificación, el hombre que se sentaba a su lado me clavó la mirada con una sonrisa presumida y lasciva, como seguro de sí mismo y del efecto que produciría en mí. Llevaba un pañuelo beis en el cuello. Hizo un gesto insinuándome que había visto cómo observaba a su vecino. No me cayó bien. Para empezar, estaba físicamente demasiado alejado de lo que yo buscaba, demasiado gordo, demasiado sudoroso, ojos pequeños, fuerte en exceso; y además debía de tener unos diez años más que yo. Y por otro lado no me gustaba que interfiriese o se convirtiera en espectador de mi conquista. Pasé de él sin hacerle señal alguna de complicidad, no fuera que se animase y se pusiera pesado. Me entretuve un rato bebiendo un poco, pero no perdía el norte y de vez en cuando repasaba a mi mulato. A la segunda o tercera ronda que cruzamos las miradas ya me enseñó unas hileras de

auténtico marfil africano que me pusieron a tono. Cada vez que lo miraba, aquel cabestro rechoncho de al lado me hacía el seguimiento con una pose pretenciosa de perdonavidas y una sonrisa arrogante que me enervaba. Al principio hice como si no me diera cuenta, pero después ya lo miraba con cara de desprecio para que me dejase tranquilo. Por suerte, la noche tenía otros atractivos, y cuando salió la Pinta con la feminidad más alocada que de costumbre gracias a unas cintitas rosas que se había colgado en la diadema para que le disimulasen la panocha de maíz, pensé que no quería que nada me distanciara de la contemplación de lo que vendría. Y valió la pena. Atacó las primeras notas del *Begin the beguine* en un tono tan bajo, imagino que temiendo las alturas de los agudos culminantes y para tratar de evitarlos, que el pianista tuvo que sumergirse en las profundidades de la clave de fa para rescatarla, iniciando la pieza de una forma que más que un canto de un descargador del muelle parecía el eructo sonoro y alargado de un búfalo. Eso sí, todo hecho y dicho con una boquita de piñón que, con la ayuda de los estudiados movimientos de lengua que ya le he referido, anunciaba su capacidad de amorrarse y satisfacer cualquier reto sexual. Me divertía mirándola y sobre todo viendo la reacción de los hombres que la observaban. Unos embobados, sospechando que esa boca pedía un miembro a gritos; otros con una actitud seria, como si juzgasen la calidad artística del acontecimiento —éstos siempre me dejaban boquiabierto—, y finalmente el grupito de los nuevos, que a menudo venían recomendados por alguien que no les advertía lo bastante bien cómo funcionaba aquel tinglado. Una cosa era que allí se produjesen manifestaciones artísticas aberrantes o que se dijeran a las «chicas» adjetivos poco refinados, incluso groseros, sobre sus atractivos sexuales, y otra muy diferente era mofarse públicamente de las delicadas virtudes artísticas

o vocales de las *vedettes* que nos entretenían. Y si alguien que no conocía las reglas se pasaba de una raya poco determinada solía acabar mal, cuando a los amigos, amantes o admiradores de las «chicas» que cantaban se les inflaban los cojones y los sacaban del local a patadas y puñetazos. La Pinta era buena, no diré que cantase bien porque justo es decir que cuando conseguía un falsete aceptable te perforaba el tímpano, pero en cambio poseía una rara mezcla entre la timidez pornográfica y un atrevimiento humorístico remarcable. No le sabría reproducir los comentarios que hacía a los hombres y a alguna mujer lanzada que se había perdido por allí, pero le puedo asegurar que yo no llegaría ni a la suela del zapato de la delicada grosería con que sus palabras abrían las braguetas de los boquiabiertos espectadores. Se iniciaba un diálogo entre ella y el público que se iba calentando en las formas y los contenidos. Algunas noches, y la de aquel jueves fue una, la canción se convertía en un intercambio entre la cantante y los más desvergonzados, que ya la provocaban sabiendo que la respuesta siempre sería contundente, imaginativa y escandalosa. Le llamaban de todo, escultural, tetuda, reina, gorda, guapa, enséñame esto, tócame lo otro… Y en ésas estábamos cuando, en uno de esos momentos en que se hace un silencio milagroso en medio del sarao, se alzó una voz muy cazallera, pero fuerte y cuartelaria, que exclamó:

—¡Nenaza! ¡Ven aquí que te haré mi nenaza!

Fue instantáneo. Dentro de mi cabeza se hizo la luz. Volví los ojos pausadamente hacia aquel hombre cuadrado. Seguía junto al mulato y exultaba de calentura y atrevimiento, se le habían soltado las ataduras de la continencia, sudaba, colorado, los ojos etílicos, los dientes amarillos y las piernas abiertas mientras ofrecía su paquete a la escena. No me pregunte por qué: tenía la certeza y punto. Era él. Quizá

tendría que haberlo comprobado, eso me habría dado tiempo para calmarme, pero para mí no había lugar para duda alguna. Ése era el Gran Cabrón. Por eso llevaba un pañuelo tapándole el cuello, a pesar del calor que hacía en el local. Lo sabía de la misma forma que los años no habían borrado su nombre de mi memoria para cuando llegase el momento. Era Antonio Garcés. Por supuesto que lo era.

De todo lo que sucedió después no planifiqué nada. Los actos surgían de mí como si aquella escena estuviera perfectamente pensada, preparada, imaginada, como si todo lo que iba a pasar estuviera escrito en un guión secreto para el que yo estaba ávidamente entrenado. El espectáculo de la Pinta seguía, pero ya no le quité la vista de encima al tipo hasta que al cabo de pocos segundos él me notó y, al verme pegado a su mirada, sonrió ufano, triunfador, como quien acaba de poner firme y seducir a un toro. Yo… Me hizo una mueca obscena con los labios y la punta de la lengua. Intenté que ningún gesto no controlado de mis facciones trasluciera la repugnancia que sentía. No conseguí sonreír, pero ya llegaría, todo iría llegando, imperturbable. Me puse a trabajar, conocía bien el oficio de la seducción; afilé mis encantos, el cuello erguido y una postura incitante pero de macho. Ése no se conformaría con nada menos que convertir en «nenaza» a un macho de verdad, y yo le daría trabajo. Era evidente que entre ambos el diálogo iba subiendo de tono. Me atreví a hacer algunos gestos de prisionero seducido. Pasaron las canciones de la Pinta y de Remedios y… Me levanté. A esas alturas, si lo había hecho bien, él también se levantaría y me seguiría hasta la puerta, o hasta la calle. Me moví lentamente, con pasos pausados para que tuviera tiempo de reaccionar. Cuando estaba cerca de la salida, saludando al portero como cada noche, lo vi de reojo poniéndose apresuradamente la americana, que le quedaba

estrecha. Era chaparro, fuerte y… repugnante. Al salir a la calle ya sólo lo tenía a dos metros y todo el vello de mi cuerpo estaba erizado, como una antena midiendo las señales de alarma. Apenas había dado los primeros pasos cuando oí cómo hacía un ruido con los labios para llamarme la atención. Me detuve, como si lo esperase. Me volví, seductor, pero con ademán de conquistado, con la mano en el bolsillo palpando la navaja. Se me acercó y en un castellano biensonante me dijo:

—¿Me esperabas?

El muy cretino ya empezaba mal. Hice un gesto de conformidad y una sonrisa cómplice. Él prosiguió:

—Estás muy bueno. Pensaba que ibas a por el negro.

Como esperaba, profundamente mezquino y con una mentalidad de cazador que le acaba de robar la presa al vecino. Decidí callarme y hacerme el interesante.

—¿Tienes casa? —me dijo insinuante.

Le hice un gesto negativo con la cabeza. Aún no había logrado liberar mi garganta del nudo de asco que aquel apestoso me provocaba.

—Ven conmigo, aquí hay un *meublé*. Pagaré yo. —Dibujé una sonrisa y empecé a caminar a su lado. Silencio. Y una pregunta—: ¿Eres español?

—No —contesté por fin—. Francés.

—¿Franchute?

—Sí.

—¿Y tu nombre? Si puede saberse, claro.

—Germinal, ¿y tú?

—Antonio.

De acuerdo, ya había suficiente. Se sentía tan seguro que ni escondía su nombre. Todo iba bien.

Pero él seguía insistiendo.

—¿Y qué oficio?

—Banquero.

Sabía que esa palabra causaría su efecto. Una presa mayor, pensaría el cazador. Al mismo tiempo me preguntaba por qué le decía la verdad a ese hijo de puta.

—¿Ricacho?

—A medias.

Se rió. Yo acariciaba mi navaja, pequeña y cortante.

La pensión no estaba lejos, parecía de mala muerte por fuera pero no lo era tanto por dentro. Como mínimo aparentaba limpieza. Un atento recepcionista reconoció al Gran Cabrón, que seguramente había ascendido de graduación militar porque aquel portero adoptaba un tono muy servil:

—Buenas noches, don Antonio, le puedo servir la mejor que me queda. La diecinueve.

Las entrañas se me abrían en canal.

Él pagó por adelantado. Preguntó:

—¿Todo tranquilo?

—No se preocupe, don Antonio, hoy hay gente influyente. Está usted protegido.

Los dientes del Gran Cabrón, amarillos por el tabaco, afearon su sonrisa cuando me hizo una señal para subir a la habitación. Era evidente que frecuentaba la casa. Reconocía la habitación diecinueve sin que en la puerta hubiera número alguno, o al menos yo no lo vi por ningún lado. La abrió decidido para dejarme entrar primero, se quedó en el umbral, mirándome fijamente cuando le pasaba por delante, como valorando su captura. El hedor era sólo el aroma de su repugnancia. Ahora llegaría lo más difícil. Aquel tipo iba caliente como un toro y… Déjeme repetirle, Lluís, que en todas las acciones que se iban sucediendo yo nunca me sentí improvisando. Ahora, mientras se lo cuento, podría parecerlo, pero dentro de mi cabeza todo estaba

predestinado, sentenciado, si quiere. Cada gesto, cada palabra, ya estaba prevista antes de que llegara, y eso me daba una seguridad perversa. Ya se lo he dicho, era un guión sabido: como cuando, al cerrar la puerta, que él apagase la luz general de la habitación y quedara sólo encendida una bombilla, roja, tenue y terrible, que nos mantenía en penumbra. Tomándome por la cintura, me puso la espalda contra la pared y se apretó contra mí sin más preámbulos. Me tuve que tragar su regusto a tabaco, que me penetraba por todas partes junto con su repugnante saliva impregnada de alcohol. Quiso desabotonarme la camisa con una mano mientras con la otra me restregaba la bragueta. Después de magrearme unos segundos se dio cuenta de que mi miembro no se tensaba y me miró como burlándose. Se quitó la americana de manera precipitada y me enseñó provocador la pistola que llevaba al cinto; yo me quité la chaqueta con cuidado de que no se me cayera la navaja y seguí desnudándome ante él, que me miraba tocándose. El Gran Cabrón ya no podía más. Se me lanzó encima. Caímos sobre la cama y yo procuraba que la americana me quedara cerca mientras él no paraba de restregarme el sexo, que finalmente se me engordó. Al verlo se animó y empezó a hablarme en un lenguaje excitado y vulgar que en cualquier otra situación me habría hecho morirme de risa. Mientras me apretaba el sexo me susurraba al oído: «Me la meterás toda dentro». Si debo serle sincero, fue el único momento que me pilló por sorpresa. No me lo esperaba, había previsto que sería yo quien recibiera; no sé por qué, pero la forma de ser de aquel cretino así me lo hacía pensar. Pero no, el Gran Cabrón me quería para que lo penetrara, le restregase la próstata con mi glande y le hiciera derramar leche como un loco. Se bajó los pantalones cuando yo ya estaba desnudo, opté por hacer y no mirar. Sólo quería tener cerca la

americana con la navaja en el bolsillo. Se escupió en la mano, me agarró el sexo y lo ensalivó. Me refregaba el culo, iba muy salido, me decía guarradas, se movía pidiéndome que lo penetrara. Di un golpe seco y fuerte, y lo empalé sin problemas. El placer le hacía gemir diciéndome obscenidades difíciles de repetir ahora. Empezó a jadear, se estaba masturbando al ritmo de mis movimientos. Yo ya tenía la navaja en la mano. Cada vez apretaba más el esfínter, estaba a punto, yo tenía la hoja abierta bajo los pliegues de la americana, sin que él pudiera verme. Ahora era el momento, antes de que el hijo de puta eyaculase. ¡Ahora! Pero el brazo no me obedecía. O era que no tenía cojones para hacerlo. Sin embargo quería hacerlo. Empezó a bramar y se corrió como una fuente, dado por el culo, desbordado, con convulsiones y diciendo tonterías sin control. Yo estaba a punto de clavarle la navaja pero no era capaz. Me maldecía a mí mismo por cobarde. Él ya había acabado su orgasmo y no estaba para nada, respiraba profundamente, hizo un gesto con la cintura para sacarse el sexo del culo. Antes de que se volviera dejé la navaja debajo de la sábana, al alcance de mi mano derecha. Se tocaba el sexo, no entendía muy bien qué pretendía; finalmente se giró hasta encararse a mí, notaba cómo su esperma me mojaba el vientre. Sus ojos fijos en los míos, continuaba tocándose el sexo con actitud arrogante, como un torero antes de la estocada, y me dijo:

—Ven, ahora te toca ti, voy a meterme en tu culito de maricona.

Su aliento era sulfuroso, su cuerpo sudado y pegajoso se adhería al mío mientras seguía agitándose el sexo para acabarlo de empalmar. Yo tenía la navaja en la mano pero no tenía fuerza.

Fue entonces cuando aquella boca infernal, justo frente a la mía, se abrió entre un olor fétido y saliva y vomitó:

—Verás cómo te gustará ser mi nena. A todas les da mucho gusto. Anda, gírate, te haré mi nenaza.

Nunca debió haber pronunciado esa palabra. Al principio, en su excitación, no notó el tacto frío de la hoja en el pecho, la estocada. Yo lo agarraba con el otro brazo para inmovilizarlo. La navaja le penetraba y él aún no había reaccionado, caliente de deseo como iba. De golpe surgió el dolor, un grito ahogado por la sorpresa, movimientos convulsos, el hijo de puta era fuerte, yo notaba la calidez de la sangre en mi pecho pegado al suyo. Hice entrar la hoja hasta abrirle el corazón, él opuso una fuerza gigantesca. Yo también. De repente una convulsión y después el silencio. La quietud. La paz. Lo había matado, Lluís. Yo estaba allí, pegado a él, con el vientre, los bajos, el pecho, todo lleno de sangre, sudor, esperma, y no me siento nada orgulloso de decirle que empecé a sentir un extraño bienestar que invadía con calma cada rincón de mi cuerpo. Con serenidad, sin prisa, inicié unos gestos mecánicos, precisos, para desembarazarme de aquel cerdo y para comprender y dominar la situación. Sentía como si me estuviera curando de una larga y agónica enfermedad. Primero entré en aquel baño inmundo para lavarme a fondo, parsimonioso, en una ducha que parecía racionar el agua, con unas toallas mínimas que no me llegaban para nada. Me limpiaba la sangre, que se escurría turbia y con dificultad por el agujero del desagüe. Yo la miraba sin miedo alguno, me parece que muy al contrario, agradeciéndole a la vida la oportunidad de haberla derramado. Cójame este algodón, gracias. Me vestí mirando al Gran Cabrón, que tenía los ojos desmesuradamente abiertos, sorprendido aún de que la guadaña le hubiera partido la vida. ¿Me podría dar ese frasco? Es un desmaquillador, tenga cuidado de que no se derrame. Me puse la ropa intentando que ninguna mancha de sangre me

denunciase. No quise disimular ni arreglar nada de la habitación. Bajé las escaleras del *meublé* no demasiado nervioso, sabía que nadie me preguntaría nada. Estaba claro que el portero notaría que bajaba solo, pero también era normal para un militar disimular que le gustaban los mariquitas. Mientras bajaba pensaba en la inmensa mancha de sangre que llenaba las sábanas. Perdone, a mi edad cuesta desmaquillarse los ojos porque el lagrimal siempre está embozado y con el algodón te irritas, lloras y acabas haciendo una marranada. Pues como le decía, le confieso que pensar en esa gran mancha de sangre me sosegaba. Salí a la calle y muchas de las imágenes de las que le he hablado estos meses volvían a mí en una suerte de procesión calmada y relajante. Me fui tranquilamente a casa, sintiendo cómo dentro de mí se encendía una luz apagada muchos años atrás. Pasaron las horas y los días pero nadie vino a importunarme. En realidad no me sorprendió, ya contaba con ello. Lo taparían como pudiesen, no era nada saludable para el régimen que sus militares murieran acabados de encular… Deme esa cajita, por favor, lo he previsto todo, y perdone porque debo de tener un careto espantoso, con sólo un ojo pintado. Espere, que lo pongo dentro… ¿Qué le decía? Ah, sí. Ni siquiera me hizo falta huir a Sète, sabía que con la graduación del Gran Cabrón, tal como lo encontrarían, con el esperma en medio de la sangre, con el culo abierto de placer y habiendo un prohombre importante aquel día en el prostíbulo… Ya se veía venir que, si no tenían un culpable enseguida, lo enterrarían todo y lo dejarían correr. Y así fue. Nunca nadie me preguntó nada. Aquel cerdo murió solo y olvidado por todo el mundo.

Deje, Lluís, déjelo aquí en la mesa. Muy bien, gracias… ¿Sabe? Había pensado que cuando acabara de contárselo todo le ofrecería esta cajita, con el algodón lleno de la

pintura que todos estos años he llevado alrededor de los ojos. No me pregunte por qué, pero me gustaría que se lo llevara, si quiere. Es mi regalo. Quizá para usted sea una porquería. Pero para mí es sin duda lo más valioso que tengo. ¿Sabe? Ya no me los pintaré más. Ahora ya no me hace falta. Le parecerá absurdo, pero en el año 75, cuando murió el otro gran cabrón, decidí pintármelos para testimoniar mi secreto. Pues mire, ahora ese secreto lo tiene usted, dentro de esta cajita. También tendría que decirle, y no se me enfade, que cuando hoy se marche de aquí no querría verlo más, Lluís. Y ya puede imaginarse que no es nada personal.

Espero, y deseo, que la historia que le he contado le sirva para algo. A mí me ha servido para poder morir tranquilo. Porque ya sólo quiero morir tranquilo. Y si tengo suerte, seguramente será antes de que usted pueda acabar su película, si es que le dejan hacerla. Déjeme decirle que en estos meses le he cogido afecto, casi estima, si me lo permite. Me ha escuchado atento, paciente, respetuoso, y me ha hecho mucho bien. Tenga, pues. Llévese esta cajita y, si le da algún valor, guárdela. Hágase a la idea de que dentro yace la memoria de unos ojos pintados.

Unos ojos pintados… y cansados, Lluís. Si quiere que le diga la verdad, unos ojos demasiado cansados… Y no tanto por los muchos años vividos. Ni siquiera por todas las barbaridades y devastaciones que han tenido que ver y que vivir.

Tengo los ojos cansados de tanto intentar que no se me borre de la retina la imagen conservada durante todos estos años, día a día, minuto a minuto. La imagen de mi Amigo Amado.

¿Sabe? Como diría mucho mejor un poeta griego del que ya no recuerdo el nombre:

Yo, sentado en la playa, al abrigo de una barca humilde, mirándolo salir del mar, su cuerpo mojado y ornado por una extraña luminosidad, así contemplé la belleza completa.

EPÍLOGO

Quisiera concluir este libro con un recuerdo agradecido a dos personas que, si bien tienen poco que ver con la mayor parte de lo que vivieron Germinal y David, me han permitido sin embargo construir la historia que os acabo de contar con el relato de sus recuerdos.

Presentació Sendra murió hace algunos años. Se convirtió en mi tata cuando yo bordeaba los veinte. Entonces yo ya cantaba, y demasiado a menudo volvía de los recitales a unas horas intempestivas. Por la mañana, aún medio dormido, me sentaba cerca de ella y, como si se tratara de una terapia contra la fatiga, dejaba pasar las horas escuchando retales de su vida, de cómo había nacido en la Barceloneta, cómo eran las calles, y los vecinos, y el taller de modistas donde iba a trabajar, y su primer amor, y la guerra civil, y su matrimonio, y la dictadura, y los hijos… y siempre pobre. Me contaba todo esto ya con ochenta años largos. Y siempre me sorprendía una sensación: parecía como si tanta

privación y tanta devastación no hubieran podido dejar ningún rastro de amargura o resentimiento en su bondad.

Maria Grau tiene hoy noventa y cuatro años. Todavía no hace mucho sus macarrones proclamaban maravillas, y entre sofrito y sofrito yo procuraba abrir el libro de su vida. Ella se sorprendía de que a alguien treinta años más joven pudieran interesarle las «pequeñas cosas» que había vivido. El suyo es un libro excepcional, y ella tenía mucha destreza para abrirlo por cualquier página, como si lo tuviera perfectamente dividido en capítulos. Un día se arrancó con la historia de un pariente suyo, un joven a quien la guerra embistió a los dieciocho años. Aquel día los macarrones se quedaron en el plato. Y seguramente, sin saberlo, empecé a escribir esta novela.

Quisiera finalmente aprovechar las últimas palabras para pedir excusas a los posibles lectores que hayan vivido algunos de los episodios históricos presentes en la novela. Hoy ya deben de ser muy mayores, y por propia experiencia sé cuánto puede llegar a molestar que un recién llegado altere el orden de los recuerdos y la percepción de la realidad. La pequeña historia de los personajes de este libro pasa por la gran historia de los hechos que hicieron tambalear los cimientos de la sociedad catalana, y más allá. He procurado ser leal a esos hechos desde la fidelidad a los personajes. He procurado que fuesen pocos, pero soy consciente de que en algunos acontecimientos no me ajusto demasiado a la estricta realidad. Pienso sobre todo en el pasaje del Ebro. Ubico en García peripecias y circunstancias que sucedieron en otros lugares por los que el ejército republicano también atravesó el gran río. No supe renunciar a unas imágenes que me llegaron por tradición oral o por documentación, y que me servían para explicar la enorme derrota que todo aquello representó. Les pido perdón.

Lo siento especialmente, porque es a las mujeres y hombres que todavía sobreviven a aquellos años de espanto, a todos aquéllos a los que la vida ha encorvado la columna del cuerpo pero aún mantienen recta la columna del alma, a todos ellos, a quienes quiero dedicar este libro.

LLUÍS LLACH I GRANDE (Gerona, 7 de mayo de 1948) es un músico y cantautor español de lengua catalana, que perteneció al grupo de Els Setze Jutges y que puede considerarse como uno de los abanderados de la Nova Cançó catalana. Su canción más popular y más comprometida ha sido *L'Estaca* compuesta en el año 1968, Por las diferentes prohibiciones que le hicieron para poder interpretar sus canciones durante la dictadura franquista, tuvo que exiliarse durante un tiempo en París. En septiembre de 1979 es el primer cantante no operístico, que actuó por primera vez en el Gran Teatro del Liceo de Barcelona, para presentar Somniem. Cerró en 2007 cuarenta años de trayectoria artística, y desde entonces apenas se deja ver en público, y ha rehusado conceder entrevistas para hablar de su primera novela, por lo que la editorial ha distribuido un DVD con declaraciones grabadas del artista.

El cantautor catalán Lluís Llach debuta como escritor con la

novela *Memòria d'uns ulls pintats* (Empúries), una historia de amor entre dos chicos ambientada en el barrio de la Barceloneta y que abarca la proclamación de la II República, la Guerra Civil y el Franquismo.